
Breath
WILDWATER FALLS 1
ROMANCE DE RESCATE MÉDICO
AMELIA S.

BREATH

Wildwater Falls 1

Amelia S.

Derechos de autor © 2026 Amelia S.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

Diseño de la portada de: Amelia S.
Corrección y edición: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
PRÓLOGO
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE

DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
EPÍLOGO
PRÓXIMAMENTE
¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!
LA AUTORA
OTROS LIBROS DE LA AUTORA

PRÓLOGO

Caleb

Doce años antes

La tormenta era un muro sólido de hielo y oscuridad que intentaba arrancarnos del cielo.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula, aferrado a la palanca del cíclico con una mano y al paso colectivo con la otra. El pequeño helicóptero de rastreo temblaba violentamente con cada racha de viento que escupía el cañón. A mi lado, Ian Collins iba pegado al cristal de la cabina, barriendo la negrura del barranco con el foco de búsqueda. En la parte trasera, el técnico sanitario, Davis, maldecía por lo bajo cada vez que el aparato daba una sacudida.

No éramos un equipo de evacuación médica. Éramos la avanzada. Un pájaro de reconocimiento ligero buscando una aguja de metal en un infierno blanco. Llevábamos dos horas de angustia desde que el autobús del instituto había desaparecido del radar.

—¡Allí! —gritó Ian de repente, golpeando el cristal táctico—. ¡A las tres, Caleb! ¡Reflejo metálico junto al río!

Giré el helicóptero con un tirón brusco, ignorando las alarmas del panel. El haz de luz barrió la ladera escarpada y lo iluminó. El autobús escolar estaba volcado sobre su costado, destrozado contra las rocas, a escasos metros del hielo negro del río Wildwater.

El corazón se me subió a la garganta. Mi hermano pequeño iba ahí dentro.

—Sujetaos —gruñí por el intercomunicador.

No había un área de aterrizaje. Solo un pequeño y traicionero claro rodeado de pinos altísimos que se agitaban como látigos. Mantuve la respiración, luchando contra la corriente descendente que amenazaba con aplastarnos, y posé los patines de la aeronave sobre la nieve virgen con un golpe seco.

No esperé a que los rotores bajaran de revoluciones. Me arranqué los auriculares, abrí la puerta y salté a la nieve, hundiéndome casi hasta las rodillas. Ian y Davis venían detrás de mí.

El frío me cortó la cara como cristales rotos, pero el silencio que rodeaba el amasijo de hierros era mucho peor. Corrimos hacia los restos. Había chicos llorando, sombras moviéndose torpemente en la oscuridad. Y entonces lo vi.

Carson.

Estaba sentado en la nieve, apoyado contra el chasis deformado del autobús, pálido como la muerte y agarrándose el costado con una mano, pero estaba vivo. Respiraba. Avery Collins estaba junto a él. La mejor amiga de mi hermano era un centinela a su lado.

—¡Carson! —Grité, agarrándolo por los hombros. Me temblaban las manos—. Joder, estás vivo. Estás bien.

—Caleb... —Su voz sonó ronca, ahogada por el aullido del viento. Me devolvió el agarre, pero no me miraba a mí. Miraba hacia el suelo, un par de metros más allá—. Yo estoy bien. Son solo un par de costillas, creo. Pero tienes que sacarla a ella.

Seguí la dirección de su mirada y el estómago se me cayó a los pies.

Era Hannah. La pequeña O'Malley. Nuestra vecina de enfrente. Solo tenía quince años, como Carson.

Estaba tumbada en la nieve, y el blanco a su alrededor era de un rojo brillante, denso y oscuro. Davis ya estaba de rodillas a su lado, abriendo el botiquín de emergencia con manos frenéticas. Tenía una

fractura abierta en la tibia; el hueso había rasgado la ropa y la carne, y la sangre manaba a un ritmo aterrador.

Hannah tenía los ojos entreabiertos, desenfocados. Sus labios estaban morados. Me miró, o al menos miró en mi dirección, antes de que sus ojos se pusieran en blanco y su cabeza cayera hacia un lado, completamente inerte.

—¡Ha perdido el conocimiento! —gritó Davis, presionando la arteria femoral con todo el peso de su cuerpo—. ¡Entra en shock hipovolémico! ¡Si no la operan en menos de media hora, está muerta, Donovan!

Miré a Hannah. Miré a Carson, que se recostó levemente contra la chapa del autobús. El pánico, crudo y animal, se apoderó de mí.

—La subimos a ella —le grité a Ian a través del viento—. Y agarra a Carson. Lo metemos en el suelo de la cabina, donde sea.

—¡No! —rugió Ian, agarrándome por las solapas de la chaqueta de vuelo para obligarme a mirarlo. Sus ojos inusualmente claros, eran dos piedras oscuras bajo la ventisca—. ¡No jodas, Caleb, mírame! ¡Es un pájaro de rastreo! Llevamos el combustible al límite. Con la altitud, la tormenta y el equipo, apenas hay sitio para la camilla en la parte de atrás. ¡Si metemos cien kilos más, excedemos el peso máximo! ¡No nos levantaremos del suelo, nos estrellaremos en el puto río y moriremos los cuatro!

—¡No voy a dejar a mi hermano aquí! —bramé, empujándolo.

—¡Sácala de aquí!

La voz de Carson me frenó en seco. Se había separado ligeramente del autobús. Estaba encorvado, respirando con dificultad, pero me miraba con una fiereza que no le conocía.

—Carson, no...

—¡Llévatela ya, joder, Caleb! —gritó mi hermano, y el esfuerzo le hizo hacer una mueca de dolor agudo—. ¡Se está desangrando! Yo estoy bien. ¡Lárgate!

Me quedé paralizado una fracción de segundo. El piloto contra el hermano. La lógica contra la sangre. Ian y Davis ya estaban

levantando el cuerpo frágil e inconsciente de Hannah, subiéndola a la camilla de lona.

—Yo me quedo —dijo Ian, retrocediendo hacia los restos del autobús una vez que Hannah estuvo dentro del helicóptero—. Alguien tiene que estabilizar a los demás y hacer un recuento. Volad rápido.

Asentí, sintiendo que la garganta se me cerraba. Me giré hacia Carson. Se había dejado resbalar de nuevo contra la chapa fría del autobús. Avery lo miraba asustada. La hermana de Ian era una chica callada que seguía a mi hermano a todas partes desde que tenía memoria.

—Vuelvo a por ti en veinte minutos —le prometí, acercándome a él, señalándolo con un dedo tembloroso por la adrenalina—. No te muevas de aquí, enano. Aguanta.

Carson esbozó una sonrisa cansada. Le faltaba el aire, pero sus ojos brillaron con esa chulería típica que siempre me sacaba de quicio.

—Vete ya, idiota.

Esa fue la última vez que vi a mi hermano con vida.

Me di la vuelta y corrí hacia el helicóptero. Trepé a la cabina, me puse los auriculares y tiré del colectivo con más agresividad de la que dictaban los manuales. Los patines se despegaron de la nieve y el viento intentó aplastarnos contra los árboles, pero forcé los pedales, metiendo el morro del helicóptero directamente hacia la negrura del cielo.

Atrás, el amasijo del autobús, Ian y mi hermano se convirtieron en un punto borroso tragado por la tormenta.

—¡Caleb! —La voz de Davis estalló en mis oídos por el intercomunicador, cargada de pánico—. ¡Apenas tiene pulso radial! ¡La estoy perdiendo! ¡Pisa a fondo o no llega viva!

Apreté los mandos hasta que los nudillos se me pusieron blancos y volé hacia el hospital, destrozando para siempre a mi familia para salvarle la vida a la chica que se desangraba a mis espaldas.

UNO

Hannah

Si había algo a lo que estaba acostumbrada, era al caos. Como cirujana de trauma en el Chicago Mercy, mi vida se medía en monitores que pitaban de forma errática, carreras por pasillos con olor a antiséptico y decisiones tomadas en fracciones de segundo mientras el pecho de alguien estaba abierto de par en par bajo mis manos. El caos y yo nos entendíamos bien. Controlaba la sangre, controlaba el bisturí y, sobre todo, me controlaba a mí misma.

Por eso, entrar en *Vinyl* y perder el control de la situación me descolocó por completo.

El club nocturno estaba envuelto en luces de neón púrpura y el bajo de la música retumbaba directamente en mis costillas. Me había puesto un pantalón *palazzo* de seda negra, ancho y elegante, lo suficientemente largo como para ocultar por completo la gruesa y fea cicatriz que me cruzaba la pierna derecha. Esperaba encontrarme con Tess y con Ivy para tomar un par de cócteles tranquilos de despedida, quejarnos de los residentes de primer año y dar por cerrada mi etapa en Chicago.

Pero cuando el portero me dejó pasar a la zona reservada del fondo, la tranquilidad saltó por los aires.

—¡Sorpresa!

Di un respingo, casi tirando el bolso al suelo. Alrededor de las mesas bajas de madera negra no estaban solo Tess e Ivy. Había al

menos una veintena de personas: cirujanas, enfermeras de urgencias, anestesistas y un par de técnicos del Mercy. Todos me miraban con vasos en alto y sonrisas enormes.

—Por el amor de Dios —murmuré, llevándome una mano al pecho para frenar el galope de mi corazón. Odiaba ser el centro de atención casi tanto como pedir ayuda, pero la calidez que me inundó el estómago fue innegable.

Ivy Vaughn, la mejor enfermera de urgencias con la que había trabajado jamás, se abrió paso entre la gente con dos chupitos de tequila en las manos. Llevaba el pelo rubio y rizado suelto de forma salvaje, reflejando perfectamente su carácter extravagante y risueño.

—Cierra la boca, O'Malley, que te van a entrar moscas —dijo, tendiéndome uno de los vasos—. No pensarías que te íbamos a dejar marchar a ese pueblo perdido de la mano de Dios en las montañas sin emborracharte primero, ¿verdad?

—Creía que íbamos a tomar una copa tranquila, nosotras tres —repliqué, aceptando el tequila y arqueando una ceja hacia ella.

—Mentí —respondió Ivy sin un ápice de arrepentimiento, chocando su vaso contra el mío—. Por la mejor cirujana de trauma con la que he tenido el placer de lidiar. Y la más cabezota. Salud.

Me bebí el tequila de un trago, dejando que el ardor me raspara la garganta y me robara una carcajada. En cuanto dejé el vaso en la mesa más cercana, sentí una presencia serena y autoritaria junto a mí.

—Te voy a echar muchísimo de menos, Hannah —susurró Tess Mitchell mientras me envolvía en un abrazo.

Tess era cirujana pediátrica, un trabajo que requería un nivel de ternura y resistencia emocional que yo siempre le había admirado. Le devolví el abrazo, apretándola con fuerza. Tragué saliva, luchando contra el nudo traicionero que amenazaba con cerrarme la garganta. Si yo era buena cirujana de trauma, Tess era la superestrella del Mercy. No solo como médico, también como compañera. Ella e Ivy se habían convertido en amigas además de compañeras.

—Y yo a vosotras, Tess. A todos. —Me separé un poco, pasándome una mano por el pelo para disimular la repentina vulnerabilidad—. Aunque no echaré de menos que me llaméis a las tres de la mañana porque un residente de primer año se ha desmayado en quirófano.

—¿Quién va a abrir pechos en el box 3 cuando tú no estés? —se lamentó uno de los anestesistas desde el fondo, alzando su cerveza.

Sonreí, sintiendo esa mezcla agridulce de orgullo y nostalgia. Había sido feliz en Chicago. Aquí me había forjado, me había curtido y había demostrado de lo que era capaz. Había operado heridas de bala, accidentes de tráfico y catástrofes múltiples. Sabía que era buena. Muy buena. Y precisamente por eso, Sloane Parker, la directora médica del hospital de Wildwater Falls, me había llamado personalmente para ofrecerme la jefatura de cirugía de trauma.

Wildwater Falls.

Solo pensar en el nombre del pueblo del que me había visto obligada a marchar cuando tenía quince años hizo que la cicatriz de mi pierna diera un tirón fantasma, un recordatorio físico y punzante de lo que dejé atrás doce años atrás. De la nieve, la sangre, el frío insoportable y el helicóptero. De Carson Donovan muriendo para que yo pudiera vivir.

Y ahora, su prima hermana me había hecho una oferta que ni quería ni podía rechazar.

—Eh —Ivy me dio un ligero codazo en las costillas, sacándome de mis pensamientos—. Ya estás poniendo esa cara.

—¿Qué cara? —Me hice la despistada, cogiendo una copa de vino que alguien me acababa de ofrecer.

—La cara que pone alguien que se va a enfrentar a un pelotón de fusilamiento pero no quiere que se note el miedo que tiene de hacerlo —diagnosticó Ivy con precisión letal. Me conocía demasiado bien—. Hannah, eres una estrella del trauma. Si ese hospital de pueblo te ha fichado como jefa de cirugía con veintisiete años, es porque te necesitan más ellos a ti que tú a ellos. Vas a arrasar.

—No es el trabajo lo que me preocupa —admití en voz baja, solo para que ella y Tess me escucharan por encima de la música.

—Es el pueblo —adivinó Tess, dándome un apretón reconfortante en el brazo. Sabían parte de la historia. No toda, nunca le contaba toda la oscuridad del accidente a nadie, pero sabían lo suficiente como para entender que regresar no era un simple traslado laboral. Era caminar de vuelta al centro del huracán.

—Será... interesante —concedí, alzando la barbilla y componiendo mi mejor sonrisa, esa que usaba para convencer a los familiares en la sala de espera de que lo tenía todo bajo control—. Pero esta noche no vamos a hablar de nieve, ni de montañas, ni de fantasmas del pasado. Esta noche vamos a beber hasta que se nos olvide cómo intubar a un paciente.

Mis compañeras vitorearon y, por unas horas, me permití sumergirme en el ruido, las risas y el afecto de la gente que me había ayudado a reconstruirme. Pero, en el fondo, bajo la música alta y el alcohol, mi pulso seguía marcando el mismo compás de ansiedad.

Estaba lista para la sala de trauma de Wildwater Falls. Lo que no sabía era si estaba lista para enfrentarme a todo lo demás.

* * *

El paisaje había ido cambiando gradualmente durante las últimas horas, sustituyendo las largas y grises autopistas por carreteras sinuosas de dos carriles que se abrían paso a través de bosques de un verde oscuro y asfixiante. Conducía mi viejo todoterreno con el maletero y los asientos traseros llenos hasta los topes con maletas, cajas de libros y lo estrictamente necesario para sobrevivir mis primeros días. El camión de mudanzas con el resto de mi vida desde Chicago llegaría a la mañana siguiente.

Mis nudillos estaban blancos sobre el volante forrado de cuero. Hacía doce años que no recorría la *Riverbend Road*. Doce años desde que mi familia empaquetó nuestra vida en un intento

desesperado por alejarme del fantasma de la montaña. Y, sin embargo, cada curva me resultaba enfermizamente familiar.

Unos kilómetros antes de llegar al núcleo urbano, pisé el freno.

El coche se detuvo en el arcén de grava justo antes del *Whitetail Bridge*. Apagué el motor. El silencio en el interior del habitáculo fue repentino y pesado, roto únicamente por el rugido sordo y constante del río encajonado en el fondo del barranco.

Solté un suspiro tembloroso, me desabroché el cinturón y abrí la puerta.

El aire de alta montaña me golpeó el rostro con dureza. Llevaba unos vaqueros anchos y gruesos, mi armadura habitual para que nadie pudiera adivinar la carnicería de tejido cicatrizal que marcaba mi pierna derecha. Caminé despacio hacia la estructura metálica del puente y apoyé las manos en la fría barandilla, asomándome hacia el agua espumosa, negra y violenta que corría decenas de metros más abajo.

Wildwater Falls. El cartel de bienvenida debía estar a la vuelta de la siguiente curva.

Cerré los ojos y el rugido del agua se transformó de pronto en el aullido de una ventisca. En el crujido del metal de un autobús escolar aplastado contra las rocas.

Tragué saliva, luchando contra la bilis que me quemaba la garganta. Volver no era solo enfrentarme a un nuevo trabajo. Era enfrentarme a todo el pueblo. A las miradas furtivas en el supermercado, a los murmullos en la farmacia de Main Street. Sabía exactamente lo que pensaba la gente de este pueblo, lo que susurraban las familias que llevaban aquí generaciones: que la persona equivocada había subido a aquel primer helicóptero.

Carson Donovan era el chico de oro. El mediano de una familia querida, carismático, lleno de vida, guapo a rabiar y el centro de gravedad de nuestro instituto. Yo solo era la vecina pequeña de los Donovan, la empollona a la que el grupo de populares le hacía la vida imposible de vez en cuando.

Cuando Caleb Donovan un piloto novato, aterrizó su helicóptero de rastreo aquella noche y me sacó de la nieve, no solo me salvó la vida. También me condenó a ser el recordatorio andante de la tragedia. Yo era la ladrona que le había quitado el sitio a uno de los hijos predilectos de Wildwater Falls.

Una lágrima solitaria se me escapó, caliente contra la piel helada de mi mejilla. Me la limpié con rabia usando el dorso de la manga del jersey.

Lo que el pueblo no entendía, lo que nadie parecía querer ver, era que yo estaba de acuerdo con ellos. Si hubiera estado consciente aquella noche, si hubiera tenido la más mínima capacidad de elegir, jamás habría permitido que Carson se quedara atrás. Sé que él exigió que me salvaran primero. Me regaló su vida mientras se desangraba en la nieve. Y a pesar de que nadie podía sospechar de la gravedad de las heridas de Carson, el peso de ese regalo me había aplastado el pecho cada maldito día durante la última década.

Lamentaba su muerte con una profundidad que me cortaba la respiración. Lloraba al chico de oro tanto o más que quienes me juzgaban.

—Pero no he vuelto para pedir perdón por estar viva —dije en voz alta. Mi voz sonó frágil, tragada de inmediato por el estruendo del río, pero me obligué a repetirlo, esta vez más fuerte, aferrándome al metal del puente—. No he vuelto para pedir perdón.

Abrí los ojos y miré hacia el horizonte gris, donde se adivinaban los tejados del pueblo y la imponente estructura de piedra del Hospital Regional.

Había dedicado los últimos doce años de mi vida a estudiar hasta la extenuación, a abrir pacientes, a coser arterias y a arrancar a la gente de las garras de la muerte. Estaba aquí para liderar la planta de trauma. Para pagar mi deuda salvando a otros, ya que no podía salvar a quien me dio mi segunda oportunidad.

Me di la vuelta, con la mandíbula apretada y la espalda recta. Caminé de regreso al coche, metí la llave en el contacto y arranqué.

Era hora de volver a casa.

* * *

Aparqué el viejo todoterreno sobre la entrada de grava y apagué el motor. El silencio del bosque me envolvió casi de inmediato, roto solo por el crujido de las ramas mecidas por el viento de la tarde.

Mi nueva casa estaba exactamente donde el anuncio prometía: a las afueras del núcleo urbano, lo bastante lejos para evitar las miradas curiosas, pero lo suficientemente cerca como para llegar al hospital en menos de quince minutos. Era una cabaña preciosa. La fachada mezclaba la madera oscura y rústica típica de Wildwater Falls con amplios ventanales modernos que reflejaban la luz cobriza del atardecer.

Subí los tres escalones de madera hasta el porche cubierto. Era inmenso, rodeaba toda la estructura y ofrecía una vista frontal espectacular del valle, donde el espeso bosque de coníferas se extendía como una alfombra oscura hasta chocar con las montañas nevadas en el horizonte.

Giré la llave en la cerradura y empujé la puerta. El interior me recibió con un reconfortante olor a pino y a madera limpia. Era un espacio cálido y acogedor. La planta principal era un concepto abierto: una gran sala de estar con una chimenea de piedra natural que conectaba sin barreras con una cocina moderna, equipada con encimeras de cuarzo y electrodomésticos de acero inoxidable. Contaba con dos dormitorios y dos baños, el tamaño perfecto para mí. Dejé las llaves sobre la isla de la cocina y solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Tras descargar lo básico del coche: un par de maletas y la caja con la cafetera, mi posesión más valiosa, sentí que las paredes empezaban a encogerme. Necesitaba estirar las piernas después de tantas horas al volante, así que me abroché bien la chaqueta de lana, asegurándome de que mis vaqueros anchos me cubrieran hasta las botas, y salí a explorar la parte trasera de la propiedad.

El terreno descendía suavemente hacia una zona de árboles más densos. Estaba respirando el aire helado y limpio cuando escuché un ruido metálico, seguido de un gruñido de frustración muy poco disimulado.

—¡Maldita sea! —exclamó una voz infantil, cargada de indignación.

Caminé unos pasos en dirección al sonido, apartando un par de ramas de abeto. Allí, sentada en el suelo de tierra y agujas de pino junto a un camino estrecho, había una niña. Tendría unos diez años. Llevaba unos pantalones de chándal manchados de barro en las rodillas, una sudadera ancha y tenía el pelo castaño oscuro recogido en una trenza deshecha. Estaba enzarzada en una pelea a muerte con la rueda trasera de una bicicleta de montaña, armada con un par de desmontables de plástico que no parecían estar colaborando.

Me apoyé contra el tronco de un árbol, cruzándome de brazos con una sonrisa ladeada.

—Parece que la bicicleta va ganando —comenté en voz alta.

La niña dio un respingo y levantó la cabeza de golpe. Me quedé momentáneamente paralizada. Tenía unos ojos de un azul turquesa tan intenso y penetrante que resultaban casi eléctricos bajo la luz de la tarde.

Me evaluó de arriba abajo con una seriedad impropia de su edad. Suspiró, apartándose un mechón de pelo de la cara con el dorso de una mano manchada de grasa.

—La cámara está pellizcada contra la llanta y este desmontable es una basura —dictaminó, con un tono analítico y sorprendentemente adulto—. Además, tengo los dedos congelados. No es una lucha justa.

Me eché a reír, separándome del árbol y acercándome a ella con paso tranquilo.

—Como cirujana, te diré que casi ninguna lucha lo es —dije, agachándome a su lado en la tierra—. Me llamo Hannah, por cierto. Acabo de mudarme a esa cabaña de ahí.

La niña entrecerró los ojos turquesa, escrutándome durante un par de segundos más antes de tomar una decisión. Pareció aprobar mi presencia, porque me tendió el pequeño trozo de plástico.

—Soy Octavia. Y si eres cirujana, supongo que tendrás buen pulso. ¿Puedes hacer palanca aquí mientras yo empujo la cubierta?

—Trato hecho, Octavia.

Me arremangué el jersey y tomé la herramienta. Trabajar juntas fue sorprendentemente fácil; tenía unos reflejos rápidos y una fuerza en los brazos que delataba que no pasaba sus tardes sentada frente a una pantalla.

—Tienes mucha fuerza —observé mientras encajábamos la cubierta en su sitio con un sonoro clac.

—Hago judo —respondió con orgullo, limpiándose las manos en los pantalones, añadiendo una nueva mancha al tejido—. Soy cinturón verde. Mi padre dice que la técnica es más importante que la fuerza bruta, pero la fuerza bruta ayuda cuando las cosas se atascan.

—Tu padre es un hombre sabio —concedí, entregándole el desmontable—. Listo. Paciente estabilizado y listo para rodar.

Octavia levantó la bicicleta con una facilidad pasmosa e hizo girar la rueda trasera para comprobar que no rozaba. Me dedicó una sonrisa brillante, perdiendo por un instante esa fachada seria y revelando a la niña risueña y llena de energía que realmente era.

—Gracias, Hannah. Eres una buena vecina. Yo vivo en aquella de allí —dijo, señalando con la barbilla hacia un camino de grava que se adentraba en el bosque. Apenas a unos cien metros de distancia, entre los árboles, se adivinaba el tejado de madera oscura de otra cabaña y el humo saliendo de una chimenea—. Somos la casa más cercana.

—Lo tendré en cuenta —le guiñé un ojo, levantándome y sacudiéndome la tierra de los vaqueros—. Me pasaré un día de estos a saludar y a conocer a tus padres. A ver si saben en qué andas metida a estas horas con la bicicleta rota.

—Vale —asintió ella con naturalidad, subiéndose al sillín de un salto ágil—. Aunque vivo solo con mi padre. Le diré que has arreglado mi rueda. ¡Nos vemos, cirujana Hannah!

Dio una fuerte pedalada y desapareció por el camino de grava antes de que pudiera responder, dejando tras de sí un pequeño rastro de hojas secas levantadas por el aire.

Sonreí, sintiendo que un poco de la ansiedad que traía de Chicago se disipaba. Quizás Wildwater Falls no iba a ser solo un campo de minas emocional. Volví a mi porche, frotándome las manos frías. Tenía que deshacer el equipaje, darme una ducha caliente y dormir todo lo que mi cerebro me permitiera.

Al día siguiente empezaba el verdadero reto: presentarme en el *Wildwater Regional Trauma Center*, sentarme en el despacho de la directora médica, Sloane Parker, y convencer a todo un pueblo de que la chica que sobrevivió en la montaña había vuelto para salvarles la vida.

DOS

Caleb

El domingo por la tarde se estaba despidiendo con un cielo de color plomo que amenazaba con descargar otra nevada antes de la medianoche. Desde la ventana de la cocina, el bosque parecía un muro negro e impenetrable.

Le di la vuelta a las pechugas de pollo en la sartén, bajé el fuego y me froté la nuca con la mano libre. Tenía los hombros cargados. Mañana me tocaba un turno de doce horas en la base aérea, y cuando el pronóstico del tiempo en Wildwater Falls se ponía feo, un turno de doce horas solía significar volar a ciegas por el cañón buscando a idiotas que se habían perdido haciendo senderismo.

El sonido de la puerta principal abriéndose de golpe me sacó de mis pensamientos. Una ráfaga de aire helado y olor a pino barrió la sala de estar, seguida inmediatamente por el ruido de unas botas sucias pisando la madera de la entrada.

—¡Cierra la puerta, fiera, que estamos calentando el bosque! —grité desde la cocina, sin apartar la vista de los fogones.

El portazo hizo temblar los cristales. Octavia apareció en mi campo de visión un segundo después, arrastrando los pies y con las mejillas encendidas por el frío. Llevaba el pelo oscuro revuelto en una trenza que había conocido tiempos mejores y, al fijarme bien, vi las inconfundibles manchas negras en sus pantalones de chándal grises.

Suspiré, apuntándola con la espátula de madera.

—Dime por favor que eso que tienes en las rodillas no es grasa de la cadena de la bici.

Octavia miró hacia abajo, parpadeó con sus inmensos ojos turquesa y me ofreció una sonrisa que era mitad inocencia, mitad pura caradura Donovan.

—No es de la cadena. Es de la rueda de atrás. He pinchado.

—Genial. —Apagué el fuego y me apoyé en la encimera, cruzándome de brazos—. ¿Y has vuelto empujando la bici todo el camino desde el sendero?

—¡Qué va! La he arreglado —anunció, inflando el pecho con orgullo—. Bueno, casi toda. La cámara se había quedado pellizcada y no podía hacer palanca con el plástico de mierda ese que me compraste...

—Eh, lenguaje —la corté, arqueando una ceja.

—El plástico *defectuoso* que me compraste —corrigió sin perder el ritmo—. Pero me han ayudado. Resulta que la cabaña del camino viejo ya está alquilada. Tenemos una vecina nueva.

Fruncí el ceño ligeramente. La cabaña que estaba a cien metros de la nuestra llevaba meses vacía. El propietario la alquilaba de vez en cuando, casi siempre a turistas de ciudad que venían buscando retiro espiritual y se marchaban a las dos semanas en cuanto se daban cuenta de que aquí la conexión a internet era un chiste y el frío te partía los huesos.

—¿Ah, sí? —Cogí un trapo de cocina y me limpié las manos—. ¿Y ya la has sometido a un interrogatorio de tercer grado?

—No la he interrogado, papá. Se ha ofrecido a ayudarme. —Octavia se acercó a la isla de la cocina y robó un trozo de zanahoria cruda de la tabla de cortar—. Es genial. No se ha asustado de la grasa ni nada. Y tiene mucha fuerza. Me ha dicho que es médico... bueno, cirujana. ¿Eso es lo mismo no?

¿Una cirujana? Eso me cuadraba aún menos. De todos modos, me tranquilizaba saber que no era algún bicho raro.

—Pues es una suerte tener a una cirujana al lado, sobre todo teniendo en cuenta tu afición por intentar partirte el cuello con la bicicleta —bromeé, revolviéndole el pelo cuando pasó por mi lado—. Pero escúchame bien, Octavia: la gente viene aquí buscando tranquilidad. Ha sido amable por ayudarte, pero no quiero que la agobies, ¿entendido? Nada de presentarte en su porche sin avisar.

—Que sí, papá, que no soy una pesada ni una rarita —protestó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Eres mi hija, claro que eres una pesada —le sonreí, dándole un suave empujón hacia el pasillo—. Venga. Lávate esas manos, que pareces un mecánico. Cenamos en diez minutos.

Octavia dio media vuelta hacia el baño, pero antes de que desapareciera, le recordé parte de sus tareas que había estado evitando todo el fin de semana.

—¡Y otra cosa! —alcé la voz para que me escuchara—. Mañana es lunes. Quiero que dejes todas tus cosas preparadas esta noche.

—¡Papá, es domingo! —se quejó desde el pasillo, arrastrando las sílabas.

—Y mañana a las seis de la mañana yo ya estaré de camino a la base aérea, así que no voy a estar aquí para buscarte el libro de matemáticas —le recordé, usando ese tono firme que no admitía réplica, el mismo que usaba cuando le explicaba por qué no podía escalar un risco sin cuerda—. Mochila del colegio lista, la ropa de mañana encima de la silla, y la bolsa de entreno del dojo en la entrada.

Escuché el grifo del lavabo abrirse.

—¿Me llevas tú a judo? —preguntó por encima del ruido del agua.

—Tengo turno de doce horas, fiera. Si la tormenta no afloja, no saldré de allí hasta las ocho de la tarde. La tía Clover irá a recogerte al colegio.

—¡Mola! ¿Nos comeremos una hamburguesa después?

—Tu tía Clover te llevará directa al dojo para que llegues a tiempo al tatami, y después te traerá a casa a ducharte —sentencié,

acercándome al pasillo y apoyándome en el marco de la puerta del baño para ver cómo se frotaba las manos con jabón vigorosamente —. Nada de convencerla para saltaros el entrenamiento, que os conozco a las dos.

Octavia me miró por el espejo y me dedicó una sonrisa traviesa que me encogió el corazón por un segundo. Era tan parecida a mí, tan Donovan, que a veces me asustaba la intensidad con la que la quería. Mi instinto protector con ella era absoluto, casi feroz. Kate nos había dejado atrás hacía años, y aunque me había dolido en el orgullo, lo único que me importó de verdad fue que no le hiciera daño a la niña. Octavia era mi mundo entero.

—Tranquilo, piloto —dijo ella, cerrando el grifo y secándose las manos en la toalla—. Tendré compasión de la tía Clover. Y dejaré la bolsa del dojo preparada. Prometido.

—Esa es mi chica. —Asentí, dándole dos golpecitos al marco de la puerta—. Venga, a la mesa. La cena se enfría.

Mientras servía la cena, mi mente volvió brevemente a la cabaña de al lado. Una cirujana solo podía significar dos cosas, alguien que necesitaba paz y espacio o alguien nuevo en el hospital. Si era así, tarde o temprano me la cruzaría trayendo algún paciente en el helicóptero.

* * *

Después de cenar, el ritual de buenas noches de los Donovan se puso en marcha con la precisión de un reloj suizo.

Fregué los platos mientras Octavia se peleaba con el cepillo de dientes en el baño. Diez minutos después, subí las escaleras y entré en su habitación. Estaba sentada en el borde de la cama, ya con su pijama de franela de cuadros azules, intentando deshacer los nudos de los cordones de sus zapatillas de deporte con el ceño fruncido.

—Déjame a mí, fiera —murmuré, agachándome frente a ella.

Le aparté las manos suavemente y deslicé los cordones rebeldes hasta liberar sus pies. Ella se dejó caer hacia atrás sobre el colchón con un suspiro exagerado, extendiendo los brazos en cruz.

—Estoy agotada. Arreglar bicicletas es un trabajo muy duro.

—Ya lo veo —sonreí, tirando de las sábanas para cubrirla—. Sobrevivirás. Mañana tienes colegio y entrenamiento, así que necesito que esa batería esté al cien por cien. ¿Has dejado la bolsa del dojo en la entrada?

—Sí, papá —respondió, acomodándose bajo el edredón nórdico hasta que solo se le veía la cara—. Y la mochila. Todo listo para la sargento Clover.

Me senté en el borde de su cama y le aparté un mechón oscuro de la frente. Sus ojos turquesa, clavados en los míos, parpadeaban cada vez más despacio.

—Eres la mejor, ¿lo sabías? —le dije en voz baja, inclinándome para darle un beso en la frente.

—Lo sé —murmuró, cerrando los ojos con una sonrisa soñolienta —. Tú tampoco estás mal, piloto. Buenas noches.

—Buenas noches, fiera. Descansa.

Me quedé un momento mirándola respirar, sintiendo esa presión cálida en el pecho que solo ella conseguía provocarme. Apagué la lámpara de la mesita de noche, dejé la puerta entreabierta y bajé de nuevo a la planta baja. El silencio de la cabaña me golpeó en cuanto me quedé solo, pero era un silencio al que ya estaba acostumbrado.

Fui directo a la pequeña mesa del salón que usaba como escritorio, encendí el ordenador portátil y abrí la aplicación de videollamadas. El huso horario jugaba a nuestro favor esta semana, así que no tuve que esperar mucho antes de que la pantalla parpadeara y mostrara el rostro de mi hermano mellizo.

Cormac estaba sentado en lo que parecía ser un barracón o una oficina improvisada de su base militar, iluminado por una luz fluorescente que le marcaba las ojeras. Tenía el mismo pelo oscuro

que yo, aunque cortado al ras por exigencias del ejército, y los mismos ojos turquesa que compartíamos los Donovan.

—Hombre, el soltero de oro de Wildwater Falls —saludó Cormac, frotándose la mandíbula sin afeitar—. ¿A qué debo el honor? ¿La tormenta te ha dejado en tierra?

—Mañana empiezo a las seis —suspiré, echándome hacia atrás en la silla—. Quería ver esa cara de amargado que tienes antes de irme a dormir. ¿Qué tal por allí?

—Arena, calor, heridos y café de mierda. Lo normal —Cormac esbozó media sonrisa—. ¿Cómo está mi sobrina favorita?

—Es tu única sobrina, idiota. Y está bien. Acaba de dormirse después de destrozarse las manos de grasa arreglando una rueda pinchada. Está enorme, Mac. Ojalá pudieras verla más a menudo.

La sonrisa de mi hermano vaciló un milímetro, ensombrecida por la distancia y por todo lo que nuestra familia había perdido.

—Lo sé —murmuró—. Iré en el próximo permiso, lo prometo. Oye... ¿tienes esa cara por el trabajo o ha pasado algo más?

Maldito vínculo de mellizos. Nunca podía ocultarle nada. Pasé un dedo por el borde del teclado, buscando las palabras, sintiendo cómo el cansancio se transformaba en una piedra en mi estómago.

—Hoy era su cumpleaños —dije en voz baja.

Cormac no preguntó de quién hablaba. Ambos lo sabíamos.

—La he llamado tres veces esta mañana, Mac —continué, sintiendo la frustración espesándome la voz—. Solo quería felicitarla. Quería decirle que Octavia había dibujado una tarjeta para ella. Ha rechazado todas y cada una de las llamadas. Ni siquiera ha dejado que salte el buzón de voz.

Cormac cerró los ojos un segundo, apretando los labios.

—Caleb, tienes que dejar de insistir. —Su tono no era de reproche, sino de una profunda y dolorosa resignación—. Te estás haciendo daño a ti mismo. Mamá es... mamá está rota. Es demasiado cabezota y está demasiado envuelta en su propio dolor

como para preocuparse por nadie que no sea ella misma. Y mucho menos por ti.

—Es mi madre.

—Y Carson era nuestro hermano. Pero él ya no está, y ella decidió que la culpa fue tuya. —Cormac se inclinó hacia la cámara, mirándome con una dureza necesaria—. No puedes obligarla a perdonarte por algo que, para empezar, no hiciste mal. Tú eras el piloto. Tomaste la decisión médica que había que tomar.

—Yo estaba allí, Mac. Tú no —repliqué, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Yo lo dejé en la nieve.

—Y yo no estaba para ayudaros. Todos cargamos con algo, hermano. Pero no puedes seguir mendigando un cariño que ella no quiere darte. ¿Cómo lo lleva Octavia?

Tragué saliva, apartando la mirada de la pantalla. Esa era la parte que más me destrozaba.

—Ha dejado de preguntar por ella —admití, sintiendo un nudo en la garganta—. Ya no me pide que la llamemos, ni pregunta por qué la abuela no viene a verla. Simplemente... lo ha asumido. Tiene diez años y ha asumido que su abuela no la quiere.

Cormac soltó una maldición en voz baja.

—Céntrate en la niña, Caleb. Y en papá, y en Clover. Somos los que estamos. Deja a mamá con sus fantasmas.

Hablamos unos minutos más, intentando aligerar el ambiente con anécdotas estúpidas del pasado, hasta que a Cormac lo llamaron por la megafonía de su base y tuvimos que despedirnos.

Cerré el portátil y me froté los ojos hasta ver destellos.

Subí a mi habitación, me quité la ropa y me metí en la cama, mirando las vigas de madera del techo en la penumbra. Cormac tenía razón. Tenía que dejar de castigarme buscando la absolución de mi madre. Ella nunca me perdonaría, y yo tampoco estaba seguro de querer perdonarla a ella por repudiar a Octavia.

Yo sabía lo que había hecho. Sabía que evacuar a la chica de los O'Malley era lo que debía hacer, su diagnóstico de campo era peor,

casi la perdemos dos veces durante el vuelo. Elegir algo distinto hubiera supuesto la muerte de la chica, quizá de ambos. Y aunque la muerte de Carson seguiría pesándome en la conciencia hasta el día que me muriera, no iba a dejar que ese peso aplastara la infancia de mi hija.

Giré sobre mi costado, intentando relajar los músculos tensos.

Mi mente, buscando una vía de escape al dolor familiar, derivó hacia lo que Octavia me había contado antes de cenar. Una vecina nueva. Una cirujana. A cien metros de mi puerta.

Me pregunté qué clase de mujer dejaba todo para mudarse a una cabaña aislada en mitad de un invierno en Wildwater Falls. Me prometí a mí mismo que, en cuanto tuviera un día libre, cruzaría el camino de grava para presentarme formalmente, darle la bienvenida al pueblo y agradecerle que hubiera ayudado a mi hija.

Cerré los ojos y, por primera vez en semanas, me quedé dormido sin soñar con la tormenta.

* * *

El viento cruzado intentó tirarnos contra la fachada este del *Wildwater Regional Trauma Center*, pero mantuve el morro del helicóptero firme, compensando con los pedales hasta que los patines tocaron el asfalto del helipuerto con un golpe seco.

Corté gases inmediatamente mientras las puertas traseras se abrían de golpe.

—¡Venga, sacadlo, sacadlo! —rugió Ian por encima del ruido ensordecedor de los rotores.

Giré la cabeza justo a tiempo para ver cómo Ian y Noah bajaban la camilla con el senderista que acabábamos de sacar del fondo del cañón. Había sido un rescate de mierda. De los que te ponen los nervios de punta. Un cable de grúa a sesenta metros de altura con ráfagas de viento de cuarenta nudos. Pero para eso estábamos nosotros. Éramos el equipo Alfa. Ian Collins era, de largo, el mejor

bombero de rescate de todo el estado: frío, calculador y con una fuerza descomunal. Y Noah Grant... Noah era el más joven, pero lo compensaba con una dedicación casi kamikaze como técnico sanitario. Nos entendíamos sin hablar. En el aire, éramos un solo organismo.

Me quité el casco de vuelo, me pasé una mano por el pelo sudado y salté a la plataforma tras ellos.

Veinte minutos después, el paciente estaba estabilizado en el box de urgencias y nosotros tres ocupábamos la pequeña sala de descanso del personal de vuelo en la segunda planta del hospital.

Llevábamos los monos de rescate, gruesos, ignífugos y manchados de barro y nieve. Noah estaba apoyado contra la encimera, dándole pequeños sorbos a un vaso de cartón con café humeante mientras intentaba entrar en calor.

—Te juro que pensé que el cable iba a ceder cuando esa ráfaga nos golpeó en la cornisa —comentó Noah, con los ojos brillantes por el subidón de adrenalina—. Has clavado el estacionario, Caleb. Ni un maldito milímetro de desvío.

—Si nos hubiéramos desviado un milímetro, ahora seríamos un adorno de chatarra en los rápidos del Knifewater —repliqué, dejándome caer en una silla de plástico y aceptando el café oscuro que Ian me tendía—. Buen trabajo bajando a por él, Ian. Estaba encajado en un hueco asqueroso.

Ian se encogió de hombros, imperturbable como siempre, dándole un trago a su propio café.

—Solo era un turista asustado con una pierna rota. Pan comido. Aunque la próxima vez que alguien decida ir a buscar la foto perfecta con una alerta por ventisca, juro que lo dejo colgado del pino.

Noah soltó una carcajada, frotándose las manos alrededor del vaso caliente. La camaradería que teníamos era lo único que me mantenía cuerdo en los días difíciles. Éramos una máquina bien engrasada. Confiaba en estos dos cabrones con mi vida y sabía que ellos confiaban en mí con las suyas.

—Venga —dije, apurando el líquido amargo y tirando el vaso a la papelera—. Volvamos a la base antes de que la tormenta decida cerrarnos el espacio aéreo del todo. Nos quedan seis horas de turno.

Salimos de la sala de descanso y caminamos por los pasillos asépticos y bien iluminados del hospital. El contraste entre la urgencia de nuestro trabajo y la calma clínica del edificio siempre me resultaba extraño. Íbamos bromeando sobre quién pagaría las cervezas el viernes cuando doblamos la esquina hacia el ascensor principal.

Iba mirando a Noah, riéndome de una de sus estupideces, y no vi quién venía de frente hasta que fue demasiado tarde.

Chocamos.

Mi hombro golpeó contra alguien, no lo bastante fuerte como para tirarla, pero sí lo suficiente para hacerla tropezar.

—¡Joder, perdona! —solté al instante, extendiendo la mano por instinto para agarrarla por el brazo y estabilizarla—. No miraba por dónde...

La frase murió en mi garganta.

Mi prima, Sloane Parker, la directora médica del hospital, estaba a un paso de distancia, con su habitual traje de chaqueta impecable y una carpeta en las manos. Pero no había chocado con Sloane.

Había chocado con la mujer que la acompañaba.

Levanté la vista. Llevaba una bata médica blanca impecable sobre unos pantalones oscuros. El pelo castaño le caía en ondas sueltas sobre los hombros. Cuando levantó la cabeza y me miró, sentí como si el suelo del hospital hubiera desaparecido bajo mis botas de rescate.

Aquellos ojos. Inteligentes, agudos y cargados de un pasado que me ahogaba.

Hannah.

Hannah O’Malley.

No era la niña de quince años a la que había sacado de la nieve cubierta de sangre. Era una mujer de veintisiete años,

asombrosamente hermosa, con una expresión de seguridad absoluta que vaciló una fracción de segundo al chocar con mi mirada.

El aire abandonó mis pulmones de golpe.

—¡Hannah! —El grito eufórico de Noah rompió el silencio.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Noah dio un paso al frente, la rodeó con los brazos y la levantó del suelo en un abrazo cargado de alegría pura. Ella soltó una risa ahogada, correspondiendo al abrazo de inmediato.

—¡Noah! Estás enorme, mírate —dijo ella cuando el chico la dejó en el suelo, palmeándole los hombros cubiertos por el grueso tejido del uniforme de rescate.

Ian dio un paso adelante. Su rostro endurecido se suavizó apenas un milímetro, algo que solo quienes lo conocíamos bien podíamos notar. Le tendió una mano enorme y callosa.

—Bienvenida de nuevo a Wildwater Falls, Hannah —dijo Ian, con esa corrección grave y respetuosa que lo caracterizaba.

—Gracias, Ian —respondió ella, estrechándole la mano con firmeza. Su voz... era más grave, más adulta, pero seguía siendo la suya.

Y entonces, sus ojos volvieron a mí.

Sloane me miraba, esperando que yo dijera algo. Noah me miraba con una sonrisa vacilante. Ian me observaba de reojo, percibiendo la tensión como un lobo huele la sangre.

Y Hannah... Hannah me sostenía la mirada con la barbilla ligeramente alta. Orgullosa. A la defensiva. Como si estuviera esperando el golpe.

Millones de ideas se agolparon en mi cabeza. El frío de la montaña. La sangre en la nieve. La cara de Carson pidiéndome que me la llevara a ella. El hecho de que estuviera viva. El hecho de que fuera tan dolorosamente preciosa. El odio de mi madre. Mi propia culpa envenenándome la sangre.

Abrí la boca, pero las cuerdas vocales no me respondieron. No supe qué decir. No había un maldito manual para esto. No podía

simplemente decirle "hola" a la chica por la que mi hermano había muerto.

Mi mandíbula se tensó hasta doler. Sentí el pulso latiendo en mis sienes.

Sin decir una sola palabra, apreté los labios en una línea dura, solté su brazo como si me hubiera quemado, di media vuelta y caminé hacia las puertas del ascensor.

—Caleb... —escuché murmurar a Sloane a mis espaldas, pero la ignoré.

Presioné el botón del ascensor con fuerza, manteniendo la espalda recta, estoico, huyendo del pasillo como un puto cobarde. Me metí en la cabina en cuanto se abrieron las puertas, clavando la vista en el panel de números hasta que el metal se cerró frente a mí, ocultándome de ella.

Solo entonces me permití respirar, temblando bajo el uniforme de rescate.

Había vuelto. Estaba aquí. Y yo no estaba preparado para la tormenta que acababa de entrar en mi vida.

TRES

Hannah

El silencio que dejó Caleb Donovan a su paso fue mucho más ensordecedor que el ruido de los rotores del helicóptero que acababa de aterrizar.

Me quedé clavada en el pasillo, con la mano aún medio extendida en el aire, sintiendo cómo el frío del roce de su uniforme de rescate se evaporaba de mi piel. Mi ritmo cardíaco estaba disparado, golpeando contra mis costillas con una fuerza que me mareó. Noah me miraba con preocupación, la sonrisa borrada de su rostro adolescente convertido en hombre, e Ian mantenía esa expresión indescifrable y pétrea, evaluando la situación en silencio.

«Me odia».

No había dicho una sola palabra. Me había mirado con esos ojos azul turquesa cargados de una tormenta insondable y, simplemente, se había dado la vuelta. Me culpaba. Doce años después, seguía viendo en mí a la chica que le había robado la vida a su hermano.

—Hannah —la voz de Sloane Parker, firme y profesional, cortó el aire tenso—. Ven conmigo.

No esperó a que respondiera. Me tomó suavemente del brazo, interponiéndose entre los chicos de rescate y yo, y me guio con rapidez por el pasillo hasta empujar la puerta de la pequeña salita de descanso de la planta.

El cuarto olía a café recalentado y a desinfectante. Sloane cerró la puerta a nuestras espaldas, aislándonos del ruido del hospital. Me dejé caer contra la encimera, apretando los bordes de la madera con ambas manos hasta que los nudillos se me pusieron blancos, intentando obligar a mis pulmones a coger aire con normalidad.

—Respira, O'Malley —ordenó Sloane, acercándose a la máquina expendedora de agua para servirme un vaso de plástico—. Estás hiperventilando.

—Estoy bien —mentí, la voz temblándome de forma patética—. Es solo... ha sido muy repentino. No esperaba verlo tan pronto. Me odia, Sloane. Ha sido evidente. Cree que es culpa mía.

Sloane me tendió el vaso de agua y se apoyó en la encimera a mi lado, cruzándose de brazos. Con su traje sastre oscuro y su postura impecable, irradiaba una autoridad que resultaba extrañamente tranquilizadora.

—Caleb no te odia, Hannah. Te lo aseguro a ciencia cierta —dijo Sloane con un tono suave, despojándose por un momento de su armadura de directora médica—. Y no te culpa por lo de Carson. Nunca lo ha hecho.

—Entonces, ¿por qué ha huido como si yo fuera su peor pesadilla? —repliqué, bebiendo un sorbo de agua para calmar la sequedad de mi garganta.

Sloane suspiró, pasándose una mano por el puente de la nariz.

—Porque es un idiota emocional que no sabe gestionar las sorpresas. Y porque la culpa es mía. Debí decírselo. Debí prepararlo y avisarle de que la nueva Jefa de Trauma eras tú, pero con la reestructuración de la planta y los presupuestos, lo he ido posponiendo. No esperaba que os cruzarais antes de tu primer día en planta.

Fruncí el ceño, procesando la información.

—¿No se lo dijiste a nadie? —pregunté, sintiendo una punzada de ansiedad—. ¿Cómo está el resto de su familia? ¿Cómo están sus padres? ¿Y Clover?

La postura de Sloane se tensó sutilmente. Su mirada se desvió hacia la ventana de la salita durante un milisegundo antes de volver a mí.

—Están... gestionándolo a su manera —evadió, con una diplomacia que gritaba que había problemas mucho más oscuros de los que quería admitir—. Pero no te he traído a mi hospital para hablar de mis tíos, Hannah.

Me separé de la encimera, sintiendo que mi orgullo profesional volvía a tomar las riendas. Necesitaba entender esto. Necesitaba saber si me habían traído aquí como un acto de caridad o como una penitencia.

—Entonces, ¿por qué yo, Sloane? —exigí saber, mirándola a los ojos—. Eres la directora médica. Podrías haber contratado a cualquier cirujano del estado. ¿Por qué ir hasta Chicago a buscar a la única chica que este pueblo asocia con su peor tragedia?

Sloane me sostuvo la mirada sin pestañear.

—Porque no dirijo este hospital basándome en los chismes de un pueblo traumatizado, Hannah. Lo dirijo basándome en los índices de supervivencia. —Dio un paso hacia mí, su voz cargada de convicción —. Te recluté por tu talento. Por tu currículum. He leído tus referencias del Chicago Mercy; dicen que tienes un instinto clínico que no se puede enseñar. Has abierto pechos en situaciones límite y tienes unas manos que no tiemblan bajo presión.

Tragué saliva, abrumada por la franqueza de sus palabras.

—Además —añadió Sloane, esbozando una media sonrisa irónica —, seamos realistas. Eres la única cirujana de tu nivel, con tu proyección y tu talento, que estaría dispuesta a abandonar una carrera en Chicago para mudarse a este pueblo perdido en las montañas, lidiando con motosierras, accidentes de escalada y ventiscas. Te necesitaba. Y confiaba en que tú también necesitaras volver.

Cerré los ojos un segundo. Tenía razón, maldita sea. Pero el dolor seguía ahí.

—Aun así, Sloane, deberías haber preparado a los Donovan —lamenté en voz baja—. Deberías haberles dicho que volvía. No quiero hacerles más daño.

Sloane acortó la distancia, poniendo una mano firme sobre mi hombro. Su agarre era fuerte, un ancla en medio de mi tormenta interna.

—Escúchame bien, Hannah O'Malley —dijo, con una severidad protectora—. Tú estabas inconsciente y te estabas desangrando. No tomaste ninguna decisión en ese barranco. No tienes la culpa de lo que le pasó a Carson, y te prohíbo estrictamente que dejes que nadie en este maldito pueblo te haga sentir culpable. ¿Me oyes? Ni Caleb, ni mi familia, ni los vecinos. Y sobre todo, no dejes que te culpe la persona más dura de todas: tú misma.

Asentí despacio. Las palabras de Sloane eran exactamente lo que necesitaba oír, aunque mi cerebro tardara un poco más en creérselas.

Iba a darle las gracias, a decirle que estaba lista para ver mi despacho, cuando el pomo de la puerta giró con un chasquido metálico.

La puerta se abrió, dejando entrar el ruido del pasillo, y una mujer vestida con un uniforme de enfermería de cirugía quirúrgica se quedó paralizada en el umbral.

Avery Collins.

La hermana de Ian. Y la última persona que había sostenido la mano de Carson Donovan antes de que muriera en la nieve.

La puerta se cerró a espaldas de Avery con un leve clic. Se quedó de pie en el umbral, con su pijama quirúrgico impecable y un fonendoscopio colgando del cuello. Su cabello, de un negro profundo y liso, enmarcaba un rostro de facciones llamativas y unos ojos claros que me escrutaron durante un segundo que se me hizo eterno. Doce años atrás, ella pertenecía a la corte de Carson Donovan. Era la chica popular que reía las gracias crueles de su grupo. Y, sobre todo, era la chica que le había sostenido la mano a Carson mientras daba su último aliento en la nieve.

Pero la sorpresa inicial en su rostro se transformó rápidamente en algo completamente distinto. La tensión desapareció de sus hombros y una sonrisa genuina, cálida y luminosa le cruzó los labios.

—Hannah —dijo, soltando el aire en una especie de suspiro aliviado—. Por fin.

No hubo dudas ni reservas. Avery acortó la distancia entre nosotras y me envolvió en un abrazo firme. Parpadeé, aturdida por un instante, antes de dejar caer mis defensas y devolverle el abrazo con la misma fuerza.

El roce de la tela de su uniforme me ancló al presente, pero la conexión entre nosotras era invisible y profunda. No habíamos mantenido el contacto por teléfono ni por redes sociales durante mi exilio en Chicago, pero en ese abrazo supe que nada de eso importaba. El accidente del autobús había barrido cualquier fricción adolescente, cualquier estupidez de instituto. Éramos supervivientes. Ambas sabíamos a qué sonaba el viento aquella noche y cuánto quemaba el frío. Ese vínculo no necesitaba mensajes de texto diarios para mantenerse sólido.

—Sabías que venía —afirmé al separarnos, notando cómo la ansiedad que Caleb me había dejado en el cuerpo empezaba a disiparse.

—Sloane me lo dijo hace un par de semanas en un ataque de estrés logístico —confesó Avery, lanzándole una mirada de complicidad a su jefa—. Y me hizo jurar que mantendría la boca cerrada. Ha sido una tortura no poder decírselo a nadie, pero me alegro tantísimo de verte, Hannah. De verdad. Mírate... la nueva jefa de trauma.

—Aún tengo que demostrar que me merezco el título —bromeé, sintiendo que por fin podía respirar con normalidad.

—Por favor. He leído un par de artículos sobre las cirugías torácicas que hacías en el Mercy —Avery hizo un gesto restándole importancia con la mano, apoyando la cadera contra la encimera—. Vas a hacer que nuestros cirujanos parezcan estudiantes de primer año.

Sloane, que había observado el reencuentro en silencio, se ajustó las solapas de su impecable blazer con un gesto que denotaba que la pausa emocional había terminado y tocaba volver a los negocios.

—Me alegra ver que la moral del equipo está alta, porque mañana a las ocho de la mañana empieza el espectáculo —anunció Sloane, mirándonos a las dos con su autoridad habitual—. Hannah, tu despacho está listo y tus claves de acceso al sistema ya están operativas. Pero sé que la transición de un mastodonte como el hospital de Chicago a un centro regional de montaña tiene su curva de aprendizaje. Los protocolos son distintos, el personal es más reducido y los recursos se gestionan de otra manera.

Asentí. Era consciente de ello. Con un bisturí en la mano, me daba igual estar en Chicago que en medio de un prado; sabía perfectamente lo que tenía que hacer para salvar una vida. Era buena y no tenía falsas modestias al respecto. Pero la logística de un nuevo hospital siempre era un campo de minas.

—Por eso —continuó Sloane, señalando a la morena que estaba a mi lado—, Avery te hará de soporte durante estos primeros días. Es una de nuestras mejores enfermeras de cirugía. Conoce los quirófanos, conoce a la plantilla y sabe cómo lidiar con el caos de la planta de trauma mejor que nadie. Te pondrá al día y te ayudará a organizar los turnos y las tareas hasta que vueles sola.

Miré a Avery, sintiendo una profunda oleada de gratitud.

Ser jefa de trauma significaba tener que ganarme el respeto de médicos y enfermeras que llevaban años trabajando juntos. Llegar como "la forastera" me ponía una diana en la espalda. Pero tener a Avery a mi lado... Avery era respetada. Y según Sloane era competente, implacable en su trabajo y una pieza clave del hospital. Que ella me cubriera las espaldas y validara mi autoridad frente al resto del equipo era un salvavidas que Sloane me estaba lanzando con mucha inteligencia.

—Será un placer, jefa —dijo Avery con un guiño, sacándome de mis pensamientos.

—El placer será mío, Collins. Intenta no asustarme mucho el primer día —respondí, devolviéndole la sonrisa.

—No prometo nada. Mañana a las ocho en el control de enfermería de la tercera planta. No llegues tarde.

Avery se despidió con un apretón en mi brazo y salió de la salita de descanso, dejándome a solas con Sloane.

—Gracias, Sloane —le dije en voz baja cuando la puerta se cerró. No solo le daba las gracias por el trabajo o por asignarme a Avery, sino por haberme defendido minutos antes.

—No me des las gracias. Demuéstrame que no me he equivocado trayéndote —respondió, recogiendo una carpeta de la mesa—. Vete a casa, O'Malley. Deshaz las maletas, descansa y prepárate. Mañana salvamos vidas.

Salí del hospital con una sensación extraña en el cuerpo. El frío del atardecer en Wildwater Falls me golpeó el rostro mientras caminaba hacia mi todoterreno en el aparcamiento.

Había sobrevivido a mi primer encontronazo con el pasado. El desprecio silencioso de Caleb aún me escocía en el pecho, una herida que iba a tardar en cerrarse, pero el abrazo de Avery y la confianza de Sloane me habían recordado por qué estaba allí.

* * *

El enorme camión de mudanzas bloqueaba casi por completo mi entrada de grava cuando llegué a la cabaña con las últimas luces de la tarde. Tras el día tan intenso emocionalmente que había tenido, la idea de enfrentarme a un mar de cajas de cartón me daba ganas de echarme a llorar, pero la realidad fue mucho más amable.

—Todo listo, doctora O'Malley —me saludó el capataz de la empresa de mudanzas, bajando la rampa trasera del camión y pasándose el dorso de la mano por la frente sudada—. Hemos montado los muebles del salón, la cama principal y conectado todos

los electrodomésticos. Las cajas están en las habitaciones correspondientes.

—No saben cuánto se lo agradezco —les dije, dándoles una generosa propina y firmando el albarán de entrega con una sonrisa de puro alivio.

Me despedí de los operarios y entré en la cabaña. El olor a pino seguía ahí, pero ahora se mezclaba con el aroma familiar de mis propias cosas. Mi gran sofá gris esquinero presidía el salón, la televisión estaba en su sitio y la alfombra que tanto me gustaba cubría la madera del suelo. Aún quedaban docenas de cajas por desembalar, pero de repente, este lugar aislado en la montaña ya empezaba a parecerse a un hogar.

Me preparé una taza de té caliente, me quité las botas dejándolas en la entrada y me dejé caer en el sofá, subiendo las piernas y asegurándome de que el pantalón me cubriera bien la cicatriz. Abrí mi portátil, lo acomodé sobre mis rodillas y pulsé el botón de videollamada grupal.

Apenas sonó dos veces antes de que la pantalla se dividiera en dos ventanas.

En la primera aparecieron mis padres, sentados muy juntos en el sofá de su casa en Portland. Mi madre, Mary, tenía el mismo pelo castaño que yo, aunque salpicado de unas elegantes canas que se negaba a teñirse. Mi padre, Ben, esbozó esa sonrisa tranquila que arrugaba las esquinas de sus ojos.

En la segunda ventana apareció mi hermano pequeño, Patrick. Llevaba una camiseta gris de tirantes y tenía una toalla al cuello, evidente señal de que acababa de llegar del gimnasio o del parque de bomberos donde estaba terminando su formación.

—¡Mírala! La nueva dictadora del bisturí de la montaña —saludó Patrick, acercándose tanto a la cámara que casi le vi los poros de la nariz—. ¿Qué tal tu primer día mandando a gente más mayor que tú?

—Yo también me alegro de verte, bicho raro —repliqué con una carcajada, sintiendo cómo la tensión de las últimas horas se derretía

un poco bajo el calor de mi familia—. Y aún no mando a nadie. Mañana empiezo oficialmente.

—Cariño, qué alegría verte —dijo mi madre, Mary, inclinándose hacia la pantalla con una sonrisa que no lograba ocultar la sombra de ansiedad en sus ojos—. ¿Has llegado bien? ¿Cómo es la casa?

—La casa es preciosa, mamá. Rústica, pero han instalado mis cosas y ahora mismo estoy sentada en mi propio sofá. Es muy acogedora.

—Me alegra oír eso, Hannah —intervino Ben, mi padre, con su voz profunda y reconfortante—. Estamos muy orgullosos de ti. Jefa de cirugía de trauma a los veintisiete... en Chicago todavía se están tirando de los pelos por haberte dejado marchar.

—Gracias, papá —sonreí, envolviendo las manos alrededor de mi taza de té—. La verdad es que las instalaciones están muy bien. Sloane Parker me ha enseñado todo el hospital. Voy a tener recursos para hacer grandes cosas aquí.

Hubo un pequeño silencio en la línea. Mencionar a los Donovan o a alguien relacionado con ellos siempre era un detonante en mi familia. Sloane era prima de los Donovan, y cualquier cosa que les recordara a esa parte del pueblo nos llevaba irremediablemente al elefante en la habitación.

Mary suspiró, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz.

—Hannah... sabes que respeto tu decisión. Sabes que tu padre y yo te apoyamos al cien por cien cuando decidiste aceptar esa oferta. Pero no puedo evitar preocuparme —confesó mi madre, y su voz se quebró ligeramente—. Volver a Wildwater Falls... Sé cómo funciona ese pueblo. Sé lo arraigada que está la familia Donovan. Y sé que no verán con buenos ojos que hayas regresado. La madre de Carson nunca dejó de... bueno, tú ya lo sabes.

Tragué saliva, sintiendo el regusto amargo del té en la lengua. La instintiva necesidad de protegerles me pedía que mintiera, que dijera que todo había ido como la seda, pero nunca nos habíamos mentido los unos a los otros. El exilio nos había unido demasiado para eso.

—Ya lo sé, mamá. Y tienes razón —admití, bajando la mirada hacia la taza—. De hecho... hoy me he cruzado con Caleb.

El ambiente de la videollamada cambió drásticamente. Patrick dejó de juguetear con la toalla y se puso serio al instante. Ben frunció el ceño, su instinto protector activado en un milisegundo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Patrick, con un tono más oscuro, el tono de un hermano pequeño dispuesto a coger el coche y conducir tres horas para partirle la cara a alguien. Atrás quedaba la fascinación que sentía por Caleb cuando era solo un niño.

—No me ha dicho nada. Literalmente —suspiré, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá—. Chocamos en un pasillo. Venía de un rescate con Ian Collins y Noah. Me miró como si hubiera visto a un fantasma, se dio media vuelta y se marchó. Sloane me acompañó a una sala después. Me dijo que no le había avisado de mi llegada, que le pilló por sorpresa, y me aseguró que él no me culpa... pero fue duro. Sentí que me odiaba.

Ben se acercó a la pantalla, ocupando gran parte de la cámara. Su rostro reflejaba una mezcla de amor absoluto y una firmeza inquebrantable.

—Hannah, escúchame bien —dijo mi padre, con esa voz que siempre lograba anclarme al suelo cuando el mundo giraba demasiado deprisa—. Caleb Donovan carga con sus propios demonios, y su familia carga con un dolor terrible. Pero tú no eres responsable de nada de eso. Te apoyamos, cariño. Como padre, estoy cabreado y preocupado de que tengas que pasar por esto, de que alguien te haga sentir mal por estar viva. Pero confío en ti. Eres la mujer más fuerte que conozco.

—Papá tiene razón —añadió Patrick, asintiendo con fuerza—. Que se jodan si no saben lidiar con sus traumas. Tú has ido allí a hacer tu trabajo y a salvar vidas. Si Caleb Donovan no puede mirarte a la cara, es su problema, no el tuyo. Y si hace falta, iré a hacerle una visita.

—Ni se te ocurra, Patrick O'Malley —le advertí, apuntándole con el dedo a través de la pantalla, aunque no pude evitar sonreír—. Lo

tengo controlado. Sloane me dejó las cosas muy claras, y me ha puesto a Avery Collins como enfermera de enlace. Ella también se ha alegrado mucho de verme.

—¿Avery? —se sorprendió mi madre—. Vaya, eso... ¿eso es una buena noticia?

—Lo es. Y estaré bien, de verdad —les aseguré a los tres, intentando transmitirles una confianza que, poco a poco, empezaba a sentir como real—. No estoy sola. Tengo a Avery, a Sloane cubriéndome las espaldas en la dirección... y tengo a mis amigos. Mañana veré a Savannah y a Noah. Y además, Logan me mandó un mensaje ayer; vuelve en unos meses al pueblo para incorporarse como cirujano ortopédico en el hospital.

La tensión en el rostro de mis padres se relajó notablemente al escuchar esos nombres. Saber que mi viejo núcleo de amigos, los otros supervivientes, estaban allí para formar un muro a mi alrededor les daba paz.

—Muy bien, cariño. Si tienes a los tuyos, estoy más tranquila —suspiró Mary, llevándose una mano al pecho—. Pero prométeme que nos llamarás si las cosas se ponen feas.

—Lo prometo, mamá.

—Y mándanos fotos de la cabaña entera cuando quites todas esas cajas —exigió Patrick, recuperando su tono burlón—. Quiero ver la habitación que invadiré cuando vaya de visita.

—Te colgaré la llamada, enano —le amenacé con cariño.

Nos despedimos con risas y promesas de hablar durante el fin de semana. Cuando cerré el portátil, el salón volvió a quedar en silencio, un silencio cómodo y apacible que reflejaba a la perfección Wildwater Fasu entorno. Una lástima que la gente del pueblo no fuera igual.

Había vuelto al epicentro del dolor de los Donovan, sí. Caleb me había rehuido y el pueblo me juzgaría. Pero yo era una O'Malley, tenía a mi familia respaldándome desde la distancia, a mis amigos esperándome y vidas que salvar. Apuré mi té, apagué las luces del

salón y me fui a la cama dispuesta a comerme el mundo a la mañana siguiente.

CUATRO

Hannah

Llegué al control de enfermería de la tercera planta a las siete y cincuenta de la mañana. Me había puesto unos pantalones de vestir anchos de color azul marino, una blusa de seda clara y mi bata blanca con el bordado de Jefa de Cirugía de Trauma reluciendo en el bolsillo superior. Tenía el estómago revuelto por los nervios, pero mi postura era la de alguien que estaba exactamente donde debía estar.

Avery Collins ya me estaba esperando, apoyada en el mostrador con una taza de café en la mano y una tableta digital en la otra.

—Puntual. Me gusta —fue su saludo, entregándome un segundo vaso de café que había dejado sobre el mostrador—. Bienvenida a la trinchera, doctora O'Malley.

—Gracias, Collins. Necesitaba esto —dije, dándole un sorbo al café—. ¿Por dónde empezamos?

—Por una visita rápida y las presentaciones oficiales antes de que empiecen a llegar los accidentados del día —dijo Avery, poniéndose en marcha con paso enérgico.

Durante la siguiente hora, Avery fue la guía perfecta. Me llevó por los quirófanos, la zona de reanimación y las salas de observación. Fue presentándome al personal esencial: enfermeras de planta, anestesistas y a un par de cirujanos adjuntos que llevaban años en el hospital. Para mi sorpresa y alivio, todo el mundo fue increíblemente cálido y respetuoso. No vi miradas de soslayo ni

cuchicheos. Quizás Sloane Parker había dejado las cosas claras, o quizás en un hospital de montaña valoraban más tener un par de manos expertas que hurgar en los fantasmas del pasado.

Estábamos terminando la ronda cerca de los ascensores cuando las puertas metálicas se abrieron de golpe y una figura conocida salió casi corriendo, frenando en seco al vernos.

—¡Hannah!

Era Savannah. Llevaba el pijama azul claro de enfermera de urgencias, un fonendoscopio al cuello y el cabello de un intenso color caoba cayéndole en ondas sueltas sobre los hombros. Su rostro, de facciones suaves y mirada increíblemente dulce, se iluminó por completo.

Solté la carpeta que llevaba y abrí los brazos justo a tiempo para recibir su abrazo. Olía a vainilla y a algo cálido y dulce que era pura Savannah, una mezcla que me transportó de inmediato a nuestras videollamadas y a los pocos viajes que habíamos logrado cuadrar a lo largo de los años.

—Mírate, estás preciosa —le dije al separarnos, sosteniéndola por los hombros.

Savannah se sonrojó levemente, bajando un poco la mirada y ajustándose el uniforme sobre las caderas en un gesto casi inconsciente de inseguridad. Siempre le había pasado; tenía un cuerpo voluptuoso y unas curvas de infarto, pero arrastraba un complejo físico desde el instituto que nunca había logrado sacudirse del todo.

—Y tú pareces la dueña de este lugar —respondió Savannah, con esa voz suave y amable que la convertía en la mejor enfermera de urgencias para calmar a pacientes aterrorizados—. Qué alegría tenerte por fin en casa, Hannah. De verdad.

—Yo también me alegro de estar aquí, Sav —le aseguré, apretándole la mano—. Siento no haberte llamado anoche, la mudanza me dejó exhausta.

—Ni te preocupes por eso. De hecho, por eso he subido —Savannah me dedicó una sonrisa cómplice—. Termino mi turno a las seis. Había pensado en pasarme por tu cabaña con un par de pizzas y unas tartaletas de manzana de la panadería de Phillip para ayudarte a desembalar cajas. Avery, ¿te apuntas?

—Imposible, hoy doblo turno —se lamentó Avery con una mueca —. Pero os tomo la palabra para el fin de semana.

—Me parece un plan perfecto, Sav. Te espero a las seis y media —acepté encantada. La idea de pasar la tarde rodeada de cajas no sonaba tan mal si era con una de mis mejores amigas y con los dulces de su marido.

Savannah se despidió con otro abrazo rápido, prometiendo no llegar tarde, y volvió corriendo al ascensor porque urgencias era un caos en ese momento.

Avery y yo regresamos a la sala de reuniones de trauma, donde el equipo de cirujanos de guardia nos esperaba para el cambio de turno y la revisión de casos complejos. Me senté en la cabecera de la mesa. Era el momento de la verdad. Podía ser cercana y amable en los pasillos, pero aquí era donde tenía que ganarme mi sueldo.

El doctor Evans, uno de los cirujanos veteranos, encendió la pantalla de la pared.

—Doctora O'Malley, tenemos dos casos de anoche que nos tienen dudando sobre el procedimiento a seguir —empezó Evans, proyectando una tomografía—. Paciente uno: varón de cuarenta años, caída desde cuatro metros haciendo escalada libre. Presenta esta fractura pélvica compleja. El doctor Miller sugiere fijación externa inmediata, pero me preocupa la posible lesión arterial oculta.

Me incliné hacia adelante, mis ojos escaneando las imágenes en escala de grises. Mi cerebro entró en ese estado de fluidez absoluta que solo encontraba en la medicina. La sala desapareció, solo enfocándome en el problema que tenía ante mí.

—Miller se equivoca —dije con voz firme, levantándome y acercándome a la pantalla. Señalé una pequeña sombra cerca de la

arteria ilíaca—. La fijación externa a ciegas podría rasgar esto. Hay un hematoma retroperitoneal expandiéndose lentamente. Si lo movemos sin control vascular, se desangrará en la mesa. Necesitamos hacer una angiografía primero, embolizar el vaso sangrante si lo hay, y luego hacer una fijación interna con placas, no externa. Yo me encargaré de la cirugía esta tarde. Preparen el quirófano dos.

Hubo un par de segundos de silencio en la sala. Los médicos intercambiaron miradas y, finalmente, Evans asintió, visiblemente impresionado.

—Bien visto, doctora. —Evans cambió la diapositiva—. Paciente dos: mujer de sesenta años, accidente de tráfico por hielo. Trauma cerrado de abdomen. El FAST fue negativo en urgencias, pero la paciente está taquicárdica y su hematocrito está bajando lentamente.

Apenas necesité diez segundos para evaluar los signos vitales proyectados junto al historial.

—Rotura esplénica en dos tiempos —diagnostiqué con seguridad, cruzándome de brazos—. El bazo ha sangrado, pero el coágulo lo ha contenido temporalmente. El escáner inicial no vio el líquido libre, pero se va a romper del todo en cualquier momento y será catastrófico. Avery, programa un TAC abdominal con contraste de inmediato. Si veo lo que creo que voy a ver, la subimos a quirófano para una esplenectomía de urgencia antes del mediodía.

—A la orden, jefa —dijo Avery, tecleando rápidamente en su tableta, con una pequeña sonrisa de orgullo asomando en sus labios.

Miré alrededor de la mesa. Nadie cuestionó mi decisión. Había rapidez, había consenso y, lo más importante, había respeto.

Había vuelto a Wildwater Falls como la chica que sobrevivió al accidente, pero en esta planta, frente a estas pantallas, yo era Hannah O’Malley, cirujana de trauma. Y aquí, yo tenía el control absoluto.

* * *

El trayecto de vuelta a la cabaña por la *Riverbend Road* se me hizo mucho más corto que el día anterior. Apagué el motor del coche y me quedé un momento apoyada en el volante, dejando salir un suspiro largo y cargado de satisfacción.

Mi primer día como Jefa de Trauma había sido un éxito rotundo. Las cirugías habían salido a la perfección, Avery me había salvado la vida con la organización de la planta y, lo más importante para mi paz mental, no me había cruzado con Caleb Donovan en ningún pasillo. El equipo de rescate aéreo no había traído a nadie por la tarde, lo que significaba que había podido hacer mi trabajo sin la presión asfixiante de sus ojos turquesa juzgándome desde la distancia.

Cogí el bolso, me bajé del coche y el aire helado de la tarde me llenó los pulmones. Me estaba girando para caminar hacia el porche cuando un movimiento brusco entre los árboles llamó mi atención.

A unos diez metros del límite de mi parcela de grava, Octavia estaba enfrascada en lo que parecía una pelea a muerte contra un enemigo invisible. Llevaba unos pantalones de chándal grises y una sudadera, y lanzaba patadas y barridos al aire con una concentración absoluta y un equilibrio sorprendente.

Me apoyé en el capó del todoterreno y me crucé de brazos, observándola con una sonrisa divertida.

—No sé qué te ha hecho ese trozo de aire, pero creo que ya le has dado una buena paliza —dije en voz alta.

Octavia se detuvo en seco, bajando la pierna con agilidad, y se giró hacia mí. Sus enormes ojos azules se iluminaron al reconocerme y trotó hacia mi entrada, sin mostrar ni un ápice de vergüenza por haber sido pillada peleando sola en el bosque.

—¡Hola, cirujana Hannah! —me saludó, con la respiración un poco agitada—. No estaba peleando, estaba repasando mis *katas*. Tengo que subir de nivel en el dojo y no quiero que Jax me gane.

—¿Jax? —pregunté, acercándome a ella y apoyando la cadera contra el morro del coche.

—Mi mejor amigo del colegio —explicó Octavia, encogiéndose de hombros—. Es bueno, pero yo soy más rápida. Aunque él dice que es porque tiene las piernas más cortas. Excusas de perdedor, ya sabes.

Solté una carcajada limpia. Me encantaba la naturalidad de esta niña. Tenía el desparpajo de alguien que había sido criada con confianza y sin demasiados filtros.

—Totalmente. Una buena técnica siempre vence a unas piernas cortas —le di la razón con solemnidad—. ¿Entrenas todos los días?

—Casi todos. Aunque preferiría estar entrenando a un cachorro —su expresión se volvió de repente un poco más lúgubre, y pateó una piedra de la grava con la punta de la zapatilla—. Llevo meses pidiéndole un perro a mi padre. Un pastor alemán, o un golden retriever, me da igual. Uno grande.

—¿Y por qué no te deja? Aquí tenéis muchísimo espacio para que corra —dije, mirando el inmenso bosque que rodeaba nuestras cabañas. Era el paraíso para cualquier perro.

—Ya se lo he dicho —bufó Octavia, cruzándose de brazos de una forma que me resultó extrañamente familiar—. Pero dice que no podemos. Pasa muchísimas horas trabajando. A veces tiene turnos larguísimos, de esos de doce horas en los que no sabe a qué hora va a volver, y dice que no sería justo para un animal pasarse todo el día solo en casa mientras yo estoy en el colegio y él trabajando. Dice que un perro necesita atención, alguien que lo entrene, sacarlo a hacer pipí, a correr. Esas cosas, ya sabes.

Asentí despacio. Aunque me daba pena verla decepcionada, no podía evitar respetar a su padre.

—Oye, es un rollo, lo sé —le dije con suavidad—, pero tu padre tiene razón. Es una decisión muy responsable. Un perro necesita mucho tiempo. Al menos sabes que cuando te diga que sí, será porque va a ser el perro más feliz del mundo.

—Supongo —concedió a regañadientes—. Así que, por ahora, solo me queda Jax. Y el bosque. Jugamos mucho por aquí.

—Lo sé. Estos bosques son geniales para esconderse —le guiñé un ojo, cruzando los brazos sobre el pecho para combatir el frío que empezaba a calar en mi blusa de seda—. Yo también crecí en Wildwater Falls, ¿sabes? Cuando tenía tu edad, mis amigos y yo nos pasábamos el día metidos entre estos árboles.

Octavia abrió mucho los ojos, genuinamente sorprendida.

—¿De verdad? Creía que venías de la ciudad. Como las cajas de tu mudanza eran tan grandes...

—Vengo de Chicago ahora, pero viví aquí hasta los quince años. —Una punzada de nostalgia me apretó el pecho, pero la aparté para mantener el tono ligero—. Mis amigos Logan, Savannah, Noah y yo éramos los dueños de este lado del valle. De hecho, teníamos un lugar secreto. Un claro a un kilómetro de aquí, bajando hacia el río, donde un roble enorme se había caído durante una tormenta. Construimos un fuerte con ramas y lonas viejas debajo del tronco.

La boca de Octavia formó una "O" perfecta. Dio un saltito, emocionada.

—¡El fuerte del roble caído! —exclamó, señalando con el dedo hacia el interior del bosque—. ¡Jax y yo vamos allí! Las lonas ya no están, obvio, pero el hueco sigue siendo el mejor escondite de todo el valle. ¡No me puedo creer que lo construyeras tú!

—Nosotros pusimos los cimientos. Me alegra saber que las nuevas generaciones siguen dándole buen uso —me reí, sintiendo una conexión preciosa con esa época de mi vida, una época antes de que la nieve y la sangre lo cambiaran todo.

Octavia iba a hacerme otra pregunta sobre el fuerte, pero miró hacia atrás, hacia el camino de grava que llevaba a su cabaña, y pareció recordar algo.

—Mierda, los deberes de matemáticas —murmuró, llevándose una mano a la frente. Me miró con urgencia—. Me tengo que ir, cirujana Hannah. Mi padre me matará si llego a cenar y no he

terminado las divisiones. ¡Pero otro día tienes que contarme qué más construisteis!

—Trato hecho, Octavia. Y cuidado con el lenguaje —le advertí con una sonrisa, levantando un dedo en señal de reprimenda amistosa.

—¡Adiós! —gritó, saliendo pitando por el camino de tierra, una pequeña bala de energía perdiéndose entre los árboles.

Negué con la cabeza, sonriendo mientras caminaba por fin hacia los escalones de mi porche. Aún no tenía ni idea de quién era el padre de esa niña, ni por qué criaba solo a una hija tan brillante, pero estaba claro que estaba haciendo un buen trabajo.

Entré en la cabaña y el calor del termostato me recibió como un abrazo. Me quité la ropa del hospital, me di una ducha rápida y me puse unos pantalones de chándal cómodos y un jersey de punto ancho. Savannah estaba a punto de llegar con las pizzas y los dulces, y yo todavía tenía un salón lleno de cajas mirándome con actitud desafiante.

Fui hacia la cocina para abrir un par de cervezas y preparar la mesa de la isla, sintiendo que, por primera vez en doce años, volvía a estar exactamente donde pertenecía.

A las seis y media en punto, unos golpes rítmicos en la puerta principal resonaron por toda la cabaña. Cuando abrí, el frío de la noche intentó colarse en el salón, pero me importó bien poco al ver quiénes estaban en el porche.

Savannah sostenía una caja blanca de cartón atada con un cordel de panadería, y detrás de ella, medio oculto por tres cajas de pizza familiares, asomaba el rostro sonriente de Noah Grant. Llevaba unos vaqueros gastados y una chaqueta de franela de leñador, con el pelo oscuro revuelto por el viento.

—¡Sorpresa! —anunció Noah, levantando las pizzas como si fueran un trofeo—. Me encontré a esta chica maravillosa en el aparcamiento del hospital y decidí que no podíais desembalar toda una vida sin fuerza bruta masculina. Y sin extra de queso.

—Miente —intervino Savannah, pasando a su lado para entrar al calor de la casa—. Me suplicó que lo trajera porque quería cotillear sobre tu primer día.

—Eso también es verdad —admitió él, encogiéndose de hombros antes de darme un abrazo rápido y torpe por culpa de las cajas que sostenía—. Estás genial, O'Malley. Jefa de cirugía. Aún no me lo creo.

—Pasa, idiota —me reí, haciéndome a un lado y cerrando la puerta tras ellos.

Durante la siguiente hora y media, la cabaña dejó de ser un almacén de cajas apiladas para convertirse en un caos maravilloso de risas, cinta de embalar arrancada y nostalgia. Noah resultó ser increíblemente útil montando un par de estanterías que los de la mudanza habían dejado a medias, mientras Savannah y yo organizábamos la vajilla y los libros. Hacía doce años que no estábamos los tres juntos en la misma habitación, pero la dinámica fluyó con la misma naturalidad con la que nos entendíamos cuando éramos unos adolescentes aterrorizados que construían fuertes en el bosque.

Cuando el hambre apretó, nos sentamos en el suelo del salón, alrededor de la mesa de centro, apoyando las espaldas en el sofá gris. Abrimos las cajas de pizza y Savannah desató la caja de la panadería, revelando unas tartaletas de manzana que olían a canela y mantequilla caliente.

—Dios mío, esto es increíble —gemí tras el primer bocado de la tartaleta—. Le tienes que decir a Phillip que le voy a construir un altar en mi despacho.

Savannah sonrió, aunque su sonrisa no llegó del todo a sus ojos. Bajó la mirada hacia su propio trozo de tarta y se encogió ligeramente de hombros.

—Se lo diré. Se pasa el día entero en el obrador. La panadería le absorbe la mayor parte del tiempo, ya sabes... siempre está intentando expandir el negocio o probando recetas nuevas. Apenas

nos vemos últimamente, pero bueno, supongo que así es el matrimonio a veces.

Noté la sombra de resignación en su voz. Savannah y Phillip se habían casado jóvenes, y aunque ella siempre hablaba de él con cariño, a veces me daba la sensación de que su vida se había quedado estancada en una rutina que la empequeñecía. Noah y yo cruzamos una mirada rápida, pero decidimos no presionar. Ya habría tiempo para profundizar en eso.

—Bueno, ya hemos vaciado cajas y hablado de masas madre —dijo Noah de repente, limpiándose las manos con una servilleta de papel y acomodándose en la alfombra—. Pero aquí hay un elefante en la habitación enorme que nadie está mencionando.

Fruncí el ceño, con un trozo de corteza de pizza a medio camino de mi boca.

—¿Qué elefante? —pregunté a la defensiva.

Noah me miró con una sonrisa perversa e insolente, exactamente la misma que ponía a los catorce años cuando quería sacarme de quicio.

—¿Le has contado a Savannah ya tu encontronazo con Caleb Donovan? —soltó sin vaselina—. Porque si mal no recuerdo, cuando te fuiste de aquí, babeabas por él cada vez que pasaba por delante de tu jardín. ¿Sigue existiendo ese *crush* o se te ha pasado en Chicago?

Savannah ahogó un grito de horror y le tiró un cojín del sofá directo a la cara.

—¡Noah! —le recriminó ella, escandalizada—. ¡Eres un animal inoportuno! ¡No le preguntes eso!

—¿Qué? —se quejó Noah, apartando el cojín mientras se partía de risa—. ¡Solo pregunto! He volado con él hoy, es mi piloto. Y está más amargado que de costumbre. Solo quería saber si la doctora O'Malley ha intentado derretir el hielo. Sobre todo después de chocar, literalmente, en el pasillo del hospital ayer.

Sentí que la sangre me subía a las mejillas, una mezcla de vergüenza adolescente y puro cabreo adulto. Le lancé una bola de papel de servilleta que le dio de lleno en la frente.

—Eres idiota, Grant. No le he dicho nada. Aún. Pero sí, ayer lo vi —admití, cruzándome de brazos a la defensiva, mirando a Savannah y decidiendo que con ellos no tenía sentido fingir la misma fortaleza que con mis padres—. Chocamos en un pasillo cuando el equipo Alfa salía de la sala de descanso tras un rescate. Y no, el *crush* no existe, principalmente porque me miró como si fuera la mismísima Muerte y luego huyó en un ascensor sin decirme ni "hola". Me odia.

La sonrisa de Noah desapareció de un plumazo.

—Joder, Hannah, no... Caleb no te odia —dijo Noah, poniéndose serio de inmediato, usando casi las mismas palabras que Sloane—. Nunca habla de emociones ni nada, y lo que pasó con Carson lo jodió vivo, pero sabe perfectamente que tú no tuviste la culpa de nada. Es un buen tío.

—Pues disimuló muy bien su comprensión —repliqué con amargura, jugueteando con el borde de la caja de pizza—. Fue horrible, chicos. Me sentí exactamente igual que la niña que se fue de aquí hace doce años.

Savannah se acercó a mí por el suelo y me pasó un brazo por los hombros, apretándome con cariño.

—Olvida a Caleb por un momento, ¿vale? —me pidió con su voz suave y dulce—. Acabas de llegar. Es normal que los primeros choques sean duros. Pero tienes que recuperar tu vida aquí. No puedes quedarte encerrada yendo del hospital a la cabaña y de la cabaña al hospital.

—Savannah tiene razón —apoyó Noah, asintiendo con energía—. Se acabó el drama por hoy. Este viernes por la noche libramos los tres. Vamos a ir a cenar y a tomar algo a *The Switchback*.

Solté un quejido, hundiendo la cara entre las manos. *The Switchback* era el bar-restaurante de montaña más famoso del pueblo. Ruidoso, de madera oscura, siempre lleno de vecinos, rescatistas fuera de turno y personal del hospital. Ir allí el viernes

por la noche significaba presentarme en sociedad. Significaba someterme al escrutinio público de todo Wildwater Falls.

—Noah, no creo que esté lista para que medio pueblo me mire mientras me como una hamburguesa —murmuré.

—Te mirarán cinco minutos, verán que eres humana, que no tienes cuernos y luego volverán a sus cervezas —sentenció Noah, levantándose y tendiéndome una mano para ayudarme a levantar—. El viernes a las nueve. Y no acepto un no por respuesta. Eres una de los nuestros, Hannah. Es hora de que el pueblo se acostumbre a verte.

Miré a Noah, luego a Savannah, que asentía dándole la razón con una sonrisa de apoyo incondicional. Suspiré, dándome por vencida. Tenían razón. Si iba a vivir aquí, no podía pasarme la vida escondiéndome de los Donovan y de los recuerdos.

—Está bien —accedí, esbozando media sonrisa—. El Viernes. A *The Switchback*. Pero las cervezas las pagas tú, Grant.

Noah soltó una carcajada triunfal.

—Trato hecho, jefa. Trato hecho.

CINCO

Caleb

El sonido de la risa de Clover llenó la cocina, rebotando contra los azulejos y mezclándose con el olor a lasaña recién horneada. Estábamos sentados los tres alrededor de la isla central. Mi hermana pequeña tenía a Octavia metida en un ataque de risa tan fuerte que la niña apenas podía tragar.

—Te lo juro, el sargento de instrucción casi se atraganta con el silbato —estaba contando Clover, gesticulando con el tenedor en la mano—. Estábamos haciendo el simulacro de evacuación en el bosque y Carl se tropezó con su propia bota, cayendo de bruces en el único charco de barro que no estaba congelado en un kilómetro a la redonda.

Octavia soltó una carcajada limpia, apoyando la cabeza en el hombro de su tía. Mirarlas juntas siempre me aflojaba el nudo perpetuo que llevaba en el estómago. Clover tenía veinticuatro años y trabajaba como técnico sanitario en la misma base de rescate que yo. Con su pelo castaño corto que le rozaba la barbilla y nuestros inconfundibles ojos azul turquesa, irradiaba una energía vital y luminosa que el resto de la familia parecía haber perdido hacía doce años. Para ella, yo era el hermano mayor estoico, su brújula, pero la verdad era que su alegría era el pegamento que nos mantenía a flote a Octavia y a mí.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Octavia, limpiándose los ojos.

—¿Yo? Lo que haría cualquier profesional de emergencias altamente cualificado —respondió Clover, guiñándole un ojo—. Reírme hasta llorar y luego tirarle un rollo de gasas a la cabeza.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa mientras daba un trago a mi cerveza.

—Recuérdame que no te asigne a mi helicóptero cuando las cosas se pongan feas, novata —bromeé.

—Uy, el jefe de pilotos ha hablado —Clover me sacó la lengua, un gesto tan infantil y a la vez tan suyo que me hizo reír—. Admítelo, Caleb. Sin mí en esa base, os moriríais de aburrimiento tú y el robot Ian.

La cena continuó con esa camaradería fácil que solo teníamos cuando estábamos a puerta cerrada. Corté otro trozo de lasaña para Octavia, asegurándome de que comiera algo más que el queso gratinado de la superficie.

—Por cierto, papá —dijo Octavia de pronto, balanceando las piernas bajo el taburete—. Hoy he vuelto a ver a la vecina nueva.

Me detuve con el tenedor a medio camino de la boca. Mi hija tendía ser intensa cuando algo le gustaba. Y parecía que le había cogido cariño a la nueva vecina.

—Te dije que no la agobiaras, Octavia —le recordé, endureciendo un poco el tono—. La gente que se muda a las afueras no quiere a una niña de diez años rondando su propiedad.

—¡No la he agobiado! —protestó ella de inmediato, frunciendo el ceño—. Estaba en nuestro lado del bosque haciendo mis katas de judo y ella acababa de llegar de trabajar. Me ha hablado ella a mí.

Clover se apoyó en la encimera, apoyando la barbilla en una mano, genuinamente curiosa.

—¿Una cirujana viviendo en la vieja cabaña de los Miller? —preguntó mi hermana—. Debe de estar buscando tranquilidad si se ha venido desde la ciudad para meterse en el bosque. ¿Es simpática, bicho?

—Es súper simpática —aseguró Octavia, con los ojos brillantes por el entusiasmo—. Y no es de la ciudad, tía Clover. Me ha dicho que se crio aquí en Wildwater Falls. Me ha contado que tenía un fuerte súper chulo cerca del roble caído con sus amigos Savannah, Noah y Logan.

El aire abandonó mis pulmones.

Mi corazón dio un vuelco tan violento que sentí el latido en la base del cuello. Solté el tenedor sobre el plato con un ruido metálico que sonó demasiado fuerte en la cocina de repente silenciosa.

—Espera un momento —intervino Clover, perdiendo la sonrisa de golpe. Su espalda se puso recta y me lanzó una mirada cargada de alarma—. Octavia... ¿cómo has dicho que se llama la vecina?

Octavia nos miró a los dos, confundida por el repentino cambio de atmósfera.

—Hannah —respondió con inocencia—. Me dijo que se llamaba Hannah. La cirujana Hannah. ¿Por qué, la conocéis?

Hannah. Hannah O'Malley.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo que la presión me aplastaba el pecho. No solo había vuelto al pueblo para ser la nueva jefa de trauma del hospital. No solo iba a tener que cruzarme con ella en los pasillos, enfrentándome al fantasma de Carson cada vez que le entregara a un paciente.

Estaba viviendo a cien jodidos metros de mi puerta.

—Caleb... —susurró Clover, con la voz temblorosa. Pude ver en sus ojos turquesa que su cerebro también acababa de conectar las piezas. Clover sabía exactamente quién era Hannah O'Malley.

—Sí, enana —logré decir, abriendo los ojos y forzando una calma que estaba a kilómetros de sentir. Me aclaré la garganta, clavando la mirada en mi hija para que no notara el pánico—. Sí que la conocemos. Hace... mucho tiempo que no la vemos.

Me pasé una mano por el pelo, mirando hacia la ventana negra de la cocina. A un tiro de piedra en la oscuridad del bosque, la mujer que había vivido en lugar de mi hermano estaba deshaciendo cajas.

Y mi hija, la única persona a la que yo debía proteger de todo daño, ya se había hecho su amiga.

El destino tenía un sentido del humor retorcido y cruel.

En cuanto me aseguré de que Octavia estaba profundamente dormida, bajé las escaleras en silencio, crucé el salón a oscuras y abrí la puerta mosquitera del porche trasero.

El viento helado de *Raven Ridge* me golpeó la cara con la fuerza de un latigazo. Necesitaba aire. Necesitaba que las temperaturas bajo cero de la alta montaña me adormecieran los pulmones y frenaran el caos que me latía en las sienes.

Me apoyé en la barandilla de madera rústica, apretando la madera áspera con ambas manos hasta que los nudillos me dolieron, y clavé la vista en la negrura del bosque. Apenas a cien metros, filtrándose entre los gruesos troncos de los abetos, se distinguía el resplandor cobrizo de unas ventanas iluminadas.

Hannah O'Malley. Solté una maldición por lo bajo, una exhalación que se transformó en una nube de vapor blanco en la noche. Estaba ahí. La mujer que llevaba doce años protagonizando mis peores pesadillas.

Cerré los ojos y mi mente me traicionó de inmediato, arrastrándome de vuelta al pasillo brillante y aséptico del hospital. Volví a sentir el impacto sordo de nuestro choque. El instante en que mi mano agarró su brazo por puro instinto para estabilizarla. Me había quedado paralizado no solo por el shock de tener frente a mí al fantasma viviente de mi hermano, sino porque la realidad me había golpeado como un camión de mercancías.

Estaba preciosa. Jodida y devastadoramente preciosa.

Ya no era la niña frágil y cubierta de sangre a la que saqué de aquel barranco. Era una mujer adulta, segura de sí misma, con una bata de jefa de trauma y una mirada oscura, afilada e inteligente que me había cortado la respiración. En esa fracción de segundo antes de que el pánico y la culpa me hicieran huir en aquel ascensor, una oleada de deseo primitivo y absoluto me había incendiado la sangre. Quería acorralarla contra esa pared, comprobar si su piel era

tan suave como parecía, descubrir si esa actitud orgullosa se derretiría si yo tomaba el control.

Abrí los ojos de golpe, tragando aire helado, asqueado conmigo mismo.

Deseaba a la mujer que vivía gracias a que mi hermano estaba enterrado bajo tierra. Era una contradicción enfermiza que me destrozaba por dentro. El piloto frío y controlador que yo era de día se desmoronaba por completo cuando pensaba en ella.

Pero entonces, el rostro de mi hija apareció en mi mente.

Octavia. Mi niña lista, fuerte y descarada. En solo un par de días, esa misma mujer, la vecina nueva, había logrado que a mi hija le brillasen los ojos de entusiasmo. Le había arreglado la cadena de la bicicleta manchándose las manos de grasa sin dudarlo. La había tratado de igual a igual, con ese respeto que los niños de diez años detectan y valoran al instante. Y, joder, le había hablado del maldito fuerte del roble caído. Hannah había compartido un trozo de su propia infancia en el bosque para conectar con la de mi hija.

Aún no sabía si Hannah era consciente de que Octavia era *mi* Octavia, la sobrina de Carson. Pero, por ahora, eso no importaba. Lo que importaba era la sonrisa sincera de mi hija durante la cena.

Me froté la nuca, sintiendo cómo la tensión de los hombros empezaba a ceder ante una resolución mucho más pesada y firme.

El pueblo iba a hablar. Wildwater Falls era un lugar pequeño y la noticia de que la superviviente del accidente había vuelto para instalarse puerta con puerta con el piloto que la salvó correría como la pólvora. Mi madre iba a enloquecer; su odio y su rechazo se volverían aún más tóxicos.

Pero yo había tomado una decisión hacía mucho tiempo, cuando Kate nos abandonó y mi madre le dio la espalda a mi niña: Octavia estaba por encima de los fantasmas de esta familia. Por encima de mi culpa, por encima de Carson y por encima de todo.

Si Hannah O’Malley era buena para Octavia, si conseguía que mi hija se sintiera escuchada, valorada y feliz... me importaba una

mierda el pasado. Me importaba una mierda el escrutinio del hospital, los susurros del pueblo y mis propios demonios.

Apreté los dientes, haciéndome una promesa silenciosa a la luz de aquellas ventanas a cien metros de distancia. Iba a proteger el vínculo que acababa de nacer entre ellas. No iba a permitir que nadie, absolutamente nadie, envenenara esa amistad con el dolor de hace doce años.

Ni mi madre. Ni el pueblo. Ni siquiera yo mismo.

* * *

El sol de la tarde empezaba a esconderse detrás de la cresta de la montaña, tiñendo el cielo de un naranja frío y metálico. Llevaba diez minutos buscando a Octavia. Le había dado permiso para dar unas vueltas con la bici por el sendero trasero, pero con la temperatura cayendo en picado, ya era hora de volver a casa.

Caminé por el bosque pisando la capa de agujas de pino y escarcha, con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta forrada de borrego. Estaba a punto de llamarla a gritos cuando escuché su risa.

Venía de la derecha. De la cabaña de Hannah O'Malley.

Apreté la mandíbula, obligando a mis músculos a relajarse. La promesa que me había hecho a mí mismo la noche anterior seguía intacta: si Hannah era buena para mi hija, yo me tragaría el orgullo y la culpa. Salí de la línea de árboles y me detuve al borde del camino de grava que llevaba a su porche.

Allí estaba la bicicleta de Octavia, tirada de cualquier manera sobre la hierba muerta. Y en los escalones de madera, sentadas la una junto a la otra con un par de tazas humeantes en las manos, estaban mi hija y Hannah O'Malley.

Mi respiración se atascó en mis pulmones.

Hannah llevaba el pelo recogido en un moño desordenado del que se escapaban varios mechones castaños. Llevaba un jersey de lana grueso, *oversize*, que le caía por un hombro, y unos *leggings* negros de estar por casa que se ceñían a sus piernas como una segunda piel. Mi mirada bajó instintivamente, recorriendo la curva de sus muslos y pantorrillas bajo la tela ajustada.

Mierda.

Una punzada de calor denso y pesado se me acumuló de golpe en la entrepierna. Fue una reacción animal, primaria. Inapropiada hasta decir basta. Era la mujer por la que mi hermano había muerto, la nueva jefa de cirugía, la vecina. Y todo lo que mi cerebro de hombre lobo de las montañas registraba era lo jodidamente suave que debía ser esa piel bajo el algodón elástico, y cómo se vería ese mismo jersey si fuera lo único que llevara puesto mientras yo la acorralaba contra la pared de madera de su cabaña.

Tragué saliva con fuerza, enterrando esos pensamientos oscuros en lo más profundo de mi mente, y di un paso al frente para que la grava crujiera bajo mis botas.

Ambas giraron la cabeza hacia mí al mismo tiempo.

La sonrisa de Octavia se ensanchó, pero la reacción de Hannah fue digna de estudio. Sus ojos oscuros se abrieron de par en par, pasando de mi hija a mí a una velocidad de vértigo. Vi el momento exacto en el que las piezas encajaron en su brillante cerebro de cirujana. Los ojos turquesa. El pelo oscuro. La actitud desafiante. Octavia le había hablado de su padre solitario y adicto al trabajo, y Hannah acababa de darse cuenta de que la niña con la que llevaba dos días forjando una amistad era una Donovan.

—¡Papá! —exclamó Octavia, poniéndose de pie de un salto, ajena a la tensión nuclear que acababa de instalarse en el porche—. ¡Mira quién es la vecina nueva! ¡Es la cirujana Hannah de la que te hablé!

Hannah se levantó despacio. Se aferró a su taza con ambas manos, como si necesitara un ancla, y alzó la barbilla. Estaba a la defensiva, esperando el golpe, esperando que yo cogiera a mi hija del brazo y le prohibiera volver a hablar con ella. Su postura me

partió el alma y me excitó a partes iguales. Quería derribar esa armadura.

Me acerqué al pie de las escaleras, saqué las manos de los bolsillos y le ofrecí la sonrisa más suave y controlada que fui capaz de componer.

—Hola, Hannah —dije, con la voz un tono más grave de lo normal —. Veo que ya has conocido al huracán Octavia.

Hannah parpadeó, claramente descolocada por mi tono amable. Sus labios se separaron un milímetro antes de responder.

—Hola, Caleb. Sí... —su voz sonó un poco áspera, y se aclaró la garganta—. Octavia y yo estábamos poniéndonos al día sobre reparaciones de bicicletas y.… perros grandes.

—No me digas —bromeé, mirando a mi hija con fingida severidad —. Supongo que te ha soltado el discurso de por qué necesitamos un pastor alemán desesperadamente.

—He presentado un caso muy sólido, papá —se defendió Octavia, cruzándose de brazos—. Y Hannah me ha dado la razón en que aquí hay espacio de sobra. Además, ha hecho chocolate caliente. Es el mejor que he probado en mi vida. ¡Tienes que probarlo! Tienes más, ¿verdad, Hannah?

El silencio que siguió a la pregunta de mi hija fue espeso. Hannah me miró, y vi la duda y el pánico en sus ojos. Estaba lista para darme una excusa perfecta para que nos largáramos, lista para asumir el rechazo que creía que yo le iba a dar.

Pero recordé mi promesa.

—Solo si no es una molestia, Hannah —dije, manteniendo su mirada.

La sorpresa suavizó un poco las líneas de tensión alrededor de su boca. Asintió, tragando saliva.

—No es ninguna molestia. Hay de sobra en la olla. Pasa.

Subí los escalones de madera, intentando no mirar cómo los *leggings* se ajustaban a sus caderas cuando se dio la vuelta para

entrar en la casa. El olor a pino, madreselva y a *ella* me envolvió en cuanto crucé el umbral de su cabaña.

Octavia se sentó de nuevo en el sofá del salón, charlando por los codos sobre el entrenamiento de judo de esa tarde, mientras Hannah se movía por su cocina de concepto abierto, sirviendo el chocolate en una taza de cerámica. Yo me quedé apoyado en la isla de cuarzo, observándola. Era hipnótica. Sus movimientos eran precisos, rápidos, pero tenían una elegancia natural que me dejaba embobado.

—Aquí tienes —murmuró, tendiéndome la taza. Sus dedos rozaron los míos por una fracción de segundo.

Una descarga eléctrica invisible me subió por el brazo. Hannah retiró la mano casi al instante, bajando la mirada.

—Gracias —dije, dando un sorbo. El chocolate era espeso, dulce y quemaba un poco, justo lo que necesitaba para calentar mis entrañas heladas. La miré a los ojos, asegurándome de que mi voz sonara sincera—. Y gracias por lo del otro día. Por ayudarla con la rueda de la bicicleta. Ya te habrás dado cuenta de que es bastante cabezota cuando se frustra con algo.

Hannah apoyó la cadera contra la encimera, a menos de un metro de mí.

—Tiene a quién salir —replicó ella suavemente, con una chispa de humor asomando a sus ojos oscuros.

Solté una carcajada baja que la sobresaltó, pero no apartó la mirada.

—Tocado, O'Malley —concedí, usando su apellido como hacía doce años, antes de que el mundo se fuera a la mierda—. Eres una buena vecina. Me alegra que la enana tenga a alguien aquí al lado además de mí.

Las palabras flotaron entre nosotros, cargadas de significado. No le estaba dando solo las gracias por la bicicleta. Le estaba dando permiso. Le estaba diciendo, en nuestro propio idioma silencioso, que no había bandos en este bosque. Que ella no era mi enemiga.

Hannah dejó salir el aire muy despacio, y por primera vez vi cómo sus hombros se relajaban de verdad al mirarme.

Dios, la deseaba tanto que dolía físicamente. Deseaba tomar esa taza de sus manos, dejarla a un lado y borrar con la boca esa distancia de cortesía que nos separaba. Pero mantuve las manos firmemente ancladas alrededor de mi chocolate caliente, escuchando a mi hija parlotear de fondo, y me conformé con el hecho de que, por primera vez en más de una década, Hannah y yo estábamos en la misma habitación sin drama, sin reproches y sin odio.

—¡Mierda, las divisiones! —exclamó Octavia de repente, dando un salto en el sofá que hizo temblar los cojines.

Hannah ahogó una risa detrás de su taza mientras mi hija me miraba con ojos suplicantes, como si esperara que yo le diera un indulto presidencial.

—Lenguaje, Octavia —le advertí por inercia, aunque mi tono carecía de verdadera dureza—. Y sí, las divisiones. Tienes exactamente una hora antes de cenar. Despídete.

Octavia suspiró dramáticamente, pero se acercó a Hannah y la sorprendió con un abrazo rápido y desgarbado que la cirujana devolvió con una naturalidad pasmosa.

—Gracias por el chocolate, Hannah. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Cuando quieras, pequeña. Suerte con las matemáticas —respondió Hannah, acompañándonos hacia la puerta.

Salimos al porche y Octavia no perdió ni un segundo; agarró su bicicleta de la hierba y salió pedaleando a toda velocidad por el camino de grava hacia nuestra cabaña, dejándonos solos en medio del aire helado del atardecer.

El silencio cayó sobre nosotros, denso y cargado de palabras no dichas. El viento agitó las ramas de los pinos y Hannah se cruzó de brazos sobre el pecho, frotándose los codos por encima de la lana gruesa del jersey para darse calor.

Dejé la taza vacía sobre la barandilla de madera. Sabía que tenía que irme, que lo más sensato era darme la vuelta y seguir a mi hija,

pero mis botas parecían clavadas a los tablones del porche. Había algo que tenía que hacer antes.

Me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y me giré hacia ella.

—Siento lo del otro día en el hospital —solté, con la voz áspera, rompiendo el hielo antes de que se congelara a nuestro alrededor—. Fui un imbécil. Chocar contigo y salir huyendo de esa forma no fue... profesional. Ni educado. Me pilló con la guardia baja.

Hannah dejó de frotarse los brazos y me miró. Sus ojos oscuros, tan expresivos y afilados, me escrutaron en la penumbra. Pude ver el esfuerzo que estaba haciendo para mantener la barbilla alta, para no dejar que el fantasma del accidente se colara en la conversación. Ninguno de los dos estaba preparado para hablar de Carson, ni de la nieve, ni de la sangre. El abismo entre nosotros seguía ahí, inmenso y oscuro, pero estábamos intentando construir un puente temporal sobre él.

—Te acepto la disculpa, Caleb —dijo por fin, con una voz suave pero firme, sin un ápice de rencor—. Yo también me quedé en shock. Supongo que ninguno de los dos esperaba encontrarse de esa manera.

Asentí despacio, agradecido por la salida elegante que me estaba ofreciendo.

—A partir de ahora vamos a trabajar en el mismo sitio —continué, dando un paso más cerca de las escaleras, manteniendo una distancia prudencial para no invadir su espacio, aunque cada instinto de mi cuerpo me pedía acortarla—. Tú estás a cargo de trauma y yo piloto los rescates. Vamos a vernos a menudo. Y somos vecinos. Lo mejor para todos es que mantengamos una buena relación.

—Estoy de acuerdo. Una buena relación —repitió ella, asintiendo lentamente, como si estuviera probando el sabor de las palabras.

—Y respecto a Octavia... —Señalé con la cabeza en dirección a mi cabaña—. No me disgusta que venga a visitarte. Sé que es un torbellino. Es intensa, no se calla nunca y no tiene ningún filtro. Si en algún momento te incomoda, o si simplemente vienes de un

turno de mierda y quieres estar sola, dímelo. No me ofenderé. Le diré que deje de molestarte de inmediato.

La expresión de Hannah cambió. La cautela profesional desapareció de su rostro, reemplazada por una calidez tan genuina que me desarmó por completo. Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa que le iluminó las facciones.

—Caleb, Octavia jamás será una molestia —aseguró, dando un paso involuntario hacia mí. Su tono era ferozmente protector, casi ofendido por la sola idea de que la niña pudiera estorbar—. Es una niña increíble. Brillante, divertida y llena de vida. Me encanta que venga a verme. Le he cogido mucho cariño en muy poco tiempo, de verdad. No quiero que le digas que deje de venir.

Me quedé mirándola, sintiendo que una banda de acero que llevaba años apretándome el pecho se aflojaba de golpe.

La aceptación absoluta en su voz me golpeó de lleno. Kate, la propia madre de Octavia, siempre se quejaba de que la niña era "demasiado ruidosa" o "demasiado bruta" con su judo. Mi propia madre la repudiaba por el simple hecho de existir después de Carson. Y aquí estaba Hannah O'Malley, la mujer a la que se suponía que mi familia odiaba, defendiendo a mi hija y aceptándola con una naturalidad desarmante.

Una sensación de profundo agradecimiento, mezclada con una atracción que ya no podía negar, se enraizó en mi pecho.

—De acuerdo, O'Malley —murmuré, rindiéndome a la evidencia de que esta mujer iba a ser mi perdición—. Pero no digas que no te lo advertí cuando te convenza para adoptar una jauría de pastores alemanes.

Hannah soltó una carcajada cristalina, un sonido que se elevó sobre el ruido del viento y que hizo que mi pulso se acelerara.

—Asumiré el riesgo, Donovan.

Nos sostuvimos la mirada un segundo más de lo estrictamente necesario. Había un magnetismo pesado y denso tirando de ambos, una tensión eléctrica que crepitaba en el aire frío de la montaña. Me

obligué a dar un paso atrás, bajando los escalones antes de hacer algo estúpido como acercarme a ella y comprobar a qué sabía esa risa.

—Buenas noches, Hannah.

—Buenas noches, Caleb.

Caminé de vuelta a mi cabaña con las manos en los bolsillos y la sangre latiéndome con fuerza en las venas. El muro de hielo que había entre los Donovan y los O'Malley acababa de empezar a derretirse, y no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a la inundación.

SEIS

Hannah

Habían pasado dos días desde aquel chocolate caliente en mi porche. Dos días en los que el hospital se había convertido en mi ecosistema natural. Había memorizado los nombres de las enfermeras, los atajos hacia la sala de suministros y las manías de los cirujanos adjuntos. Me sentía adaptada, concentrada y, sobre todo, viva.

Pero hasta ese jueves por la mañana, no había tenido que enfrentarme a la verdadera bestia de Wildwater Falls: la montaña.

Estaba revisando unas gráficas en el control central de la tercera planta cuando el busca de mi cadera y el teléfono rojo de emergencias sonaron al unísono. Avery, que estaba a mi lado organizando unos historiales, descolgó el auricular antes del segundo tono. Su rostro, enmarcado por el liso cabello oscuro, se tensó de inmediato.

—Trauma entrante —anunció Avery, colgando y mirándome con sus ojos claros clavados en los míos—. Equipo Alfa. Mujer, treinta y dos años. Caída por una pendiente de roca de unos quince metros en el desfiladero. El paramédico informa de traumatismo cerrado, taquicardia severa e hipotensión. Llegan en dos minutos.

—Box de reanimación uno. Prepara el ecógrafo portátil, avisa al banco de sangre para que tengan O negativo listo y llama al anestesista de guardia —ordené sin levantar la voz, pero con una cadencia que no admitía réplica.

Avery asintió y salió disparada. Yo tiré la carpeta sobre el mostrador y caminé a paso rápido hacia las puertas dobles que daban al pasillo del helipuerto.

Apenas un minuto después, el rugido ensordecedor de las palas cortando el aire helado hizo vibrar los cristales de las puertas. Me asomé justo cuando el helicóptero rojo tocaba el asfalto. A través del parabrisas de la cabina, vi a Caleb. Llevaba el casco de vuelo puesto, el micrófono pegado a la mandíbula y esa expresión de concentración absoluta que lo hacía parecer tallado en piedra. Nuestros ojos se cruzaron una fracción de segundo a través del cristal. No hubo sonrisas ni dudas; solo el reconocimiento mudo de que la vida de alguien acababa de pasar de sus manos a las mías.

Las puertas traseras se abrieron de golpe y la tormenta entró en mi hospital.

Ian, imponente bajo su pesado arnés de bombero, y Noah, con su chaqueta roja de emergencias, empujaron la camilla rodante por la rampa hacia mí. Noah iba a horcajadas sobre la paciente, bombeando oxígeno manualmente con un ambú.

—¡Presión arterial setenta sobre cuarenta y bajando! —gritó Noah por encima del ruido de los rotores, con el pelo oscuro revuelto y el rostro tenso por el esfuerzo—. ¡Frecuencia cardíaca en ciento cuarenta! ¡Le hemos pasado dos litros de fluidos en el aire y no responde, Hannah!

—¡Al box uno, vamos! —grité, corriendo junto a la camilla.

Entramos en tromba en la sala de reanimación. El doctor Evans, el cirujano adjunto veterano, y un par de residentes ya estaban allí esperando. En cuanto transferimos a la paciente a la cama del hospital, el caos controlado estalló. Tijeras cortando ropa gruesa de montaña, monitores pitando de forma frenética, enfermeras conectando vías.

—Está pálida, sudorosa, el abdomen está en tabla —evaluó Evans, presionando el vientre de la mujer, que soltó un quejido ahogado pese a su bajo nivel de consciencia—. Es un sangrado

interno masivo. Vamos a estabilizarla, intubarla y la subimos al TAC de inmediato para ver de dónde viene la hemorragia.

Agarré la sonda del ecógrafo portátil que Avery ya me estaba tendiendo y esparcí el gel sobre el vientre amoratado de la mujer. Mi cerebro filtró el ruido de las alarmas, el sonido de las botas de Ian y Caleb quedándose en el umbral de la puerta, y la voz de Evans. Todo se redujo a la pantalla gris.

—No hay tiempo para el TAC —dije, sintiendo esa frialdad absoluta que me invadía cuando todo se movía en el filo de la vida y la muerte—. Líquido libre en el espacio de Morison. Mucho líquido. Es el bazo o el hígado, y se ha roto del todo.

—Hannah, no podemos abrir a ciegas, el protocolo dicta... —empezó a decir Evans, visiblemente incómodo por saltarse las pruebas de imagen.

La alarma del monitor principal cambió su pitido rítmico por un aullido continuo.

—¡Pierde el pulso! —avisó Noah desde la cabecera, apretando los dientes—. ¡Entra en fibrilación!

—No voy a meter a una paciente inestable en el tubo del escáner para que se me muera de paro cardíaco mientras hacemos fotos —lo corté, mi voz cortando el aire de la sala como un látigo—. Yo soy el protocolo ahora, Evans. Avery, activa el protocolo de transfusión masiva. Quirófano dos. ¡Nos la llevamos ya!

Agarré la barandilla de la cama y tiré de ella con una fuerza que no sabía que tenía. Avery empujó desde el otro lado, apartando a los residentes que se habían quedado paralizados.

—¡Noah, sigue ventilando! ¡Abrid las puertas! —grité, corriendo por el pasillo central hacia los ascensores quirúrgicos.

Mientras pasaba por el umbral de la sala de trauma, me crucé con el equipo Alfa. Ian me miraba con los ojos muy abiertos, sorprendido por la violencia de mi respuesta, y Noah corría a mi lado con una sonrisa feroz, la clase de sonrisa de quien sabe que acaba de dejar a su paciente en las mejores manos posibles.

Y luego vi a Caleb.

Se había quitado el casco y llevaba el mono de rescate manchado de nieve y barro. Estaba apoyado contra el marco de la puerta, y me miraba como si nunca hubiera visto a nadie como yo. Sus ojos azul turquesa ardían con una mezcla de absoluto asombro, respeto profesional y algo mucho más profundo, oscuro y hambriento que me hizo arder la piel bajo la bata médica.

Le sostuve la mirada un milisegundo antes de empujar la cama dentro del ascensor quirúrgico.

No hubo miedo. No hubo dudas. En ese quirófano, bajo los focos cegadores, abrí el abdomen de aquella mujer, localicé la arteria esplénica destrozada, detuve la hemorragia con mis propias manos y la mantuve con vida.

Hoy, todo el hospital, y muy pronto Wildwater Falls, acababa de descubrir exactamente por qué Sloane Parker me había traído de vuelta.

* * *

A las ocho de la mañana del viernes, el frío de Wildwater Falls cortaba como un bisturí, pero yo apenas lo sentía. Estaba flotando en esa nube de agotamiento y adrenalina pura que solo te deja un turno de veinticuatro horas cuando has conseguido arrancarle un paciente a la muerte.

Empujé la pesada puerta de madera del *Blackbird Coffee* y el tintineo de la campanilla anunció mi llegada. El interior me recibió con un golpe de calor, olor a café tostado, canela y mantequilla derretida. El local estaba lleno de gente desayunando antes de ir a trabajar, pero mis ojos encontraron casi de inmediato una melena de color caoba inconfundible en una de las mesas del fondo.

Savannah levantó la vista de su taza, sus ojos dulces iluminándose al verme, y me hizo un gesto con la mano. Llevaba un

jersey de cuello alto de color crema que resaltaba sus curvas de una forma preciosa, aunque, como siempre, estaba sentada un poco encorvada, intentando pasar desapercibida.

Me dejé caer en la silla frente a ella con un gemido de puro cansancio, apoyando la frente en la madera fría de la mesa.

—Dime que ya has pedido café, porque si no voy a empezar a morder a los clientes —murmuré contra la madera.

Escuché la risa suave de mi amiga y sentí cómo me acariciaba el pelo con cariño.

—Un americano doble extrafuerte y un panecillo de salmón van de camino, heroína —dijo Savannah.

Levanté la cabeza despacio, parpadeando para enfocarla.

—No me llames heroína. Solo hice mi trabajo.

—Oh, por favor. Todo el turno de noche de urgencias no ha hablado de otra cosa —me rebatió Savannah, apoyando los codos en la mesa y mirándome con un orgullo indisimulado—. Te saltaste a Evans, tomaste el control del box uno y abriste a esa mujer antes de que se desangrara por completo. Eres la comidilla del hospital. Pero sobre todo...

Savannah hizo una pausa estratégica justo cuando la camarera dejaba mi café y mi panecillo humeante sobre la mesa. Le di un sorbo casi desesperado al líquido oscuro y la miré, alzando una ceja para que continuara.

—Sobre todo, has dejado al equipo Alfa con la boca abierta —terminó de decir, bajando un poco la voz con tono conspiratorio—. Noah bajó a urgencias a por suministros a las dos de la mañana y estaba eufórico. Dijo que Ian apenas parpadeó de la impresión, lo cual ya es un récord, y que Caleb... bueno, que Caleb no te quitaba los ojos de encima.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima del noroeste me recorrió la nuca. El recuerdo de la mirada ardiente y oscura de Caleb Donovan en la puerta del quirófano me había atormentado durante toda la noche.

—Caleb estaba sorprendido de que la chica a la que rescató hace doce años supiera usar un bisturí, eso es todo —mentí, dándole un mordisco al panecillo para evitar tener que dar más explicaciones—. Cambiemos de tema. Llevo doce años viendo tu cara por la pantalla de un móvil, necesito actualizar mi base de datos sobre la vida de Savannah Brooks en tres dimensiones. ¿Qué tal las cosas con Phillip?

La sonrisa de Savannah parpadeó. Fue una micro expresión, un levísimo destello de sombra en sus ojos que cualquiera habría pasado por alto, pero no yo. Llevábamos doce años contándonos nuestras vidas a través de videollamadas, compartiendo lágrimas, exámenes y guardias eternas. La conocía mejor que a mí misma.

—Phillip está... muy bien. Muy ocupado, ya sabes —respondió, forzando una curva en los labios que no llegó a iluminarle la mirada —. Reabrir la panadería de sus padres ha sido un éxito, pero le absorbe la vida. Entra al obrador a las cuatro de la mañana y a veces no vuelve a casa hasta las ocho de la tarde.

Asentí, escuchándola con atención. Recordaba perfectamente a Phillip del instituto. Era un chico fornido, callado y bastante grandote. Había sido el blanco fácil de las burlas de los chicos populares en el instituto, especialmente de Ian Collins y su pandilla. Por aquel entonces Savannah y yo éramos niñas y ellos eran chicos mayores a los que les prestábamos la atención justa. Me costaba imaginar a un Ian acosador, no encajaba para nada con el hombre comprometido y responsable que se jugaba la vida sacando gente del fondo de un barranco. Y sobre todo, jamás me habría imaginado que Phillip acabaría casándose con Savannah. Ella tenía veintidós años cuando pasaron por el altar, y él veintisiete. Cinco años de diferencia no eran nada ahora, pero cuando se casaron, él ya era un hombre que quería asentarse y ella apenas estaba descubriendo quién era. Pero lo que siempre me había chocado eran sus diferencias de carácter. Savannah era dulce, amable y risueña, mientras que Phillip era taciturno, gruñón y un poco borde.

—Tú también haces turnos de doce horas, Sav. Apenas debéis coincidir en casa —observé con suavidad.

—Bueno, es lo que toca cuando somos adultos responsables, ¿no? —Savannah soltó una risita que sonó un poco hueca, jugueteando con el asa de su taza—. Él se esfuerza muchísimo por darnos un buen futuro. Es un buen hombre, Hannah. Me cuida. Somos... somos muy felices. De verdad.

No lo eran. Estaba segura. No había pasión en su voz, ni esa chispa de complicidad que debería tener alguien que habla del amor de su vida. Sonaba como si estuviera recitando un guion que se había repetido a sí misma cientos de veces frente al espejo.

Alargué la mano por encima de la mesa y cubrí la suya, apretándola con fuerza.

—Sav —dije, buscando su mirada—. Eres mi mejor amiga. No tienes que fingir conmigo. Sé que no siempre es fácil. Y si alguna vez necesitas hablar, o simplemente escapar de tu casa y beber vino en mi sofá en pijama mientras vemos programas malos de reformas... mi puerta siempre está abierta.

Los ojos de Savannah se llenaron de lágrimas de forma repentina. Parpadeó rápido para espantarlas y me devolvió el apretón con una fuerza que me sorprendió.

—Lo sé —susurró, y esta vez, la sonrisa que me dio fue real, pequeña y vulnerable—. Te he echado muchísimo de menos, Hannah. No es lo mismo contarte las cosas por videollamada que tenerte aquí.

—Pues acostúmbrate, porque no pienso volver a irme —le prometí, sintiendo que una determinación férrea se instalaba en mi pecho—. Nunca más. Se acabó el exilio. Además, en un par de meses Logan vuelve para incorporarse a trauma ortopédico. Tendremos a la banda completa otra vez. Los cuatro.

—Logan —suspiró Savannah, negando con la cabeza con una sonrisa nostálgica—. Dios, el hospital va a ser un polvorín cuando él y Avery Collins tengan que cruzar palabras por un paciente.

—Logan se ha convertido en un cirujano espectacular, pero Avery no se queda atrás, jamás había vito una enfermera de quirófano tan rápida anticipando las órdenes de un cirujano. Será divertido verlos

desde la barrera. —me reí, terminándome el café de un trago y sintiendo que la cafeína por fin empezaba a hacer efecto—. Pero antes de preocuparnos por Logan, tenemos que sobrevivir a esta noche.

—Es verdad. *The Switchback* a las nueve. Noah y Avery ya han reservado una mesa —Savannah me miró de arriba abajo, evaluando mi estado ruinoso post guardia—. Vete a casa y duerme al menos ocho horas seguidas, O'Malley. Necesitas estar presentable si vas a someterte al juicio del pueblo esta noche.

—A la orden, enfermera Brooks —bromeé, levantándome de la silla.

Me despedí de ella en la puerta de la cafetería y conduje de vuelta a mi cabaña con la calefacción del coche a tope.

Aparqué el todoterreno frente a mi cabaña y apagué el motor. El cansancio me pesaba en los huesos como si llevara un traje de plomo. Lo único que quería era meterme bajo el edredón y dormir hasta que el sol volviera a ponerse, pero en cuanto levanté la vista hacia el porche, mis planes de hibernación se desvanecieron.

Había alguien sentada en los escalones de madera.

Llevaba una chaqueta roja del equipo de rescate, el pelo castaño cortado por encima de los hombros y abrazaba sus rodillas contra el pecho para combatir el frío. Al escuchar la grava crujir bajo mis neumáticos, levantó la cabeza.

Clover Donovan.

La última vez que la había visto, era una niña de doce años, un torbellino de energía a la que yo le hacía de canguro los viernes por la noche y que me miraba con adoración absoluta. Ahora, a sus veinticuatro, era una mujer hecha y derecha, técnico sanitario de vuelo, pero esos enormes ojos azul turquesa seguían conservando la misma intensidad de siempre.

Me bajé del coche y caminé hacia ella con el bolso colgando del hombro.

—Clover —dije, con la voz suavizada por la sorpresa y la nostalgia —. ¿Qué haces aquí congelándote?

Clover se puso de pie, restregándose las manos enguantadas. Parecía nerviosa, cambiando el peso de un pie a otro. Me escrutó el rostro durante un par de segundos, como si estuviera buscando algo en mis facciones.

—No sabía si tocar a la puerta o esperarte. Supe por Octavia que estabas de guardia —empezó, titubeando un poco. Tragué saliva, preparándome para cualquier recriminación que los Donovan hubieran decidido enviarme a través de ella. Pero lo que salió de su boca me descolocó por completo—. Hannah... ¿nos odias? ¿Me odias a mí?

Me quedé paralizada, con la llave de la cabaña a medio sacar del bolsillo.

—¿Qué? —solté, genuinamente desconcertada—. Dios mío, Clover, por supuesto que no. ¿Por qué iba a odiarte?

Los hombros de Clover cayeron un par de centímetros, dejando escapar un suspiro tembloroso.

—Por cómo te trató mi familia —dijo, y su voz se quebró ligeramente por la emoción retenida—. Por cómo mi madre te miró y te culpó cuando lo único que hiciste fue sobrevivir. Me avergüenza que fuera mi madre la que te culpara por la muerte de Carson y envenenara a medio pueblo contra tu familia. Yo... yo te eché muchísimo de menos, Hannah. Eras mi canguro, mi referente. Y de repente te fuiste y se suponía que no podíamos hablar de ti. Lo odiaba. Odiaba que te culparan.

Sentí un nudo apretándome la garganta. Acorté la distancia entre nosotras y, sin pensarlo, extendí los brazos. Clover no dudó ni un segundo; se refugió en mi abrazo con la misma desesperación con la que lo hacía cuando se asustaba con las tormentas a los diez años.

—Nunca os he odiado, Clover. A ninguno —le aseguré en un susurro, apretándola contra mí—. Solo ha sido... difícil. Pero yo también te he echado de menos.

Nos separamos un poco y ella se secó una lágrima rebelde con el dorso del guante, esbozando una sonrisa acuosa.

—Sé que mi hermano es un cabezota cerrado que no dirá lo que realmente piensa —continuó Clover, recomponiéndose un poco—. Pero yo no te culpo, Hannah. Nunca lo he hecho. Sé lo que pasó en ese barranco. Sé que la decisión que tomó Caleb fue la correcta. Y también sé... sé que, de todas formas, Carson no habría sobrevivido a esa evacuación.

El aire se me congeló en los pulmones. Parpadeé, sintiendo que el cansancio de la guardia desaparecía de un plumazo, barrido por una sacudida de pura incomprensión.

—Clover, ¿de qué estás hablando? —pregunté, frunciendo el ceño —. Carson murió de una hemorragia interna mientras esperaba el segundo helicóptero. Si Caleb se lo hubiera llevado a él en mi lugar, en el primer vuelo...

—Habría muerto en el aire —me interrumpió Clover con una firmeza que me heló la sangre—. Hannah, yo no soy médico, pero ahora soy técnico sanitario de vuelo. Conozco las variables. Hace dos años, cuando conseguí mi acreditación, me metí el archivo del hospital y leí los informes forenses de Carson. Necesitaba saberlo.

Me agarré a la barandilla de madera del porche, sintiendo que el suelo se inclinaba peligrosamente. Yo nunca había visto el informe de autopsia. Mi familia se había mudado antes de que se publicaran los detalles médicos, y en mi mente, Carson siempre había sido el chico con unas costillas rotas y una hemorragia que murió únicamente porque no llegó a tiempo al quirófano.

—¿Qué decía el informe, Clover? —exigí saber, mi mente de cirujana de trauma asumiendo el control.

—Desgarro completo de la vena cava inferior retrohepática, contenido temporalmente por un hematoma masivo a tensión — recitó Clover de memoria, con los ojos clavados en los míos.

Mi cerebro tradujo el diagnóstico en fracciones de segundo. Me llevé una mano a la boca, ahogando un jadeo.

«Oh, Dios mío». Cualquier cirujano de trauma de primer año sabía lo que eso significaba. Era una lesión letal, una bomba de relojería. La única razón por la que Carson había aguantado dos horas vivo en la nieve era porque el propio coágulo y el frío extremo habían frenado el sangrado.

Si Caleb lo hubiera subido al helicóptero...

—La fuerza G del despegue, los cambios de presión atmosférica por la altitud, la vibración de los rotores... —murmuré, pensando en voz alta, encajando las piezas de un puzle macabro—. El coágulo se habría roto al instante, Clover.

—Exacto —asintió ella, con la mandíbula apretada—. Se habría desangrado por completo en menos de tres minutos dentro de la cabina del helicóptero. Caleb no habría podido hacer nada, y habría aterrizado en el hospital con un cadáver.

Me apoyé contra el poste del porche, sintiendo que las rodillas me temblaban.

Caleb no había elegido quién vivía y quién moría. Caleb no había sacrificado a su hermano para salvarme a mí. La realidad médica, fría y despiadada, dictaba que el destino de Carson ya estaba sellado desde el momento en que el autobús impactó contra las rocas.

—Si Caleb me hubiera dejado en la nieve... —susurré, con la voz rota.

—Tú habrías muerto desangrada por la arteria femoral esperando el segundo vuelo, y Carson habría muerto en el primer helicóptero —completó Clover con crudeza—. Evacuarte a ti supuso salvar a uno de los dos. Era la única manera de que alguien saliera con vida de ese puto barranco.

Las lágrimas me desbordaron los ojos, calientes y silenciosas. Doce años de culpa incesante. Doce años sintiéndome una ladrona, creyendo que la vida de Carson había sido el precio de la mía.

—¿Caleb lo sabe? —le pregunté en un susurro ahogado—. ¿Caleb sabe exactamente cuál era el diagnóstico?

Clover negó con la cabeza, bajando la mirada.

—No. Caleb nunca vio el informe. Los médicos solo dijeron que Carson murió de una hemorragia masiva, y Caleb asumió que, de haberlo subido al helicóptero, en quince minutos habría estado en el quirófano y se habría salvado. Se castiga cada día de su vida pensando que su decisión lo mató.

Cerré los ojos, sintiendo un dolor tan profundo y agudo por él que me cortó la respiración. Caleb Donovan llevaba más de una década ahogándose en un vaso de culpa que ni siquiera le pertenecía.

Abrí los ojos y miré a Clover. Esa chica acababa de darme el regalo más grande de mi vida: la verdad. Acababa de absolverme de un pecado que yo misma me había grabado a fuego en la mente.

SIETE

Caleb

El rugido del motor diésel de la camioneta de Ian resonó en la entrada de mi cabaña, anunciando que mi transporte hacia la civilización acababa de llegar.

Me ajusté el cuello de la chaqueta de cuero oscura, cogí las llaves y me giré hacia el salón. Octavia estaba tirada en la alfombra, enzarzada en una partida de cartas con Clover, que se había ofrecido a quedarse a dormir con ella. Las dos estaban comiendo palomitas directamente del mismo bol y discutiendo a gritos sobre las reglas del *Uno*.

—Me voy —anuncié, apoyándome en el marco de la puerta—. No destruyáis la casa. Octavia, a la cama a las diez. Clover, asegúrate de que se lava los dientes.

—¡Sí, papá! / ¡A la orden, jefe! —respondieron al unísono, sin siquiera apartar la vista de sus cartas.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa, y salí al frío de la noche. Subí al asiento del copiloto de la camioneta de Ian. Mi amigo y compañero de rescate no dijo una palabra; se limitó a darme un leve asentimiento a modo de saludo, metió la marcha y enfiló la *Riverbend Road* hacia el pueblo. Con Ian nunca hacían falta las conversaciones de relleno.

Quince minutos después, aparcábamos frente a *The Switchback*. El bar-restaurante era el corazón social de Wildwater Falls. Un edificio enorme de madera rústica, con luces de neón en las ventanas, música rock sonando de fondo y el inconfundible olor a carne a la parrilla y cerveza artesanal flotando en el ambiente.

Entramos, abriéndonos paso entre la multitud de vecinos que celebraba el inicio del fin de semana. Wildwater Falls era un pueblo pequeño, pero tener el Hospital Reginal dentro de los límites municipales lo convertía en un lugar donde se congregaba un variopinto conjunto de personas, desde turistas hasta personal del hospital, pasando por leñadores y todo tipo de amantes de los deportes de aventura. Estaba escaneando la sala en busca de una mesa libre cuando escuché un silbido familiar por encima del ruido.

Noah Grant agitaba un brazo desde una de las mesas amplias del fondo, cerca de la chimenea de piedra.

Le di un toque a Ian en el hombro y nos dirigimos hacia allí. Mi pulso, que había estado tranquilo y constante durante todo el trayecto, dio un salto traicionero en cuanto me acerqué lo suficiente para distinguir a todos los ocupantes de la mesa.

Estaban Avery Collins, Savannah Brooks, y junto a ella... Hannah O'Malley.

Si en ropa de estar por casa me había parecido un peligro para mi autocontrol, esta noche era una jodida arma de destrucción masiva. Llevaba unos vaqueros negros ajustados, unas botas altas y un jersey burdeos de cuello en pico que contrastaba con su piel clara y su pelo castaño suelto en ondas naturales. Estaba riéndose de algo que Avery acababa de decir, con los ojos brillando a la luz del fuego, y por un segundo olvidé cómo se respiraba.

Pero el momento se rompió cuando mi mirada captó al quinto integrante del grupo.

Phillip Brooks, el marido de Savannah, estaba de pie junto a la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que agriaba el ambiente. Phillip había sido un chico grande y torpe en el instituto, un blanco fácil para los matones. Ahora, a sus treinta y dos

años, el dueño de la panadería local había convertido aquella torpeza adolescente en una envergadura ancha y corpulenta.

Desde su adolescencia, Phillip solía mostrarse antipático y brusco con los demás. Pero esa tendencia a la hostilidad se hacía especialmente evidente cada vez que Ian Collins compartía espacio con él. Había visto a Phillip provocar a Ian en innumerables ocasiones a lo largo de los años.

Conocía a Ian de toda la vida, era dos años menor que yo y era muy consciente que en el instituto Ian había sido una superestrella que atraía a todos como polillas a la luz. Era popular y un creído, pero la madurez y el accidente de hace doce años, le quitó la tontería de golpe hasta convertirlo en uno de los pocos hombres a los que les confiaría mi vida ciegamente.

Por eso, la presencia de Phillip no auguraba nada bueno. Estaba seguro de que íbamos a presenciar la millonésima provocación de Phillip y la consiguiente actitud impasible de Ian.

—Vaya —murmuró Phillip en cuanto nos detuvimos frente a la mesa, su tono goteando sarcasmo—. Si son los héroes de la montaña. ¿No hay nadie colgando de un precipicio al que tengáis que rescatar esta noche?

El silencio cayó sobre la mesa como una losa, ahogando la música del bar.

Noah frunció el ceño, poniéndose en tensión al instante.

«Caleb, mantén la calma».

Ian ni siquiera parpadeó. Con su metro noventa de puro músculo forjado en rescates extremos, se limitó a mirar a Phillip desde arriba, imperturbable, como si fuera un mosquito molesto zumbando contra el parabrisas.

—Buenas noches, Phillip —respondió Ian, con una voz grave y monocorde que no delataba ni una sola emoción.

Esa falta de reacción pareció enfurecer aún más al panadero. Su rostro se enrojeció.

—¿Qué pasa, Collins? ¿Sigues creyéndote mejor que los demás porque llevas un uniforme? —escupió Phillip, dando un paso al frente, invadiendo el espacio personal de mi amigo—. En el instituto te creías el rey del mundo, pero aquí abajo, en el pueblo real, algunos trabajamos de verdad para levantar nuestros negocios.

—Phillip, por favor, basta —suplicó Savannah, levantándose a medias de la silla, con el rostro rojo por la vergüenza—. Hemos venido a cenar, no a montar una escena. Ian no te ha hecho nada.

Phillip se giró hacia su mujer, fulminándola con la mirada.

—Te dije que no quería venir a este sitio —le recriminó con dureza, sin importarle que todos estuviéramos mirando—. Yo me levanto a las cuatro de la mañana para amasar el pan, Savannah. No tengo tiempo para perderlo bebiendo cerveza con... con esta gente. Si quieres quedarte a reírles las gracias, hazlo. Yo me largo.

Dio media vuelta y se abrió paso a empujones hacia la salida, dejando a Savannah paralizada, con los ojos llenos de lágrimas de humillación.

—Será capullo —masculló Avery, levantándose al instante.

Hannah fue más rápida. Se levantó, rodeó la mesa y envolvió a Savannah en un abrazo protector, acariciándole el pelo y susurrándole palabras tranquilizadoras al oído. El instinto fiero con el que Hannah defendía a los suyos me golpeó el pecho. Era leal hasta la médula.

Noah y yo intercambiamos una mirada. Mi compañero de equipo soltó un suspiro, intentando aligerar la tensión.

—Bueno —dijo Noah, frotándose las manos—, eso significa que hay más espacio en la mesa. Y más alitas de pollo para nosotros. ¿Os sentáis o vais a quedaros ahí de pie pareciendo dos armarios empotrados?

Asentí, dándole un apretón en el hombro a Noah en señal de agradecimiento por relajar el ambiente, y arrastré una silla. Ian tomó asiento a mi lado, justo enfrente de Savannah, que se estaba

limpiando los ojos con una servilleta de papel mientras Hannah se sentaba a su derecha.

—Siento mucho esto, chicos —se disculpó Savannah, con la voz temblorosa, mirando la madera de la mesa—. Siempre hace lo mismo. Estoy harta. Estoy tan harta de sentirme mal y de disculparme por él, cuando él jamás hace el más mínimo esfuerzo por mí o por mis amigos.

—No tienes que disculparte por las inseguridades de tu marido, Sav —le dijo Hannah con firmeza, sirviéndole un vaso de agua—. Nos tienes a nosotros. Y esta noche vamos a cenar, vamos a beber y te vas a reír, ¿entendido?

Mientras las chicas arropaban a Savannah y Noah pedía un par de jarras de cerveza a la camarera, me incliné ligeramente hacia Ian. Mi amigo estaba con la espalda recta, silencioso, pero sus ojos estaban fijos en Savannah. Había una intensidad en su mirada, una tormenta contenida bajo esa fachada de hielo, que solo alguien que lo conociera tan bien como yo podía detectar.

Le di un suave codazo en las costillas por debajo de la mesa y me acerqué a su oído.

—Relaja la mandíbula, Collins —le susurré, en tono de broma, pero con una advertencia implícita—. Y disimula un poco. Estás mirando demasiado fijamente a una mujer casada.

Ian giró la cabeza lentamente hacia mí. Me lanzó una mirada tan letal y oscura que habría hecho retroceder a cualquiera, pero yo me limité a arquearle una ceja. Sabía su secreto. Sabía que detrás de ese estoicismo inquebrantable, a Ian Collins se le revolvían las entrañas cada vez que el idiota de Phillip Brooks hacía llorar a Savannah.

Ian apartó la mirada sin decir una palabra y cogió su jarra de cerveza, pero no dejó de vigilarla de reojo.

Me acomodé en mi silla, preparándome para la cena. Había humo en el ambiente, cerveza en la mesa y mis amigos a mi alrededor. Y justo enfrente, a menos de un metro de distancia, Hannah O’Malley acaba de levantar la vista para clavar sus ojos en los míos.

La noche no había hecho más que empezar, y yo ya sentía que caminaba por el borde de un precipicio.

* * *

El bullicio en *The Switchback* era ensordecedor, pero el rincón que ocupábamos parecía envuelto en su propia burbuja de camaradería tras la amarga salida de Phillip. Las jarras de cerveza helada y las cestas de alitas picantes y hamburguesas llenaban la mesa.

Le di un trago largo a mi cerveza oscura, apoyando la espalda en el respaldo de la silla de madera, pero mis ojos seguían fijos en la mujer sentada en diagonal a mí.

Hannah O'Malley estaba riéndose a carcajadas de una imitación terrible que Noah estaba haciendo del profesor de química que tuvimos en el instituto. Su risa era un sonido ronco y genuino que lograba colarse por encima del bajo de la música rock del local. La observé llevarse una patata frita a la boca, y mi mente, traicionera y obsesiva, no pudo evitar viajar a lo que esas mismas manos habían hecho cuarenta y ocho horas antes.

Aún no me la podía quitar de la cabeza.

La imagen de Hannah en la sala de trauma, apartando al cirujano veterano y tomando el control de la situación con una frialdad letal, se me había quedado grabada a fuego. Cuando cruzamos miradas en la puerta del quirófano, vi a una guerrera. No había rastro de la adolescente frágil que saqué de la montaña; frente a mí tuve a una mujer que luchaba contra la muerte con pura habilidad y arrogancia médica. Y, maldita sea, me había parecido la cosa más atractiva del mundo. Verla trabajar me había provocado un hambre oscura que ahora, viéndola sonreír con las mejillas sonrojadas por el calor del bar, me estaba costando horrores disimular.

Un golpe seco en el tobillo, por debajo de la mesa, me sacó de mi estupor.

Parpadeé, desviando la vista hacia mi izquierda. Ian estaba dándole un mordisco metódico a su hamburguesa, mirando al frente, pero la comisura de sus labios se curvó en una levísima e insólita sonrisa burlona.

—Cierra la boca, Donovan, que te van a entrar moscas —murmuró Ian con su voz grave, lo bastante bajo para que solo yo lo escuchara por encima de la música.

Apreté la mandíbula, sintiendo que el calor me subía por el cuello. Me estaba devolviendo exactamente la misma jugada que yo le había hecho con Savannah hacía veinte minutos.

—Vete al infierno, Collins —gruñí por lo bajo, agarrando mi jarra de cerveza con más fuerza de la necesaria.

Ian soltó una exhalación que era lo más parecido a una risa que le había escuchado en semanas.

—No intentes darme lecciones de discreción cuando llevas diez minutos mirándole la boca a la cirujana como si fuera la última cerveza del estado —replicó, dándole un trago a su vaso—. Se te nota a kilómetros, hermano.

Me pasé una mano por la nuca, frustrado porque mi mejor amigo me leyera con tanta facilidad, y me obligué a desviar la atención hacia la conversación general.

Noah estaba en su salsa, contando anécdotas de su época en el equipo de atletismo, y Savannah y Hannah añadían detalles vergonzosos de los bailes de invierno. Era fascinante y a la vez doloroso observar la dinámica de la mesa. Era un baile perfectamente coreografiado en el que todos conocíamos los pasos.

Hablamos del pasado con una fluidez pasmosa, pero había un abismo invisible en el centro de la conversación que nadie pisaba.

Nadie mencionaba la excursión. Nadie mencionaba la tormenta de nieve. Nadie mencionaba las dos horas interminables que pasaron en aquel amasijo de hierros y frío antes de que yo lograra descender con el helicóptero. Ese era el pacto silencioso que mantenía a este pueblo a flote. Cada uno de los que estaban en esta mesa había

lidiado con el trauma del accidente a su manera, y el respeto mutuo exigía dejar a los fantasmas dormir en paz.

Incluso Avery parecía seguir esa regla no escrita con una naturalidad absoluta. La hermana de Ian estaba sentada entre Noah y Hannah, participando en la conversación con sonrisas comedidas y comentarios agudos. Desde que Carson murió sosteniéndole la mano, Avery se había convertido en una especie de loba solitaria. Era reservada, mantenía las distancias y rara vez se dejaba ver en grupos grandes. No había tenido amigos íntimos reales en la última década, pero esta noche, bajo la influencia cálida de Noah y Savannah, y respaldada por la vuelta de Hannah, parecía haber encontrado un lugar en el que se sentía cómoda. Un lugar en el que podía bajar sus defensas.

—Avery, tienes que darle a Hannah la receta de ese desastre que llamabas ponche en las fiestas de fin de curso —bromeó Savannah, robándole una patata a Noah—. Creo que el hospital necesita ese nivel de toxicidad para desatascar las cañerías.

Avery soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Esa receta se irá conmigo a la tumba. Si se la doy a la jefa de trauma, me despedirá por intento de homicidio involuntario.

—Me ofende tu falta de fe en mi hígado, Collins —replicó Hannah, levantando su refresco en un brindis simulado—. He sobrevivido a las guardias de Chicago a base de café rancio y bebidas energéticas cuestionables. Puedo con tu ponche.

Todos rieron, y yo me permití relajar un poco los hombros. Ver a Hannah encajar de nuevo en el ecosistema del pueblo, ver cómo la tensión que la había rodeado desde su llegada se iba disipando entre bromas y cerveza, me quitó un peso de encima.

Por primera vez en doce años, sentí que la herida que todos compartíamos había dejado de sangrar, aunque solo fuera por esta noche. Pero justo cuando estaba empezando a disfrutar de la tregua, la campana de la puerta del bar sonó, y el murmullo de voces en la entrada cambió de tono.

Apenas necesité un segundo para reconocerlos. Eran tres hombres y un par de mujeres que se abrieron paso hacia la barra exigiendo cervezas a gritos, comportándose con esa arrogancia barata de quienes se creen los dueños del lugar. Eran el antiguo círculo íntimo de mi hermano Carson. Los chicos populares del instituto, ahora convertidos en adultos estancados que seguían aferrados a sus viejas glorias adolescentes.

Noté las miradas periféricas del resto del local. Sabía perfectamente lo que estaba pasando. Mañana a primera hora, en la panadería, en la ferretería y en los pasillos del hospital, el pueblo entero estaría susurrando que Caleb Donovan había compartido mesa, risas y cervezas con Hannah O'Malley. Mi madre probablemente se enteraría antes del mediodía y el infierno se desataría en mi familia.

Pero, mientras le daba otro trago a mi cerveza y sentía la madera del respaldo contra mi espalda, me di cuenta de algo liberador: me importaba una jodida mierda. De hecho, me provocaba una profunda y retorcida satisfacción desafiarlos a todos.

Sin embargo, la llegada del grupo no pasó desapercibida en nuestra mesa.

Avery, que hasta hacía un momento estaba relajada y riendo, se tensó de golpe. Su espalda se puso rígida como una tabla y sus ojos claros se clavaron en la madera de la mesa, su rostro vaciándose de cualquier expresión amigable.

Hannah, que estaba sentada a su lado y tenía un radar infalible para detectar los cambios de ambiente, siguió la mirada que Avery había apartado.

—¿Esos no son...? —preguntó Hannah en voz baja, con cautela, girándose un poco hacia la enfermera—. Solías ir con ellos a todas partes en el instituto. Creía que seguíais siendo amigos.

Avery levantó la vista lentamente hacia el otro extremo del bar. Su mirada era gélida, cargada de un desprecio tan absoluto y profundo que me sorprendió.

—No —respondió Avery, con una voz afilada como el cristal roto —. No he vuelto a cruzar una palabra con ellos desde el día de la excursión. No me interesa ser amiga de gente como ellos.

Me quedé mirándola, sintiendo que el engranaje de mi cerebro se detenía en seco. Carson era el líder absoluto de "gente como ellos". Siempre había asumido que el aislamiento de Avery se debía al dolor, al trauma de haber visto morir a su mejor amigo en la nieve. Jamás la había presionado para hablar de ello.

Pero el asco visceral en su tono no era dolor. Era resentimiento. Era repulsión.

Por primera vez en doce años, una duda fría y venenosa se instaló en mi estómago. Me di cuenta de que no tenía ni puta idea de lo que había pasado en aquel autobús antes de que se estrellara. Ni tampoco durante las dos horas que estuvieron atrapados en la nieve esperando a que yo bajara del cielo. Avery sabía algo. Sabía algo oscuro sobre mi hermano o sobre ese grupo que la había hecho repudiarlos para siempre.

El silencio en nuestra mesa se volvió denso, pesado por el roce con el tabú del accidente, hasta que Noah se aclaró la garganta, asumiendo su papel habitual de desactivador de bombas.

—Bueno, mirad el lado positivo —dijo Noah, apoyando los codos en la mesa y esbozando una sonrisa fanfarrona—. Nosotros somos el espectáculo principal esta noche. Mañana, el hecho de que la nueva jefa de trauma y el piloto estrella de Wildwater Falls hayan cenado amigablemente juntos va a ser la comidilla del pueblo. Esos idiotas de la barra ni siquiera van a ser un pie de página en los cotilleos.

Savannah soltó una risa nerviosa, asintiendo para apoyar a Noah. Hannah, por su parte, rodó los ojos y se llevó su vaso de refresco a los labios, murmurando algo sobre lo aburrida que debía ser la vida en el pueblo para que nuestra cena fuera noticia de portada.

La miré. Miré cómo la luz del fuego de la chimenea jugaba con las ondas castañas de su pelo, y cómo esa actitud desafiante suya la hacía parecer aún más inalcanzable. Si el pueblo quería hablar de

nosotros, si querían diseccionar nuestra relación y buscar motivos para seguir alimentando su morbo y sus prejuicios...

Iba a darles un motivo de verdad.

—¿Ah, sí? —murmuré, dejando mi jarra de cerveza sobre la mesa con un golpe sordo. Una sonrisa depredadora, imprudente y cargada de adrenalina se abrió paso en mis labios—. Hagamos que les explote la puta cabeza, entonces.

Me levanté de la silla. Ian me miró de reojo, arqueando una ceja, sabiendo perfectamente que estaba a punto de cruzar una línea de no retorno. Ignoré su escrutinio silencioso, rodeé la mesa y me detuve justo detrás de la silla de Hannah.

La música había cambiado a una balada de rock sureño, algo más lento, de guitarras graves y ritmo pesado.

Le tendí la mano.

Hannah levantó la cabeza, sorprendida. Sus ojos oscuros viajaron desde mi mano abierta hasta mi rostro. Sus labios se separaron ligeramente, procesando lo que significaba que yo, el hermano de Carson Donovan, la sacara a bailar en medio del bar más concurrido de Wildwater Falls.

—¿Bailas, O'Malley? —le pregunté, bajando el tono de voz para que solo ella me escuchara por encima del ruido.

La duda parpadeó en su mirada por un milisegundo. Pero Hannah O’Malley no había vuelto para esconderse. Una chispa de puro orgullo y desafío encendió sus ojos. Esbozó una media sonrisa, deslizó su mano sobre la mía y dejó que mis dedos se cerraran alrededor de los suyos.

—Bailo, Donovan.

Tiré suavemente de ella para ponerla en pie, ignorando las miradas atónitas de Noah y Savannah, y la guie hacia la pista de madera que había en el centro del local, listo para prenderle fuego a las habladurías de todo el maldito pueblo.

OCHO

Caleb

Podía sentir el peso de docenas de miradas clavándose en mi espalda y en la de Hannah. Los murmullos en las mesas cercanas a la barra se apagaron, sustituidos por un silencio expectante y morboso. Medio bar nos estaba observando.

Me importó una mierda.

Me detuve en el centro de la pista, me giré hacia ella y deslicé mi mano derecha hasta posarla con firmeza en la curva de su cintura. Hannah contuvo el aliento de forma casi imperceptible cuando mis dedos presionaron sobre el punto exacto donde el jersey burdeos se encontraba con la tela del vaquero. Su otra mano subió hasta mi hombro, un tacto ligero y cauteloso.

Comenzamos a movernos al compás lento y pesado de las guitarras sureñas. La distancia entre nosotros era la socialmente aceptable, pero la electricidad que crepitaba en ese escaso palmo de aire era suficiente para incendiar el local entero.

Hannah levantó la vista hacia mí. Tenía las pupilas ligeramente dilatadas, oscuras y profundas.

—Estoy nerviosa —confesó en un murmullo que rozó mi barbilla —. Hace años que no bailo, y menos con público. Si te piso, por favor, no me lo tengas en cuenta. Bastante tiene el pueblo para

hablar mañana como para que además les des la noticia de que te he fracturado un dedo del pie.

Solté una risa baja y ronca, tirando de ella apenas un centímetro más hacia mí.

—Tranquila, O'Malley. Estas botas llevan puntera reforzada. Son a prueba de pisadas de cirujanas oxidadas. Estaré bien.

Hannah sonrió, relajando un poco la tensión de sus hombros, y se dejó llevar por el ritmo. La observé con detalle mientras dábamos vueltas despacio bajo la luz tenue. Físicamente, era una tortura tenerla tan cerca. Pero lo que de verdad me estaba volviendo loco, lo que me arrastraba hacia ella como una maldita fuerza de gravedad, era todo lo demás.

Me atraía su arrogancia médica, esa seguridad letal con la que le había arrancado la vida a la muerte en el quirófano. Me atraía la fiereza con la que acababa de proteger a Savannah de su imbécil de marido. Y, joder, me derretía la forma en la que se reía con mi hija, tratándola como a un igual. Era un paquete completo, un huracán de inteligencia, lealtad y belleza, y yo estaba metido de lleno en el ojo de la tormenta.

Inhalé profundamente, y entonces me golpeó.

Su olor. Madreselva.

No era un perfume pesado ni artificial. Era sutil, dulce y cálido, filtrándose a través del olor a humo, cerveza y madera de bar. Ese aroma a madreselva se me coló por las fosas nasales y bajó directamente a mi entrepierna, pesado y denso.

Cuando la canción terminó, el hechizo se rompió, pero los efectos colaterales en mi cuerpo, no. La guie de vuelta a la mesa con una mano en la base de su espalda, sintiendo cómo la sangre me latía con fuerza. Estaba excitado. Muy excitado. Y necesitaba recuperar todo mi autocontrol para no deslizar la mano por su espalda hasta enredarla en su pelo, tirar suevamente de él y comprobar si sus labios eran tan dulces como aparentaban.

Nos sentamos. Me tragué el resto de mi bebida de un trago, intentando enfriar mi sistema, mientras Noah bromeaba sobre nuestra "actuación estelar". Diez minutos después, el consenso general fue que la noche había dado de sí lo suficiente.

—Yo me retiro —anunció Avery, poniéndose el abrigo. Noah y Savannah también asintieron, recogiendo sus cosas.

Miré a Ian, que ya estaba de pie con las llaves de la camioneta en la mano, listo para llevarme a casa. Pero antes de que pudiera decirle nada, Hannah se abrochó su chaqueta.

—Caleb, he venido en mi coche —dijo ella, con esa naturalidad que me estaba volviendo loco—. Somos vecinos. No hace falta que Ian dé un rodeo hasta nuestra zona. Te llevo yo.

Ian me miró fijamente. Una de sus cejas oscuras se alzó apenas un milímetro, captando perfectamente la tensión de la situación, pero se limitó a guardar las llaves y asentir.

—Nos vemos en la base el lunes, Donovan. Buenas noches, Hannah —se despidió Ian.

Diez minutos después, estaba metido en el asiento del copiloto del viejo todoterreno de Hannah. El espacio cerrado del habitáculo era una trampa mortal. La calefacción del coche se encendió, esparciendo el jodido aroma a madreselva por todos los rincones.

Hannah puso la marcha y arrancó hacia la *Riverbend Road*. Se había quitado la chaqueta al entrar porque la calefacción estaba fuerte, quedándose solo con el ajustado jersey burdeos de cuello en pico.

Con la escasa iluminación del salpicadero, el escote en "V" revelaba la sombra del inicio de sus pechos. Mis ojos viajaron hasta allí con voluntad propia. La tela fina se tensaba sobre sus curvas cada vez que giraba el volante. Mi mente, perversa y hambrienta, imaginó la facilidad con la que podría enganchar un dedo en ese escote y tirar de la lana hacia abajo. Fantaseé con saborear esa piel cálida, con marcarle el cuello hasta que jadeara mi nombre, olvidando por completo al resto del mundo.

La dureza en mis vaqueros se volvió dolorosa. Apreté los dientes, cambié de postura de forma rígida, intentando disimular la erección evidente que estaba a punto de rasgar la costura de mis pantalones.

—Hace... hace bastante frío esta noche, ¿verdad? —dije, mi voz sonando ronca y forzada. Hablando de la maldita temperatura para no lanzarme sobre ella.

Hannah me miró de reojo, ignorante de la masacre que estaba provocando en mi autocontrol.

—Sí, el termómetro marca cinco bajo cero —respondió ella, subiendo un poco más el dial de la calefacción, empeorando mi situación—. Menos mal que los de la mudanza me dejaron mucha leña cortada en el porche.

—Si necesitas ayuda para encender la chimenea alguna vez, o si te quedas sin leña, avísame —ofrecí, clavando la vista en la carretera negra frente a nosotros para no seguir mirándole el escote.

—Lo tendré en cuenta, vecino —sonrió ella.

El viaje duró apenas diez minutos, pero para mí fue una prueba de resistencia y tortura psicológica. Cuando sus faros iluminaron por fin la entrada de grava de nuestras cabañas, solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Los neumáticos del todoterreno crujieron sobre la grava de mi entrada y el vehículo se detuvo por completo. Hannah giró la llave, apagando el motor. Los faros se apagaron, sumiendo el habitáculo en una penumbra apenas rota por la luz de la luna que se filtraba entre los pinos y el tenue resplandor cobrizo del panel de instrumentos.

El silencio cayó sobre nosotros, denso y cargado de electricidad.

Sabía que tenía que abrir la puerta. Sabía que debía darle las buenas noches, caminar hacia mi porche, comprobar que mi hija dormía y meterme en la cama para intentar olvidar que la mujer que llevaba doce años atormentándome estaba sentada a menos de medio metro de distancia. Pero mis manos seguían apoyadas en mis muslos, negándose a moverse hacia el tirador de la puerta.

Hannah tampoco hizo ademán de desabrocharse el cinturón. Mantuvo las manos apoyadas en el volante, la mirada fija en el parabrisas oscurecido.

El olor a madreselva flotaba en el aire caliente de la calefacción, envolviéndome, tentando a mis pulmones con cada respiración. Necesitaba prolongar este momento, aunque no tenía ni idea de cómo hilar una conversación normal cuando mi cerebro solo estaba enfocado en el escote de su jersey burdeos y en la curva de su cuello.

Me aclaré la garganta, buscando desesperadamente un terreno neutral.

—Lo de ayer... en la sala de reanimación —empecé, girando la cabeza para mirarla de perfil—. Fue impresionante.

Hannah giró el rostro hacia mí. En la penumbra, pude ver cómo un levísimo rubor teñía sus mejillas. No era falsa modestia; le sorprendía el halago viniendo de mí.

—Ver cómo apartaste a Evans y tomaste el control de la situación... —continué, bajando el tono de voz en la intimidad del coche cerrado—. Dejaste a todo mi equipo sin palabras. Salvaste a esa mujer cuando todos los demás querían seguir el puto manual paso a paso y dejarla morir en un tubo de rayos X.

Hannah sonrió de medio lado, apartando la mirada un segundo antes de volver a clavarla en la mía.

—Evans es un buen cirujano, pero a veces la burocracia médica mata más rápido que las hemorragias —respondió, encogiéndose de hombros, asumiendo su talento con una seguridad que me resultó embriagadora—. Sé que soy buena en lo que hago, Caleb. No es arrogancia. Es que llevo doce años preparándome sin descanso exactamente para no dudar en momentos así.

Me acomodé un poco en el asiento, girando el cuerpo hacia ella, completamente cautivado.

—¿Por qué medicina? —pregunté, sintiendo una necesidad genuina de desentrañar el misterio que era esta nueva Hannah—. Y

por qué trauma. Es una carnicería diaria. Podrías haber elegido cualquier otra especialidad más... tranquila.

Hannah suspiró suavemente, apoyando la cabeza contra el respaldo de su asiento, relajando por completo la guardia frente a mí.

—Lo de ser médico casi venía en el ADN. Mis padres lo son, ya lo sabes. En casa siempre se respiró ese ambiente, así que estudiar medicina fue el paso más natural para mí —explicó, y su voz adquirió un tono reflexivo, casi íntimo—. Pero la especialidad fue otra historia. Durante mi residencia en el Chicago Mercy, estuve dando tumbos. Hice rotaciones en cardiología, pasé brevemente por pediatría y luego acabé en neurocirugía. Pensé que terminaría operando cerebros durante diez horas seguidas en quirófanos silenciosos.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Los ojos de Hannah brillaron en la oscuridad, reviviendo el recuerdo.

—Un viernes por la noche, durante mi rotación en neuro. Hubo un tiroteo múltiple en un club del sur de la ciudad. Trajeron a decenas de heridos de bala de golpe. Fue una masacre. Urgencias colapsó en diez minutos, no había suficientes cirujanos de trauma de guardia y los quirófanos estaban desbordados. El jefe de trauma del Mercy me vio en el pasillo y, literalmente, me arrastró por el brazo hacia un box. Me dijo: "O'Malley, olvídate de los cerebros hoy, necesito unas manos rápidas para taponar agujeros de bala".

La escuché en silencio, fascinado por la pasión que irradiaba cada vez que hablaba de su trabajo. Para ella no era una profesión. Era una jodida misión. Había nacido para esto.

—Esa noche no perdimos a nadie en mi quirófano. A nadie —continuó Hannah, y oí cómo la emoción y el orgullo reverberaban en su voz—. La adrenalina, el caos, el hecho de tomar decisiones en fracciones de segundo y ver cómo el corazón de alguien volvía a latir bajo mis manos porque yo había sido lo suficientemente rápida...

Fue la señal que necesitaba. Supe que mi sitio estaba en la trinchera de trauma.

Me quedé sin palabras. La vulnerabilidad emocional que me estaba mostrando, la forma en que estaba abriendo la puerta de su vida para dejarme mirar dentro, era un regalo que no creía merecer.

Hannah bajó la mirada hacia sus propias manos, entrelazando los dedos sobre su regazo. La atmósfera del coche se volvió de repente mucho más densa.

—Además... —añadió, en un susurro apenas audible —. Mi historia. Lo que pasó en este pueblo me marcó de una forma que nunca podré borrar. Aprendí de la peor manera posible que ser la mejor en este campo, que tener las manos más rápidas y el instinto más afilado... supone, literalmente, la diferencia entre la vida y la muerte. No podía permitirme ser solo una buena doctora. Tenía que ser la mujer que no dejara que nadie más muriera esperando.

El aire abandonó mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

No mencionó el accidente. No mencionó a Carson. No mencionó la nieve. Pero no hacía falta. Todo el dolor, la culpa y la fuerza que la habían forjado estaban ahí, expuestos frente a mí en el asiento del conductor de su coche.

La miré. Miré sus labios entreabiertos, sus ojos oscuros y húmedos, y el pulso latiendo apresurado en la base de su cuello.

Una oleada de emoción pura y dura, mezclada con una atracción física tan violenta que me hizo temblar, me arrasó por completo. Si me quedaba un segundo más en ese asiento, si seguía respirando el olor a madreselva de su piel, iba a perder el puto control. Iba a lanzarme sobre la consola central, iba a hundir mis manos en ese pelo castaño y la iba a besar como un salvaje, devorando todo ese dolor y esa pasión hasta dejarla sin aliento.

Y no podía hacerle eso. No aquí. No ahora. No cuando apenas estábamos empezando a mirarnos sin odio.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y agarré el tirador de la puerta con brusquedad.

—Tienes razón —dije, con la voz tan ronca que apenas parecía la mía. Empujé la puerta, dejando que el frío polar de la montaña entrara como un latigazo salvador en el coche—. Eres exactamente la doctora que este pueblo necesita, Hannah.

Me bajé del vehículo casi de un salto, cerrando la puerta con un golpe sordo. Me incliné hacia la ventanilla, que ella había bajado un par de centímetros, obligándome a no mirar sus labios.

—Buenas noches, O'Malley. Gracias por traer a este piloto a casa.

—Buenas noches, Caleb —respondió ella, con un tono suave y una mirada que me dejó claro que había notado mi huida repentina.

Me di la vuelta y caminé hacia mi porche con pasos largos y rígidos, sin mirar atrás, sintiendo que acababa de escapar por los pelos del incendio más devastador de toda mi vida.

Escuché el motor del todoterreno de Hannah alejarse por el camino de grava mientras abría la puerta principal de mi cabaña con el mayor sigilo posible. El contraste entre el frío cortante de la montaña y el calor del interior me golpeó al instante, pero lo que de verdad me ancló al suelo fue el silencio pacífico que reinaba en la casa.

Cerré la puerta con cuidado hasta escuchar el clic de la cerradura. En el salón, la televisión estaba apagada y la única luz provenía de la lámpara de pie del rincón.

Clover estaba profundamente dormida en el sofá. Se había quedado hecha un ovillo, con la cabeza apoyada en un cojín y un bol de palomitas a medio terminar peligrosamente cerca del borde de la mesa de centro. Sonreí de medio lado, negando con la cabeza. Me acerqué en silencio, aparté el bol para evitar desastres matutinos y cogí la manta de lana gruesa que descansaba en el sillón contiguo. Se la eché por encima con cuidado, arropándola hasta los hombros. Mi hermana pequeña soltó un suspiro inaudible y hundió un poco más la cara en el cojín, sin llegar a despertarse.

Dejé que durmiera. Se merecía el descanso después de los turnos inhumanos que hacíamos en la base.

Subí las escaleras pisando en los bordes de los escalones de madera para que no crujieran. Mi primera parada, como cada noche desde hacía diez años, fue la habitación de Octavia.

Empujé la puerta entreabierta. Mi hija dormía desparramada por toda la cama, con una pierna por fuera del edredón y el pelo oscuro esparcido por la almohada. Me quedé apoyado en el marco de la puerta durante un largo minuto, observando el suave subir y bajar de su pecho. Ella era mi brújula. Mi único norte verdadero.

Finalmente, cerré su puerta despacio y me dirigí a mi propia habitación.

No encendí la luz. Me quité la chaqueta de cuero, arrojándola sobre la silla del rincón, y empecé a desvestirme en la penumbra. Mientras me quitaba los vaqueros y la camiseta, el recuerdo del olor a madreselva y el calor del coche de Hannah volvió a asaltarme.

Me pasé las manos por la cara, frotándome los ojos cansados.

Había estado tan cerca de perder el control... Y, sin embargo, mientras me metía bajo las sábanas frías de mi cama y clavaba la vista en el techo de madera, me di cuenta de algo que llevaba doce años negándome a admitir.

Salvarle la vida había merecido la pena.

A pesar del dolor de mi familia, a pesar del odio de mi madre, a pesar del exilio de los O'Malley y de la culpa que me había estado asfixiando cada día... el mundo era un lugar mejor con Hannah en él. Se había convertido en una mujer absolutamente impresionante. No solo por su belleza, que me tenía al borde del colapso mental, sino por su cerebro. Por esas manos que habían salvado a una mujer de morir desangrada. Hannah era un milagro viviente que ahora se dedicaba a fabricar sus propios milagros.

Si las cosas fueran distintas... si el fantasma de mi hermano no se interpusiera entre nosotros como un muro, no dudaría un solo puto

segundo. Me lanzaría a por ella. La cortejaría, la besaría y no dejaría que ningún otro hombre de este pueblo se le acercara.

Deseaba con toda mi alma que Carson estuviera vivo. Dios sabía que habría dado cualquier cosa por cambiarme por él aquella noche. Pero la mala suerte había jugado en nuestra contra. Una tormenta imprevista, una placa de hielo, un barranco. Fue una tragedia, una puta mierda de tragedia, pero yo no tenía el control sobre el pasado. No podía reescribir lo que pasó en la nieve.

Giré sobre mi costado, hundiendo la cabeza en la almohada.

El presente y el futuro eran lo único que tenía en mis manos. Octavia era lo que contaba. Su risa, sus entrenamientos de judo y su felicidad eran mi absoluta prioridad. Que Clover siguiera sonriendo y encontrara su camino era lo que contaba. Que mi hermano Cormac regresara sano y salvo de su despliegue militar era lo que contaba.

Ellos eran mi familia. Ellos eran los que estaban aquí.

Y si mi madre, o cualquier otra persona en Wildwater Falls, prefería seguir adorando a los fantasmas en lugar de amar a los que seguíamos respirando... ese ya no era mi problema. Quien no quisiera ver que los vivos son lo verdaderamente importante, ya no merecía ni un segundo más de mi tiempo ni de mi culpa.

Cerré los ojos, y por primera vez desde que Hannah había vuelto al pueblo, me quedé dormido pensando en ella no como un recordatorio de la muerte, sino como una promesa de algo bueno por venir.

NUEVE

Hannah

El sol de la mañana se colaba a raudales por los inmensos ventanales de la cabaña, calentando la madera del suelo del salón. Era sábado, mi primer día libre real desde que había llegado a Wildwater Falls, y mi cuerpo había decidido celebrarlo durmiendo hasta pasadas las diez.

Me preparé una taza de café humeante y un par de tostadas, y me dejé caer en el sofá gris con un suspiro de pura satisfacción, vistiendo únicamente unos pantalones de pijama de franela a cuadros y una camiseta de tirantes blanca.

Cogí el móvil de la mesa de centro y abrí los mensajes. Lo primero que hice fue escribirle a Savannah. La imagen de ella llorando de humillación me había encogido el corazón.

Hannah: *Buenos días, Sav. Espero que hayas podido descansar. Solo quería decirte que te quiero y que si necesitas escapar hoy, tengo café, paciencia y ninguna intención de juzgar a nadie. Llámame cuando te despiertes.* ❤️

No esperaba una respuesta inmediata; probablemente Phillip ya estaría en la panadería y ella aprovecharía para dormir. Después, grabé un par de notas de voz rápidas para el chat de mi familia, resumiéndoles a mis padres y a Patrick que había sobrevivido a mi

primera semana y a mi primera salida social en el pueblo sin que nadie me persiguiera con antorchas.

Dejé el teléfono a un lado y le di un sorbo al café, cerrando los ojos.

Pero en cuanto mis párpados bajaron, mi cerebro traicionero me transportó de vuelta al centro del bar.

La música lenta. El calor de la sala. Y Caleb.

El recuerdo de su mano grande y firme presionando la curva de mi cintura hizo que un escalofrío me recorriera la nuca, erizándome la piel de los brazos. Lo había tenido tan cerca que podía contarle las pestañas. Había visto cómo la luz del fuego de la chimenea se reflejaba en sus ojos azul turquesa, volviéndolos más intensos, casi depredadores. Y sus labios... Dios, qué labios. Había pasado gran parte de la noche intentando no mirar cómo bebía de su jarra de cerveza, y luego en el coche, a solas en la penumbra, la tensión había sido tan gruesa que casi se podía cortar con un bisturí.

Pero lo que se me había quedado grabado a fuego era su olor. No olía a humo, ni a la loción típica que usaban todos los chicos. Caleb olía a colada recién hecha. Era un aroma limpio, fresco y abrumadoramente masculino que me había nublado el sentido común.

Abrí los ojos y miré hacia el ventanal, hacia la franja de bosque que separaba mi cabaña de la suya.

Mi mente clínica y analítica, incapaz de estarse quieta, empezó a hacer cálculos. Caleb tenía treinta y cuatro años ahora. Cuando el accidente del autobús de Carson arrasó con nuestras vidas hace doce años, él tenía veintidós y acababa de conseguir sus alas como piloto de rescate. Octavia tenía diez años. Eso significaba que Caleb había sido padre a los veinticuatro, apenas dos años después de perder a su hermano pequeño.

Fruncí el ceño, dándole vueltas a la taza de cerámica entre las manos.

En los días que llevaba interactuando con Octavia, la niña no había mencionado a su madre ni una sola vez. Hablaba de su padre, de la base, de su tía Clover, de Jax, de su primo Jonah y su tía Sloane... pero no había ninguna figura materna en su vocabulario. Y Caleb tampoco había hecho alusión a una esposa o exmujer. Criar a un huracán de diez años él solo, con turnos de vuelo de doce horas y sin una madre... tuvo que ser un infierno. La fascinación que sentía por él añadió una nueva capa de profundo respeto por el padre en el que se había convertido.

El zumbido de mi teléfono sobre el cristal de la mesa interrumpió mis pensamientos.

Esperando que fuera la respuesta de Savannah, lo cogí. Era un mensaje de texto de un número que no tenía registrado.

Desconocido: *Buenos días, Hannah**.** *Soy Caleb. Noah me ha dado tu número. Espero que no te importe que se lo haya pedido, pero era más rápido que cruzar el bosque para llamar a tu puerta.*

El pulso me dio un saltito ridículo e impropio de una jefa de trauma. Tecleé la respuesta con rapidez, intentando no parecer demasiado ansiosa.

Hannah: *Para nada. Noah es una agenda andante. ¿Todo bien por ahí?*

No tardó ni diez segundos en contestar. Pude imaginarlo perfectamente de pie en su cocina, tecleando con el ceño ligeramente fruncido.

Desconocido: *Todo bien. El problema es que tengo a un bicho de diez años dando saltos en el salón preguntando si puede ir a verte. Le he dicho que es sábado y que probablemente estés descansando de tu primera semana. No quiero que te moleste, así que si necesitas paz, le diré que tienes que estudiar casos médicos aburridos.*

Sonreí de oreja a oreja. Fui a la información del contacto y guardé el número rápidamente bajo el nombre de Caleb Donovan, sintiendo que estaba cruzando una línea invisible.

Hannah: *Octavia nunca molesta, ya te lo dije. De hecho, me vendría genial un poco de ayuda. Estaba pensando en hacer galletas con chispas de chocolate, pero me da pereza amasar sola. Mándame a tu hija. La recluto como pinche de cocina.*

La respuesta tardó un minuto entero en llegar, y casi pude sentir la mezcla de alivio y gratitud a través de la pantalla.

Caleb Donovan: *Trato hecho. Te la envío en cinco minutos. Gracias, O'Malley. Te debo una.*

Bloqueé el teléfono y lo dejé sobre la mesa. El silencio de la cabaña ya no me parecía solitario. Me levanté del sofá de un salto, me recogí el pelo en un moño desordenado y fui directa a la cocina para sacar harina, azúcar y mantequilla de los armarios.

La vida en Wildwater Falls estaba resultando ser mucho más dulce de lo que jamás habría imaginado.

* * *

Exactamente cuatro minutos después de mi último mensaje con Caleb, unos golpes enérgicos y rápidos resonaron en la puerta principal. Al abrir, me encontré a Octavia enfundada en un abrigo de plumas rojo que le quedaba un poco grande, con las mejillas sonrosadas por el frío y una sonrisa que le ocupaba media cara.

—¡Hola, cirujana Hannah! Mi padre dice que necesitabas un pinche de cocina —anunció, frotándose las manos enguantadas—. ¡Y yo soy experta comiendo masa cruda!

—Ese es exactamente el currículum que estaba buscando —me reí, haciéndome a un lado para dejarla pasar—. Quítate el abrigo y lávate las manos. Vamos a hacer tantas galletas con chispas de chocolate que tendremos que rodar por el bosque para volver a tu casa. Y luego nos las comeremos con leche caliente.

Los ojos azules de Octavia se abrieron de par en par, alucinando con el plan.

Durante las siguientes dos horas, mi inmaculada cocina con isla de cuarzo se convirtió en una zona catastrófica de harina, azúcar moreno y risas. Octavia era un torbellino absoluto, pero también era increíblemente abierta, risueña y divertida. Mientras amasábamos y dábamos forma a las galletas, no paró de hablar ni un segundo.

Me contó anécdotas desastrosas sobre los intentos de su padre por peinarla cuando era más pequeña. Me habló de su tía Clover y de cómo le enseñaba nudos de escalada en el salón de su casa. Me relató, con un orgullo inmenso, las videollamadas con su tío Mac, que estaba desplegado en el extranjero, y cómo este le prometía traerle parches militares de cada misión. Incluso mencionó, con una sonrisa más suave, las tardes que pasaba con su abuelo Sean.

—El abuelo Sean me lleva a pescar al lago de debajo de vez en cuando —explicó Octavia, con la nariz manchada de harina—. Dice que tengo el mismo pulso que él para lanzar la caña.

Yo asentía, le sonreía y le limpiaba la harina de la cara, escuchándola con un cariño genuino que me nacía del pecho. Pero mientras ella hablaba, mi mente adulta no podía evitar hilar los silencios ensordecedores que dejaba su relato.

Octavia veía a su abuelo Sean a escondidas, o al menos lejos del resto de la familia. Y no había ni una sola mención a su abuela. A Vera Donovan.

El contraste me revolvía el estómago. Yo recordaba perfectamente a Vera. Antes del accidente, la madre de Caleb y Carson era el pilar de su casa. Era una mujer cálida, que siempre tenía la puerta abierta para los amigos de sus hijos, que preparaba limonada en verano y nos regañaba con cariño si entrábamos con

las botas manchadas de barro. No podía comprender cómo el dolor por la pérdida de un hijo podía retorcer tanto el corazón de una madre como para hacerle rechazar a su propia nieta. La sangre de su sangre.

Y luego estaba el otro gran misterio. La madre de Octavia. En dos horas de charla ininterrumpida sobre su familia, la niña no había pronunciado la palabra "mamá" ni una sola vez. Era como si esa figura simplemente no existiera en su universo.

El pitido del horno me sacó de mis pensamientos.

—¡Ya están! —gritó Octavia, dando saltitos frente a la puerta de cristal mientras yo me ponía las manoplas térmicas y sacaba la bandeja humeante.

El olor a mantequilla tostada, vainilla y chocolate derretido inundó la cabaña, un aroma tan hogareño que casi me hizo olvidar mis dudas. Estábamos a punto de atacar la primera galleta cuando unos nudillos golpearon el marco de la puerta mosquitera del porche, que habíamos dejado abierta para ventilar el calor del horno.

Me giré, y el aire se me quedó atascado en la garganta.

Caleb estaba apoyado en el umbral. Llevaba unos vaqueros desgastados, unas botas de trabajo y un jersey gris de punto grueso que se ajustaba perfectamente a sus hombros anchos. Tenía las manos ocupadas con dos grandes bolsas de papel estraza de un conocido restaurante del pueblo, y una sonrisa relajada, casi perezosa, curvaba sus labios mientras observaba el desastre de mi cocina.

Dios, era tan malditamente sexy.

Verlo así, fuera de su uniforme de piloto, lejos del drama del hospital y del escrutinio del bar, me dejó fascinada. Irradiaba una seguridad abrumadora, la confianza de un hombre que dominaba la vida doméstica y la paternidad con la misma firmeza con la que pilotaba un helicóptero en medio de una tormenta.

—Huele a que me he perdido la mejor parte del sábado —dijo Caleb, entrando en la cocina con paso tranquilo.

—¡Papá! ¡Hemos hecho un millón de galletas! —Octavia corrió hacia él, enseñándole las manos manchadas de chocolate—. ¡Hannah dice que nos las vamos a comer todas con leche!

Caleb soltó una carcajada baja, un sonido rico y cálido que me vibró en el pecho, y alzó las bolsas de papel a modo de escudo defensivo.

—Oh, no. Ni hablar, fiera. Conozco esa táctica —bromeó él, mirándome de reojo con una chispa cómplice en sus ojos turquesa —. Sé que tu cirujana favorita es muy permisiva, pero antes de entrar en un coma diabético, vais a comer algo consistente. He traído sándwiches calientes de pavo, queso fundido y sopa de tomate para los tres.

Me apoyé contra la isla de la cocina, cruzándome de brazos sobre el delantal que me había puesto, incapaz de borrar la sonrisa estúpida de mi cara.

—¿Desconfías de mi dieta a base de azúcar, Donovan? —le desafié en tono de broma, disfrutando de la dinámica.

Caleb dejó las bolsas sobre la encimera despejada, a escasos centímetros de mí. Se giró, apoyando las manos en el cuarzo, e invadió mi espacio personal justo lo suficiente para que su olor a colada limpia se mezclara con el aroma a vainilla y chocolate de la cocina.

—Desconfío de tu capacidad para frenar a mi hija cuando se propone algo, O'Malley —respondió en un murmullo que solo yo escuché, con esa sonrisa ladeada que amenazaba con derretirme las rodillas—. Pero acepto el soborno de las galletas si me dejáis quedarme a comer.

Le sostuve la mirada, sintiendo cómo el corazón me latía desbocado bajo la camiseta de pijama.

—Saca los platos, Caleb. Te has ganado el almuerzo.

* * *

El caos de la cocina había dado paso a una calma cálida y reconfortante. Los platos vacíos de los sándwiches y las tazas manchadas de leche y chocolate se apilaban junto al fregadero, testimonios mudos de lo que había sido un almuerzo absurdamente perfecto.

Octavia se limpió la boca con el dorso de la mano, dejando una miga de galleta en su mejilla, y dio un salto bajándose del taburete.

—¡Papá, voy a probar los frenos nuevos de la bici por el sendero! —anunció, agarrando su abrigo rojo a la carrera.

—No te alejes de la zona de las cabañas, fiera. Y ponte el gorro —le advirtió Caleb con ese tono paternal que mezclaba autoridad y una ternura infinita.

La puerta mosquitera se cerró de un portazo tras ella, dejándonos a Caleb y a mí solos en el silencio de la cabaña, envueltos en el olor a café recién hecho que yo acababa de preparar. Le tendí una taza humeante. Sus dedos largos y ásperos rozaron los míos al cogerla, enviando una descarga eléctrica directa a mi estómago.

Caleb le dio un sorbo al café negro, apoyando la cadera contra el borde de la isla de cuarzo. Estaba relajado, con los hombros bajos y una expresión de paz en el rostro que le suavizaba las facciones endurecidas por la montaña.

—Gracias por esto, Hannah —murmuró, mirándome por encima del borde de la taza. Sus ojos turquesa brillaban con una sinceridad abrumadora—. De verdad. Gracias por ser tan amable con ella. Sé que puede ser intensa, pero que la dejes entrar en tu casa y ensuciar tu cocina significa mucho.

Dejé mi propia taza sobre la encimera con un golpe seco, más fuerte de lo que pretendía. Me crucé de brazos, sintiendo que una repentina ola de indignación protectora me subía por el pecho.

—Caleb, mírame —le pedí, endureciendo el tono para que entendiera que iba en serio. Él bajó la taza, sorprendido, y me sostuvo la mirada—. Tienes que dejar de darme las gracias por tratar bien a tu hija. Deja de disculparte por ella. Octavia es la caña. Es inteligente, divertida, valiente y es imposible no quererla. No me

está robando tiempo ni ensuciando nada que no se pueda limpiar. Me encanta que esté aquí.

Vi cómo la nuez de su garganta subía y bajaba al tragar con dificultad. Sus ojos se empañaron por una fracción de segundo antes de que apartara la vista, conmovido hasta la médula por la defensa feroz que acababa de hacer de su niña. Esa pequeña grieta en su armadura me dio la valentía que necesitaba.

Di un paso hacia él, acortando la distancia en la cocina, adentrándome en su espacio.

—Caleb... —empecé, bajando la voz, casi temiendo romper la burbuja de intimidad que nos rodeaba—. ¿Dónde está su madre? ¿Qué pasó con ella?

Los músculos de su mandíbula se tensaron al instante. Vi cómo su cuerpo entero se ponía rígido, como si se preparara para recibir un golpe. Suspiró, un sonido largo y cansado, y dejó la taza a un lado, frotándose la nuca con una mano. Pensé que me iba a mandar a la mierda, que le diría que no era asunto mío, pero en lugar de eso, me miró con una vulnerabilidad que me rompió el corazón.

—Se llama Kate —dijo, y el nombre sonó a ceniza en su boca—. Era mi novia intermitente en el instituto. Nunca fue la mujer de mis sueños, ni yo el de los suyos, pero cuando... cuando Carson murió, todo en mi casa se fue a la mierda. Mi madre se encerró en sí misma, culpándome. Mi padre intentaba sin éxito mantenernos a flote. Cormac estaba en pleno despliegue y ni siquiera pudo volver para el funeral. Clover apenas hablaba, se encerraba en su habitación durante horas sin querer hablar ni ver a nadie. Yo tenía veintidós años y me ahogaba en la culpa. Kate fue la única balsa a la que pude aferrarme.

Asentí despacio, sin atreverme a interrumpir, empatizando con ese joven piloto destrozado que solo buscaba algo de calor en medio del invierno más frío de su vida.

—Se quedó embarazada por accidente un año después —continuó Caleb, con la mirada perdida en la madera del suelo—. Hicimos lo que se suponía que debíamos hacer. Nos casamos. Pero

Kate odiaba estar atada. Odiaba la vida en la cabaña, odiaba mis turnos de veinticuatro horas y, sobre todo, odiaba ser madre. La sobrepasaba. Cuando Octavia cumplió dos años, hizo las maletas y se largó con un empresario hotelero que estaba de paso por el pueblo.

El horror se abrió paso en mi garganta.

—Dios mío, Caleb. Lo siento muchísimo.

Él soltó una risa amarga, carente de cualquier humor.

—Esa no es la peor parte, O'Malley. Meses después de que se fuera, me enteré de que me había estado engañando durante casi todo el matrimonio. Con medio pueblo. El ricachón solo fue el billete de salida definitivo.

Me quedé paralizada. Mi mente intentaba procesar la magnitud de la traición. Miré a este hombre frente a mí: leal, protector, que se partía la espalda en la montaña para salvar a desconocidos y que había criado a una niña excepcional él solo, tragándose su propio dolor y la vergüenza pública.

No lo entendía. Clínicamente, lógicamente, emocionalmente, me resultaba imposible comprenderlo.

—Era una idiota —solté, con la voz temblando por la indignación —. Una completa y absoluta idiota.

Caleb me miró, sorprendido por la crudeza de mis palabras.

Me acerqué un paso más. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo y ese olor a colada recién hecha que me volvía loca. La intimidad del momento, las confesiones compartidas y la rabia que sentía por él me empujaron por el borde del precipicio. Mi filtro desapareció.

—De verdad, Caleb, no lo entiendo —murmuré, alzando el rostro para clavar mis ojos en los suyos—. Yo tenía quince años cuando te sacaste la licencia de vuelo. Tú tenías veintidós. Eras siete años mayor que yo, absolutamente inalcanzable. Dios, estaba coladísima por ti, al igual que medio pueblo. Te miraba pasar con tu chaqueta de piloto desde el porche y sentía que no podía respirar. Y viéndote

ahora... no comprendo cómo ninguna mujer, y mucho menos tu esposa, querría dejar a Caleb Donovan por otro.

Las palabras quedaron flotando en el aire caliente de la cocina.

Caleb se quedó de piedra. Sus labios se separaron ligeramente, pero no salió ningún sonido de ellos. La respiración se le atascó en el pecho, que subía y bajaba con una agitación repentina. Sus ojos turquesa se oscurecieron de golpe, transformándose en dos abismos de puro fuego.

Me sostuvo la mirada, inmóvil, escrutando mi rostro como si estuviera buscando algún tipo de señal.

El pánico me atenazó la garganta. «Mierda, la he cagado. He ido demasiado lejos». Pensé que se iba a apartar, que le había incomodado soltarle semejante confesión después de que él se abriera en canal sobre su trauma.

Pero entonces vi cómo sus nudillos, apoyados en la encimera, se ponían blancos por la fuerza con la que se estaba conteniendo. Vi cómo su mirada bajaba deliberadamente, despacio, hacia mis labios, deteniéndose allí el tiempo suficiente para que un calor líquido y pesado se me acumulara en el bajo vientre. No estaba incómodo. Estaba luchando contra cada instinto de su cuerpo para no abalanzarse sobre mí. El deseo que irradiaba era tan crudo, tan contenido y abrumador, que me temblaron las rodillas.

Inclinó la cabeza un milímetro hacia mí. El aire desapareció entre nosotros. Yo separé los labios, lista para dejar que me besara.

—¡Hola en la cabaña!

La voz femenina y alegre resonó desde el camino de grava, atravesando la puerta mosquitera como un disparo, seguida del crujido de unas botas acercándose al porche.

Caleb cerró los ojos con fuerza, soltando una maldición inaudible, y dio un paso atrás, rompiendo la tensión física de golpe, aunque la electricidad seguía friendo el aire de la cocina.

Me pasé una mano por el pelo, intentando calmar mi respiración desbocada, justo en el momento en que Clover Donovan asomaba la

cabeza por la puerta abierta, ajena por completo a que acababa de interrumpir el momento más incendiario de mi vida.

DIEZ

Hannah

La puerta mosquitera chirrió al abrirse por completo y Clover entró en la cocina como una ráfaga de aire fresco, trayendo consigo el frío de la montaña y una energía desbordante que chocó de frente contra la atmósfera densa y asfixiante que Caleb y yo acabábamos de crear.

Di un paso atrás tan rápido que mi cadera chocó con el borde de la isla de cuarzo. Me pasé las manos por los pantalones de pijama, intentando calmar el temblor de mis dedos y el calor furioso que me abrasaba las mejillas.

Caleb, por su parte, se aclaró la garganta con un sonido áspero. Se giró hacia su hermana con una lentitud calculada, metiendo las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Su pecho seguía subiendo y bajando un poco más rápido de lo normal, y la negrura de sus pupilas aún devoraba el turquesa de sus ojos, pero su expresión se cerró en un instante, ocultando el incendio bajo una capa de hielo.

—Hola, enana —la saludó Caleb, con la voz un tono más grave de lo habitual.

—¡Hannah! —exclamó Clover, ignorando el tono rudo de su hermano, con una sonrisa inmensa iluminando su rostro de facciones suaves—. Octavia pasó zumbando con la bici por mi lado y me dijo

que habíais horneado galletas. Dime que mi querido hermano mayor no se las ha comido todas.

—Aún quedan, Clover. Pasa —logré decir, forzando una sonrisa que esperaba que pareciera natural. Mi voz sonó un poco más aguda de lo normal, pero afortunadamente Clover estaba demasiado concentrada en la bandeja de la encimera como para notarlo.

Fui hacia la cafetera para servirle una taza, agradeciendo tener algo que hacer con las manos. Cuando me giré para tendérsela, atrapé la mirada de Caleb por encima del hombro de su hermana. Me estaba observando fijamente. No había retroceso en sus ojos; solo una promesa ardiente y silenciosa de que nuestra conversación no había terminado, simplemente había sido aplazada.

Tragué saliva y me obligué a centrar mi atención en Clover.

—Siéntate —le ofrecí, señalando los taburetes—. ¿Vienes de la base?

—Directa del infierno de los inventarios —suspiró Clover, dejándose caer en uno de los asientos y robando una galleta con chispas de chocolate—. Los sábados que no hay emergencias, Ian nos obliga a revisar el material médico de las mochilas de salto. Es un sargento de hierro.

Me reí, apoyándome en la encimera frente a ella, feliz de tener una distracción.

—Conozco la sensación. En el hospital, Avery es igual de estricta con los carros de paradas. Los Collins deben llevar el orden militar en la genética. ¿Te gusta tu trabajo como técnico sanitario de vuelo?

A Clover se le iluminaron los ojos, exactamente igual que a Octavia cuando hablaba de sus clases de judo. Era evidente que amaba lo que hacía.

—Me apasiona —aseguró, dándole un sorbo al café—. Bajar colgada de un cable a veinte metros del suelo, estabilizar a alguien en medio de la nieve y ver cómo los pilotos hacen magia con los rotores para sacarnos de allí... es la mejor puta sensación del mundo. Perdón por el lenguaje.

Sonreí con sinceridad.

—No te disculpes. Entiendo perfectamente la adicción a la adrenalina de salvar una vida en el último segundo.

Clover asintió enérgicamente, masticando su galleta. Estaba tan cómoda y relajada charlando conmigo que resultaba casi cómico lo absolutamente ciega que estaba a la tensión sexual de nivel radioactivo que seguía flotando a su alrededor. Caleb apenas participaba en la conversación. Se había quedado apoyado en la isla de la cocina, bebiendo su café en silencio, pero yo sentía el peso físico de su mirada recorriendo la curva de mi cuello, la línea de mis clavículas bajo la camiseta de tirantes y bajando hacia mis caderas cada vez que yo me movía un milímetro.

Era una tortura.

—Oye, Hannah, deberías pasarte un día por la base —sugirió Clover de repente, sacándome de mi ensoñación—. Tienes que ver los pájaros de cerca. Caleb pilota el Alfa Uno, pero tenemos tres helicópteros más. Pásate una mañana que libres, te invito a un café de máquina horrible y te enseño las instalaciones.

La propuesta me pilló por sorpresa, pero antes de que pudiera responder, miré a Caleb de reojo. Él había bajado su taza, y una media sonrisa depredadora, lenta y arrogante, se dibujaba en sus labios. Le encantaba la idea de tenerme en su territorio.

—Me encantaría, Clover. Te tomo la palabra —acepté, devolviéndole la sonrisa a la chica, pero manteniendo mi radar fijo en su hermano.

—Genial. —Clover se terminó el café de un trago y se bajó del taburete, sacudiéndose las migas de los pantalones—. Bueno, solo venía a gorronear azúcar. Tengo que ir a casa a ducharme, huelo a combustible de aviación.

Caleb se separó de la encimera, estirando la espalda.

—Yo también me voy. Voy a buscar a Octavia al sendero antes de que decida que sus frenos nuevos sirven para bajar por el barranco del río —anunció.

Los acompañé a los dos hasta la puerta. Clover me dio un abrazo rápido y espontáneo antes de bajar los escalones del porche y enfilar el camino hacia la cabaña de su hermano.

Caleb se quedó rezagado un segundo en el umbral. La luz pálida de la tarde se filtraba por la mosquitera, iluminando el azul intenso de sus ojos. No se movió para abrazarme, ni me tocó, pero no hizo falta. La forma en que clavó su mirada en mis labios durante dos segundos interminables fue suficiente para que me faltara el aire.

—Gracias por las galletas, O'Malley —murmuró con esa voz ronca que me bajaba directa al vientre.

—Cuando quieras, Donovan —logré responder, sosteniéndole la mirada con toda la valentía que pude reunir.

Caleb esbozó esa sonrisa ladeada que amenazaba con convertirse en mi perdición, se dio la vuelta y caminó hacia el bosque.

Cerré la puerta y me apoyé contra la madera fría, cerrando los ojos y dejando escapar un suspiro tembloroso. Había estado a punto de besarlo. A un maldito segundo de cruzar la línea que separaba nuestro tormentoso pasado de un futuro impredecible. Y lo más aterrador de todo no era lo cerca que habíamos estado, sino la certeza absoluta de que, si Clover se hubiera retrasado un minuto más, yo no lo habría detenido.

* * *

El domingo transcurrió en una bruma de pereza y tranquilidad absoluta. Sin visitas inesperadas ni emergencias del hospital, dediqué el día a vaciar las últimas tres cajas de la mudanza que quedaban en el pasillo al ritmo de una vieja lista de reproducción de country. Mientras organizaba mis libros médicos en las estanterías del salón, me sorprendí a mí misma asomándome por el ventanal más veces de las necesarias, buscando instintivamente el destello de un abrigo rojo entre los árboles o la silueta de Caleb apoyada en la barandilla de su porche. Era absurdo, pero la sola idea de tener a los

Donovan a cien metros de distancia, compartiendo el mismo trozo de bosque, me infundía una sensación de seguridad y pertenencia que no había sentido en doce años.

Wildwater Falls ya no era el escenario de mis pesadillas; se estaba convirtiendo lenta y firmemente en mi hogar. Y aunque mi mente clínica y analítica seguía dándole vueltas a la arrolladora e ilógica atracción que me arrastraba hacia Caleb, decidí no luchar contra ella durante mi día libre. Me permití acurrucarme en el sofá con una taza de té, disfrutando del recuerdo de su mirada ardiendo de deseo en mi cocina, del rastro a colada limpia que había dejado en el aire al marcharse.

Tampoco olvidaba la verdad que Clover llevaba dos años cargando ella sola, el diagnóstico de Carson era algo que desconocía la mayor parte de los Donovan y ser guardiana de ese secreto empezaba a pesar en mi conciencia. Ocultar algo así a Caleb podía parecer mezquino, pero me había dado cuenta rápidamente que el accidente era algo de lo que nadie hablaba, especialmente cierto piloto y su familia.

El lunes, sin embargo, la montaña exigió que mi atención volviera a centrarse cien por cien en la medicina.

La mañana había sido extrañamente tranquila en la planta de trauma. A la una del mediodía, me encontraba sentada en una de las mesas de fórmica de la cafetería del hospital, pinchando sin mucho entusiasmo una ensalada de pasta mientras Avery y Savannah me ponían al día sobre los últimos cotilleos del personal de enfermería. Estábamos riéndonos de una anécdota sobre el cirujano jefe de plástica cuando el busca de Avery y el mío pitaron al unísono, vibrando sobre la mesa con una urgencia estridente.

Avery agarró el dispositivo antes de que diera el segundo tono. Sus ojos claros escanearon la pantalla y su postura se volvió rígida al instante.

—Helicóptero a dos minutos —anunció, poniéndose en pie de un salto—. Equipo Alfa. Varón, veinte años. Caída de unos diez metros en el cañón de Wildwater George. El paramédico informa de posible

fractura pélvica y compromiso respiratorio. El rescate ha sido un infierno por las ráfagas de viento cruzado, pero no hay hipotermia; no había nieve en esa cota.

—Savannah, vente a urgencias por si necesitamos manos extra. Avery, avisa a Evans y prepara el box uno. FAST, placas de tórax y pelvis listas en cuanto cruce la puerta —ordené, tirando la servilleta sobre la mesa y echando a correr por el pasillo.

El sonido ensordecedor de los rotores del Alfa Uno hizo vibrar las puertas dobles de acceso a la pista justo cuando llegamos. Me puse los guantes de nitrilo azul mientras observaba a través del cristal. A los mandos, con el casco puesto y luchando contra unas rachas de viento que hacían tambalear el pesado aparato, estaba Caleb. Sus manos se movían sobre los controles con una destreza absoluta. Por un microsegundo, sus ojos encontraron los míos a través del parabrisas, un choque eléctrico en medio del caos, antes de que las compuertas traseras se abrieran de golpe.

Ian y Noah salieron empujando la camilla contra el viento helado.

En cuanto cruzaron el umbral hacia el pasillo protegido, la luz fluorescente reveló que el equipo Alfa no había salido ileso. Ian Collins tenía un feo y profundo corte en el pómulo derecho, justo debajo del ojo, y un reguero de sangre fresca le manchaba el cuello y el grueso arnés de rescate. Había golpeado contra la pared de roca al estabilizar la camilla en el aire.

—¡Collins, estás sangrando! —exclamó Savannah, acercándose instintivamente a él con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—Es un rasguño, Savannah. Ocupaos del chico —gruñó Ian, su voz grave resonando como un trueno, intentando apartarse sin éxito de las manos de mi amiga.

—Ni hablar. Siéntate en esa silla de triaje ahora mismo o te coseré la cara sin anestesia —le amenazó Savannah con su tono más dulce pero firme, agarrándolo por el brazo y tirando del gigante de metro noventa hacia un lado. Ian, para mi sorpresa, apretó la mandíbula pero obedeció sin rechistar, clavando sus ojos verdes en ella mientras Savannah abría un kit de sutura rápida.

No tuve tiempo para analizar la dinámica entre ellos. El doctor Evans acababa de llegar al box uno y el paciente de la camilla emitía un sonido agónico al intentar respirar.

—¡A mi cuenta, a la cama! Uno, dos, tres... ¡arriba! —grité.

Noah ayudó a transferir al chico que estaba pálido como el papel, sudoroso y su pecho apenas se elevaba del lado derecho.

—Saturación al ochenta y cayendo. Presión ochenta sobre cincuenta —cantó Avery, conectando los cables del monitor a una velocidad vertiginosa.

—Neumotórax a tensión —diagnostiqué en un segundo al no escuchar murmullo vesicular en el pulmón derecho—. Avery, aguja de descompresión gruesa y prepárame un tubo de tórax del 32. Evans, hazle el FAST en la pelvis mientras le devuelvo el aire.

Fue una coreografía perfecta. Mientras Evans esparcía el gel sobre el abdomen y la pelvis del paciente, yo clavé la aguja en el segundo espacio intercostal del chico. Un silbido de aire comprimido escapó del tórax, la saturación en el monitor empezó a subir casi de inmediato y el color regresó parcialmente al rostro del paciente. Con movimientos fluidos que había repetido miles de veces en Chicago, realicé la incisión, introduje el tubo torácico y lo aseguré con un punto de seda.

—Bien hecho, doctora —murmuró Evans, con los ojos fijos en la pantalla del ecógrafo—. El tórax está resuelto, pero la pelvis es un desastre. Fractura en libro abierto. Hay sangrado, pero no parece masivo por el momento. Necesita fijación interna.

Me quité los guantes ensangrentados y me acerqué a la pantalla para evaluar las imágenes junto al cirujano veterano. El paciente estaba estable, pero su cadera requería una reconstrucción meticulosa, de esas que exigen paciencia y una técnica ortopédica impecable.

Observé a Evans, sopesando mis opciones. Como jefa de trauma, el caso me pertenecía por derecho, pero mi trabajo no era solo operar, sino liderar el departamento de la manera más eficiente posible. Y acababa de tomar una decisión.

Me aparté de la camilla y me quité el estetoscopio del cuello, mirando al doctor Evans a los ojos.

—La pelvis es suya, doctor —le dije con voz firme pero calmada —. Su experiencia en reconstrucción ortopédica le da a este chico las mejores garantías para volver a caminar sin secuelas. Lléveselo al quirófano tres. Yo terminaré el papeleo del neumotórax.

Evans parpadeó, sorprendido por un segundo. Los cirujanos de trauma solíamos ser criaturas territoriales y egocéntricas, devoradores de casos complejos, pero mi trabajo como jefa era optimizar el talento de mi equipo, no acaparar los focos. La sorpresa en el rostro del cirujano veterano se transformó rápidamente en un asentimiento cargado de un respeto absoluto.

—Gracias, doctora O'Malley. Estará en buenas manos —aseguró Evans, haciendo una seña a los celadores para que pusieran la camilla en movimiento hacia los ascensores.

Con el box de reanimación repentinamente vacío y el zumbido de la adrenalina empezando a disiparse en mis venas, me lavé las manos a conciencia en el lavabo de acero inoxidable. Al salir al pasillo, eché un vistazo hacia la zona de triaje. Savannah seguía allí, concentrada en darle el último punto de sutura a la mejilla de Ian Collins, que la miraba en un silencio sepulcral, quieto como una estatua de mármol bajo sus manos. Por las puertas dobles del fondo, vi a Noah acarreando dos cajas de suero fisiológico hacia la pista para reponer el material del helicóptero.

Suspiré, sintiendo el peso de la mañana en los hombros, y me dirigí a la sala de descanso del personal para robar un poco de café antes de enfrentarme a los informes.

Empujé la puerta y me detuve en seco.

Caleb estaba allí.

Estaba de espaldas a mí, apoyado contra la encimera junto a la cafetera, mirando por la pequeña ventana que daba al aparcamiento. Llevaba el mono de vuelo ignífugo de color rojo y negro. La mitad superior estaba desabrochada y le caía por la cintura, dejando a la vista una camiseta térmica negra de manga

corta que se ceñía a cada músculo de su espalda y a la amplitud de sus hombros. El pesado arnés de rescate colgaba bajo sobre sus caderas, enmarcando sus muslos robustos enfundados en la tela técnica.

Madre mía. Tragué saliva, sintiendo que la boca se me secaba de golpe.

Verlo en ropa de calle era peligroso, pero verlo así, con el equipo de vuelo, oliendo a aire helado, a combustible de aviación y a su inconfundible aroma a colada limpia, era un atentado directo contra mi cordura. Mi mente, que hace cinco minutos calculaba milímetros de presión torácica, ahora solo podía imaginar cómo se sentirían esos brazos musculosos rodeándome la cintura y levantándome sobre esa misma encimera.

La puerta se cerró tras de mí con un leve clic. Caleb se giró al instante.

La tensión que había estado a punto de estallar el sábado en mi cocina seguía ahí, latente, pero ahora estaba envuelta en una nueva capa de intimidad silenciosa. No había incomodidad. Solo una atracción magnética.

—Espero que quede algo en esa jarra para mí —murmuré, acercándome a él con pasos lentos.

—Solo si no te importa que parezca alquitrán —respondió Caleb, con esa voz grave que me vibraba en el bajo vientre.

Se dio la vuelta, agarró una taza limpia del escurridor y me sirvió el café. Cuando me tendió la taza, no la soltó de inmediato. Sus dedos largos y ásperos rozaron los míos intencionadamente. El contacto fue eléctrico, un pequeño chispazo de calor en medio de la sala fría y aséptica. Mantuvo la mirada clavada en la mía, sus ojos turquesa oscurecidos por un deseo contenido que me cortó la respiración.

—Buen trabajo ahí fuera, O'Malley —dijo en voz baja, dando un paso imperceptible hacia mí, acortando la distancia hasta que las punteras de mis zuecos médicos casi rozaron sus pesadas botas negras—. El viento cruzado en el cañón era un puto infierno. Por un

momento pensé que tendríamos que abortar la extracción, pero el chico no habría aguantado.

—Vosotros hicisteis el trabajo duro. Yo solo le he devuelto el aire —le quité importancia, obligándome a no mirar sus labios—. ¿Ian está bien? El corte parecía feo.

—Sobrevivirá. Su ego es lo único que está realmente magullado por haberse dejado golpear contra una pared de roca —Caleb esbozó una media sonrisa y levantó una mano.

Por un segundo hiperrealista, pensé que iba a acariciarme la mejilla. Mi corazón dio un vuelco salvaje, pero su mano se desvió apenas un centímetro y apartó un mechón suelto de mi pelo que se había escapado de mi moño quirúrgico, colocándolo detrás de mi oreja. El roce de sus nudillos contra mi piel fue tan suave, tan posesivo y tierno a la vez, que tuve que apretar los dientes para no soltar un suspiro.

—Estás temblando, Hannah —murmuró, su pulgar rozando el lóbulo de mi oreja antes de dejar caer la mano.

—Es solo la adrenalina bajando —susurré, hipnotizada por la cercanía de su rostro. Estábamos solos en la sala. Con un solo movimiento hacia adelante, mi boca estaría sobre la suya. Sabía que él lo estaba pensando. Podía verlo en la forma en que su mandíbula se tensaba y en cómo su mirada devoraba mi rostro, escrutando cada milímetro como si fuera un mapa que se moría por recorrer.

Pero estábamos en el hospital. Él estaba de servicio. Yo estaba de servicio. Las reglas del juego nos mantenían anclados al suelo, forzándonos a contener un incendio que amenazaba con devorarnos vivos.

El crujido estático de la radio anclada a su arnés rompió el momento.

—Alfa Uno a control. Estamos listos para regresar a la base. Collins está cosido y de mal humor, y el pájaro está repostado.— La voz de Noah sonó metálica y estridente.

Caleb cerró los ojos un segundo, exhalando un suspiro profundo y frustrado que me hizo sonreír internamente. Llevó la mano al transmisor de su hombro.

—Recibido, Alfa Uno. Salgo para allá. —Soltó el botón y me miró, dando un paso atrás a regañadientes, reajustándose la parte superior del mono de vuelo con un tirón fluido—. Tengo que volver a la base.

—Vuela con cuidado, Donovan —le pedí, abrazando mi taza de café, sintiendo ya el vacío de su ausencia en el aire.

—Siempre lo hago, O'Malley —me guiñó un ojo, retrocediendo hacia la puerta. Justo antes de salir, se detuvo y apoyó la mano en el marco—. Por cierto, Clover no bromeaba sobre lo de la visita. Te espero en el hangar en tu próximo día libre. No acepto un no por respuesta.

Me dejó sola en la sala de descanso antes de que pudiera replicar, con el corazón galopando en el pecho y el estómago lleno de mariposas furiosas. Me llevé la taza a los labios, ocultando una sonrisa enorme.

ONCE

Caleb

La cocina de mi cabaña era un campo de batalla moderadamente controlado. Clover había decidido que los martes eran la nueva noche oficial de tacos, y ella y Octavia llevaban media hora picando verduras y peleándose por la lista de reproducción de música que sonaba en el altavoz. Yo estaba apoyado en la encimera, pelando un aguacate y disfrutando del momento, cuando mi móvil vibró sobre la isla de madera.

Eché un vistazo a la pantalla. El nombre brilló en letras blancas, acelerando mi pulso de cero a cien en un segundo.

Hannah.

Dejé el cuchillo de inmediato, me limpié las manos en un trapo y descolgué.

—Donovan —contesté, alejándome un par de pasos del ruido de la cocina.

—Caleb. Hola. —Su voz sonaba tensa, frustrada y un poco ahogada por lo que parecía ser el viento golpeando contra el teléfono—. Siento muchísimo molestarte. Odio hacer esto, de verdad, pero creo que mi coche acaba de decidir morir en medio de la carretera de montaña con un frío infernal.

El instinto se disparó en mis venas, afilando mis sentidos. Me puse tenso, pero mantuve la voz perfectamente nivelada, tranquila y

operativa.

—¿Dónde estás, Hannah? ¿Estás herida?

—No, no, estoy bien. Físicamente intacta y con el ego por los suelos —resopló ella, y pude escuchar el traqueteo de sus dientes castañeteando—. Estoy a unos diez kilómetros del pueblo, en la vieja ruta panorámica. Pensé que sería más corto para llegar hasta la zona de cabañas. El motor ha hecho un ruido horrible, ha empezado a salir humo y se ha apagado. He llamado a la grúa, pero me dicen que tardarán más de una hora porque tienen otro servicio en la autopista.

Apreté la mandíbula. Diez kilómetros en la ruta panorámica a estas horas significaba estar en medio de la puta nada, sin farolas y con una temperatura que ya rozaba los tres grados bajo cero.

—No te muevas de ahí. Voy a buscarte —dije sin dudar un milisegundo, cruzando el salón hacia el perchero para agarrar mis llaves y mi chaqueta forrada de borrego.

—Caleb, de verdad, no quiero arruinarte la noche. Si estás liado con Octavia puedo esperar dentro del coche...

—Hannah —la corté, suave pero firme—. No vas a quedarte una hora congelándote en el arcén en una carretera oscura. Tardo quince minutos. Enciérrate en el coche y no le abras a nadie que no sea yo.

Colgué antes de que pudiera seguir discutiendo. Me había dado cuenta de que Hannah no era de las que pedían ayuda. Para nada. Hannah era una mujer que se abría paso por la vida a base de talento y determinación; depender de los demás no le gustaba. El simple hecho de que me hubiera llamado a mí en lugar de a Noah o a Savannah me llenó de un orgullo primitivo y cálido que no intenté reprimir.

—Clover, tengo que salir. Tardo media hora, una como mucho. Hannah se ha quedado tirada con el coche —anuncié, abriéndome paso hacia la puerta—. ¿Te encargas de la fiera y de la cena?

—¡Vete! Nosotras controlamos el fuerte —respondió mi hermana con un guiño, sin levantar la vista de la sartén. Me sorprendió que

no hiciera más preguntas. Como por ejemplo por qué estaba perdiendo el culo por ir a por Hannah en medio de la noche.

Dieciocho minutos después, los faros de mi camioneta iluminaron la silueta del viejo todoterreno de Hannah aparcado en el arcén de grava. Ella estaba fuera del vehículo, apoyada contra la puerta del conductor, con los brazos cruzados sobre el pecho y tiritando visiblemente bajo su abrigo oscuro.

Aparqué justo detrás, dejé las luces de emergencia encendidas y me bajé de un salto. El frío cortante me golpeó la cara.

—Te dije que te quedaras dentro —fue mi saludo, acortando la distancia entre nosotros con zancadas largas.

—Dentro hace el mismo frío que fuera, pero con olor a plástico quemado —replicó ella, castañeteando los dientes. Intentó mantener su habitual postura de jefa, pero tenía la nariz roja y los hombros encogidos—. Dios, qué humillación. Ha sido de repente. Odio haberte hecho salir a estas horas de casa.

Me detuve frente a ella, resistiendo el impulso brutal de envolverla entre mis brazos para darle calor. En su lugar, abrí la puerta del copiloto de mi camioneta.

—Sube a mi coche, O'Malley. Tienes la calefacción a tope en el asiento. Yo echaré un vistazo a tu motor.

Hannah asintió con gratitud, sin discutir esta vez.

—Gracias, Caleb. De verdad. Odio ser la damisela en apuros.

—No eres una damisela, eres una cirujana con un coche de mierda —bromeé, esbozando una media sonrisa para relajarla—. Sube.

Esperé a que se acomodara en el asiento de cuero caliente de mi cabina y cerré la puerta. Me dirigí al morro de su todoterreno, abrí el capó y encendí la linterna de mi móvil. El diagnóstico fue rápido y letal. La correa del alternador se había hecho pedazos, probablemente llevándose por delante un par de poleas, y la batería estaba frita. No había nada que hacer aquí con unas pinzas o cinta americana. Me cabreaba que Hannah mantuviera esa chatarra en

medio de un lugar salvaje como Wildwater Falls. Una mujer sola debería ir en algo más seguro que ese viejo todoterreno. Pero ni iba a ser yo el que se lo dijera. No era idiota, sabía que era una mujer orgullosa y me mandaría a freír espárragos si se lo mencionaba.

Bajé el capó con un golpe seco, asegurándome de que quedara bien cerrado, y me subí al asiento del conductor de mi camioneta.

El contraste de temperatura me hizo soltar un suspiro, pero lo que realmente me descolocó fue que el espacio cerrado de la cabina ya estaba completamente impregnado de su olor a madreselva. Hannah se estaba frotando las manos frente a las rejillas de ventilación. Había recuperado un poco de color en las mejillas y me miraba expectante.

—Correa del alternador destrozada —le informé, quitándome los guantes y dejándolos sobre el salpicadero—. Tu todoterreno no va a ir a ninguna parte esta noche. Necesita la grúa y un par de días en el taller de los hermanos Miller.

Hannah dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento, soltando un gemido de pura frustración.

—Genial. Simplemente genial —murmuró, cerrando los ojos—. Justo lo que necesitaba en mi segunda semana. ¿Cómo voy a ir al hospital mañana?

—Lo solucionaremos —le dije, lo que me guardé para más tarde era que yo la llevaría donde necesitara. Por las mañanas entrábamos casi a la misma hora en nuestros turnos. Íbamos en la misma dirección.

¿Sonaba raro que me supiera sus horarios de memoria? Octavia no dejaba de hablar de Hannah. No era culpa mía que mi hija fuera un poco cotilla y le preguntara a Hannah por todo y cualquier cosa, incluidos sus horarios.

Hannah abrió los ojos y me miró de lado. Había una mezcla de cansancio y genuino agradecimiento en su expresión oscura.

—Ya estás haciendo demasiado viniendo a rescatarme al fin del mundo un martes por la noche. No quiero abusar de ti, Donovan.

—No abusas —le aseguré, bajando un poco el tono de voz, dejando que la sinceridad se filtrara en cada sílaba—. Me alegro de que me hayas llamado. En serio. Me alegro de que hayas confiado en mí lo suficiente como para no quedarte aquí helándote de orgullo.

Las palabras flotaron en el aire caliente del coche. Hannah tragó saliva, sus ojos oscuros fijándose en mis labios por un segundo antes de volver a mi mirada.

—Eres muy útil para tenerte de vecino, piloto —susurró ella, con una chispa de ese carácter indomable asomando de nuevo.

—Sirvo para muchas cosas, cirujana —le devolví, con una sonrisa lenta y peligrosa, permitiendo que la doble intención oscureciera mis palabras.

Estábamos a centímetros de distancia, solos en medio de la carretera vacía, y la espera de la grúa acababa de convertirse en una prueba de fuego para mi autocontrol. Tomé una decisión. No íbamos a quedarnos a esperar la grúa. Llamé a la grúa, les di las coordenadas de dónde dejábamos el coche de Hannah. Hannah se mantuvo en silencio, mirando mi perfil mientras hacía llamadas.

Tras acordar todo con los hermanos Miller puse la camioneta en marcha para recorrer los diez kilómetros de vuelta hacia *Riverbend Road*.

El habitáculo de mi cabina era un refugio de aire caliente y cuero, pero mientras conducía por la carretera oscura, no podía dejar de mirar a la mujer sentada a mi derecha.

Hannah tenía las manos metidas entre los muslos, intentando conservar el calor, y aunque la calefacción estaba al máximo, un leve temblor seguía recorriendo sus hombros de vez en cuando. A la luz del salpicadero, noté que sus labios aún habían perdido un poco de su color natural y que la punta de su nariz seguía enrojecida.

Estaba helada. Mucho más helada de lo que justificarían los veinte minutos que tardado en llegar hasta ella.

Fruncí el ceño, apretando las manos en el volante forrado de cuero. Como piloto de rescate sabía lo que tardaba un cuerpo en

entrar en hipotermia, era un aprendizaje básico para todos. Empecé a sumar los tiempos y las variables, y el resultado me revolvió las entrañas.

—Hannah —la llamé, con la voz más dura de lo que pretendía—. ¿Cuánto tiempo llevabas tirada en el arcén antes de llamarme?

Ella parpadeó, girando la cabeza hacia la ventanilla para mirar los pinos oscuros que pasaban a toda velocidad, evitando deliberadamente el contacto visual.

—No importa. Lo importante es que la grúa se hará cargo y mañana buscaré una solución para ir al hospital —respondió, usando su tono más profesional y evasivo.

—No te he preguntado por la grúa —insistí, reduciendo un poco la velocidad para poder mirarla de reojo—. Te he preguntado cuánto tiempo llevabas en el puto hielo antes de coger el teléfono.

Hannah soltó un suspiro de frustración. Se frotó los brazos por encima del abrigo oscuro y finalmente se giró hacia mí, con una expresión a medio camino entre la culpabilidad y la testarudez.

—Más de una hora —confesó en voz baja.

Apreté la mandíbula hasta que me dolieron los dientes. Mi cerebro tradujo inmediatamente lo que eso significaba. Hannah no me había llamado en cuanto el motor había muerto. Había intentado arrancar el coche decenas de veces. Había abierto el capó para intentar arreglarlo ella misma. Probablemente había llamado a un par de talleres que ya estaban cerrados. Se había quedado sentada en un arcén a bajo cero, tragándose su propio orgullo, congelándose poco a poco, hasta que se dio cuenta de que no le quedaba absolutamente ninguna otra puta opción en todo el valle.

Fui su último puto recurso.

Una punzada de molestia, caliente y afilada, se me clavó en el pecho. No estaba enfadado porque me hubiera molestado; estaba enfadado porque había preferido sufrir sola antes que permitir que yo la ayudara.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —mascullé, clavando la vista en la carretera, intentando controlar la frustración de mi voz—. Te has pasado más de sesenta minutos congelándote en una cuneta en medio de la nada porque eres demasiado terca para pedir ayuda.

—¡No es terquedad! —saltó ella, poniéndose a la defensiva al instante, recuperando parte de su fuego—. Es independencia, Caleb. Llevo doce años resolviendo mis propios problemas. No estoy acostumbrada a descolgar el teléfono para que alguien venga a rescatarme.

Frené la camioneta. Habíamos llegado a la entrada de grava de nuestras cabañas. Apagué el motor, pero no quité la calefacción. Me giré en el asiento, soltándome el cinturón de seguridad, y acorté la distancia entre nosotros invadiendo su espacio vital.

Hannah se quedó quieta, atrapada entre la puerta y mi cuerpo inclinado hacia ella. El olor a madreselva me golpeó los sentidos, mezclado con el frío que aún desprendía su ropa.

—Escúchame bien, O'Malley —le dije, mirándola a los ojos con una intensidad que no admitía réplica—. Se acabó eso de resolverlo todo sola. No me importa si es porque el coche se rompe, porque te dejas las llaves dentro de casa o porque tienes un mal día y necesitas gritarle a alguien. A partir de hoy, cuando pase algo así, me llamas a mí. El primero. No el último. Me importa una mierda la hora que sea o la situación.

Hannah me sostuvo la mirada. Sus labios se separaron un poco, sorprendida por la fiereza de mi reclamo. Pero entonces, una risa suave e incrédula escapó de su garganta, rompiendo un poco la tensión asfixiante. Negó con la cabeza, esbozando una sonrisa que me volvió loco.

—Caleb, por favor —murmuró, su voz bajando a un tono más íntimo—. Eres padre. Tienes a una niña de diez años en casa y un trabajo donde te juegas la vida. No puedes salir a la carrera para hacerme de mecánico en mitad de la noche dejando a Octavia atrás cada vez que yo tenga un contratiempo.

Apoyé un brazo en el respaldo de su asiento, acercando mi rostro al suyo. Estábamos tan cerca que podía ver el latido desbocado de su pulso en la base de su cuello.

—Clover estaba en casa con Octavia. Nunca la dejo sola —le aclaré en un susurro grave, sin apartar la mirada de la suya—. Y soy perfectamente capaz de ser padre, piloto y de asegurarme de que mi vecina no muera de hipotermia por culpa de su estúpido orgullo. Pase lo que pase, Hannah, me llamas. ¿Ha quedado claro?

Ella tragó saliva. La diversión desapareció de sus ojos, reemplazada por una vulnerabilidad cruda y un deseo que reflejaba exactamente el mío. Asintió despacio, una sola vez.

—Ha quedado claro, Donovan.

Me quedé un segundo más ahí, respirando su aire, luchando contra el instinto salvaje de acortar los malditos centímetros que separaban nuestras bocas. Pero me obligué a retroceder, apoyando la espalda en mi asiento.

—Bien —dije, aclarándome la garganta, intentando recuperar el ritmo normal de mi corazón—. Y ahora, vas a venirte a mi casa. Clover y Octavia están preparando tacos. Necesitas comida caliente y no voy a dejar que te metas sola en una cabaña helada a cenar sobras de la nevera.

Hannah parpadeó, descolocada por la orden encubierta de invitación, pero una sonrisa genuina asomó por fin a sus labios.

—¿Martes de tacos? —preguntó, arqueando una ceja.

—Reglas de Clover —me encogí de hombros, abriendo la puerta de la camioneta para salir a la noche helada—. Vamos, cirujana. Mi hija no te perdonará que te hayas saltado la cena familiar.

Abrí la puerta principal de mi cabaña y dejé que Hannah pasara primero. El golpe de calor del interior, mezclado con el olor a carne especiada, comino y tortillas de maíz tostadas, fue el contraste perfecto tras la hora que ella había pasado congelándose en la carretera.

Apenas tuvimos tiempo de quitarnos los abrigos cuando Clover apareció por el pasillo a la carrera, poniéndose una bufanda de lana y buscando las llaves del coche en sus bolsillos.

—¡Hannah! Qué bien que estés a salvo —dijo mi hermana, deteniéndose apenas un segundo para darle una sonrisa brillante—. Papá oso al rescate, como siempre. Me encantaría quedarme a la cena familiar, pero llego tarde. He quedado para cenar con Violet Grant en el pueblo y me va a matar si la hago esperar otra vez.

—Saluda a la hermana de Noah de mi parte —respondió Hannah, devolviéndole la sonrisa mientras se frotaba las manos para recuperar del todo el calor—. Y gracias por quedarte con Octavia para que Caleb pudiera venir en mi rescate.

—¡Sin problema! ¡Portaos bien! —gritó Clover, cerrando la puerta tras ella con un portazo que hizo temblar los cristales.

No me pasó desapercibido el guiño de mi hermana mientras pasaba por mi lado, ni el hecho que la cena con Violet no estaba en su agenda una hora antes. Mi hermana pequeña estaba jugando a la casamentera. De una forma obvia y nada sutil, pero no iba a quejarme si podía tener a Hannah en una cena familiar los tres solos.

El silencio que siguió a la marcha de mi hermana duró exactamente dos segundos, hasta que Octavia asomó la cabeza desde la cocina.

—¡Hannah! ¡Papá me dijo que te habías quedado tirada, pero no sabía que venías a cenar! —Octavia corrió hacia ella y le dio un abrazo rápido alrededor de la cintura. Hannah, para mi absoluto deleite, le devolvió el abrazo con una naturalidad pasmosa, riendo suavemente.

—Tu padre me ha secuestrado con la promesa de comida mexicana, fiera. No podía negarme.

—¡Genial! Ven, ayúdame a poner la mesa, los tacos ya están casi listos —ordenó mi hija, tirando de la mano de la jefa de cirugía de trauma hacia la isla de la cocina.

Me quité las botas, dejándolas en la entrada, y las seguí. Ver a Hannah O'Malley moviéndose por mi cocina, sacando los platos de los armarios que Octavia le señalaba, me provocó un nudo denso y cálido en el pecho. La estampa era tan jodidamente doméstica, tan correcta, que me asustó lo rápido que me estaba acostumbrando a tenerla en mi espacio.

Me acerqué a los fogones para apagar el fuego bajo la sartén de carne. Hannah se colocó a mi lado para coger los cubiertos del cajón. El espacio era estrecho. Al darse la vuelta, su hombro rozó contra mi pecho y su mano libre acarició fugazmente mi cadera. Fue un roce involuntario, apenas un roce de tela contra tela, pero fue suficiente para que mis músculos se tensaran.

Inhalé profundamente, llenándome los pulmones de su olor a madreselva, y me giré ligeramente hacia ella.

—Los vasos están en el armario de tu izquierda —murmuré, con la voz más ronca de lo normal, tan cerca de su oído que vi cómo se le erizaba la piel del cuello.

Hannah tragó saliva, sus ojos oscuros parpadeando rápidamente hacia mí antes de abrir la puerta del armario.

—Gracias —susurró, con la respiración un poco agitada.

Nos sentamos los tres a la mesa redonda del comedor. Octavia, ajena por completo a la electricidad que crepitaba en el aire entre los dos adultos, monopolizó la conversación contándole a Hannah sus avances en el dojo de judo.

Yo me dediqué a observar. Y a sentir.

Mi rodilla derecha descansaba bajo la mesa. Cuando Hannah se acomodó en su silla, su rodilla rozó la mía. Ninguno de los dos se apartó. El contacto era firme, una presión constante a través de la tela de mis vaqueros y de sus pantalones de vestir. Ese simple toque me ancló a la silla y me disparó el pulso. Sentir el calor de su cuerpo contra el mío bajo la madera de la mesa mientras hablábamos del colegio de mi hija era una tortura que estaba disfrutando con cada célula de mi cuerpo.

—Pásame la ensalada, por favor —le pedí en voz baja en un momento en que Octavia se levantó a buscar más servilletas.

Alcé la mano y, en lugar de esperar a que me tendiera el bol, mis dedos rozaron deliberadamente su antebrazo desnudo cuando ella se estiró. Su piel era increíblemente suave. Hannah contuvo el aliento, deteniendo su movimiento durante un segundo eterno. Sus ojos buscaron los míos, oscuros y brillantes por el deseo contenido.

—Toma —dijo ella, soltando el bol casi de golpe, apartando el brazo como si el contacto le hubiera quemado, aunque su rodilla seguía firmemente apretada contra la mía bajo la mesa.

Sonreí de medio lado, sirviéndome ensalada.

—Por cierto —empecé, usando el tono más casual que pude fingir —. Los chicos del taller de los Miller van a tardar un par de días en conseguir la correa de tu coche y montarla. Mientras tanto, yo te llevaré y te traeré del hospital.

Hannah dejó su tenedor sobre el plato, frunciendo el ceño de inmediato. Su instinto de independencia saltó como un resorte.

—Caleb, no. Agradezco muchísimo el rescate de hoy, pero no vas a hacerme de chófer. Mis turnos son una locura. Averiguaré los horarios del autobús del valle o le pediré a Savannah que se desvíe...

—Savannah vive en la otra punta del pueblo y el autobús pasa cada hora y media —la interrumpí suavemente, clavando mi mirada en la suya—. Yo entro a las siete, casi todos los días, igual que tú. Nuestras cabañas están a cien metros. No es ninguna molestia, Hannah.

—Es absurdo que tengas que estar pendiente de mí —insistió ella, cruzándose de brazos, intentando mantener la distancia profesional que ambos sabíamos que ya había saltado por los aires.

—Lo absurdo es que te levantes a las cinco de la mañana para esperar un autobús a bajo cero cuando yo voy exactamente en la misma dirección y tengo un asiento vacío con la calefacción

encendida —rebatí, inclinándome hacia adelante, sin ceder ni un milímetro.

Nos sostuvimos la mirada. Ninguno de los dos lo dijo en voz alta. Yo no iba a admitir que quería tenerla encerrada en el espacio íntimo de mi camioneta durante media hora todos los putos días, respirando su aroma a madreselva y mirándole las piernas de reojo. Y ella, con su maldito orgullo intacto, no iba a admitir que le temblaba el pulso de expectación solo de pensarlo. Estábamos usando el coche averiado como la excusa perfecta para pasar más tiempo juntos.

Finalmente, Hannah dejó salir el aire en un suspiro, relajando los brazos. Su rodilla presionó la mía con un poco más de fuerza bajo la mesa.

—Está bien, Donovan —cedió, con una media sonrisa derrotada —. A las seis y media estaré en tu entrada. Si llego un minuto tarde, puedes irte sin mí.

—A las seis y media —confirmé, sintiendo un triunfo absoluto expandiéndose en mi pecho—. Ni se te ocurra llegar tarde, O'Malley.

Octavia volvió a la mesa con las servilletas y la conversación volvió a girar en torno a las tareas del colegio. Pero bajo la mesa, nuestras rodillas siguieron tocándose hasta que el último plato estuvo vacío, sellando un pacto silencioso que ambos sabíamos que nos llevaría directos al desastre.

DOCE

Hannah

La cena llegó a su fin, pero el calor que se había acumulado en mi bajo vientre no hizo más que aumentar. Mientras recogíamos los platos de la mesa, me costaba horrores mantener el hilo de la conversación sobre los deberes de ciencias de Octavia. Mi cerebro estaba completamente secuestrado por la presencia del hombre que se movía a mi lado.

Cada vez que Caleb se cruzaba en mi camino hacia la isla de la cocina, la fricción del aire entre nosotros parecía soltar chispas.

Intenté concentrarme en la niña, pero mis ojos volvían a él una y otra vez con voluntad propia. Observaba la línea de su mandíbula cubierta por la sombra de la barba de un par de días, la amplitud de su pecho bajo el jersey gris y la forma en que sus manos grandes y hábiles apilaban los platos. Y Dios, mi mente no dejaba de reproducir la escena en la camioneta. La forma en que me había acorralado contra el asiento, su tono duro y autoritario exigiéndome que lo llamara a él el primero pasara lo que pasara.

Esa actitud ferozmente protectora, esa necesidad absoluta de cuidarme y asegurarse de que estaba a salvo, no me había hecho sentir pequeña ni débil. Me había excitado a unos niveles que apenas podía manejar. Estaba caliente. Absurda y profundamente caliente por un hombre que, hasta hacía un par de semanas, creía que me odiaba.

—Yo me encargo de fregar esto —anuncié, arrebatándole un par de platos de las manos antes de que los metiera en el fregadero. Mi voz sonó un poco más ronca de lo normal—. Tú has cocinado y me has rescatado del hielo. Es lo mínimo.

Caleb me miró fijamente, con esa media sonrisa arrogante y perezosa curvando sus labios. Sabía perfectamente el efecto que estaba causando en mí; lo leía en la dilatación de mis pupilas y en el pulso acelerado de mi cuello.

—Está bien, O'Malley. Te dejo la cocina —concedió, dando un paso atrás a regañadientes—. Octavia, arriba. Es hora de lavarse los dientes y ponerse el pijama. Tienes colegio mañana.

—¡Jo, papá! —se quejó la niña, aunque no opuso verdadera resistencia.

Me arremangué el jersey y abrí el grifo del agua caliente, echando un buen chorro de jabón. Dejé que el sonido del agua y el calor del vapor calmaran un poco la tormenta hormonal que me azotaba. Escuché los pasos de Caleb y Octavia subiendo las escaleras de madera, el murmullo de sus voces y el sonido del agua en el piso de arriba. El eco de su rutina doméstica me envolvió como una manta cálida. Era un hogar precioso.

Unos diez minutos después, escuché el golpeteo rápido de unos pies descalzos bajando los escalones.

Cerré el grifo y me sequé las manos con un paño de cocina justo cuando Octavia apareció en el umbral. Llevaba un pijama de franela con dibujos de estrellas y el pelo oscuro recogido en una trenza suelta para dormir.

Se acercó a mí directamente y, sin dudarlo un segundo, me rodeó la cintura con los brazos, apoyando la mejilla contra mi cadera. Me sorprendí un poco, pero instintivamente le devolví el abrazo, acariciándole el pelo con suavidad.

—Buenas noches, Hannah —murmuró contra mi jersey—. Gracias por quedarte a cenar los tacos con nosotros.

—Buenas noches, fiera —le respondí, sintiendo que una sonrisa inmensa se dibujaba en mi rostro—. Gracias a ti por compartir la cena de tu familia conmigo.

Octavia se separó un poco y alzó la vista hacia mí. Sus ojos grandes y azules, idénticos a los de su padre, brillaban con una honestidad aplastante y pura.

—¿Sabes qué? Me encanta que estés aquí —confesó, con la voz llena de sinceridad infantil—. Me encanta que vivas al lado y que estés en casa con nosotros. Eres muy guay.

El aire se me atascó en la garganta y una repentina punzada de emoción me pinchó detrás de los ojos.

No era solo un cumplido de una niña de diez años. Era una aceptación total y absoluta. Era un pase de entrada al santuario más íntimo y sagrado de los Donovan, un refugio que había estado blindado por el dolor durante más de una década. Octavia me estaba diciendo que yo pertenecía a su círculo, que confiaba en mí. Años atrás, su abuela me había echado de esta familia con la mirada, culpándome de una tragedia. Hoy, esta pequeña me estaba abriendo la puerta de par en par.

Tragué saliva, parpadeando rápido para espantar las lágrimas rebeldes que amenazaban con salir, y me agaché hasta quedar a la altura de sus ojos. Le aparté un mechón que se había escapado de la trenza.

—A mí también me encanta estar aquí con vosotros, Octavia —le aseguré en un susurro cargado de verdad—. Sois los mejores vecinos del mundo. Ahora, a la cama, o tu padre bajará a regañarnos a las dos.

La niña soltó una risita, me dio un último apretón rápido y salió corriendo hacia las escaleras.

* * *

El despacho de la Directora Médica era exactamente igual que su ocupante: elegante e impecable. Estaba sentada frente al enorme escritorio de cristal de Sloane Parker. Sloane llevaba un traje ejecutivo de chaqueta y pantalón de un gris carbón perfecto, y su melena rubia caía en ondas pulidas sobre sus hombros. A sus treinta y cuatro años, la prima de los Donovan no solo dirigía el hospital con mano de hierro, sino que lo hacía luciendo como si acabara de salir de la portada de una revista de negocios.

Sus ojos castaños, afilados e inteligentes, llevaban un rato escrutándome por encima de una carpeta de presupuestos.

—Tierra llamando a la doctora O'Malley —dijo Sloane, chasqueando los dedos elegantemente frente a mi cara—. Hannah, te acabo de preguntar por la rotación de los residentes en urgencias y llevas cinco minutos mirando por la ventana como si esperaras que lloviera dinero. ¿Dónde tienes la cabeza hoy?

Parpadeé, volviendo a la realidad, y sentí que el calor me subía a las mejillas.

—Lo siento, Sloane. Anoche dormí mal. Las guardias y la mudanza me están pasando factura —mentí, frotándome el puente de la nariz.

No podía decirle a la prima de Caleb que la verdadera razón de mi distracción era él. Mi mente llevaba toda la mañana atrapada en un bucle reproduciendo lo sucedido la noche anterior. Tras la confesión de Octavia, Caleb y yo nos habíamos quedado solos en la cocina. La tensión había sido tan abrumadora que apenas podíamos mirarnos sin que el aire chisporroteara. La despedida en el porche de su cabaña había sido torpe, cargada de silencios pesados, miradas a los labios y un amago de acercamiento que ambos frenamos por puro terror a estropearlo todo.

Y luego había estado la mañana. A las seis y media en punto, había salido al frío para encontrarme la camioneta de Caleb en marcha, con la calefacción encendida. El trayecto hacia el pueblo había sido un cuadro de domesticidad que me había dejado el corazón blando: Octavia cantando en el asiento trasero, Caleb y yo

compartiendo miradas cómplices por el retrovisor... Me había dejado en la puerta de urgencias primero, asegurándose de que entraba, antes de llevar a la niña al colegio e irse a la base. Me había gustado tanto esa estampa familiar que me aterraba.

—No es solo cansancio, Hannah. Te conozco —insistió Sloane, cerrando la carpeta de golpe y apoyando los codos sobre el cristal—. Hay algo más. Suéltalo.

Suspiré, rindiéndome. No iba a hablarle de mis sentimientos por Caleb, ni de lo mucho que me gustaba Octavia, pero sí había otro peso aplastándome el pecho, uno que ya no podía soportar yo sola. Y Sloane, como Directora Médica y miembro de la familia, era la única persona con la que podía hablar de ello.

—El otro día hablé con Clover —empecé, bajando la voz instintivamente, asegurándome de que la puerta del despacho estuviera bien cerrada—. Vino a verme a la cabaña. Hablamos de... hablamos del accidente.

La expresión de Sloane cambió milimétricamente. La postura relajada desapareció, sustituida por una tensión rígida.

—Hannah, sabes que en esta familia ese tema es...

—Clover leyó el informe de la autopsia, Sloane —la interrumpí, inclinándome hacia adelante, incapaz de contener la avalancha de palabras—. Me lo contó todo. Me dijo cuál fue el diagnóstico real de Carson en el barranco. Desgarro de la vena cava retrohepática.

El silencio en el despacho fue sepulcral. Esperé a ver el shock en los ojos castaños de Sloane, esperé a que se llevara las manos a la boca o a que me pidiera que repitiera el diagnóstico clínico.

Pero no hizo nada de eso.

Sloane cerró los ojos un segundo y exhaló un suspiro largo, pesado y cargado de tristeza. Se recostó en su silla de cuero, masajeándose las sienes. Sloane no era médico, pero sabía lo suficiente para comprender la magnitud del diagnóstico de Carson. Pero lo que me dejó estupefacta fue su falta de sorpresa. Sloane no estaba sorprendida en absoluto.

—Sloane... —susurré, sintiendo que el suelo se movía bajo mis pies—. Tú lo sabías.

—Soy la Directora Médica de este hospital, Hannah —respondió ella en voz baja, abriendo los ojos—. Y soy su prima. Por supuesto que lo sabía. Leí el expediente forense hace años.

—¡Y no dijiste nada! —exclamé, sintiendo que la indignación me quemaba la garganta—. ¡Dios mío, Sloane! ¡Caleb lleva doce años pensando que dejó morir a su hermano en la nieve para salvarme a mí! ¡Se castiga todos los días pensando que si lo hubiera subido al helicóptero habría sobrevivido! Pero tú sabes, igual que yo, que con esa lesión Carson habría muerto desangrado en tres minutos en el aire. ¡Caleb no eligió quién vivía, Sloane! ¡Eligió salvar a la única persona que podía salvarse!

—¡Sé perfectamente lo que implicaba ese diagnóstico! —replicó Sloane, alzando un poco la voz, perdiendo por primera vez su compostura ejecutiva. Se inclinó sobre la mesa, con los ojos brillantes—. ¿Crees que no he querido gritarle la verdad mil veces? ¿Crees que no me duele ver a mi primo devorado por la culpa? Pero mi tía Vera... la madre de Caleb enloqueció, Hannah. Todo lo relacionado con el accidente está bajo una especie de tabú, nadie habla de ello, nadie menciona a Carson. Mi tía tiene secuestrado el recuerdo de su hijo. La única vez que intenté sacar el tema ella no me escuchó, tergiversó mis palabras, incluso sus recuerdos de ese día están completamente distorsionados. Además, Caleb se cerró en banda. Nunca quiso leer el informe. Se autoimpuso un castigo que ha sido muy difícil atravesar. ¿Cómo le sueltas esa bomba a alguien que se niega a escuchar?

—Pero ahora es diferente. Ahora yo estoy aquí. Tiene que saberlo, Sloane. Tiene que saber que no fue su culpa, que...

—¿Que no fue mi culpa qué?

La voz, grave, ronca y cargada de una frialdad absoluta, no vino de Sloane. Vino de mi espalda.

El aire abandonó mis pulmones como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol. Me giré en la silla tan rápido que casi la

vuelco.

La puerta del despacho de Sloane estaba entreabierta. Caleb estaba de pie en el umbral, vestido con su mono de vuelo rojo y negro. Tenía una mano apoyada en el pomo de la puerta, los nudillos blancos por la presión, y la respiración agitada. Sus ojos turquesa, que hacía apenas tres horas me habían mirado con calidez y deseo en el retrovisor de su camioneta, ahora me miraban con una mezcla de absoluta confusión y un terror devastador.

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí. No sabía cuánto había escuchado.

—Caleb... —balbuceé, sintiendo que el pánico me paralizaba las cuerdas vocales.

Él entró en el despacho, cerrando la puerta a sus espaldas con un golpe sordo que sonó como un disparo en la habitación. Clavó su mirada en mí, y luego en su prima.

—¿Qué diagnóstico? —exigió saber, su voz temblando apenas un milímetro, destilando una furia contenida que me heló la sangre—. Hannah. De qué cojones estabais hablando. ¿Qué es lo que tengo que saber sobre Carson?

El silencio era tan denso que amenazaba con asfixiarnos a los tres. Sloane nos miró alternativamente. Sus ojos castaños evaluaron la postura rígida de su primo, la furia contenida en sus hombros, y luego mi rostro pálido. Comprendió de inmediato que este no era el momento para dar explicaciones corporativas ni para ejercer de autoridad del hospital.

Sloane recogió su tableta de la mesa con un movimiento fluido y elegante, y rodeó el escritorio.

—Voy a comprobar los turnos de la UCI —anunció con voz neutral, aunque al pasar por mi lado me dio un levísimo apretón en el hombro, cediéndome el mando—. Tenéis el despacho para vosotros.

Salió por la puerta, cerrándola tras de sí con un clic suave que nos dejó completamente a solas.

Caleb no se movió. Seguía anclado junto a la entrada, con el mono de vuelo ignífugo que lo hacía parecer aún más imponente, pero su mirada estaba fija en mí, exigiendo la verdad que le había sido arrebatada durante más de una década.

Tragué saliva, obligándome a mantener la calma, a ser la jefa de trauma y la mujer en la que él estaba empezando a confiar. Me levanté lentamente de la silla, acortando un poco la distancia, pero dándole espacio.

—Caleb... No hay forma fácil de decir esto—empecé, con la voz suave, midiendo cada palabra—. Sé que hemos estado evitando el tema del accidente, ignorando al elefante en la habitación. Pero hay algo que creo que deberías saber.

Caleb se limitó a mirarme, esperando que siguiera. Tragué saliva e inspiré una bocanada profunda para intentar calmar el rápido golpeteo de mi corazón.

—El otro día, cuando Clover se enteró de mi regreso, vino a mi cabaña y me confesó algo que yo ignoraba por completo. —hice una pausa, observando la reacción de Caleb. Pero seguía ahí estático, sin moverse ni un milímetro. —Me dijo que hace tiempo consiguió acceso al informe de la autopsia de Carson.

Vi cómo la nuez de su garganta subía y bajaba bruscamente.

—Dímelo —exigió, y esta vez su voz fue un susurro roto y desesperado.

—Carson sufrió un desgarro en la vena cava retrohepática durante el impacto del autobús —le expliqué, mirándolo directamente a los ojos, asegurándome de que entendiera el peso clínico de mis palabras—. Caleb, eres piloto de rescate, has visto traumas masivos. Sabes exactamente lo que significa ese diagnóstico.

Caleb parpadeó y vi cómo el impacto de la información médica chocaba con su cerebro. Sus pupilas se dilataron. Negó con la cabeza, retrocediendo medio paso hasta que su espalda impactó en la madera de la puerta.

—Sangrado masivo instantáneo al retirar la presión —murmuró él, con la mirada perdida en algún punto de la alfombra, recitando el protocolo como un autómata—. Si lo mueves...

—Se desangra en cuestión de dos o tres minutos —completé yo, dando un paso más hacia él, sintiendo que se me rompía el corazón al ver cómo se desmoronaba la mentira sobre la que había construido su castigo—. Caleb, mírame.

Él alzó la vista. Sus ojos turquesa estaban empañados, brillantes por una mezcla de shock, dolor y una revelación devastadora.

—No lo dejaste morir en la nieve por salvarme a mí —le dije con firmeza, necesitando decir en voz alta cada palabra—. Carson ya estaba perdido desde el momento en que el autobús volcó. No tenías opciones reales. Si lo hubieras subido al helicóptero antes que a mí, habría muerto antes de que los rotores se elevaran del suelo. No fuiste tú quien eligió quién vivía. Elegiste salvar a la única persona que tenía una oportunidad médica de sobrevivir. No es que tomaras la decisión correcta, tomaste la única decisión posible.

Caleb se llevó las dos manos a la nuca, hundiendo los dedos en su pelo oscuro, y soltó una exhalación temblorosa que sonó como un sollozo ahogado. Empezó a pasear por el pequeño espacio libre del despacho, incapaz de quedarse quieto. La agitación irradiaba de cada músculo de su cuerpo.

—Doce años... —masculló, con la voz ahogada por la rabia y la incredulidad—. Llevo doce putos años levantándome cada mañana creyendo que asesiné a mi hermano por no haber sido lo bastante rápido o lo bastante bueno. Mi madre me mira como si fuera un monstruo, y.… y yo pensaba que tenía razón.

Me acerqué a él, incapaz de mantener la distancia profesional. Quería tocarlo, quería abrazarlo y absorber todo ese dolor innecesario que le habían hecho cargar.

—Yo tampoco lo sabía, Caleb. Te lo juro —le aseguré, sintiendo que me temblaba la voz—. Desde que volví, me he dado cuenta de que el accidente es un tabú absoluto. Es un agujero negro. Nadie habla de lo que pasó, nadie comparte lo que sintió. Es normal que

esta información no haya salido antes en un pueblo que prefiere callar antes que curar.

Caleb se detuvo en seco frente a mí. Su pecho subía y bajaba con violencia, y cuando me miró, vi la herida abierta, sangrando rabia y traición.

—Yo no hablo del accidente porque me enseñaron que mi dolor no importaba frente a mi culpa —dijo, con la voz ronca, destilando una amargura que me cortó la respiración—. Es cierto que nunca pregunto. Pero nadie, Hannah... absolutamente nadie se atrevió a hablarme de esto a mí. Ni mi prima, ni mi hermana, nadie. Me dejaron pudrirme en la culpa.

Ver a este hombre —el mismo que era capaz de jugarse la vida colgando de un cable en medio de una ventisca, el que criaba a su hija con una devoción infinita, el que me había rescatado del hielo anoche— desmoronarse por culpa del silencio de los suyos, fue la cosa más dolorosa que había presenciado jamás.

Levanté la mano y, con el pulso temblando, la apoyé suavemente sobre su pecho, justo encima de su corazón desbocado. Caleb cerró los ojos al sentir mi tacto, dejando caer la cabeza hacia adelante, rindiéndose por fin al peso aplastante de saber que era inocente.

TRECE

Caleb

El calor de la mano de Hannah atravesó la gruesa tela ignífuga de mi mono de vuelo, anclándome al suelo del despacho de Sloane cuando sentía que el puto mundo entero se estaba desmoronando bajo mis botas.

Cerré los ojos, respirando el aroma a madreselva que desprendía su piel, usándolo como un salvavidas en medio de la tormenta mental que me estaba arrasando.

«Desgarro de la vena cava retrohepática»

Llevaba doce años volando en misiones de rescate extremo. Conocía los protocolos de trauma casi tan bien como los médicos que transportaba. Sabía perfectamente lo que significaba ese diagnóstico. Un desgarro en esa vena principal, oculto detrás del hígado, era una sentencia de muerte en cualquier lugar que no fuera una mesa de operaciones con un equipo de cirujanos abriéndote el pecho al instante.

Mi mente, entrenada para calcular rutas y tiempos de supervivencia, empezó a reescribir la noche más oscura de mi vida.

El autobús volcó. Carson salió volando y se golpeó de la peor forma cuando el autobús chocó con las rocas. Durante las dos horas que tardamos en localizarlos en medio de aquella ventisca infernal, mi hermano pequeño estuvo sangrando internamente, gota a gota,

minuto a minuto. Las dos horas que tardamos en llegar lo condenaron, no yo. Y si aquella noche, guiado por el pánico y el amor ciego, lo hubiera sacado de los escombros para subirlo al helicóptero de rastreo antes que a Hannah... la pérdida de presión que lo mantenía con vida lo habría matado. La fuerza G del despegue lo habría matado.

Habría muerto en la parte trasera de mi helicóptero, antes de que alcanzáramos la altitud de crucero.

Abrí los ojos lentamente. La visión se me empañó, pero me obligué a enfocarme en la mujer que estaba frente a mí. Hannah me miraba con una empatía tan cruda y feroz que me cortó la respiración. Sus ojos oscuros estaban llenos de lágrimas contenidas, sufriendo mi dolor como si fuera suyo.

No había elegido a quién salvar. No había sacrificado a mi sangre. Simplemente había bajado del cielo para sacar de la nieve a la única persona que, médicamente, aún tenía una oportunidad de seguir respirando.

Una ola de alivio tan inmensa, tan jodidamente pesada y agotadora, me golpeó el pecho que las rodillas me temblaron. Llevaba doce años cargando con la muerte de mi hermano pequeño. Me había dejado consumir por el odio de mi madre, había aceptado su rechazo hacia mí y hacia Octavia porque en el fondo creía que me lo merecía. Creía que era mi penitencia.

Pero era mentira. Todo era una maldita mentira alimentada por el silencio de un pueblo cobarde y el dolor insano de mi familia.

Levanté mi mano temblorosa y la posé sobre la de Hannah, que seguía descansando en mi pecho, justo sobre mi corazón desbocado. Entrelacé mis dedos ásperos con los suyos. Eran pequeños, suaves, pero tenían la fuerza suficiente para arrancar a la gente de las garras de la muerte. La fuerza suficiente para haberme arrancado a mí de doce años de oscuridad.

La miré, dejando que las últimas barreras que había construido contra ella cayeran a pedazos sobre la alfombra del despacho.

Me gustaba. Joder, me gustaba muchísimo.

Me volvía loco su arrogancia en el quirófano, me desarmaba la ternura con la que trataba a mi hija, y me excitaba a un nivel primitivo y violento esa vulnerabilidad que solo me dejaba ver a mí cuando estábamos a solas. Quería besarla hasta dejarla sin aliento. Quería meterla en mi cama, rodearla con mis brazos y no dejar que el maldito invierno de Wildwater Falls volviera a tocarla nunca más.

Pero mientras mi pulgar acariciaba el dorso de su mano, la realidad de lo que supondría dar ese paso me golpeó con la misma dureza que el diagnóstico de Carson.

Si dejaba de luchar contra esto, si daba un paso al frente y reclamaba a Hannah O'Malley como mía, se desataría la Tercera Guerra Mundial en mi familia.

Clover la adoraba. Mi hermana pequeña no sería un problema; ella siempre había buscado la paz. Octavia ya había dictado sentencia anoche, abriéndole las puertas de nuestro hogar y de su confianza con la facilidad que solo tienen los niños. Ellas dos estaban de nuestro lado.

Pero los demás eran un campo de minas. Mi hermano mellizo, Cormac, estaba desplegado a miles de kilómetros, enterrado en su propio trauma, y no tenía ni idea de cómo encajaría que yo rehiciera mi vida con la chica que sobrevivió a Carson. Mi padre, Sean, era un cobarde pasivo que prefería ver a su nieta a escondidas antes que enfrentarse a su mujer.

Y mi madre...

Vera Donovan montaría en cólera. Perdería el juicio de forma definitiva. Ella necesitaba que yo fuera el culpable para no tener que enfrentarse al hecho de que la muerte de su hijo pequeño fue una tragedia aleatoria, un capricho cruel del destino y de la montaña. Si yo dejaba de ser el verdugo y, para colmo, me emparejaba con la superviviente que le recordaba todo lo que había perdido, mi madre intentaría destruirnos a los dos.

Apreté los dientes, sintiendo que la mandíbula me crujía.

Observé los labios entreabiertos de Hannah, esperando una reacción por mi parte, dándome el tiempo y el espacio para asimilar

que ya no era un asesino.

Pensé en mi madre. Pensé en sus desplantes hacia Octavia. Pensé en doce años de castigo inmerecido.

«Que arda el mundo»

Estaba harto de vivir para los fantasmas.

Mi pulgar detuvo su caricia sobre el dorso de la mano de Hannah. La pesadez asfixiante de la culpa había desaparecido, dejando en su lugar una descarga de adrenalina pura, cruda y salvaje que me estaba quemando la sangre.

Estaba vivo. Joder, después de doce años, por fin sentía que podía respirar. Y la mujer que tenía enfrente, con sus ojos oscuros y brillantes clavados en los míos, era la que me había devuelto el oxígeno.

Solté su mano con lentitud, pero no para alejarme.

Di un paso al frente, acortando los escasos centímetros que nos separaban. Hannah tuvo que alzar el rostro para mantener el contacto visual. Su pecho subía y bajaba con rapidez bajo la bata médica y la blusa de seda, delatando que su corazón latía tan desbocado como el mío.

Llevé mis manos, grandes y ásperas, a su cintura. Suspiró en el instante en que mis palmas se posaron sobre sus caderas, sintiendo el calor a través de la tela. La firmeza con la que la agarré no admitía dudas. Había terminado de huir.

Deslicé mi mano derecha hacia arriba, recorriendo la curva de su espalda hasta llegar a su nuca. Hundí los dedos en su pelo castaño, deshaciendo a medias el pulcro recogido que llevaba, y mi pulgar se posó sobre la línea de su mandíbula, trazando el contorno de sus labios entreabiertos.

—Caleb... —susurró mi nombre. Sonaba a pregunta, a advertencia, a ruego.

—Se acabó, O'Malley —murmuré, con la voz tan grave que apenas era un gruñido.

No esperé un segundo más. Incliné la cabeza y estrellé mi boca contra la suya.

No fue un beso dulce ni tentativo. Fue un choque frontal, una reclamación hambrienta y desesperada que llevaba gestándose desde el día en que choqué con ella en los pasillos de ese mismo hospital. Mis labios devoraron los suyos con una necesidad que me hizo gemir por lo bajo. Hannah se quedó rígida durante una fracción de segundo, sorprendida por la embestida de la pasión que acababa de liberar, pero entonces... se rindió.

Y joder, cuando se rindió, mi mente saltó por los aires.

Hannah abrió los labios, dándome acceso total. Sus manos, que hasta entonces habían estado dudosas entre nosotros, subieron para agarrarse a las pesadas solapas ignífugas de mi mono de vuelo, aferrándose a mí como si yo fuera su única ancla en medio de un huracán. Se derritió contra mi pecho, dejando que todo el peso de su cuerpo descansara sobre el mío, entregándome las riendas por completo.

Un calor denso, oscuro y pesado se instaló en mi bajo vientre, endureciéndome al instante.

Mi naturaleza dominante, una faceta que siempre había mantenido bajo llave porque nunca había encontrado el lugar adecuado para liberarla, rugió con una fuerza que casi me hizo perder el equilibrio. Kate, mi exmujer, siempre había luchado contra mí; otras mujeres habían sido un mero trámite. Ninguna me había provocado este instinto primario y arrollador de tomar el control absoluto.

Pero Hannah... Hannah era una jefa de cirugía. Se pasaba doce horas al día dando órdenes, manteniendo a raya a la muerte, siendo la mujer más dura e inquebrantable de la sala. Y ahora mismo, en mis brazos, estaba gimiendo suavemente en mi boca, dejando que yo dictara el ritmo, la profundidad y la intensidad del beso.

Esa rendición voluntaria me excitó a un nivel que rozaba la locura. No quería doblegar su espíritu; me fascinaba su fuego. Lo que mi cuerpo y mi instinto reclamaban era dominarla en la

oscuridad, en nuestra intimidad, arrebatarle el peso del mundo de los hombros y atarla a mí para que ella, por fin, pudiera permitirse el lujo de no tener el control. Quería ser su refugio. Quería que se dejara cuidar de la forma más sucia y profunda posible.

Apreté el agarre en su nuca, inclinando su cabeza hacia atrás para profundizar el beso. Mi lengua se enredó con la suya, marcando el ritmo, posesivo y exigente. Deslicé mi otra mano desde su cintura hasta su cadera y tiré de ella, pegándola con fuerza contra mi entrepierna.

Hannah soltó un pequeño jadeo ahogado en mi garganta al sentir la dureza evidente que se marcaba bajo la gruesa tela de mi uniforme. En lugar de apartarse, sus dedos se hundieron con más fuerza en mi mono de piloto y arqueó la espalda, buscando más fricción, buscando más de mí.

La besé hasta que me faltó el aire, hasta saborear el café que había tomado y el aroma a madreselva, que se metía por mis fosas nasales, se me subía a la cabeza y amenazaba con volverme loco. La besé como si quisiera borrar doce años de dolor y sustituirlos únicamente por mi nombre, mi sabor y mi olor.

Cuando finalmente rompí el beso, lo hice a regañadientes, solo porque ambos necesitábamos oxígeno.

Me separé apenas unos milímetros. Apoyé mi frente contra la suya. Escuché su respiración irregular, rápida, chocando con mis labios húmedos. Mis dedos seguían enredados en su pelo, manteniendo su rostro cautivo, asegurándome de que no pudiera mirar a ninguna otra parte que no fueran mis ojos.

Sus pupilas estaban completamente dilatadas, devorando el iris oscuro, y sus labios, deliciosamente hinchados y enrojecidos, temblaban ligeramente.

—Caleb... —logró articular, con un hilo de voz, visiblemente aturdida por la intensidad de lo que acababa de pasar.

Le rocé el labio inferior con el pulgar, con un gesto lento y deliberadamente posesivo.

—Ya no puedes huir de esto, Hannah. Yo tampoco —le advertí en un susurro ronco, acariciándole la mandíbula—. Se acabó el escondernos detrás del accidente, de tu coche averiado o de mi hija.

Hannah tragó saliva, y la forma en que sus ojos brillaron, aceptando mi reclamo sin oponer una sola gota de resistencia, me confirmó lo que mi instinto ya me estaba gritando a voces: ella era la única mujer en este puto mundo hecha a mi medida.

* * *

Hannah

El pulgar de Caleb trazó la línea de mi labio inferior, enviando una última descarga eléctrica directamente a mi bajo vientre. Su respiración cálida, mezclada con la mía, era el único sonido en el despacho de Sloane, compitiendo con los latidos desbocados de mi propio corazón.

Las palabras de Caleb resonaron en mi cabeza, pesadas y definitivas, pero lejos de asustar a la jefa de cirugía independiente y orgullosa que se suponía que era, hicieron que mis rodillas temblaran de puro alivio. Estaba aturdida. Mi mente, que siempre estaba calculando variables, ritmos cardíacos y tiempos de isquemia, se había quedado completamente en blanco, devorada por el fuego de Caleb Donovan.

Nunca había sentido nada igual. Mis fantasías adolescentes, aquellas en las que lo miraba desde el porche suspirando por el piloto mayor e inalcanzable, se habían quedado a años luz de la realidad. La realidad era cruda, abrumadora y ardía como el maldito infierno.

Pero lo que más me descolocaba, lo que me tenía agarrada a las pesadas solapas de su mono ignífugo como si fuera mi salvavidas, era la forma en que me había besado. Había tomado el control

absoluto. Había dictado el ritmo y la intensidad, adueñándose de mi boca y de mi espacio con una autoridad natural, feroz y profundamente posesiva.

Y me excitaba. Dios, me excitaba hasta rozar la locura.

Me pasaba la vida entera tomando decisiones críticas. Doce horas al día siendo el pilar inquebrantable de una sala de trauma, sosteniendo a los demás, siendo la fuerte, la infalible. Pero aquí, acorralada contra su pecho, sentí algo que no había experimentado en toda mi vida adulta: el lujo de rendirme. Su lado dominante no era una amenaza ni un intento de anularme; era un refugio. Era la promesa silenciosa de que, si yo soltaba el timón, él me sostendría con firmeza. Me sentí segura. Cuidada. Protegida de un modo tan visceral que casi me hace llorar de gratitud.

Caleb apoyó su frente contra la mía, dándome tiempo para recuperar el aliento. Sus manos seguían ancladas en mi cadera y en mi nuca, manteniéndome exactamente donde él quería que estuviera.

—Respira, O'Malley —murmuró, con una sonrisa ronca acariciando mis labios.

Tragué saliva, abriendo los ojos lentamente para encontrarme con los suyos. El azul turquesa brillaba con una claridad y un hambre que jamás había visto.

—Me acabas de dejar sin oxígeno, piloto —susurré, sintiendo mis propios labios hinchados y dolorosamente sensibles al hablar.

Caleb soltó una risa baja que me vibró en el pecho. Me dio un último beso rápido, sonoro y autoritario, antes de apartarse solo un par de centímetros, lo justo para poder mirarme a la cara sin tenerme acorralada.

—Este sábado —dijo, y su tono no era una pregunta, sino un plan trazado—. Octavia pasará el día con mi padre. Estaré libre desde por la mañana.

Parpadeé, intentando que mi cerebro volviera a procesar información logística y no solo estímulos físicos.

—¿El sábado?

—Sí. Quiero llevarte a un sitio. A un lugar especial, fuera del pueblo. Solo tú y yo —explicó, sus pulgares acariciando la tela de mi blusa justo por encima de mis caderas, en un ritmo lento e hipnótico —. Quiero pasar el día entero contigo, Hannah.

Me quedé mirándolo. El pasado y el presente chocando en mi cabeza. La sensatez de la que siempre hacía gala parecía gritarme que mantuviera las distancias, que no fuera más allá. Pero mi corazón y mi alma acallaron los gritos de mi mente, tomando la única decisión con la que me sentía bien.

Deslicé mis manos desde sus solapas hasta su cuello, acariciando la piel cálida sobre el borde de su camiseta térmica negra, y le sostuve la mirada con la misma firmeza con la que él me sostenía a mí.

—Acepto, Donovan —respondí, con una sonrisa curvando mis labios—. Llévame donde quieras.

CATORCE

Caleb

La cabaña estaba sumida en un silencio absoluto. Arriba, Octavia dormía profundamente después de haberme ganado dos partidas seguidas al Monopoly. Abajo, yo estaba sentado en el sofá del salón a oscuras, con la única luz de la pantalla de mi teléfono iluminándome el rostro.

Mi mente era un avispero. El peso de los últimos doce años había desaparecido de mis hombros, pero la adrenalina de todo lo que había sucedido en el despacho de Sloane, de tener la boca de Hannah bajo la mía y de sentirla rendirse entre mis brazos, me impedía conciliar el sueño. Necesitaba hablar. Necesitaba sacar todo esto de mi cabeza antes de volverme loco, y solo había una persona en este mundo que pudiera entender la magnitud de lo que estaba a punto de hacer.

Abrí la aplicación de mensajería y pulsé el icono de videollamada junto al nombre de mi hermano mellizo.

Dieron tres tonos. Al cuarto, la pantalla parpadeó y el rostro cansado de Cormac apareció en ella. Llevaba una camiseta verde oliva del ejército y de fondo se veía la pared metálica y desnuda de su barracón en la base militar donde estaba desplegado.

—Dime que nadie está sangrando ni muriéndose, Caleb. Aquí son las cuatro de la madrugada —gruñó a modo de saludo, frotándose los ojos oscuros, idénticos a los míos.

—Nadie se está muriendo, Mac —respondí, bajando la voz en la penumbra del salón—. Pero necesitaba hablar contigo.

Cormac se detuvo. Su instinto se activó al instante al captar el tono grave de mi voz. Se incorporó en su catre, acercando el teléfono a su rostro, y toda pizca de sueño desapareció de su expresión.

—¿Qué ha pasado? ¿Es Octavia? ¿Clover?

—Todos están bien. Se trata de mí —solté un suspiro largo, pasándome la mano libre por el pelo—. Mac... Hannah O'Malley ha vuelto a Wildwater Falls. Es la nueva jefa de cirugía de trauma del hospital. Lleva aquí unas semanas.

Cormac frunció el ceño, visiblemente descolocado.

—¿Qué? ¿Y me lo dices ahora? ¿Clover lo sabía y tampoco me ha dicho una puta palabra?

—Supongo que no pensamos en ello. Su regreso levantó a todos los fantasmas de golpe —le expliqué, apretando la mandíbula—. Pero eso no es lo peor. O lo mejor. Ya no sé ni cómo llamarlo.

Mi hermano se quedó en silencio, esperando.

—Ayer pillé a Sloane y Hannah hablando. No pretendía escuchar a escondidas, pero oí el nombre de Carson y ya no pude apartarme —continué, obligándome a soltar las palabras que aún me costaba creer—. Mac, Carson no murió porque yo tardara en sacarlo o porque eligiera evacuar a Hannah primero. Carson sufrió un desgarro en la vena cava retrohepática durante el impacto del autobús.

A través de la pantalla, vi cómo Cormac, cirujano de urgencias y médico de combate, se quedaba completamente paralizado. El color pareció abandonar su rostro bajo la cruda luz fluorescente de su barracón. Él, mejor que nadie, entendía la brutalidad de ese diagnóstico clínico.

—Mierda... —susurró Cormac, y su voz sonó rota—. Un desgarro retrohepático... Hermano, eso significa que...

—Que estaba muerto desde que el autobús volcó —completé por él, sintiendo que un nudo me apretaba la garganta—. Las dos horas que tardamos en localizarlos en la nieve lo condenaron. Si lo hubiera movido, si lo hubiera subido al helicóptero, se habría desangrado en mis brazos antes de despegar. No elegí a quién salvar, Mac. Saqué de aquel infierno a la única persona que podía sobrevivir.

Cormac se llevó una mano a la boca, cerrando los ojos con fuerza. Pude ver el dolor cruzar sus facciones por el hermano pequeño que habíamos perdido, pero también el impacto de saber que yo había estado cargando con una mentira durante doce años.

—Y hay algo más —añadió mi voz, casi un susurro en la oscuridad de mi salón—. Me gusta, Mac. Hannah me gusta muchísimo. Ella es increíble con Octavia. Después de toda la charla la he besado. Y quiero salir con ella. Pero si doy este paso, si empiezo algo con ella, mamá va a perder la puta cabeza. Papá se pondrá de su lado, como siempre. Voy a volar a esta familia por los aires otra vez y.... no sabía cómo ibas a reaccionar tú.

Me callé. El silencio se extendió a través de los miles de kilómetros de fibra óptica que nos separaban. Los segundos pasaban y la ansiedad empezó a carcomerme las entrañas. Cormac seguía mirando la pantalla fijamente, con el rostro indescifrable. El miedo a que mi hermano mellizo, mi otra mitad, me rechazara por elegir a la chica del accidente me oprimió el pecho.

Finalmente, Cormac soltó una exhalación pesada y me miró directamente a los ojos a través de la cámara.

—Deja de ser un idiota, Caleb.

Parpadeé, sorprendido por la dureza repentina de su tono.

—¿Qué?

—Que dejes de ser un puto idiota y de pedir permiso para vivir tu vida —espetó Cormac con dureza, inclinándose hacia la pantalla, con los ojos brillando con una intensidad feroz—. Mírate, hermano. Míranos. Yo me alisté en cuanto cumplí dieciocho, no estuve en el peor momento de nuestra familia. Joder, no pude ni ir al funeral de

Carson. Te dejé a ti solo con el desastre. Clover era solo una niña. Tú fuiste el único que se quedó.

Cormac tragó saliva, y la culpa de su propia ausencia asomó en su voz. Yo no lo culpaba, jamás lo hice. Siempre me sentí aliviado que Cormac un tuviera que ver el desastre en el que se había convertido nuestra familia, por muy solo que yo me sintiera.

—Tú has sido nuestro pilar, Caleb. Y todos te hemos fallado. Papá y mamá te fallaron cuando permitieron que te culparas de una tragedia inevitable. Yo te fallé yéndome al otro lado del mundo. Kate te falló abandonándote a ti y a Octavia. Has estado recibiendo los golpes de todo el mundo durante doce putos años sin quejarte ni una sola vez.

Me quedé sin palabras. Sentí un escozor ardiente detrás de los ojos al escuchar a mi mellizo validar el sufrimiento silencioso que me había tragado durante más de una década.

—Escúchame bien —continuó Cormac, señalándome con el dedo a través de la pantalla—. Te mereces ser egoísta. Si Hannah O'Malley es la mujer que quieres, si ella te hace feliz, si quiere a mi sobrina y Octavia la quiere a ella... entonces la opinión de los demás me importa una mierda. La opinión de mamá no tiene ni voz ni voto en tu vida. Tienes mi bendición, hermano. Tómala. Sé feliz.

Una lágrima solitaria y traicionera resbaló por mi mejilla antes de que pudiera detenerla. Me la limpié rápidamente con el dorso de la mano, asintiendo con la cabeza, sintiendo que una losa de cien toneladas acababa de desaparecer por completo.

—Gracias, Mac —logré decir, con la voz rota por la emoción.

—No me des las gracias. Simplemente, no la cagues —esbozó una media sonrisa, esa sonrisa torcida de los Donovan que era idéntica a la mía—. Y dile a la jefa de trauma que, si te rompe el corazón, tendré que usar mis habilidades de médico de combate con ella.

Solté una carcajada ronca, sintiendo cómo el pecho se me expandía, lleno de un aire nuevo y limpio.

—Se lo diré. Cuídate por ahí fuera, hermano.

—Tú también, Caleb. Buenas noches.

La pantalla se fundió a negro. Dejé el teléfono sobre la mesa de centro y me recosté en el sofá, cerrando los ojos. Por primera vez en muchísimo tiempo, el futuro no parecía un túnel oscuro y helado. El futuro olía a madreselva, y yo estaba más que listo para ir a por él.

* * *

El motor de un coche rompió la quietud de la mañana del sábado. Estaba apoyado en el marco de la puerta principal, con una taza de café en la mano, cuando el sedán oscuro de mi padre aparcó en la entrada de grava, justo al lado de mi camioneta.

Inhalé el aire frío de la montaña, preparándome mentalmente.

Sean Donovan salió del coche. A sus sesenta años, mi padre seguía conservando la envergadura ancha que Cormac y yo habíamos heredado, pero sus hombros estaban caídos, encorvados bajo el peso invisible de una casa llena de fantasmas y de una mujer a la que no tenía el valor de contradecir. Caminó hacia el porche con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—Buenos días, papá —lo saludé, bajando un par de escalones para ir a su encuentro.

—Hola, Caleb —respondió él, ofreciéndome una sonrisa tensa que no llegó a sus ojos. Nos dimos una palmada rígida en el hombro, el máximo nivel de afecto físico que habíamos manejado en la última década—. ¿Cómo va todo por la base?

—Bien. Vientos tranquilos esta semana. Pasa, Octavia está terminando de cepillarse los dientes —le invité, haciéndome a un lado.

Mi padre entró en el salón, mirando a su alrededor con esa incomodidad habitual de quien pisa territorio enemigo, o al menos,

un territorio que su mujer se negaba a pisar. Se frotó las manos y se giró hacia mí.

—¿Y tú qué vas a hacer hoy con tu día libre? —preguntó, intentando mantener un tono casual de charla paternofilial que siempre nos quedaba grande.

Le di un sorbo a mi café, sosteniéndole la mirada con tranquilidad.

—Tengo planes. Voy a hacer una ruta por el bosque, hacia la zona de *Raven Ridge*. He quedado con alguien —respondí.

No especifiqué que ese "alguien" era la mujer a la que mi madre culpaba de haber destruido nuestra familia. No lo hacía por cobardía, ni mucho menos para esconder a Hannah —medio pueblo nos había visto juntos en *The Switchback* y la había llevado al trabajo cada mañana durante la semana anterior frente a las narices de cualquiera que quisiera mirar— simplemente era prudencia. Sabía que cualquier mínima información que le diera a mi padre sobre Hannah llegaría a oídos de mi madre, y hoy solo quería un día en paz. Ya habría tiempo para la guerra.

Mi padre asintió despacio, pero dudó un segundo, pasándose la lengua por los labios resecos. El ambiente en la cabaña se volvió un poco más denso.

—En el pueblo no se habla de otra cosa, Caleb —murmuró mi padre, bajando el tono de voz de forma instintiva, como si las paredes pudieran escuchar—. He oído en la ferretería que... que la chica de los O'Malley ha vuelto. Que está trabajando en urgencias.

Apreté la mandíbula, pero mantuve mi expresión neutra. Aquí estaba, lo que llevaba semanas esperando desde que Hannah regresó. Sean y Vera Donovan ya sabían de la presencia de Hannah en el pueblo. Solo me quedaba esperar a ver la explosión de odio que iba a recibir.

—Hannah —la llamé por su nombre, negándome a usar el eufemismo distante de mi padre—. Sí, ha vuelto. Es la nueva jefa de cirugía de trauma del Regional.

Sean clavó sus ojos en los míos, buscando alguna grieta, alguna señal de la culpa y el odio que se suponía que yo debía compartir con él y con mi madre. Me negaba en redondo a alimentar el monstruo negro que vivía con ellos.

—¿Te la has cruzado? —preguntó, con cautela.

—Sí, hemos coincidido en un par de rescates y vivimos al lado. Tenemos una relación cordial, papá —le contesté con una firmeza que no admitía debate—. De hecho, es una profesional brillante. Es una gran cirujana. Ha salvado un par de vidas críticas esta misma semana trabajando con mi equipo.

El rostro de mi padre se tensó. El disgusto cruzó sus facciones, arrugando la comisura de sus labios. Los elogios hacia la superviviente de Carson eran una blasfemia en la doctrina de los Donovan, y mi negativa a participar en el desprecio familiar lo descolocó por completo.

Carraspeó, apartando la mirada hacia las escaleras, claramente incómodo e incapaz de sostener la conversación ahora que yo no le daba la razón. Era el pasotismo cobarde de siempre.

—Ya. Bueno... la vida sigue, supongo —murmuró, cambiando de tema con torpeza—. ¿Dónde se ha metido ese terremoto? Teníamos que salir hace diez minutos.

Como si la hubiera invocado, Octavia bajó las escaleras saltando los dos últimos escalones. Llevaba unos vaqueros, sus botas de montaña favoritas y una mochila pequeña a la espalda. Su rostro se iluminó al ver a Sean.

—¡Abuelo! —gritó, corriendo hacia él para abrazarle la cintura.

El rostro de mi padre se suavizó al instante. Por un momento, vi al hombre cálido que solía ser antes del accidente. Acarició el pelo de Octavia con un cariño genuino. A mi hija le encantaba pasar tiempo con él, y por ella, yo estaba dispuesto a tolerar esta farsa de cordialidad helada.

—Ahí está mi chica —sonrió Sean—. ¿Lista para la gran ciudad?

—¡Sí! ¿Vamos a ver los dinosaurios de verdad? —preguntó ella, dando saltitos de impaciencia.

—Vamos directos al Museo de Ciencias Naturales —le confirmó mi padre, mirándome de reojo—. Y después de almorzar, te llevaré al cine a ver esa película de animación que querías.

—Pórtate bien, fiera —le pedí, agachándome para darle un beso sonoro en la mejilla—. Y hazle caso al abuelo.

—Lo haré, papá. ¡Pásatelo bien en el bosque! —se despidió ella, corriendo hacia la puerta principal.

Acompañé a mi padre hasta el porche.

—Conduce con cuidado, papá. La carretera vieja tiene escarcha por las mañanas —le advertí.

—Lo haré, Caleb. Pasaré a dejarla sobre las siete de la tarde —respondió, dándose la vuelta sin mencionar a Hannah ni una sola vez más.

Los vi subir al coche y arrancar, desapareciendo por el camino de grava. Me quedé solo en el porche, respirando el aire puro de los pinos. La frialdad de mi padre ya no me dolía como antes; hoy, simplemente me resbalaba. Me terminé el café de un trago, di media vuelta y entré en la cabaña.

Tenía una cita con Hannah O'Malley, y nada en el jodido mundo iba a estropear este día.

* * *

El crujido rítmico de nuestras botas sobre las agujas de pino secas y la tierra helada era el único sonido en el sendero, aparte de nuestras voces. Llevábamos casi una hora caminando hacia la parte alta de *Raven Ridge*. Yo abría el camino, apartando un par de ramas bajas, y echaba vistazos por encima del hombro cada pocos minutos para comprobar cómo iba Hannah.

No hacía falta que me preocupara. A pesar de la pendiente pronunciada, me seguía el ritmo sin la menor dificultad. Llevaba

unos leggings térmicos oscuros, botas de montaña y una chaqueta entallada que le daba un aire rústico que me estaba costando horrores no mirar de más. El aire frío de la mañana le había sonrosado las mejillas, y parecía más relajada de lo que la había visto desde que llegó a Wildwater Falls.

—¿Así que el secreto de la famosa cazuela de pollo de tu madre es añadirle un chorrito de vino blanco y mostaza antigua al final? —pregunté, apartando un tronco caído del camino.

—Exactamente. Y dejar que se dore en el horno hasta que la capa de arriba esté crujiente —confirmó Hannah, esquivando una raíz con agilidad—. Te prometo que te la prepararé la próxima vez que cene en tu cabaña. Octavia se chupará los dedos.

El simple hecho de que hablara con tanta naturalidad de una "próxima vez" cocinando y cenando en mi cocina hizo que el pecho se me expandiera.

—Te tomo la palabra, O'Malley. Mi hija te exigirá resultados.

Unos diez minutos después, el sonido del viento entre los pinos fue sustituido por un rugido constante y poderoso. Los árboles se abrieron, dando paso a un claro rocoso que terminaba abruptamente en un mirador natural. Frente a nosotros, la cascada de *Raven Ridge* caía desde casi treinta metros de altura, rompiendo contra las rocas del fondo en una nube de bruma blanca y gélida. Era salvaje, ruidoso y absolutamente espectacular.

Hannah se detuvo a mi lado, soltando un pequeño jadeo de asombro.

—Dios mío, Caleb. Esto es precioso —murmuró, acercándose con cuidado al borde de piedra.

Me coloqué detrás de ella, lo bastante cerca para protegerla del precipicio y para que su aroma a madreselva superara el olor a pino húmedo. Señalé hacia un lado del claro, donde la maleza había empezado a devorar una estructura de troncos oscura y medio derruida.

—Es mi lugar favorito del valle —le confesé, alzando un poco la voz por encima del ruido del agua—. Esa de ahí es una vieja cabaña de tramperos. Lleva abandonada décadas. Nadie sube hasta aquí en invierno, así que es el sitio perfecto para desaparecer un rato.

Nos sentamos en una de las rocas planas del mirador, uno al lado del otro. El hombro de Hannah rozaba mi brazo.

Ella dejó escapar un suspiro, estirando las piernas.

—Me alegro de que me hayas traído —dijo, mirándome de reojo con una sonrisa suave—. Aunque tengo que confesar una cosa. Es una verdadera lástima que los hermanos Miller ya hayan reparado mi coche. Me había acostumbrado a ir al trabajo con vosotros. Era... un buen viaje.

Una ola de pura satisfacción, posesiva y cálida, me recorrió las venas. Que la independiente y orgullosa jefa de trauma admitiera que echaba de menos el viaje matutino en mi camioneta era una victoria absoluta.

—Siempre puedes decir que tu motor hace ruidos raros y dejarlo aparcado, cirujana —bromeé a medias, rozando mi rodilla contra la suya—. Mi asiento de copiloto sigue teniendo la calefacción a tope.

Hannah se rio, negando con la cabeza. Nos quedamos en un silencio cómodo durante unos minutos, observando el agua caer, hasta que decidí preguntar algo que me rondaba la cabeza desde hacía días.

—¿Qué hay de tu familia? —pregunté—. Sé que hablas con tus padres, pero ¿qué hay de Patrick? Recuerdo que él y Clover solían ser uña y carne antes del.… antes de que os fuerais.

El rostro de Hannah se iluminó con esa clase de orgullo fraternal que yo conocía tan bien por Cormac.

—Patrick está genial. Vive en Portland. De hecho, se está preparando en la academia para ser bombero. Le va la adrenalina tanto como a ti, al parecer —sonrió—. Echa mucho de menos la montaña, pero está construyendo una buena vida allí.

Asentí, asimilando la información. Era bueno saber que los O'Malley no se habían roto por completo tras el exilio forzado.

Pero la mención a las dinámicas familiares cambió el ambiente. Hannah bajó la mirada hacia sus propias manos, entrelazando los dedos sobre su regazo. Cuando volvió a alzar la vista, había una duda prudente en sus ojos, pero también una determinación valiente.

—Caleb... —empezó, dudando un segundo antes de lanzarse—. Sé que ayer hablamos de todo lo que pasó con Carson. Pero... ¿qué pasa con tu madre? Con Vera.

Me tensé instintivamente al escuchar el nombre.

—¿Qué quieres decir?

—No lo entiendo —admitió Hannah, frunciendo el ceño—. Recuerdo a tu madre. Recuerdo cómo era antes del accidente. Era el pilar de vuestra casa, era cálida, siempre estaba horneando algo y se desvivía por vosotros. Puedo entender que el dolor la volviera un poco loca, pero... ¿cómo puede ser tan fría con alguien tan inocente como Octavia? Es su nieta. Es tu hija.

Apoyé los antebrazos sobre mis rodillas, inclinándome hacia adelante, y clavé la vista en el agua turbulenta del fondo del barranco. La herida supuraba, pero tras la revelación de anoche, el dolor era diferente. Ya no era culpa; era pura tristeza por lo que nos habían robado a todos.

—El dolor hace cosas horribles en la cabeza de la gente, Hannah —le expliqué, con la voz grave y desprovista de emoción, como si recitara un parte de bajas—. Cuando Carson murió, mi madre no solo perdió a un hijo. Perdió su idea de familia perfecta. Su familia ya no estaba completa, había perdido a su niño. De una forma irreparable que no iba a recuperar jamás. Mi madre creció y vivió con el único objetivo de formar una familia, cuidarlos y verlos crecer. Es una ide anticuada pero muy típica de su generación. No podía asimilar que el destino le hubiera hecho algo así, como si la castigara por algo. Así que necesitaba culpar a alguien, necesitaba encontrar una diana para su ira y su dolor. Tú fuiste la primera, pero cuando os

marchasteis, solo quedé yo. Yo era el piloto que había bajado del cielo y había elegido mal. Y después de un año, seguí adelante, Octavia estaba en camino y la vida seguía para todos. La ira de mi madre se volvió más oscura. Como si el universo, el destino o Dios la estuvieran castigando.

Giré la cabeza para mirarla, dejando que viera las cicatrices invisibles de aquellos años.

—Pero luego nació Octavia. Yo intenté reconstruir mi vida. Y mi madre no podía soportar eso. No podía soportar ver que yo, el hijo culpable, pudiera ser feliz y crear vida, mientras su niño pequeño estaba enterrado bajo tierra. Para ella, Octavia no es una niña inocente. Octavia es el recordatorio físico de que la vida siguió sin Carson. Así que decidió cerrarnos la puerta a los dos. Me desterró a mí, y de paso, desterró a su propia nieta.

Hannah se llevó una mano a la boca, horrorizada por la brutalidad de un rechazo tan profundo e irracional. Yo me encogí de hombros, intentando restarle peso al asunto, aunque el daño llevaba doce años hecho.

—Es lo que hay —sentencié—. Me juré a mí mismo que Octavia no crecería sintiéndose un error o un estorbo por culpa de los fantasmas de Vera. Así que mantengo las distancias. Octavia sabe de la existencia de Vera, pero también sabe que Vera es una persona enferma.

Hannah no dijo nada. Simplemente deslizó su mano sobre la piedra helada hasta encontrar la mía, entrelazando nuestros dedos con una fuerza feroz, anclándome al presente y recordándome que ya no tenía que cargar con ese rechazo yo solo.

Soltó un suspiro tembloroso, moviéndose sobre la roca del mirador, y acortó la distancia que nos separaba hasta envolverme con sus brazos.

Apoyó la mejilla contra mi pecho, justo sobre mi corazón. Fue un abrazo nacido puramente del consuelo, un intento instintivo de protegerme del frío rechazo de mi madre que le acababa de confesar. Y durante los primeros cinco segundos, me dejé acunar por

esa ternura incondicional, hundiendo mi rostro en su pelo, respirando el aroma a madreselva que me anclaba a la cordura.

Pero al sexto segundo, la naturaleza de ese abrazo empezó a mutar.

Tener su cuerpo blando y cálido presionado contra el mío, solos en medio de la inmensidad del bosque, con el rugido de la cascada aislando cualquier sonido del mundo exterior... fue la chispa en un barril de pólvora. Giré ligeramente la cabeza y mis labios rozaron la piel sensible justo debajo de su oreja.

Hannah contuvo el aliento de golpe. Sus manos, que descansaban en mi espalda, se aferraron a la tela de mi chaqueta.

No me aparté. Dejé un beso lento y deliberado en su cuello, sintiendo cómo el pulso se le disparaba bajo mi boca. Un pequeño jadeo escapó de sus labios. Ese sonido fue todo lo que necesité para perder el control de la situación y, al mismo tiempo, tomar las riendas por completo.

Agarré su cintura con firmeza y tiré de ella, obligándola a girarse hasta quedar a horcajadas sobre mis muslos, sentada sobre mí en la roca. Sus piernas enfundadas en los leggings térmicos rodearon mis caderas.

—Caleb... —susurró, con los ojos oscuros muy abiertos, dilatados por la sorpresa y el deseo repentino.

Estrellé mi boca contra la suya, no pude contenerme después de oír como pronunciaba mi nombre, era una mezcla de súplica y reclamo. Fue un beso voraz, profundo y exigente que ella devolvió con la misma fiereza. Mi lengua invadió su boca, marcando el ritmo, saboreando el calor que me ofrecía sin reservas. Quería probar hasta dónde estaba dispuesta a llegar hoy. Quería saber si la rendición que me había regalado ayer en el despacho del hospital había sido un espejismo o si, de verdad, estaba dispuesta a soltar el control y entregármelo a mí.

Deslicé mis manos por debajo del dobladillo de su chaqueta y de su jersey de lana. El contraste entre el aire gélido de la montaña y el calor abrasador de su piel desnuda me hizo gruñir contra sus labios.

Subí acariciando su espalda, sintiendo cómo se arqueaba hacia mí, buscando más contacto.

—Eso es, Hannah. Ríndete —le ordené en un susurro grave, besando su mandíbula y bajando por su cuello—. Deja que yo me encargue.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta, y sus dedos se hundieron desesperadamente en mi pelo.

Llevé una de mis manos hacia la parte delantera de su cuerpo. No le quité la ropa; hacía demasiado frío y la roca no era el lugar para desnudarla, lo que me obligó a trabajar con los obstáculos. Deslicé mis nudillos por encima de la tela elástica de sus leggings, bajando hasta el centro de su intimidad. Hannah soltó un gemido largo y sonoro que compitió con el ruido de la cascada. Se frotó instintivamente contra mi mano, y eso me confirmó lo que quería saber. Estaba lista. Estaba desesperada.

Con un movimiento fluido, deslicé mi mano por debajo de la cinturilla elástica de sus leggings térmicos y de sus bragas, adentrándome en su calor.

Estaba empapada.

—Dios... Caleb —gimió, apretando los muslos contra mis caderas, temblando en mis brazos.

—Estoy aquí, preciosa. Respira—murmuré contra su cuello, encontrando el pequeño bulto de su clítoris con mi pulgar. Su piel era sedosa y lisa, tan caliente que estaba a punto de estallarme la cabeza. Mi erección estaba empezando a ser muy notoria, rozando la parte delantera de sus pantalones, ahí donde mi mano dejaba espacio libre. Empecé a masajear su clítoris con movimientos circulares, acelerando cada vez que se removía pidiendo más y yendo más lento cuando notaba que estaba al borde. Quería que durara, quería volarle la cabeza igual que ella estaba volando la mía. Deslicé dos dedos dentro de ella. Estaba tan estrecha y caliente que un latigazo de pura agonía me recorrió la espina dorsal hasta mi propia erección, que a estas alturas latía dolorosamente contra la cremallera de mis vaqueros.

Pero no iba a buscar mi propio alivio. Esto no iba de mí. Iba de verla romperse bajo mis manos, de demostrarle que podía sostener su peso cuando ella ya no pudiera más.

Aumenté el ritmo de mis dedos en su interior, bombeando con precisión, mientras mi pulgar no dejaba de castigar su centro. Hannah perdió por completo la compostura. La cirujana arrogante y perfecta desapareció, dejando en mi regazo a una mujer que jadeaba mi nombre, con la cabeza echada hacia atrás y las uñas clavadas en mis hombros.

—Por favor... Caleb, por favor... —suplicó, ciega de placer, su cuerpo tensándose como la cuerda de un arco.

—Suéltalo, Hannah. Déjate caer. Te tengo —le ordené, con un tono lleno de autoridad.

Fue la orden que necesitaba. Hannah soltó un grito ahogado contra la solapa de mi chaqueta, su cuerpo fue sacudido por espasmos violentos mientras se derramaba sobre mis dedos. Sus paredes internas se contrajeron a mi alrededor, ordeñándome, enviando oleadas de un placer vicario tan intenso que tuve que apretar los dientes y cerrar los ojos para no perder el control yo también.

La sostuve con firmeza, abrazándola contra mi pecho mientras los temblores del orgasmo la iban abandonando poco a poco. Fui sacando la mano lentamente, ajustando la cinturilla de su ropa para que el frío no la tocara, protegiéndola.

Me quedé allí, respirando de forma irregular, con mi propia erección palpitando con un dolor sordo, pero inundado por un orgullo primitivo. La había llevado al límite y ella me había dejado hacerlo.

Pasaron varios minutos en los que solo nos acompañó el sonido de la cascada. Hannah seguía a horcajadas sobre mí, con la frente apoyada en mi hombro, respirando despacio.

Le acaricié la espalda por encima de la chaqueta, sintiendo cómo la temperatura empezaba a bajar a medida que el sol se ocultaba tras los picos.

—O'Malley —susurré, besándole la coronilla—. Deberíamos regresar. Empieza a hacer demasiado frío y te vas a helar.

Hannah no se movió para bajarse de mi regazo. En su lugar, escondió un poco más el rostro en el hueco de mi cuello y apretó los brazos alrededor de mis hombros, aferrándose a mí con una fuerza terca.

—Un poco más —murmuró, su voz sonando suave y vulnerable, despojada de todas sus defensas—. Solo quiero quedarme en tus brazos un poco más, Caleb.

Sonreí en la soledad del bosque. Apreté mi abrazo alrededor de ella, la envolví con mi propia chaqueta para darle calor y apoyé la mejilla en su pelo.

—Todo el tiempo que quieras, Hannah. No voy a ir a ninguna parte.

QUINCE

Hannah

El olor a colchoneta sintética, sudor y el eco de los gritos en el pabellón deportivo del instituto me sacaron una sonrisa que no me cabía en la cara. Estaba sentada en las gradas de madera, flanqueada por Clover, con un café en vaso de cartón entre las manos y la mirada fija en el tatami central.

Abajo, rodeada de docenas de niños en diferentes grados de ebullición, estaba Octavia. Llevaba su *judogi* blanco, el cinturón verde firmemente anudado a la cintura y una expresión de concentración letal que era una réplica exacta de la que ponía su padre cuando se enfrentaba a una tormenta.

Caleb estaba arrodillado junto al borde del tatami. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta térmica gris de manga larga que se ajustaba a la amplitud de su espalda de una forma que debería ser ilegal en un recinto escolar. Le estaba dando unas últimas instrucciones a Octavia en voz baja, ajustándole la solapa del kimono con esa delicadeza inaudita para unas manos tan curtidas como las de un piloto de rescate experto. Unas manos capaces de hacer maravillas, no solo pilotar helicópteros en plena tormenta o peinar trenzas en el pelo de una niña. Eran capaces de proporcionar un placer abrasador que rivalizaba con el tsunami más devastador.

Octavia asintió a algo que le dijo Caleb, se giró hacia las gradas y nos buscó con la mirada. Al encontrarnos, levantó la mano y la agitó

con un entusiasmo desbordante.

—¡Vamos, fiera! ¡Tú puedes! —le grité, poniéndome en pie por un segundo para aplaudir.

La niña esbozó una sonrisa brillante antes de girarse hacia su oponente y hacer la reverencia de inicio de combate. Caleb alzó la vista hacia mí desde el suelo del pabellón. Incluso a quince metros de distancia, la intensidad de sus ojos azul turquesa me atravesó como un rayo. Me guiñó un ojo, una promesa silenciosa y ardiente que hizo que un escalofrío de anticipación me bajara por la columna vertebral.

Me dejé caer de nuevo en el banco de madera junto a Clover, soltando un suspiro tembloroso. No entendía como era capaz de deshacerme con solo una sonrisa o un gesto suyo. Un estado en el que llevaba sumida siete días con sus siete noches.

Dios, había sido una semana de locos. Las guardias en la planta de trauma se me habían encadenado una tras otra, absorbiendo casi todo mi tiempo. No había podido estar en la cabaña, ni con Octavia ni con Caleb, tanto como me habría gustado. Pero, a cambio, mi mente se alimentaba de pequeños momentos robados que me mantenían al borde del colapso.

Un beso rápido, posesivo y hambriento empujándome contra la pared en el pasillo de suministros del hospital. El roce de sus nudillos en mi nuca mientras nos cruzábamos en la cafetería. Su voz ronca susurrándome al oído en el aparcamiento antes de subir a su camioneta. Y, por encima de todo, el recuerdo abrasador de la cascada del sábado pasado.

Cerré los ojos un milisegundo y casi pude sentir la roca fría del mirador bajo mis rodillas, el viento de la montaña en el rostro y los dedos de Caleb en mi interior, exigiéndome una rendición absoluta mientras me deshacía en sus brazos. Me había llevado al límite y me había sostenido justo cuando creía que iba a romperme.

Mi vida en Wildwater Falls no tenía nada que ver con lo que había temido al llegar. El pueblo no era solo el escenario de mi peor pesadilla; ahora era el lugar donde mis mejores amigos, como

Savannah y Noah, me cubrían las espaldas. Era el lugar donde mi trabajo cobraba sentido. Y, sorprendentemente, era el hogar de este piloto y de su pequeña *judoca*. Me prometí a mí misma, allí mismo en las gradas, que protegería mis días libres con uñas y dientes. Quería esto. Quería estar presente para ellos.

Un rugido de aplausos en el pabellón me devolvió a la realidad. Octavia acababa de inmovilizar a su oponente en el suelo con una técnica impecable.

—¡Esa es mi sobrina! —gritó Clover a mi lado, dando saltos—. ¡*Ippon*! ¡Toma ya!

Me reí a carcajadas, contagiada por la energía de Clover, pero mi risa se apagó lentamente cuando noté que la técnica de vuelo había dejado de saltar. Su postura se volvió rígida de golpe. La sonrisa se borró de su rostro y sus ojos se clavaron en un punto elevado en el extremo opuesto de las gradas, cerca de las puertas de salida.

Seguí su mirada.

Apoyado contra la barandilla de metal, con un abrigo oscuro y una gorra, estaba Sean Donovan. El padre de Caleb. Su rostro estaba medio oculto por la gorra, pero podía ver lo que doce años de luto y dolor habían hecho en su curtido rostro, sus arrugas eran mucho más profundas de lo que recordaba y su pelo entrecano era ahora completamente blanco en las sienes. Pero lo más llamativo era su mirada.

Estaba observando la escena en silencio. No se había acercado al tatami para felicitar a su nieta, ni había hecho ademán de bajar a saludar a Caleb, y mucho menos había venido a la zona donde estábamos Clover y yo. Se mantenía en las sombras, como un espectador furtivo. Vi cómo su mirada iba desde Caleb, que ahora abrazaba a Octavia levantándola del suelo, hasta nosotras en las gradas. Su expresión era ilegible, pero la fijeza de sus ojos delataba que no se le había escapado absolutamente nada. Había visto a Octavia saludarme con entusiasmo. Había visto a Caleb buscarme con la mirada.

Había visto que la chica que sobrevivió al accidente de su hijo pequeño estaba sentada junto a su hija, aplaudiendo a su nieta como si fuera parte de la familia.

—Mierda —murmuró Clover, dejándose caer en el banco de madera. Se frotó la frente, visiblemente agobiada—. Papá nos ha visto. Ha visto cómo nos mira Caleb y cómo Octavia te adora.

Sentí que un nudo helado se me formaba en la boca del estómago. El café de repente me supo a ceniza.

—¿Crees que le dirá algo a tu madre? —pregunté en voz baja, sin apartar la vista de Sean, que en ese preciso instante se dio la vuelta y desapareció por las puertas dobles del gimnasio, huyendo antes de que Caleb pudiera detectarlo.

—Papá es... un cobarde para muchas cosas, Hannah —admitió Clover, con amargura—. Pero no sabe ocultarle nada a mi madre. Si Vera se entera de que estás tan cerca de Octavia, y de que Caleb y tú... bueno, que sois amigos o lo que sea... va a arder Troya. Mi madre montará en cólera. Perderá el juicio por completo.

El miedo se enroscó en mi garganta. Yo era una cirujana de trauma; estaba entrenada para salvar vidas, para extirpar órganos rotos y coser heridas abiertas. Pero no tenía ni idea de cómo curar a una familia que llevaba doce años desangrándose.

Miré hacia abajo. Caleb estaba riendo con Octavia, pasándole una toalla por el pelo sudado. Se veían tan felices. El terror a que mi incipiente relación con él y mi cariño por la niña fueran el detonante que terminara de dinamitar su ya frágil vínculo con sus padres me oprimió el pecho. Yo no había vuelto a la montaña para destruir a los Donovan.

Pero mientras Caleb alzaba la vista de nuevo hacia mí, con esa sonrisa ladeada que amenazaba con derretir mis defensas, supe con una certeza aterradora que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

* * *

El bullicio cálido de la pizzería de *Main Street* era el contrapunto perfecto a la tensión que se me había quedado instalada en la boca del estómago desde que salimos del pabellón. Clover se había despedido de nosotras en el aparcamiento con un abrazo rápido, disculpándose porque empezaba su turno en la base aérea en media hora, dejándome a solas con Caleb y Octavia para celebrar la victoria de la niña.

Estábamos sentados en una cabina de cuero rojo junto a la ventana. Octavia, que aún llevaba la chaqueta del chándal por encima de su *judogi*, devoraba una porción de pizza de pepperoni mientras me explicaba con todo lujo de detalles cómo había logrado desequilibrar a su rival. Yo asentía, sonriendo y haciéndole preguntas en los momentos adecuados, pero mi mente seguía traicionándome, viajando de vuelta a la grada.

«Sean Donovan nos ha visto».

Le di un sorbo a mi agua con hielo, sintiendo que el frío me bajaba por la garganta. La imagen del padre de Caleb observándonos desde las sombras, evaluando mi proximidad a su nieta, me aterraba. Si Clover tenía razón, y sabía que la tenía, Vera no tardaría en enterarse. La idea de que mi simple presencia pudiera desatar la furia de esa mujer y dañar aún más a esta familia me provocaba un pico de ansiedad que me oprimía el pecho. ¿Y si estaba siendo egoísta? ¿Y si acercarme a Caleb terminaba por destruir lo poco que quedaba de los Donovan?

—Eh. ¿Dónde estás, O'Malley?

La voz grave de Caleb, baja y directa, me sacó de mi espiral catastrófica. Levanté la vista. Estaba sentado al otro lado de la mesa, con el brazo apoyado en el respaldo de la cabina, escrutándome con esos ojos azul turquesa que parecían capaces de leer hasta mis miedos más profundos. Había dejado su trozo de pizza en el plato y me miraba con una intensidad abrasadora, anclándome al presente.

Octavia se inclinó hacia mí en ese instante y me rozó el brazo con su mano pequeña.

—Toma, Hannah. Te he guardado el último trozo con extra de queso porque sé que es tu favorito —dijo la niña, ofreciéndome la porción con una sonrisa tan pura y llena de cariño que me desarmó por completo.

Miré a la niña. Miré a Caleb. Y de repente, me di cuenta de que ellos eran genuinamente felices conmigo, que los tres nos sentíamos inusualmente cómodos juntos, como si siempre hubiera sido así. Octavia y Caleb eran mi refugio ahora, pero no dudaba que yo me estaba convirtiendo en una parte importante del suyo. Así que puse en marcha mi mente de cirujana, la que tomaba decisiones rápidas y certeras, sin titubeos.

Yo no operaba basándome en lo que podría ser o haber sido. No cortaba arterias temiendo que el paciente sangrara mañana; actuaba para salvarlo hoy. Si la madre de Caleb decidía montar en cólera, la enfrentaría. Arreglaría lo que se rompiera, como siempre había hecho. Pero miré la sonrisa de Octavia y el deseo contenido en los ojos de Caleb. No iba a sacrificar mi felicidad, ni la de ellos, por miedo a la reacción de una mujer que llevaba doce años eligiendo el odio por encima del amor.

Tomé el trozo de pizza que me ofrecía Octavia y le guiñé un ojo.

—Eres la mejor compañera de equipo del mundo, fiera.

Alcé la vista hacia Caleb y le sostuve la mirada. La duda había desaparecido de mis ojos, sustituida por una determinación feroz. Él pareció entender el cambio en mi postura, porque la comisura de sus labios se curvó en una de esas sonrisas ladeadas y arrogantes que hacían que el pulso me saltara.

—Papá, ¿Hannah puede venirse a casa a pasar el resto del día? —preguntó Octavia de pronto, con la boca medio llena—. ¡Prometió que nos haría el pollo a la cazuela de su madre!

Caleb alzó una ceja, mirándome con falsa inocencia.

—Yo no decido eso, enana. La cirujana es una mujer muy ocupada. Probablemente tenga que estudiar historiales o algo así.

—He terminado mis guardias, Donovan —le interrumpí, apoyando los codos en la mesa, aceptando el reto—. Y los O'Malley siempre cumplimos nuestras promesas. Vamos a hacer ese pollo.

Pasamos el resto de la tarde en la cabaña de Caleb. El ambiente era tan jodidamente doméstico y natural que asustaba. Mientras el cielo de la montaña se oscurecía tras los ventanales, la cocina se llenó del sonido de la música que Octavia había puesto en el altavoz y del olor a cebolla pochada.

Cumplí mi promesa. Con Octavia ejerciendo de mi leal pinche de cocina, preparamos la famosa receta de mi madre. Le enseñé a la niña el truco de añadir el chorrito de vino blanco y la mostaza antigua en el último momento, justo antes de meter la cazuela de hierro en el horno para que la capa superior quedara crujiente.

Caleb se había mantenido al margen, sentado en uno de los taburetes de la isla con una cerveza en la mano, observándonos trabajar. Cada vez que me daba la vuelta para coger algún utensilio, sentía el peso físico de su mirada recorriendo mis caderas enfundadas en los vaqueros, subiendo por mi espalda y deteniéndose en mi cuello. Era una atención constante, pesada y posesiva que me mantenía en un estado de excitación perpetua.

La cena fue un éxito rotundo. Octavia repitió dos veces, asegurando que era lo mejor que había comido en semanas, lo que le valió una mirada ofendida y fingida por parte de su padre.

A las nueve y media, el agotamiento de la competición finalmente venció a la niña. Subió a regañadientes a lavarse los dientes y, tras un beso de buenas noches que me dejó el corazón blando, desapareció en el piso de arriba.

El silencio cayó sobre la planta baja, envolviéndonos a Caleb y a mí.

Estábamos recogiendo los últimos platos de la isla de la cocina. Yo estaba junto al fregadero, secándome las manos con un paño, cuando sentí que él se colocaba a mi espalda. No me tocó, pero el

calor que irradiaba su pecho y su inconfundible olor a colada limpia y a hombre me erizaron la piel de la nuca.

Me giré lentamente, apoyando la cadera contra el borde de granito. Caleb estaba a escasos centímetros de mí. Tenía las manos apoyadas en la encimera, a ambos lados de mi cintura, acorralándome de una forma que me hizo contener el aliento. Sus ojos turquesa bajaron hasta mis labios, oscurecidos por un deseo que ya no intentaba ocultar.

—Es tarde, O'Malley —murmuró, con la voz tan grave que me vibró en el estómago—. Y hace demasiado frío ahí fuera para que cruces el bosque sola.

Tragué saliva, sintiendo que el corazón me galopaba desbocado. Mi cabaña estaba a cien malditos metros. Podía llegar en dos minutos. Ambos lo sabíamos.

—Sobreviví a los inviernos de Chicago, piloto. Puedo aguantar cien metros —susurré, desafiándolo con la mirada, aunque mis manos temblaban de pura anticipación.

Caleb inclinó la cabeza, acercando su rostro al mío hasta que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Quédate —pidió, y no sonó a una sugerencia. Sonó a una necesidad profunda, a un reclamo absoluto que no admitía una negativa—. Quédate a dormir en mi casa, Hannah.

El aire abandonó mis pulmones. Sabía exactamente lo que implicaba esa invitación. Quedarme esta noche no era compartir el sofá para ver una película. Era cruzar la línea de no retorno. Era subir a su habitación y aceptar un nivel de intimidad física y emocional del que no habría vuelta atrás. El miedo irracional a perder el control y la inseguridad sobre mi propio cuerpo revolotearon en mi mente por un segundo, pero al ver la firmeza y la promesa de refugio en sus ojos, todas mis defensas cayeron al suelo.

Deslicé mis manos por su pecho, aferrándome a la tela de su camiseta, y le sostuve la mirada.

—Me quedo.

* * *

La casa quedó sumida en un silencio absoluto unos veinte minutos después de que Octavia subiera a su habitación. Caleb bajó las escaleras pisando suavemente, sosteniendo dos vasos bajos con un dedo de whisky ámbar en cada uno y un par de mantas gruesas de lana colgadas del antebrazo.

Me tendió uno de los vasos y señaló hacia la puerta trasera con la cabeza.

—¿Te atreves a salir un rato al porche? La niña tiene el sueño pesado, pero no quiero arriesgarme a que baje a por agua y nos encuentre... hablando.

—Claro —acepté, sintiendo un aleteo nervioso en el estómago.

Salimos a la noche helada de Wildwater Falls. El aire cortaba la piel, pero nos sentamos juntos en el amplio banco de madera del porche y Caleb nos envolvió a ambos con las mantas, creando una especie de capullo cálido en el que nuestras piernas y hombros se apretaban los unos contra los otros. El contraste entre el frío de la montaña y el calor que irradiaba su cuerpo era embriagador.

Le di un sorbo al whisky, dejando que el ardor me bajara por la garganta.

—Has construido un hogar precioso para ella, Caleb —murmuré, mirando la línea oscura de los pinos frente a nosotros.

Él suspiró, apoyando la cabeza en la pared de madera de la cabaña, mirando las estrellas a través del techo del porche.

—Lo intento. Aunque no siempre ha sido fácil. —Giró un poco el rostro hacia mí, y la penumbra suavizó los ángulos duros de su mandíbula—. Kate y yo... antes de que Octavia naciera, nuestra relación era un puto desastre intermitente. Nunca estuvimos satisfechos el uno con el otro.

—¿Por qué os casasteis entonces? —pregunté con cautela, sin querer cruzar ninguna línea, pero necesitando entender cómo había llegado a este punto.

—Porque se quedó embarazada por accidente y yo creía que era mi deber arreglarlo —respondió con una honestidad cruda—. Pero para Kate yo siempre fui un fracasado. Ella quería un hombre con ambición, alguien que montara una empresa, que quisiera ser rico y la sacara de este pueblo. Yo solo quería pilotar helicópteros y rescatar a gente en la montaña. Me consideraba un conformista sin futuro.

Fruncí el ceño, sintiendo una punzada de indignación en defensa del hombre que tenía a mi lado.

—Si pensaba eso de ti, ¿por qué no te dejó antes del embarazo? ¿Por qué volvía?

Caleb se quedó en silencio unos segundos. Le dio un trago a su whisky y luego clavó sus ojos turquesa en los míos. La atmósfera cambió de golpe, volviéndose densa y cargada de una electricidad oscura.

—Kate siempre volvía por la parte física —confesó, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un murmullo que me rozó la piel—. Por cómo soy en la cama. No es un juego ni adopto ningún rol, simplemente necesito hacer las cosas de cierta forma.

Tragué saliva, sintiendo que el corazón me daba un vuelco.

—¿Y qué necesitas, Caleb? —me atreví a preguntar, sosteniéndole la mirada a duras penas.

Él se removió bajo la manta, girando el cuerpo completamente hacia mí.

—Me gusta mantener el control, Hannah. De forma dominante —dijo la palabra sin rastro de vergüenza, con una seguridad aplastante —. A Kate le gustaba esa parte, pero la usaba solo como un juego físico, sin ninguna conexión real. Yo no lo veo así. Para mí no es un juego. Forma parte de mis necesidades y de cómo soy. Pero no va solo de mí. Si solo yo estoy en ello no me interesa, necesito que la

otra persona esté conmigo, en todos los sentidos. Necesito un tipo de conexión que jamás he encontrado. Al menos no de forma plena y natural.

El pulso se me aceleró. Creía entender por dónde iban los tiros. Pero ahora era yo la que tenía necesidades. Necesitaba poner nombre, etiquetas y límites a todo lo que me insinuaba Caleb.

—¿Te refieres a... BDSM? ¿Cosas de esas? —pregunté, sintiendo que me ruborizaba un poco—. Porque yo no tengo ninguna experiencia en.… no sé, dolor, o...

Caleb soltó una carcajada baja, un sonido ronco y vibrante que me tranquilizó al instante. Levantó una mano y me apartó un mechón de pelo de la cara con una suavidad extrema.

—No, preciosa. No me van los golpes, ni los azotes, ni hacerte daño —me aclaró, rozando mi mejilla con los nudillos—. No va sobre el dolor. Va sobre la confianza. Va sobre tomar el control por completo para que tú no tengas que hacerlo. Se trata de darme las riendas de la situación, confiando en mí lo suficiente, como para saber que yo te daré exactamente lo que necesitas.

El aire abandonó mis pulmones. Dios. Me pasaba doce horas al día, seis días a la semana, siendo la mujer más fuerte de la sala, tomando decisiones de las que dependían vidas ajenas, sin poder dudar jamás. La simple idea de que alguien me quitara ese peso de encima, de que un hombre tan jodidamente sólido como Caleb me dijera "yo me encargo, tú solo déjate llevar", me excitó hasta rozar el delirio.

Lo comprendí a la perfección.

—Nunca he experimentado nada parecido —admití, con la voz temblándome de anticipación y vulnerabilidad —Siempre he tenido que mantener el control en todos los aspectos de mi vida desde que tengo uso de razón. Como una adolescente en rehabilitación, dependía de mí volver a caminar. Como estudiante de medicina y médico después todas las decisiones recaían sobre mí. No sé si sabré ceder ese control.

—Con lo que he visto de ti, no creo que tengas problemas con cederme el control. Iremos de menos a más —me prometió Caleb, deslizando su mano hasta mi nuca para acariciarme la base del pelo —. Despacio. Probaremos con lo que te sientas cómoda, y si algo no te gusta, paramos y ajustamos. Tú siempre tendrás la última palabra, Hannah. Pero una vez que crucemos la puerta de mi habitación, quiero que me entregues el control.

Asentí lentamente. Me di cuenta de que confiaba en él. Confiaba en él más de lo que había confiado en nadie en los últimos doce años. Pero si iba a entregarle el control, si iba a desnudarme frente a él, tenía que sacar a la luz el último fantasma que me aterraba.

—Caleb... —Empecé, y esta vez mi voz se quebró de verdad. Apreté el vaso de whisky entre las manos, bajando la mirada hacia mis rodillas ocultas bajo la manta—. Hay algo que debes saber. Necesito... necesito que las luces estén apagadas. Quiero estar a oscuras.

Los dedos de Caleb se detuvieron en mi nuca.

—¿Por qué?

Cerré los ojos, tragándome el nudo de vergüenza y dolor que siempre me producía hablar de esto.

—Tengo una cicatriz —confesé en un susurro apenas audible—. Del accidente. Es... es muy grande. Va desde la mitad del muslo hasta la espinilla. Es retorcida, gruesa y fea. Odio que la miren, Caleb. Odio verla yo misma.

El silencio en el porche fue absoluto. Esperé a que asintiera, a que me dijera que lo entendía y que apagaría la lámpara de la mesita de noche.

Pero en lugar de eso, Caleb me quitó el vaso de las manos y lo dejó sobre el banco. Luego tomó mi rostro entre sus dos palmas grandes y cálidas, obligándome a levantar la cabeza y a mirarlo.

—No lo haremos a oscuras, Hannah —sentenció, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

El pánico destelló en mi pecho, pero la seguridad en sus ojos turquesa me frenó antes de que pudiera retroceder.

—Caleb, por favor... —supliqué.

—Escúchame bien —me interrumpió con suavidad, acariciando mis pómulos con los pulgares—. Necesito verte, y necesito que tú me veas a mí. Esa cicatriz no es fea, O'Malley. Es la puta prueba de que sobreviviste a la montaña. Es el recordatorio de que sigues aquí, respirando conmigo en este porche. Voy a venerar cada milímetro de esa cicatriz, porque gracias a ella estás viva.

Las lágrimas me nublaron la vista. Nadie me había hablado nunca así de la marca que cargaba desde hacía tantos años. Bajo sus manos, me sentí completamente segura, protegida y sostenida. Estaba aterrada, sí, y me sentía vulnerable, pero el deseo de refugiarme en él era infinitamente más grande que mi miedo.

Caleb se inclinó y me besó. Fue un beso lento, profundo y cargado de una promesa solemne que me hizo rendirme allí mismo, contra su boca.

Se separó apenas unos milímetros, apuró su vaso de whisky y se puso de pie. Me tendió la mano.

La miré por un segundo. Era una mano curtida por el frío, marcada por los cables de rescate y los mandos del helicóptero. Era la mano del hombre que me había sacado de la nieve hacía doce años, y la mano del hombre que estaba a punto de abrirme una puerta a algo nuevo y emocionante.

La tomé con fuerza. Caleb entrelazó nuestros dedos y, sin decir una palabra más, tiró de mí para llevarme al interior de la cabaña.

DIECISÉIS

Caleb

Cerré la puerta principal de la cabaña a nuestras espaldas y pasé el pestillo de seguridad con un clic metálico que resonó en el silencio de la planta baja.

Me giré hacia Hannah. Seguía con el abrigo puesto, abrazándose a sí misma, con los ojos oscuros muy abiertos y el pecho subiendo y bajando a un ritmo acelerado. Sabía perfectamente el pánico que estaba librando una batalla campal en su cabeza. Estaba a punto de entregarme el control y, lo que era infinitamente más aterrador para ella, estaba a punto de dejar que viera sus cicatrices.

Acorté la distancia entre nosotros, tomé su mano y entrelacé nuestros dedos. No dije nada. No hacía falta. Tiré suavemente de ella y la guie hacia las escaleras. Subimos los peldaños de madera en el más absoluto de los silencios, amortiguando nuestras pisadas para no despertar al huracán de diez años que dormía un par de puertas más allá.

Al entrar en mi habitación, encendí únicamente la pequeña lámpara de la mesita de noche. Emitía un resplandor cálido y dorado, lo bastante tenue para no ser agresivo, pero lo suficientemente claro como para cumplir mi promesa: no lo íbamos a hacer a oscuras.

Solté su mano, me quité la chaqueta de borrego y la tiré sobre el sillón del rincón. Hannah se quedó de pie junto a los pies de mi

cama, rígida como una tabla de planchar.

Me acerqué a ella despacio, invadiendo su espacio con la calma de un depredador. Mi naturaleza dominante, esa faceta oscura y posesiva que llevaba años dormida, me arañaba las entrañas exigiéndome que la tomara allí mismo, que la empujara contra el colchón y la hiciera mía hasta que no recordara ni su propio nombre.

Pero la miré a los ojos y supe que tenía que atar en corto a la bestia. Hannah necesitaba algo mucho más importante que la pasión bruta esta noche. Necesitaba que yo construyera un refugio para ella. Antes de establecer cualquier rol, antes de exigirle que se rindiera a mí, tenía que demostrarle que podía confiarme todo de ella, incluso las partes feas y arruinadas.

Levanté las manos y le desabroché el abrigo con lentitud, deslizándolo por sus hombros hasta que cayó al suelo. Luego, agarré el dobladillo de su jersey burdeos.

Hannah alzó los brazos dócilmente, permitiéndome sacárselo por la cabeza. Se quedó en sujetador, temblando ligeramente por el contraste de temperatura, o tal vez por la expectación. Me arrodillé frente a ella.

El aire se atascó en sus pulmones cuando mis manos fueron al botón de sus vaqueros.

—Caleb... espera —susurró, con la voz rota, agarrándome las muñecas con dedos temblorosos—. Por favor. Es... es horrible.

Levanté la vista. Sus ojos estaban brillantes por las lágrimas no derramadas.

—Suéltame, Hannah —le ordené en un murmullo grave y firme, sin un ápice de duda en mi tono—. Confía en mí.

La batalla duró apenas dos segundos en su mirada antes de que soltara el aire y retirara las manos, rindiéndose.

Desabroché el botón, bajé la cremallera y deslicé la tela de los vaqueros por sus piernas hasta que salió de ellos. Mis ojos fueron directamente a su pierna derecha.

La cicatriz era brutal. Empezaba a mitad del muslo y bajaba en una línea gruesa, retorcida y hundida hasta la espinilla. El tejido cicatrizal estaba endurecido y mostraba las marcas claras de múltiples cirugías reconstructivas, de placas y tornillos, y de un dolor inimaginable. Era el testimonio mudo de cómo el metal de aquel autobús casi la parte por la mitad.

Sentí que se me encogía el corazón, pero no por repulsión. Esa cicatriz era el testimonio de que casi muere, de que estuvo a pocos minutos de no llegar viva al hospital, de que era fuerte, una superviviente que luchó durante dos horas en la nieve hasta que fue rescatada.

Alcé las manos y tracé el contorno de la cicatriz con las yemas de los dedos, desde el muslo hasta la rodilla. Hannah soltó un sollozo ahogado, cerrando los ojos con fuerza, esperando el rechazo. En lugar de eso, me incliné hacia adelante y presioné mis labios contra el tejido arruinado. Besé su rodilla, besé el centro de la cicatriz y besé el muslo.

—Estás viva —murmuré contra su piel, mi aliento cálido rozando la marca de su tragedia—. Sobreviviste. Y es la cosa más jodidamente hermosa que he visto en mi vida, porque gracias a esto, hoy estás aquí conmigo.

Hannah dejó escapar un gemido roto, y sus rodillas finalmente cedieron. La atrapé antes de que cayera, levantándola en brazos con facilidad, y la deposité sobre el edredón de mi cama.

La cubrí con mi cuerpo, de rodilla a hombros. Se cubrió el rostro con las manos, desbordada por la emoción, pero yo se las aparté con suavidad, entrelazando sus dedos con los míos para anclarlas a los lados de su cabeza. Me coloqué a horcajadas sobre ella, atrapando sus caderas entre mis muslos, y la besé. La besé hasta que el sabor a lágrimas desapareció, sustituido por el fuego abrasador de la lujuria.

Cuando bajé mis besos por su cuello, marcando la piel sensible de su clavícula con los dientes, Hannah arqueó la espalda y soltó un jadeo fuerte que resonó en la habitación silenciosa.

Se tensó de golpe, abriendo los ojos con pánico.

—Caleb... Octavia —susurró, aterrada, mirando hacia la pared que daba al pasillo—. Va a oírnos. Está justo en la otra habitación.

Una chispa oscura y perversa se encendió en mi cerebro.

Me apoyé sobre los antebrazos, cerniéndome sobre ella, y esbocé una sonrisa depredadora.

—Tienes razón, cirujana —le susurré al oído, mordiéndole el lóbulo con fuerza—. La fiera duerme cerca. Así que vas a tener que ser muy buena chica y quedarte en absoluto silencio. Vas a tener que callarte todos y cada uno de los gemidos mientras dejo que te rompas en mis manos. ¿Crees que podrás obedecer?

Las pupilas de Hannah se dilataron hasta tragarse casi todo el iris oscuro. Asintió, incapaz de articular palabra, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente. La prohibición explícita la excitaba y eso era gasolina para mi necesidad de control.

Bajé mi mano libre y le arranqué las bragas con un tirón seco, rasgando el fino encaje sin mucha dificultad. Pasé mi palma abierta por su pubis, bajando hasta encajar la mano entre sus muslos, abarcando todo su sexo. Estaba caliente y la humedad rezumaba empapando mi mano. Con dos dedos abrí sus pliegues, desde su clítoris hasta su entrada.

Estaba empapada. Deslicé los dos dedos en su interior con firmeza, bombeando a un ritmo que le arrancó un gemido directamente desde la garganta. Hannah se llevó una mano a la boca instintivamente para ahogar el sonido, cumpliendo su orden, obedeciéndome con una sumisión que me disparó el pulso hasta límites peligrosos.

—Eso es. Así me gusta —la elogié con voz ronca, frotando la yema de mi pulgar contra el pequeño y duro bulto de su clítoris mientras mis dedos entraban y salían de ella, profundizando cada vez más.

El cuerpo de Hannah se retorcía bajo el mío. Buscaba la fricción, ciega de placer. Pero en lugar de quedarse quieta, sus manos

volaron a mi pelo, a mis hombros, arañando la tela de mi camiseta, tirando de mí hacia ella. Sus caricias eran erráticas, desesperadas. Me tocaba con la misma necesidad con la que respiraba, y ese contacto... joder, ese contacto me estaba volviendo completamente loco. La fiera que llevaba dentro quería aplastarla contra el colchón, arrancarme la ropa y hundirme en ella de una maldita vez, pero me obligué a contener el instinto. Esto era para ella.

Retiré mis dedos de su interior, dejándola vacía por un segundo en el que se quejó con un pequeño sonido estrangulado, y bajé por su cuerpo.

Me acomodé entre sus muslos abiertos, agarré sus caderas con ambas manos para inmovilizarla y hundí la cara en su intimidad.

Hannah se arqueó como un arco tensado cuando mi lengua trazó una línea larga y húmeda desde su entrada hasta su clítoris. Empecé a succionar y a lamer con un ritmo implacable, devorando su sabor a madreselva y a deseo puro.

—¡Mmh! —Un grito agudo intentó escapar de sus labios, pero ella se mordió el dorso de la mano con fuerza, luchando desesperadamente por mantener la regla del silencio, temblando bajo el asedio de mi boca.

—Suéltalo, Hannah. Córrete para mí. En silencio —le ordené contra su piel empapada, introduciendo un par de dedos en su interior para aumentar la presión mientras mi lengua aceleraba el castigo.

Fue demasiado para ella. Las paredes de su vagina se contrajeron violentamente alrededor de mis dedos, ordeñándome. Hannah echó la cabeza hacia atrás contra la almohada, su cuerpo entero sacudido por los espasmos de un orgasmo arrollador, y cuando vi que no iba a poder contener el grito, subí rápidamente y estampé mi boca contra la suya, tragándome sus gemidos, compartiendo el sabor de su clímax mientras se derretía por completo bajo mi peso, entregándome el control que tanto le costaba soltar.

Me separé de su boca lentamente. Hannah yacía sobre mi edredón, con el pecho agitado y la piel cubierta por un fino velo de

sudor que brillaba a la luz dorada de la lámpara. Sus ojos oscuros, desenfocados por el placer, me buscaron en la penumbra. Estaba completamente expuesta frente a mí, despojada de su ropa, de su título en el hospital y de las barreras que había levantado alrededor de su cicatriz.

Nunca había visto a nadie tan jodidamente vulnerable y, al mismo tiempo, tan perfecta.

Me incorporé, arrodillándome entre sus muslos, y me quité la camiseta térmica de un tirón, tirándola al suelo. Hannah me observó en silencio, tragando saliva al ver mi torso desnudo. Sus manos, aún temblorosas, se alzaron instintivamente hacia mí, buscando tocar la piel de mi abdomen, pero la detuve.

Atrapé sus dos muñecas con una sola mano, envolviendo mis dedos ásperos alrededor de sus huesos finos, y las subí por encima de su cabeza, anclándolas contra el colchón.

—Déjamelo a mí, Hannah —le murmuré, con la voz oscura y densa por la expectación.

Ella dejó escapar una exhalación temblorosa y sus dedos se relajaron contra las sábanas. Fue un gesto minúsculo, pero muy significativo. Acababa de entregarme las llaves de su cuerpo y de su mente. Sabía que en su día a día no podía permitirse el lujo de soltar el timón, pero aquí, bajo mi peso, yo sería su refugio. Yo tomaría las decisiones. Yo la sostendría.

Con la mano libre, abrí el cajón de mi mesita de noche, saqué un preservativo y me deshice de mis vaqueros y mi ropa interior en movimientos rápidos y precisos. Mi erección, dura hasta doler y palpitando con una necesidad que llevaba semanas arañándome las entrañas, quedó al descubierto.

Me posicioné de nuevo entre sus piernas. Las abrí un poco más, acomodando mis caderas justo en su entrada. Estaba resbaladiza, empapada por el orgasmo que le acababa de arrancar, y el calor que irradiaba su centro era una puta invitación al desastre.

La miré a los ojos, asegurándome de que estuviera conmigo.

—Mírame —le exigí en un susurro bajo, esperando a que sus pupilas dilatadas se clavaran en las mías—. Mírame durante todo el tiempo, no desvíes tus ojos. Quiero que veas lo que me haces al entrar en ti por primera vez.

Hannah asintió, con los labios entreabiertos, muda por la regla que le había impuesto, pero sus ojos gritaban una desesperación que me hizo apretar los dientes.

Empujé hacia adelante con lentitud, controlando cada milímetro de mi cuerpo. La sensación de hundirme en ella fue devastadora. Estaba tan estrecha, tan increíblemente caliente y húmeda, que mis músculos se tensaron como cables de acero para no embestirla de golpe. Sus paredes internas se ajustaron alrededor de mi polla, envolviéndome con una fricción exquisita que me arrancó un gruñido ronco desde lo más profundo del pecho.

A medida que la llenaba por completo, vi cómo Hannah luchaba para no cerrar los ojos, pero como una buena chica los mantuvo abiertos, fijos en mí todo el tiempo. Arqueó la espalda intentando llevarme más profundo. La presión era inmensa. Me detuve cuando estuve enterrado hasta la base, dándole unos segundos para que su cuerpo se acostumbrara a mi tamaño.

Solté sus muñecas, deslizando mis manos por sus brazos hasta llegar a sus caderas. Las agarré con firmeza, mis pulgares marcando su piel pálida, y empecé a moverme.

El primer empuje fue largo, profundo y deliberado. Hannah soltó un quejido ahogado y su cuerpo entero se tensó bajo el mío.

—Shh... —le recordé, inclinándome sobre ella para besar la comisura de sus labios—. Eres muy buena chica, O'Malley. Aguanta las manos arriba, no las muevas.

Establecí un ritmo constante y autoritario. No había prisa, pero tampoco había compasión. Tiraba de sus caderas hacia mí con cada embestida, asegurándome de golpear el punto exacto en su interior una y otra vez. La conexión era absoluta, abrumadora. No necesitaba decirle palabras grandilocuentes, no necesitaba susurrarle frases vacías sobre posesión o promesas futuras; se lo estaba

demostrando con cada movimiento, con la forma en que mi cuerpo cubría el suyo, protegiéndola del frío y del miedo.

Hannah estaba perdiendo la cabeza. Podía verlo en la forma en que sus uñas se clavaban en sus palmas, buscando un ancla que le había prohibido, y en cómo sus caderas se alzaban, desesperadas por chocar con las mías, exigiendo más fuerza, más fricción. Su obediencia a la regla del silencio la estaba llevando a un nivel de sobrecarga sensorial brutal. Cada vez que el placer amenazaba con arrancarle un grito, yo bajaba la cabeza y le devoraba la boca, tragándome sus gemidos, mezclando mi aliento con el suyo.

—Caleb... Dios... —susurró contra mis labios en un momento en que rompí el beso para recuperar el aire.

—Lo sé —gruñí, subiendo el ritmo, golpeando con más fuerza, dejando que mi naturaleza dominante tomara el control definitivo—. Déjate ir.

La fricción era fuego puro. El sonido de nuestros cuerpos chocando, la humedad, el calor asfixiante de la habitación, me estaban empujando hacia el borde del precipicio. Quería destrozarla y, al mismo tiempo, quería mantenerla a salvo dentro de esta burbuja el resto de mi jodida vida.

De repente, Hannah se tensó como la cuerda de un arco bajo mis manos. El segundo orgasmo la golpeó con una violencia inesperada. Sus paredes internas se contrajeron brutalmente alrededor de mi erección, succionándome, ordeñándome con una fuerza que me hizo ver las estrellas.

El placer fue tan agudo que Hannah no pudo contener el sonido. La necesidad de gritar se acumuló en su garganta, pero, aterrada por romper mi regla y despertar a Octavia, giró la cabeza bruscamente, hundió el rostro en el hueco de mi cuello y me mordió.

Sus dientes se clavaron en mi piel, no con intención de lastimar, sino en un acto de pura desesperación y rendición absoluta para silenciar su propio orgasmo.

Ese mordisco rompió el último hilo de cordura que me quedaba.

El leve dolor, mezclado con la sumisión visceral de su gesto y la forma en que su cuerpo me estaba exprimiendo por dentro, detonó algo primitivo en mi cerebro. Gruñí, un sonido animal que resonó en mi propia garganta. Agarré sus caderas con una fuerza posesiva que seguramente le dejaría marcas al día siguiente y la embestí.

Fueron tres estocadas rápidas, ciegas y brutales, hundido en ella hasta la empuñadura.

El clímax me arrasó como una puta avalancha. Me vacié en su interior con una intensidad que me dejó ciego y sordo por unos segundos, mi cuerpo entero temblando por el esfuerzo y la liberación. Hundí mi rostro en su hombro, aplastándola contra el colchón con mi peso, incapaz de sostener un solo músculo más mientras las oleadas del orgasmo más arrollador de mi vida me atravesaban de pies a cabeza.

* * *

El silencio en la habitación solo se rompía por la respiración lenta y profunda de Hannah y el leve silbido del viento de la montaña golpeando contra los cristales de la ventana.

Afuera, la madrugada de Wildwater Falls era un bloque de hielo oscuro, pero bajo el grueso edredón nórdico de mi cama, el calor era casi asfixiante. Hannah estaba acostada de lado, con la espalda pegada a mi pecho, sus piernas enredadas con las mías y mi brazo rodeándole la cintura con firmeza, anclándola a mí.

Quince minutos antes, me había levantado del colchón con los músculos temblorosos por la intensidad de la puta avalancha que nos había arrollado. Me había deshecho del preservativo y había ido al baño a por una toalla pequeña humedecida con agua tibia. Había limpiado a Hannah con una delicadeza absoluta, un contraste brutal con la forma primitiva y feroz en la que la había follado. Ella apenas había podido abrir los ojos, flotando en esa neblina de agotamiento y vulnerabilidad post orgasmo, dejándose cuidar con una docilidad

que me había derretido el pecho. Le había dado a beber agua, le había apartado el pelo húmedo de la cara y la había envuelto entre mis sábanas como si fuera el tesoro más preciado del jodido universo.

Ahora, abrazado a ella en la penumbra dorada de la mesita de noche, mi mente se negaba a apagarse.

Apoyé la barbilla en su coronilla, respirando su olor a madreselva mezclado con el sudor de ambos. Mi mano derecha descansaba plana sobre su vientre desnudo, sintiendo el latido constante de su corazón.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la noche me recorrió la espina dorsal. De repente, la revelación del diagnóstico de Carson me golpeó desde un ángulo completamente nuevo, uno tan aterrador que me cortó la respiración por un segundo.

Carson ya estaba muerto cuando yo bajé del helicóptero. Nada de lo que hiciera habría cambiado eso. Pero mi mente me arrastró a la nieve de aquella noche, hace doce años. Recordé el amasijo de hierros, la sangre empapando la nieve, la fractura abierta en la pierna de la chica de quince años que se estaba desangrando frente a mis ojos.

Si me hubiera dejado guiar por la ceguera de la familia, si hubiera intentado sacar a mi hermano pequeño de los escombros primero... las horas o los minutos que habría perdido habrían sido letales. Hannah se habría desangrado sobre la nieve.

Habría muerto.

Ese pensamiento me clavó una estaca de hielo directa en el pecho. Si yo hubiera tomado la decisión equivocada aquella noche, el universo no solo me habría arrebatado a mi hermano; me habría robado a la única mujer que encajaba conmigo.

Habría perdido a la cirujana arrogante que no me pasaba ni una. A la vecina que horneaba galletas con mi hija y que había conseguido que Octavia la adorara en cuestión de días. A la mujer que acababa de entregarme las riendas de su cuerpo y de su mente

con una valentía que me dejaba sin palabras. Si no la hubiera subido al helicóptero de rastreo a tiempo, jamás habría conocido esta sensación de plenitud. Jamás habría encontrado a alguien capaz de satisfacer mi oscuridad y devolverme la paz en un solo suspiro.

Apreté el agarre alrededor de su cintura, un gesto instintivo y posesivo, acercándola aún más a mí, necesitando borrar cualquier milímetro de distancia entre los dos.

Hannah soltó un pequeño murmullo adormilado y se acurrucó más contra mi pecho, su mano pequeña buscando la mía sobre su vientre hasta entrelazar nuestros dedos. Su respiración se volvió aún más pesada y rítmica. Estaba profundamente dormida, confiando en mí lo suficiente como para bajar todas sus barreras en mi propia cama.

Cerré los ojos, enterrando el rostro en su pelo castaño, dejando que el olor de la mujer que sobrevivió me llenara los pulmones. No dije una sola palabra en voz alta, no hacía falta alterar el refugio que habíamos construido esta noche, pero mientras el cansancio finalmente empezaba a arrastrarme hacia el sueño, un único pensamiento se grabó a fuego en mi mente.

«No puedo perder esto».

DIECISIETE

Hannah

Me desperté lentamente, emergiendo de un sueño profundo y pesado, envuelta en un calor que me resultaba completamente nuevo.

No abrí los ojos de inmediato. Me quedé quieta, respirando el inconfundible aroma a colada limpia y a pino que impregnaba las sábanas. Mi espalda estaba apoyada contra el colchón, y un brazo pesado y musculoso descansaba sobre mi cintura, anclándome al lado izquierdo de una cama que no era la mía.

Cuando por fin parpadeé, la luz pálida de la mañana se filtraba por las rendijas de las persianas, iluminando la habitación de Caleb.

Me moví un milímetro, sintiendo un leve e inconfundible dolor sordo entre los muslos que me arrancó una sonrisa perezosa. Pero al rozar mi propia piel, noté algo suave. Miré hacia abajo. Llevaba puesta una camiseta de pijama de franela gris, gastada por los lavados y claramente de una talla de hombre, que me llegaba casi hasta la mitad de los muslos.

Giré la cabeza con cuidado sobre la almohada. Caleb estaba durmiendo boca abajo a mi lado, con el rostro hundido a medias en el colchón. La sábana se había escurrido hasta su cadera, dejando al descubierto la amplitud de su espalda desnuda y…. la parte de abajo de los pantalones de pijama de franela gris que hacían juego con mi camiseta.

El aire se me atascó en la garganta y una ola de ternura tan inmensa que casi dolía me golpeó el pecho.

Después del orgasmo que me había destrozado la cordura, el agotamiento me había vencido por completo. Apenas recordaba haberme quedado dormida en sus brazos. Y, sin embargo, en algún momento de la madrugada, mientras yo flotaba en la inconsciencia, el hombre que me había dominado con una fiereza animal se había tomado la molestia de vestirme. Me había puesto su propia ropa para que no pasara frío, cuidando de mí incluso cuando yo no podía pedírselo.

Para una mujer acostumbrada a ser la que siempre cuidaba de los demás, la que siempre tenía que estar alerta, ese pequeño y silencioso acto de devoción lo significaba absolutamente todo.

Me quedé observándolo en el silencio de la mañana. Relajado, con el pelo oscuro revuelto y la respiración acompasada, Caleb parecía años más joven. La tensión crónica que solía endurecerle la mandíbula había desaparecido, al igual que la sombra de la culpa que había cargado durante más de una década. Era malditamente guapo. Pero no era solo la atracción física lo que me tenía con el pulso acelerado.

Era lo que me hacía sentir.

Me sentía a salvo. Valorada. Protegida. Mientras lo miraba dormir, un pensamiento aterrador y maravilloso cristalizó en mi mente con la misma claridad que el hielo de la montaña: me estaba enamorando de él. Ya no era el *crush* adolescente e inalcanzable; era el hombre, el piloto, el padre. Con él, y con Octavia, sentía que por fin había dejado de huir. Sentía que encajaba. Esta cabaña no era solo la casa de mi vecino; se estaba sintiendo como mi verdadero hogar.

Deslicé su brazo de mi cintura con extrema suavidad para no despertarlo y me senté en el borde de la cama. Mis pies descalzos tocaron la cálida madera del suelo.

La idea de bajar a la cocina a preparar el desayuno para los tres apareció de inmediato en mi mente, pero, a mitad de camino hacia la puerta, me detuve, asaltada por una punzada de inseguridad.

Octavia.

Me mordí el labio inferior, dudando. Octavia me adoraba, eso estaba claro, pero ¿cómo reaccionaría al encontrar a la vecina en su cocina, recién levantada, con la ropa de su padre? ¿Acaso Caleb querría que su hija supiera que me había quedado a dormir? En muchos divorcios y familias monoparentales, la introducción de una nueva pareja en las mañanas era un terreno minado.

Sin embargo, bajé la mirada hacia la camiseta de franela gris que me cubría como un abrazo.

Mi mente analítica ató cabos rápidamente. Mi cabaña estaba a cien metros de distancia. Si Caleb hubiera querido mantener nuestra intimidad en secreto, si hubiera querido proteger a Octavia, me habría despertado de madrugada y me habría acompañado a mi casa. En lugar de eso, me había vestido con su ropa y me había mantenido anclada a su lado toda la noche.

Me quería aquí. Con ellos.

* * *

La cocina de Caleb estaba bañada por la luz fría y clara de la mañana, pero el ambiente dentro era pura calidez. Había encontrado mis vaqueros de la noche anterior doblados sobre la silla de la habitación, así que me los había puesto, pero me negué a quitarme la camiseta de pijama gris de franela de Caleb. Me quedaba enorme, las costuras de los hombros me caían casi por los codos y el dobladillo me cubría las caderas, pero olía a él, y eso me daba una sensación de seguridad que no estaba dispuesta a soltar.

Me moví por la cocina con soltura, abriendo armarios y la nevera, encontrando todo lo que necesitaba. En menos de veinte minutos, el olor a bacon crujiente, café recién hecho y mantequilla tostada llenó la cabaña. Tenía una sartén con huevos revueltos a punto de cuajar y una montaña de tortitas creciendo en un plato cerca de los fogones.

Estaba dándole la vuelta a la última tortita cuando escuché el leve crujido de las escaleras de madera.

Me giré justo cuando Octavia aparecía en el umbral de la cocina. Llevaba su pijama de estrellas, el pelo castaño revuelto en un nido de pájaros y se frotaba un ojo con el dorso de la mano, adormilada. Se detuvo en seco al verme junto a la isla.

Vi cómo sus grandes ojos azules —tan idénticos a los de su padre — bajaban desde mi rostro hasta la enorme camiseta gris de franela que llevaba puesta. Pude ver los engranajes de su brillante mente de diez años girando a toda velocidad. Reconoció la ropa de su padre al instante.

Esperé, conteniendo la respiración, preparada para cualquier pregunta incómoda o señal de rechazo.

Pero Octavia simplemente esbozó una sonrisa somnolienta, ignorando el detalle de la camiseta con una naturalidad pasmosa.

—Huele muy bien —dijo, arrastrando los pies descalzos hasta subirse a uno de los taburetes de la isla—. Pensé que mi padre estaba cocinando, pero él siempre quema el bacon.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo y le devolví la sonrisa, sintiendo que el corazón se me inflaba de puro alivio.

—Buenos días a ti también, fiera. Tu padre sigue durmiendo, así que he tomado el mando de la cocina. ¿Quieres ayudarme? Necesito un pinche experto para batir un poco más de masa para las tortitas.

A Octavia se le iluminó la cara. Dio un salto del taburete y corrió hacia el lavabo para lavarse las manos.

—¡Sí! Me encanta cocinar contigo, Hannah —exclamó, agarrando el batidor de varillas que le tendí—. ¿Me enseñarás a hacer más recetas? El pollo a la cazuela de ayer estaba buenísimo. Quiero aprender a hacer postres y.… no sé, macarrones con queso que no sean de caja.

Me reí, apoyándome en la encimera mientras vigilaba los huevos revueltos.

—Te enseñaré todas las recetas que sé, lo prometo. Aunque tengo que confesar que la auténtica experta es mi madre. Yo solo soy una mera imitadora de su talento. Ella sabe hacer una tarta de manzana que te haría llorar.

Octavia dejó de batir por un segundo. Su expresión se volvió un poco más pensativa y, con la sinceridad aplastante que solo tienen los niños, soltó un suspiro.

—Tiene que ser genial —murmuró, mirando la masa amarilla en el bol—. Sería muy divertido tener una abuela que te enseñe a cocinar, o que te cuente historias, o que haga... ya sabes, las cosas normales que hacen las abuelas con sus nietas.

Las palabras flotaron en el aire cálido de la cocina, golpeándome el pecho con la fuerza de un puñetazo.

No había malicia en su tono, ni resentimiento, solo un anhelo puro e inocente por algo que nunca había tenido. Vera Donovan vivía a diez minutos en coche de allí. Podría estar enseñándole a hacer pasteles a su nieta, llevándola de compras, peinándola, llenándola de ese amor incondicional que las abuelas reparten a manos llenas. En lugar de eso, había elegido castigar a esta niña brillante y dulce simplemente por existir. Por ser la hija del hombre al que culpaba de todo.

Una punzada de dolor y furia se me clavó en la garganta, pero me la tragué rápidamente. No podía cambiar a Vera, pero sí podía darle a Octavia algo mejor.

Apagué el fuego de la sartén, me limpié las manos en un trapo y me acerqué a ella, apoyando los codos en la isla para quedar a su altura.

—Oye —la llamé suavemente. Octavia levantó sus ojos azules hacia mí—. Mi madre vive en Portland ahora, pero hablo con ella por videollamada todas las semanas. Y te aseguro que le encantan las niñas que saben hacer judo y batir masa de tortitas. Si quieres, la próxima vez que la llame, te sientas conmigo y te la presento. Estoy segura de que estará encantada de chivarte la receta secreta de la tarta de manzana.

La boca de Octavia se abrió en una "O" perfecta de asombro. La alegría que estalló en su rostro iluminó toda la cocina.

—¿De verdad? ¿Crees que querrá conocerme? —preguntó, con una mezcla de ilusión y una pequeña inseguridad que me rompió el alma de nuevo.

—De verdad. Se morirá de ganas de conocerte, Octavia —le aseguré, acariciándole el pelo revuelto con ternura.

La niña soltó el batidor y se abalanzó sobre mí, abrazándome por encima de la isla de la cocina. Le devolví el abrazo con fuerza, cerrando los ojos, sintiendo que los lazos invisibles que me unían a esta familia acababan de convertirse en nudos marineros imposibles de romper.

Aún tenía los brazos rodeando a Octavia cuando un leve movimiento en la periferia de mi visión me hizo alzar la vista.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, paralizándome por completo.

Apoyado en el marco de madera que separaba la cocina del pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable, estaba Caleb. Llevaba unos pantalones de chándal grises que colgaban bajos en sus caderas y una camiseta negra de algodón que se ajustaba a sus hombros. Tenía el pelo oscuro aún húmedo por la ducha, y un rastro de vapor y jabón fresco flotaba a su alrededor. Estaba, a falta de una palabra más profesional en mi vocabulario médico, absolutamente delicioso.

Pero no fue su aspecto lo que me dejó sin respiración. Fue la intensidad cruda que brillaba en sus ojos azul turquesa.

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero por la forma en que me miraba, con el pecho subiendo y bajando lentamente, supe que había escuchado la última parte de nuestra conversación. Había oído la promesa que le había hecho a su hija sobre presentarle a mi madre. El terror por haber cruzado una línea, a haberme entrometido demasiado rápido en su dinámica familiar, me asaltó por un segundo.

Entonces, Caleb se separó del marco de la puerta y caminó hacia nosotras con paso firme y deliberado.

No había enfado en su rostro. Solo una devoción tan inmensa y pesada que casi me hizo doblar las rodillas.

Se acercó a la isla de la cocina. Primero, depositó un beso sonoro en la coronilla de su hija, revolviéndole aún más el pelo.

—Buenos días, fiera. Veo que has secuestrado a mi cocinera —dijo, con la voz ronca por el sueño, cargada de afecto.

—¡Hannah va a enseñarme a hacer la tarta de manzana de su madre! —anunció Octavia, radiante.

Caleb sonrió de medio lado, asintiendo. Y luego, sin previo aviso, sin dudar ni un solo milisegundo, se giró hacia mí. Apoyó una mano en la encimera, se inclinó invadiendo mi espacio vital y plantó sus labios firmemente sobre los míos.

Fue un beso breve, pero posesivo y deliberado. Una reclamación territorial en toda regla en medio de su cocina, a la luz del día y frente a la persona que más le importaba en el mundo.

Me quedé de piedra por un microsegundo antes de soltar un pequeño suspiro contra su boca. Cuando se separó, sentí que el calor me subía por el cuello hasta teñirme las mejillas de un rojo furioso. Miré instintivamente a Octavia. La niña nos estaba mirando con los ojos muy abiertos, pero lejos de escandalizarse o molestarse, una sonrisa gigante, casi cómplice, se extendió por su rostro antes de volver a concentrarse en la masa de las tortitas.

No dije nada, pero la oleada de pura complacencia y felicidad que me inundó fue indescriptible. Caleb acababa de oficializar mi lugar en esta casa.

El desayuno transcurrió entre risas, sirope de arce y un nivel de domesticidad que me resultaba adictivo. En cuanto terminamos, Octavia anunció que el sol había derretido la escarcha del sendero y que iba a estrenar de verdad los frenos de su bicicleta. Salió zumbando por la puerta trasera, enfundada en su abrigo rojo y su casco.

Caleb y yo salimos al porche tras ella. El aire cortante de la mañana nos golpeó, pero él trajo consigo una de las gruesas mantas de lana del salón. Nos sentamos juntos en el banco de madera y me envolvió en ella, pasando un brazo por encima de mis hombros y atrayéndome hacia su costado para compartir su calor.

Nos quedamos en un silencio cómodo, observando a Octavia pedalear en círculos por la zona despejada cerca del inicio del bosque.

Apoyé la cabeza en el hombro de Caleb, trazando círculos invisibles sobre la tela de su camiseta con un dedo. El momento de paz era perfecto, pero sabía que no podía guardarme el secreto por más tiempo.

—Caleb... —murmuré, rompiendo la quietud de la mañana—. Hay algo que no te dije ayer. Algo que pasó en la competición de judo.

Noté cómo los músculos de su brazo se tensaban bajo la manta al instante.

—¿Qué pasó? —preguntó, su tono volviéndose protector y alerta.

—Tu padre estuvo allí. Sean fue a ver a Octavia.

Caleb no dijo nada. Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que vi el músculo saltar bajo la piel.

—No bajó a saludaros, ni se acercó a nosotras en las gradas —continué, midiendo mis palabras, sintiendo la gravedad del asunto—. Pero se quedó mirándonos. Clover se dio cuenta. Tu padre vio cómo nos mirábamos tú y yo. Y vio que Octavia me saludaba. Vio que estábamos... juntos.

El silencio que siguió a mi confesión fue denso y pesado. Caleb mantuvo la mirada fija al frente, observando a su hija, serio y profundamente pensativo. Sabía que la mente del piloto estaba calculando los daños colaterales, previendo la tormenta que se desataría en cuanto Sean abriera la boca frente a Vera. El miedo a ser yo el detonante que hiciera volar por los aires a su familia volvió a asomarse a mi pecho.

Pero entonces, Caleb giró la cabeza. Clavó sus ojos turquesa en los míos, y no había ni rastro de duda, culpa o miedo en ellos. Solo había una determinación feroz y absoluta.

—No me importa, Hannah —sentenció, con una voz tan firme que no dejaba lugar a réplica—. Me importa una mierda si se lo cuenta. Que exploten si quieren.

Deslizó su mano por mi cuello, acariciando la piel bajo la manta, y acercó su rostro al mío hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Ya no voy a esconderme, y mucho menos voy a esconderte a ti —susurró, con un tono ronco y que me cortó la respiración—. Llevo doce años viviendo en un funeral. Ya he terminado. Tengo todo lo que necesito justo aquí, en esta cabaña. Y nadie, absolutamente nadie, me lo va a quitar.

DIECIOCHO

Caleb

Habían pasado cuatro días desde aquel fin de semana en la cabaña. Cuatro días en los que Hannah y yo habíamos tenido que regresar a la trituradora de nuestros respectivos turnos. Ella empalmando guardias en el Regional, y yo cumpliendo mis horas de retén en la base aérea. Y, sin embargo, a pesar del cansancio y de la falta de horas de sueño, me sentía físicamente distinto.

Estaba sentado en el sofá desgastado de la sala de descanso de la base de rescate, con una taza de café negro en la mano. Por primera vez en doce años, el nudo perenne que solía asfixiarme la base de la garganta había desaparecido. Me sentía ligero. Pleno. Esperanzado. La certeza de que, al terminar mi turno, volvería a casa para encontrarme con Octavia y con la mujer que me robaba el aliento, actuaba como un escudo impenetrable contra cualquier fantasma del pasado.

—Muy bien, confiesa —soltó de pronto una voz divertida desde el otro lado de la sala—. ¿Quién eres y qué has hecho con nuestro piloto cascarrabias?

Levanté la vista. Noah Grant estaba apoyado contra el marco de la puerta de los vestuarios, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona tirando de la comisura de sus labios. Llevaba el mono de vuelo desabrochado hasta la cintura, dejando ver una camiseta térmica negra.

—No sé de qué me hablas, Grant —respondí, dándole un sorbo al café, sin inmutarme.

—Llevas diez minutos mirando el fondo de esa taza con una expresión que roza peligrosamente la paz interior —insistió Noah, acercándose para dejarse caer en la butaca contigua—. Y ayer no le gritaste al mecánico de mantenimiento cuando te dijo que el filtro de aceite tardaría un día más. Definitivamente, te han abducido.

Ian Collins, que estaba sentado en la mesa central revisando el calibrado de un mosquetón de carga, ni siquiera levantó la vista de su equipo.

—No lo han abducido, Noah —dijo Ian, con su habitual tono grave, estoico y directo—. Es la cirujana. Hannah.

Noah se detuvo a medio camino de estirarse en la butaca. Giró la cabeza hacia Ian y luego clavó sus ojos en mí. Su expresión relajada y bromista se esfumó en cuestión de segundos. Ian, siempre analítico y callado, era el mejor observador de todo Wildwater Falls. Nada se le escapaba, y mucho menos las dinámicas dentro de su propio equipo.

Dejé la taza sobre la mesa auxiliar y me incliné hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Sostuve la mirada de mis dos compañeros de equipo, de mis hermanos.

—Sí —confirmé, sin un ápice de duda—. Estamos juntos.

El silencio en la sala de descanso fue inmediato, pero no tenso. Era el silencio del respeto mutuo.

Noah tragó saliva. Conocía a Hannah desde que eran niños. Habían estado juntos en aquel maldito autobús escolar. Habían sangrado en la misma nieve. La lealtad que los unía era una cicatriz invisible pero indestructible.

—Más te vale cuidarla, Caleb —advirtió Noah. Su voz había perdido cualquier rastro de humor; ahora era la voz ronca de un superviviente protegiendo a otro—. Hannah ya ha pasado por demasiado en esta vida. Ha tenido que luchar muy duro para volver aquí. Si le haces daño...

—No lo haré —lo corté de tajo, endureciendo el tono, pero asegurándome de transmitirle la absoluta verdad que llevaba dentro —. Mi única intención es hacerla feliz, Noah. Es lo más importante que tengo, junto con mi hija. Voy a protegerla con mi vida si hace falta.

Noah me estudió durante unos segundos interminables. Buscaba alguna grieta en mi promesa, pero solo encontró un muro de titanio. Finalmente, asintió despacio, relajando los hombros.

—Bien —murmuró, esbozando una media sonrisa mucho más sincera—. Porque si la cagas, tendré que patearte el culo, y tú pesas veinte kilos más que yo. Sería humillante para ambos.

Ian soltó un bufido que era lo más parecido a una risa que le salía de forma natural, y asintió hacia mí, validando la conversación. Ese era nuestro equipo. Nos cubríamos las espaldas a vida o muerte, y eso incluía nuestras vidas fuera de la base.

Estaba a punto de responderle a Noah cuando el estruendo estridente de la alarma de emergencias cortó el aire de la base.

Las luces estroboscópicas rojas empezaron a parpadear en las paredes.

—Equipo Alfa. Intervención inmediata. Rescate en montaña. Presentarse en hangar principal.

La atmósfera cambió en una fracción de segundo. La charla desapareció, dejando únicamente a tres operadores de rescate de élite completamente concentrados.

Nos pusimos en pie de un salto.

Dos minutos después, corríamos por el asfalto del hangar hacia el Alfa Uno. El viento helado de la mañana nos azotaba la cara.

—¡Dos excursionistas desaparecidos! —gritó Ian por encima del ruido de la unidad de potencia auxiliar del helicóptero que ya estaba encendiendo—. ¡Se salieron de la ruta en la cara norte de *Black Rock*! ¡El control de guardabosques dice que uno de ellos ha caído por el risco principal!

Noah soltó una maldición por lo bajo mientras trepaba a la parte trasera para comprobar sus mochilas médicas de trauma. El risco de *Black Rock* era la peor pesadilla topográfica de la zona: paredes verticales de pizarra afilada, corrientes térmicas traicioneras y cero margen de error.

Me subí al asiento del piloto y me abroché el arnés de cuatro puntos. La cabina cobró vida con un panel de luces verdes e indicadores de presión. Me ajusté el casco de vuelo, bajé el visor y encendí el intercomunicador. Mi mente se volvió un témpano de hielo calculador.

—Comprobación de radio. Ian, ¿estás listo con el cable?

—*Cabrestante asegurado y listo, piloto*— respondió la voz metálica de Ian en mis auriculares.

—Noah, ¿trauma y oxígeno?

—*Todo en verde. Sácanos de aquí, Caleb.*

Agarré el cíclico con la mano derecha y el colectivo con la izquierda. Observé las revoluciones de los rotores subir hasta la marca de despegue.

—Alfa Uno a Torre de Control. Rotores en verde. Despegamos.

Tiré del colectivo. Las cuatro toneladas de la máquina se despegaron del asfalto con un rugido ensordecedor, inclinando el morro hacia abajo para ganar velocidad antes de elevarnos hacia el cielo gris plomizo de las montañas de Wildwater Falls. Íbamos directos a la garganta del diablo, y éramos los únicos que podíamos traer a esos chicos de vuelta a casa.

* * *

La cara norte de *Black Rock* apareció a través de la cabina como una muralla negra y afilada que arañaba el cielo plomizo. El viento allí arriba no soplaba; rugía. Las corrientes térmicas rebotaban

contra la pizarra vertical creando turbulencias cruzadas que habrían hecho sudar frío a cualquier piloto novato.

Pero yo llevaba doce años bailando con esta maldita montaña.

Apreté las manos alrededor del cíclico y el colectivo, ajustando los pedales de viraje en micro movimientos constantes para mantener el morro del helicóptero estable.

—*Los veo* —anunció Ian a través del intercomunicador. Su voz sonaba plana, robótica, desprovista de cualquier atisbo de pánico—. *Pequeña repisa a las tres en punto, unos cuarenta metros por debajo de la cresta. No hay espacio para aterrizar. Ni de broma. Tendremos que izarlos.*

Incliné el helicóptero a la derecha, asomándome a la ventanilla. Allí estaban. Dos pequeños puntos atrapados en una saliente de roca de apenas dos metros de ancho, rodeados por una caída libre hacia el abismo.

—Voy a meter el pájaro en el desfiladero —avisé por radio, sintiendo cómo la adrenalina me limpiaba la mente, dejándola afilada como un bisturí—. Ian, vas a tener que bajar tú. Las rachas de viento me van a mover. Necesito que seas rápido anclándolos. Noah, prepárate para recibirlos.

—*Entendido. Abriendo puerta lateral* —confirmó Ian.

El ruido ensordecedor de los rotores se multiplicó cuando la puerta de la cabina de rescate se deslizó hacia atrás. El aire helado inundó el interior.

Maniobré el Alfa Uno acercándolo a la pared de roca. Mantener un vuelo estacionario en medio de una cizalladura de viento era como intentar mantener el equilibrio sobre una pelota de playa en medio del océano. Las palas del rotor principal cortaban el aire a escasos seis metros de la piedra de pizarra. Un cálculo erróneo, un golpe de viento mal anticipado, y nos haríamos pedazos contra la montaña.

Pero mi cuerpo y la máquina éramos uno solo. Tiré del colectivo, compensando una caída repentina de presión, y clavé el helicóptero

en el aire, suspendido sobre la nada.

—*Estás en posición, Caleb. Clavado* —me guio Ian. Por el retrovisor, vi cómo se enganchaba el arnés de rescate al cable de acero del cabrestante—. *Descenso iniciado*.

Ian Collins era una jodida máquina. Mientras yo sudaba la gota gorda peleando contra los mandos, él bajó en rápel con la precisión y la frialdad de un veterano. A través del canal de radio, escuchaba su respiración controlada y el chasquido de los mosquetones.

—*Estoy en la repisa* —informó Ian a los dos minutos—. *Tengo contacto. Varón, unos treinta años, tobillo derecho fracturado, parece cerrado pero no puede apoyar. El otro presenta escalofríos severos, labios cianóticos, hipotermia clara. Voy a empaquetar primero al de la hipotermia. Prepara mantas térmicas, Grant.*

—*Todo listo arriba* —respondió Noah al instante.

El viento sopló con furia, golpeando la cola del helicóptero. El pájaro se tambaleó. Mis antebrazos ardían por el esfuerzo de mantener el control manual, pero no cedí ni un solo centímetro.

—*Subiendo al primer herido* —avisó Ian.

El cabrestante zumbó y, en menos de un minuto, Noah tiró del excursionista con hipotermia hacia el interior de la cabina. A través del espejo, vi a mi amigo entrar en acción. Noah Grant, que solía ser el bromista del grupo, se transformó en un clínico letal.

—*Paciente asegurado. Temperatura central cayendo, pero consciente. Inicio fluidos intravenosos calientes y empaquetado térmico* —cantó Noah por el intercomunicador, trabajando con las vías y el oxígeno a una velocidad asombrosa mientras la cabina se balanceaba.

Ian no perdió el tiempo. Volvió a bajar, ancló al chico del tobillo roto y lo izó junto con él. En el instante en que las botas de Ian tocaron el suelo metálico de la cabina y la puerta lateral se cerró, empujé el morro del helicóptero hacia abajo y metí potencia al máximo.

Salimos disparados de la pared de *Black Rock*, dejando atrás las turbulencias.

—¡Buen trabajo, cabrones! —grité, soltando el aire contenido y aliviando la tensión del cuello—. Informando a control. Tiempo estimado de llegada al Hospital Regional: ocho minutos. Tened lista a la caballería de trauma.

—*Aquí atrás lo tenemos estabilizado* —informó Noah, inmovilizando el tobillo con una férula de tracción rápida—. *Estarán bien. Pero si hubieran pasado dos horas más ahí arriba, el del frío no lo cuenta.*

Ocho minutos exactos después, el helipuerto del Wildwater Regional Trauma Center apareció en mi línea de visión. La enorme "H" roja pintada sobre el asfalto gris del tejado era el mejor puto cuadro del mundo.

Inicié la maniobra de descenso. Abajo, el equipo de urgencias ya estaba en posición. Había camillas preparadas, celadores encogidos bajo el vendaval de los rotores, y batas médicas ondeando al viento.

Toqué tierra con una suavidad mecánica, sintiendo el golpe sordo de los patines contra el asfalto. Corté potencia al instante para que el equipo médico pudiera acercarse con seguridad. Las puertas laterales se abrieron desde fuera y Noah e Ian comenzaron a transferir a los pacientes.

Mientras mi mano apagaba los sistemas auxiliares, mis ojos escanearon al personal. Y entonces, todo el caos del helipuerto, el ruido ensordecedor de los motores y el olor a combustible de aviación, desaparecieron.

Hannah estaba allí.

Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado, su bata blanca de jefa de cirugía golpeando contra sus piernas y un fonendoscopio colgando del cuello. Estaba dando órdenes rápidas a los residentes para recibir al paciente con hipotermia, pura autoridad y arrogancia médica en su elemento natural.

Pero en cuanto el chico fue estabilizado en la camilla, Hannah se giró hacia la cabina del helicóptero.

Nuestras miradas se cruzaron a través del cristal del parabrisas.

A veinte metros de distancia, el impacto de sus ojos oscuros me golpeó con la misma fuerza que el viento en la montaña. La vi exhalar un suspiro invisible, sus hombros relajándose una fracción de segundo al ver que yo estaba a salvo en mi asiento. En ese breve intercambio de miradas sin palabras, ardió toda la electricidad, la confianza y el peso de lo que compartíamos. Ella era la reina de esa azotea de hospital, la mujer que arrebataba vidas a la muerte, y al mismo tiempo, era la chica que se deshacía en mis brazos y dormía en mi cama.

Le di un toque a la visera de mi casco con dos dedos, a modo de saludo.

Hannah esbozó una levísima sonrisa que solo fue para mí, antes de girar sobre sus talones y desaparecer por las puertas dobles del hospital, liderando la carga para salvar la vida que nosotros le acabábamos de entregar.

* * *

El caos de Urgencias era un ecosistema en sí mismo. Me quedé apoyado contra la pared del pasillo exterior, con el casco de vuelo bajo el brazo y el mono ignífugo aún oliendo a combustible y viento de montaña, observando a través de las amplias cristaleras de la sala de trauma principal.

Hannah era un puto espectáculo.

Se movía entre las dos camillas con la precisión de un general en el campo de batalla. Escuchaba el reporte que le daba uno de los residentes mientras comprobaba las pupilas del chico con hipotermia y, sin perder el ritmo, echaba un vistazo a las radiografías preliminares del tobillo destrozado del otro excursionista. Su voz no

temblaba. Sus órdenes eran cortantes, claras y absolutas. Aquí, ella era la ley.

Verla en su elemento, controlando la fina línea entre la vida y la muerte con esa arrogancia médica suya, encendió un fuego oscuro y denso en mi bajo vientre. Me excitaba a un nivel casi primitivo. Me volvía loco saber que la mujer más dura e inquebrantable de este hospital era la misma que, unas horas atrás, me había rogado en susurros que tomara el control absoluto de su cuerpo.

—Quirófano tres para la fractura. Preparad la tracción —ordenó Hannah, y su voz se filtró por las puertas dobles—. Y llevad al otro a la sala especial de recalentamiento progresivo. Monitorización cardíaca continua, no quiero arritmias por sorpresa. ¡Moveos!

En cuestión de segundos, los celadores se llevaron las camillas, despejando la sala de trauma.

A unos metros de mí, Noah se colgó su mochila médica vacía al hombro.

—Ian y yo vamos al cuarto de suministros a reponer las vías, el oxígeno y las mantas térmicas —me avisó Noah, dándome una palmada en la espalda—. Te damos cinco minutos, piloto. Ni uno más.

Asentí, agradeciendo en silencio la complicidad de mi equipo, y vi cómo ambos desaparecían por el pasillo de farmacia.

No perdí ni un segundo. Caminé por el corredor hasta la puerta del pequeño despacho de Hannah. Estaba entreabierta. Entré sin llamar y empujé la madera con el pie, cerrando la puerta a mis espaldas y pasando el pestillo con un clic metálico.

Hannah estaba de pie junto a su pequeño escritorio, revisando una tableta electrónica, aún con el fonendoscopio colgado del cuello. Al escuchar el pestillo, levantó la cabeza de golpe.

Sus ojos oscuros chocaron con los míos y vi cómo sus pupilas se dilataban al instante. La profesionalidad gélida se derritió como hielo al sol.

Dejé caer mi casco sobre una silla, crucé el reducido espacio en dos grandes zancadas y la agarré por la cintura.

—Caleb... —susurró, sorprendida, pero dejando caer la tableta sobre la mesa sin dudarlo.

—No podía irme sin hacer esto —gruñí contra su boca, antes de devorarla.

La besé con un hambre feroz, implacable, empujándola hacia atrás hasta que la parte baja de su espalda chocó con el borde del escritorio. Ella soltó un jadeo que me tragué por completo, abriendo los labios para darme acceso total. Sus manos subieron por mi pecho, aferrándose a las solapas de mi mono de vuelo, tirando de mí con la misma desesperación que yo sentía.

Hundí una mano en su pelo, deshaciendo por completo el pulcro moño de jefa de cirugía que llevaba, y usé la otra para apretar su cadera contra mi entrepierna, dejándole muy claro el efecto que tenía sobre mí.

—Dios, O'Malley... —murmuré, separándome apenas unos milímetros para respirar contra su cuello cálido—. Ver cómo mandas ahí fuera... ver cómo controlas a todo el puto hospital... me vuelve loco. Me hace querer encerrarte aquí y recordarte quién manda cuando estamos a solas.

Hannah se estremeció en mis brazos. Echó la cabeza hacia atrás, dándome acceso a su garganta, y se frotó contra mí con un gemido suave y ahogado que me hizo apretar los dientes para no perder el control allí mismo.

Iba a volver a besarla, iba a subirle esa maldita bata blanca y sentarla sobre el escritorio, cuando el comunicador de radio anclado a mi pecho cobró vida con un chirrido de estática.

—*Alfa Uno, aquí Collins. Código rojo* —la voz de Ian era tensa y urgente—. *Colisión múltiple en la interestatal noventa. Dos camiones y cuatro turismos. Nos necesitan en el aire en tres minutos.*

Maldije por lo bajo, cerrando los ojos y apoyando mi frente contra la de Hannah. Mi respiración era errática y mi pulso martilleaba en

mis sienes.

Hannah parpadeó, bajando de las nubes de golpe, pero la comprensión profesional brilló en su mirada. Me acarició la mandíbula con el pulgar, intentando calmar a la bestia que el deber acababa de enjaular.

—Tienes que irte, piloto —susurró, con la respiración entrecortada, pero esbozando una sonrisa cargada de promesas.

—Lo sé —le di un último beso rápido y posesivo, soltándola a regañadientes—. Salva vidas hoy, O'Malley.

—Tú también, Donovan.

Agarré mi casco de la silla, quité el pestillo y salí al pasillo corriendo hacia el helipuerto. El sonido de mis pesadas botas resonaba contra el linóleo del hospital, pero mientras corría hacia el caos, hacia el metal retorcido y la sangre de la autopista, mi mente estaba en paz.

El trabajo, la base y el pueblo podían exigir mis días y mi adrenalina. Pero sabía, con una certeza reconfortante, que, a partir de ahora, las noches y los fines de semana me pertenecían única y exclusivamente a mí.

Y a ella.

DIECINUEVE

Hannah

La cocina de Caleb parecía la zona cero de una explosión de harina, pero nunca en mi vida me había sentido tan jodidamente feliz.

Era viernes por la noche. Llevábamos casi un mes de relación oficial, y aunque la locura de los turnos en el hospital y las alertas de rescate en la base aérea seguían marcando nuestro ritmo, habíamos forjado una rutina inquebrantable. Las noches de los viernes nos pertenecían a los tres. Excepto una vez al mes en la que Clover pasaba la noche con Octavia y Caleb y yo podíamos salir con nuestros amigos a cenar o tomar algo.

Estaba apoyada en la isla de la cocina, intentando amasar una base de pizza, mientras Octavia esparcía salsa de tomate por la suya con un entusiasmo peligroso. Caleb estaba a mi lado, cortando mozzarella fresca con una precisión quirúrgica que me sacó una sonrisa. Llevaba una camiseta gris ajustada y los vaqueros manchados de harina a la altura de la cadera.

—Si le pones más pepperoni a eso, fiera, la masa no va a aguantar el peso —le advirtió Caleb a su hija, señalando la montaña de embutido con la punta del cuchillo.

—El pepperoni nunca es suficiente, papá —replicó Octavia con total seriedad—. Hannah, dile que tengo razón.

—Científicamente hablando, Octavia tiene razón. La proporción de carne y queso es fundamental para la supervivencia humana —bromeé, manchándole a Caleb la punta de la nariz con un dedo lleno de harina.

Él me miró entrecerrando los ojos, con esa chispa turquesa y depredadora brillando en su interior. Dejó el cuchillo, me agarró de la cintura con las manos limpias y me pegó a su costado, dándome un beso rápido en la sien que me revolvió el estómago de la mejor manera posible.

Estábamos riéndonos de la cara de asco fingido de Octavia ante nuestra muestra de afecto cuando mi teléfono móvil, apoyado en el extremo de la encimera, empezó a vibrar.

Eché un vistazo a la pantalla iluminada.

Videollamada: **Mamá y Papá.**

Me limpié las manos rápidamente con un trapo de cocina.

—Son mis padres —anuncié, sintiendo un aleteo de expectación en el pecho—. Voy al sofá.

Caleb asintió, dándome espacio, pero su mirada se volvió un poco más atenta. Caminé hacia el salón, me dejé caer en los cojines y acepté la llamada. Las caras sonrientes de Mary y mi padre aparecieron en la pantalla desde el salón de su casa en Portland.

—¡Hola, cariño! —saludó mi madre, con su habitual calidez—. ¿Qué tal la semana? Tienes cara de estar agotada, pero... feliz.

—Lo estoy, mamá. Ha sido una buena semana en el hospital —respondí, sonriendo de oreja a oreja. Conversamos un par de minutos sobre el trabajo y sobre cómo le iba a mi hermano Patrick en la academia de bomberos, hasta que supe que era el momento perfecto. Me giré hacia la cocina y alcé un poco la voz—. ¡Octavia! ¿Puedes venir un segundo?

Escuché el repiqueteo de los pies descalzos de la niña acercándose rápidamente. Frenó en seco junto al reposabrazos del sofá, asomando la cabeza con curiosidad.

—Mamá, papá... hay alguien que se muere por conoceros —dije, inclinando el teléfono para que Octavia entrara en el plano.

Mi madre se llevó las manos a la boca, y sus ojos se iluminaron con una ternura absoluta.

—¡Pero bueno! ¡Si es la famosa Octavia! —exclamó Mary O'Malley, acercándose a la pantalla—. Hannah nos ha hablado muchísimo de ti, preciosa. Me ha dicho que eres toda una campeona de judo y que tienes una bicicleta nueva que vuela por los senderos.

Octavia se ruborizó, un color rojo brillante trepando por sus mejillas. Al principio se escondió un poco detrás de mi hombro, tímida ante la atención arrolladora de mi madre, pero la calidez en la voz de Mary era un imán irresistible.

—Hola, señora O'Malley —murmuró Octavia—. Sí... soy cinturón verde. Y mi bici tiene frenos de disco de verdad.

—Por favor, llámame Mary, cariño —respondió mi madre, sonriendo con dulzura—. Y me parece increíble. Seguro que eres la más rápida del bosque.

En cuestión de segundos, la timidez de Octavia se esfumó. Empezó a parlotear alegremente, contándole a mi madre cómo había logrado derribar a un niño más alto que ella en el último entrenamiento. Escucharlas hablar, ver cómo mi madre absorbía cada palabra de la niña como si fuera su propia nieta, hizo que un nudo de pura emoción se me instalara en la garganta. Octavia merecía esto. Merecía a alguien que la mirara con este nivel de adoración pura.

Sentí el calor del pecho de Caleb a mi espalda antes de verlo. Se había acercado silenciosamente y se paró detrás del sofá. Apoyó una mano grande y cálida en mi hombro, un gesto sutil pero inconfundible de pertenencia y apoyo.

Me incliné hacia atrás, descansando la cabeza contra su estómago, y giré el teléfono para incluirlo.

—Señor y señora O'Malley, buenas noches —saludó Caleb. Su voz era grave, respetuosa y completamente segura de sí misma.

La sonrisa de mi madre se ensanchó, pero fue mi padre quien tomó la palabra. Su rostro, surcado por las arrugas de años de trabajo duro y por el dolor que nuestra familia había superado, se mantuvo serio, aunque sus ojos eran cordiales.

—Hola, Caleb. Me alegra verte —dijo mi padre, asintiendo—. Hannah nos ha contado que las cosas van en serio entre vosotros. Me gustaría que tuviéramos una charla, tú y yo. De hombre a hombre. Nada de interrogatorios policiales, solo una conversación.

El pulso me dio un saltito nervioso, pero la mano de Caleb en mi hombro apretó suavemente, transmitiéndome una calma absoluta. Él no huyó del reto de mi padre; lo aceptó con la barbilla alta.

—Me parece perfecto, señor —respondió Caleb, sin dudar—. Mañana por la mañana libro en la base. Le llamaré a primera hora, si le viene bien.

—Lo estaré esperando. Gracias, hijo —asintió mi padre, relajando visiblemente los hombros, satisfecho con la respuesta directa y sin evasivas del piloto.

Nos preparamos para colgar, ya que las pizzas exigían atención, pero antes de despedirnos, mi madre se acercó de nuevo a la cámara.

—Octavia, escúchame un segundo —la llamó Mary—. Hannah me dijo que te prometió que te enseñaría mi receta secreta de la tarta de manzana.

La niña asintió vigorosamente, con los ojos abiertos de par en par.

—Pues he pensado una cosa. El próximo sábado por la tarde, puedes poner la tableta en la cocina. Yo estaré en la mía, en Portland, y tú en la tuya, en la cabaña. Las hornearemos juntas paso a paso. ¿Qué te parece?

La boca de Octavia se abrió en una "O" perfecta de asombro y felicidad absoluta. Miró a Caleb, buscando permiso, y cuando él le asintió con una sonrisa suave, la niña volvió a mirar a la pantalla.

—¡Me encantaría, Mary! ¡Muchísimas gracias! —exclamó Octavia, dando saltitos sobre sus talones.

—Trato hecho, preciosa. Un beso enorme para los tres —se despidió mi madre.

La pantalla se fundió a negro. Dejé el teléfono sobre el sofá y levanté la vista hacia Caleb. Tenía los ojos fijos en la pantalla apagada, y la emoción contenida en su mandíbula apretada me dijo todo lo que necesitaba saber. Acabábamos de darle a su hija algo que su propia sangre le había negado toda la vida, y Caleb Donovan no era un hombre que olvidara algo así.

* * *

Acabábamos de sentarnos alrededor de la isla de la cocina para atacar las pizzas recién salidas del horno cuando mi teléfono volvió a sonar.

Esta vez no era una videollamada, sino una llamada de voz tradicional. El nombre de Savannah parpadeaba en la pantalla. Fruncí el ceño. Era viernes por la noche, el día en que la panadería y obrador de Phillip tenía más volumen de pedidos para el fin de semana, por lo que Savannah solía estar ayudando en la caja hasta tarde a pesar de haber pasado por un turno completo en urgencias.

Deslicé el dedo por la pantalla y me llevé el aparato a la oreja.

—¿Sav? —contesté, dándole un mordisco al borde de mi porción de pizza.

Lo que escuché al otro lado de la línea me heló la sangre al instante. No hubo un saludo. Solo un sollozo desgarrador, un sonido de pura histeria y falta de oxígeno.

—¡Savannah! Oye, respira. ¿Qué pasa? ¿Estás herida? —Mi tono cambió drásticamente, activando mi modo médico en una fracción de segundo.

Caleb dejó su porción de pizza en el plato y se tensó a mi lado.

—Hannah... yo... no sé qué hacer... —la voz de mi amiga estaba tan rota y ahogada por las lágrimas que apenas podía entender las palabras que lograba articular—. Estoy... estoy en tu cabaña. En los escalones. Por favor...

—Voy para allá. No te muevas. Llego en un minuto —ordené, colgando el teléfono.

Me levanté del taburete de un salto. Caleb ya estaba de pie.

—Es Savannah. Está llorando histérica en el porche de mi cabaña. Tengo que ir, Caleb. No sé qué demonios ha pasado, pero sonaba destrozada —le expliqué apresuradamente, buscando mi abrigo en el perchero de la entrada.

Caleb no hizo ni una sola pregunta, ni mostró un ápice de molestia porque nuestra noche perfecta se hubiera arruinado. Asintió, dándome mi chaqueta.

—Ve con ella. Si es una emergencia médica, llámame.

—Lo haré —me giré hacia la cocina, donde Octavia me miraba con los ojos muy abiertos—. Lo siento muchísimo, fiera. Me tengo que ir, pero te prometo que mañana por la mañana cruzo el bosque y desayuno con vosotros.

—Saluda a Savannah de mi parte, Hannah. Que se mejore —dijo la niña, con una empatía que me encogió el corazón.

Salí corriendo de la casa de Caleb y crucé el tramo de bosque oscuro que separaba nuestras propiedades casi a oscuras. El frío me cortaba la respiración, pero no me importaba. Al llegar a mi porche, la vi.

Savannah estaba hecha un ovillo en el último escalón, temblando violentamente, sin abrigo, abrazándose las rodillas. Su precioso pelo cobrizo, normalmente recogido en una trenza impecable, era una maraña desordenada alrededor de su rostro. Levantó la cabeza al escuchar mis pasos, y el dolor puro que vi en sus grandes ojos avellana me partió el alma.

—¡Sav! Dios mío, estás helada —exclamé, arrodillándome frente a ella y pasándole mi abrigo por los hombros. La ayudé a levantarse y

abrí la puerta de mi cabaña a trompicones.

La llevé directa al sofá del salón, encendí la calefacción al máximo y fui a la cocina a prepararle un té muy caliente. Cuando volví, Savannah tenía la mirada perdida en la alfombra, las lágrimas cayendo silenciosamente por sus mejillas pálidas. Me senté a su lado y le puse la taza humeante entre las manos.

—Bebe un poco —le pedí con suavidad—. Y ahora, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

La simple pregunta fue suficiente para que Savannah se rompiera por completo de nuevo.

—Lo he visto, Hannah —sollozó, dejando la taza sobre la mesa para poder llevarse las manos a la cara—. Fui al obrador para llevarle la cena. Pensé... pensé que sería una buena sorpresa porque tenía que amasar para los encargos del sábado. Y… y estaba allí. Con ella.

—¿Phillip? ¿Con quién? —pregunté, sintiendo que una furia helada empezaba a formarse en mi estómago.

—Con Amber. La chica nueva que contrató el mes pasado para ayudarle en los hornos. Apenas tiene veinte años, Hannah. Phillip tiene treinta y dos. Estaban... estaban follando encima de la mesa de amasar de acero inoxidable.

Cerré los ojos, asqueada y furiosa.

—Oh, Sav... cariño, lo siento muchísimo —murmuré, atrayéndola hacia mí para abrazarla con fuerza. Savannah escondió el rostro en mi cuello, llorando sin consuelo.

—Yo... yo sabía que las cosas estaban frías entre nosotros, pero nunca pensé... —balbuceó contra mi jersey—. Es por mí, Hannah. Mírala a ella. Amber es delgada, pequeñita, perfecta. Y mírame a mí. Soy demasiado grande. Demasiadas caderas, demasiados pechos, demasiado de todo. Phillip siempre me decía que tenía que vigilar lo que comía y...

—No te atrevas a terminar esa frase, Savannah Brooks —la corté, apartándola un poco para poder mirarla directamente a los ojos,

sintiendo que la sangre me hervía de pura rabia—. Mírate. Eres preciosa. Eres amable, dulce, tienes un cuerpo espectacular y un corazón que no merece ese idiota egoísta y manipulador. Esto no tiene nada que ver con tu talla ni con lo que comes. Tiene que ver con que él es un grandísimo pedazo de mierda. No dejes que sus putas inseguridades arruinen la mujer que eres.

Me quedé allí, escuchándola, dándole pañuelos y acariciándole el pelo cobrizo mientras dejaba salir todo el dolor, la traición y la humillación. Me sentía secretamente enfurecida. No podía concebir cómo alguien podía tener a una mujer tan luminosa, dulce y genuina como Savannah a su lado y decidir destrozarla de esa manera.

Cuando los sollozos por fin se calmaron y se convirtieron en hipo, Savannah se recostó en el sofá, agotada. La arropé con una manta y fui un momento a la cocina con la excusa de buscar un vaso de agua.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí el chat con Caleb.

Hannah*: Sav ha pillado a Phillip engañándola en la panadería con su ayudante de 20 años. Está destrozada. Voy a quedarme con ella aquí esta noche. No puedo dejarla sola.*

La respuesta de Caleb llegó apenas diez segundos después.

Caleb*: Joder. Pobre chica. Haz lo que tengas que hacer. ¿Necesitáis algo? ¿Mantas, que os lleve la pizza que ha sobrado, algo de la farmacia?*

Esbocé una sonrisa triste en la soledad de mi cocina. Mientras el marido de Savannah era la mayor escoria de Wildwater Falls, el hombre que me esperaba al otro lado de los árboles era un refugio seguro.

Hannah: *Alguien a sueldo para darle una buena paliza al estúpido de Phillip. Pero me conformo con saber que estás ahí.*

Caleb: *Conozco a un par de tipos muy grandes en la base que no hacen muchas preguntas. Solo di la palabra. Cuida de ella, O'Malley. Te veo mañana.*

* * *

Eran casi las tres de la madrugada cuando el silencio por fin reclamó mi cabaña.

Había pasado las últimas cuatro horas sentada en el suelo junto al sofá, sosteniendo la mano de Savannah mientras ella atravesaba todas las fases del duelo en tiempo récord. Primero fue la tristeza absoluta y devastadora, alimentada por las inseguridades que Phillip llevaba años sembrando en su cabeza. Después, pasadas la una de la mañana, la tristeza mutó en una ira ardiente y justificada. Savannah había maldecido a su marido, había maldecido la panadería y había tirado un cojín contra la pared con una fuerza que me hizo sentir profundamente orgullosa de ella.

Esa chispa de rabia era la prueba de que el espíritu de mi amiga no estaba roto del todo. Finalmente, tras vaciarse de lágrimas y gritos, el puro agotamiento físico y mental la venció. Se quedó profundamente dormida en el sofá, envuelta en dos mantas, con la respiración pesada y los ojos hinchados.

Me levanté despacio, con las articulaciones crujiendo por la tensión, y le aparté un mechón cobrizo del rostro sudado.

Caminé de puntillas hacia la cocina, encendiendo solo la pequeña luz de la campana extractora para no despertarla. Me preparé una taza de té que ya no necesitaba y me senté en el taburete. El silencio de mi propia casa se sentía extraño, frío, vacío de las risas de Octavia y de la presencia pesada y magnética de Caleb.

Saqué el teléfono del bolsillo de mis vaqueros. Sabía que él tenía el sueño ligero, así que marqué su número sin dudarlo.

Solo dio dos tonos antes de que descolgara.

—Dime que la fiera de tu amiga ha dejado algo de la cabaña en pie —respondió la voz ronca y grave de Caleb, vibrando a través del altavoz, envolviéndome como un abrazo cálido en medio de la madrugada.

Solté un suspiro, apoyando la frente en la palma de mi mano libre, sintiendo que los hombros se me relajaban al instante solo con escucharlo.

—La cabaña está a salvo. Por fin se ha quedado dormida de puro agotamiento —murmuré, bajando la voz al máximo—. Ha sido una noche dura, Caleb. Ha pasado por el infierno.

—¿Quieres contarme los detalles, o prefieres desconectar la cabeza un rato? —ofreció él.

—Necesito sacarlo —admití, frotándome los ojos—. Lo pilló sobre la mesa de amasar del obrador. Con su nueva ayudante. Una cría de veinte años. Y lo peor de todo es que el muy cabrón ha pasado años minando la autoestima de Savannah por su cuerpo, haciéndole creer que no era suficiente, que tenía que vigilar su peso... Ha destrozado a una de las personas más dulces que conozco.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea. Pude escuchar el roce de las sábanas; imaginé a Caleb sentándose en el borde de su inmensa cama, pasándose una mano por el pelo oscuro.

—Nunca he tratado mucho con Savannah —dijo Caleb finalmente, con un tono frío y cargado de un desprecio absoluto hacia Phillip—. Me cruzo con ella en urgencias y poco más. Pero no hace falta ser un genio para ver las cosas. Siempre he pensado que Phillip era un capullo tóxico, un imbécil con complejo de superioridad que la trataba como la mierda en público. No me sorprende que sea aún peor a puerta cerrada.

—Es un una bandera roja de manual —le di la razón, sintiendo que la rabia volvía a asomar en mi pecho—. Savannah no se merece esto.

—No, no se lo merece —concordó Caleb—. Pero escúchame, O'Malley. Sé que ahora mismo lo ve todo negro, pero cuando consiga superar el golpe inicial y se quite la venda de los ojos, se

dará cuenta de que le ha tocado la lotería. Está muchísimo mejor sin un lastre como él en su vida. Es joven, es lista y te tiene a ti para cubrirle las espaldas. Saldrá de esta.

Sonreí en la penumbra de la cocina. Él tenía toda la razón. Savannah iba a resurgir de las cenizas de su matrimonio, y yo me aseguraría de estar ahí para verlo.

—Gracias, piloto —susurré, sintiendo una punzada de añoranza tan fuerte que me dolió el pecho—. Eres exactamente lo que necesitaba oír.

—Para eso estoy.

Miré el reloj del horno. Las tres y cuarto.

—Te dejo dormir —me despedí a regañadientes—. Voy a echar de menos tu cama esta noche.

Escuché una exhalación baja y áspera al otro lado del teléfono.

—No me digas esas cosas si no quieres que cruce el bosque ahora mismo, eche la puerta abajo y te traiga aquí a rastras, jefa de cirugía —me advirtió, y aunque su tono era de broma, la promesa oscura de dominación en su voz me hizo estremecer de pies a cabeza.

Me mordí el labio, reprimiendo un gemido, y me obligué a ser responsable.

—Mañana por la mañana. Prometí que iría a desayunar con vosotros —le recordé—. Y voy a llevarme a Savannah. No pienso dejarla sola para que se despierte y empiece a sobrepensar en esta casa vacía. ¿Te importa que invada tu cocina con una mujer con el corazón roto?

—Tráela —respondió Caleb sin dudarlo ni una fracción de segundo —. No hay ningún problema. Me encargaré de preparar un desayuno suculento, de esos que quitan las penas. Tortitas, bacon, huevos, extra de sirope... Lo que haga falta.

El corazón se me derritió por completo. Caleb Donovan, el hombre que fascinaba a los residentes del hospital y dominaba los cielos en medio de ventiscas, estaba dispuesto a montar un

banquete hipercalórico un sábado por la mañana solo para consolar a mi mejor amiga.

—Eres el mejor, Donovan —le dije, con la voz cargada de todo lo que sentía por él.

—Descansa, Hannah. Te veo en unas horas.

Colgué el teléfono. Apoyé el aparato contra mi pecho por un segundo, escuchando la respiración acompasada de Savannah desde el salón. El mundo de mi amiga acababa de saltar por los aires, pero mientras cruzaba el pasillo para buscar una manta para mí y dormir en el sillón a su lado, supe que con amigos como los que teníamos y un hombre como Caleb cubriéndonos las espaldas, estaríamos bien.

VEINTE

Caleb

Llevaba desde las seis y media de la mañana frente a los fogones, canalizando toda la energía protectora que me hervía en la sangre hacia la espátula. Si Hannah me había pedido un desayuno que curara las penas para su mejor amiga, yo iba a preparar el mayor puto banquete hipercalórico que se hubiera visto en Wildwater Falls.

Eran las ocho y cuarto cuando escuché los pasos pesados en el porche, seguidos de dos golpes suaves en la puerta.

Me limpié las manos en el trapo y fui a abrir.

Hannah estaba en el umbral. Llevaba unos pantalones negros ajustados y un jersey oversize que dejaba a la vista parte de su clavícula, absolutamente preciosa. Aunque las ojeras le marcaban el rostro, sus ojos oscuros brillaron con un alivio absoluto al encontrarse con los míos. A su lado, envuelta en un abrigo de Hannah que apenas lograba cerrarle sobre el pecho, estaba Savannah Brooks.

El contraste era brutal. Como enfermera jefe de urgencias, Savannah estaba acostumbrada a liderar el caos, a gestionar traumatismos severos y a no inmutarse ante la sangre. Era una mujer espectacular, dueña de unas curvas voluptuosas que volverían loco a cualquier hombre, con unos enormes ojos avellana y una melena cobriza que ahora mismo caía desordenada y sin brillo sobre sus hombros encogidos. Ver a una mujer tan imponente, dulce y

capaz reducida a este nivel de fragilidad por culpa de un panadero inseguro me revolvió el estómago.

—Adelante. Pasa, Savannah —le dije, apartándome para dejarles espacio. Mi voz fue suave, grave, desprovista de cualquier tono de autoridad—. Estás en tu casa.

—Siento mucho la intrusión, Caleb... de verdad —murmuró Savannah, con la voz ronca por haber pasado la noche llorando, sin atreverse a mirarme directamente—. No quería arruinaros el fin de semana.

Cerré la puerta a sus espaldas, aislando el frío.

—No arruinas nada —le aseguré con firmeza, guiándolas hacia el calor de la cocina—. Además, si no me ayudáis a comeros todo lo que he preparado, tendré que alimentar a los pumas del bosque.

Al entrar en la cocina, Octavia ya estaba sentada en su taburete. Mi hija llevaba su pijama de estrellas y el pelo recogido en una coleta ladeada. Hannah le había mandado un mensaje explicándole que Savannah había tenido una noche muy triste, y la fiera, con esa intuición emocional que a veces me dejaba sin palabras, sabía exactamente cuál era su papel.

Octavia se bajó de un salto, agarró un plato rebosante de tortitas humeantes y caminó hacia Savannah.

—Hola, Savannah —la saludó, ofreciéndole el plato con ambas manos y una sonrisa inmensa—. Hannah me dijo que estabas triste. Mi papá siempre dice que el sirope de arce lo cura casi todo. Yo le he puesto extra de sirope y mantequilla a estas para ti.

Savannah parpadeó, y vi cómo los ojos avellana se le llenaban de lágrimas de nuevo, pero esta vez esbozó una sonrisa diminuta y genuina, la primera desde que cruzó la puerta.

—Muchas gracias, preciosa —respondió, aceptando el plato con manos temblorosas—. Eres muy dulce. Creo que es justo lo que necesito.

Nos sentamos alrededor de la isla. El ambiente se volvió sorprendentemente cálido. Hannah y yo mantuvimos una

conversación ligera sobre la base y el hospital, intercalando bromas con Octavia para llenar el silencio, dándole a Savannah el espacio necesario para respirar y comer sin sentirse interrogada.

Estábamos a punto de servirnos la segunda ronda de café cuando un zumbido estridente rompió la paz de la cocina.

El teléfono de Savannah, apoyado sobre el granito de la encimera, empezó a vibrar como un taladro.

Todos clavamos la vista en la pantalla iluminada: ***Phillip***.

El muy cabrón acababa de volver a su casa tras su noche en la mesa de amasar del obrador y se había dado cuenta de que su mujer no estaba allí para recibirlo.

Savannah se quedó paralizada. El pánico le desfiguró el rostro por una fracción de segundo. Vi cómo su mano se alzaba instintivamente hacia el teléfono, entrenada por años de manipulación y miedo a las reacciones de ese idiota, pero antes de que pudiera rozar la pantalla, se detuvo en seco.

Tragó saliva. La enfermera que no se acobardaba ante hemorragias masivas pareció despertar de golpe en su interior. Apretó la mandíbula y retiró la mano, dejando que el aparato siguiera zumbando.

—No voy a contestar —susurró Savannah, con la voz quebrada pero cargada de una firmeza férrea—. No me veo capaz de volver a esa casa, Hannah. No puedo verle la cara y no quiero escuchar sus excusas. Si vuelvo ahora... él le dará la vuelta a todo. Me echará la culpa a mí.

Hannah, que estaba a punto de agarrar el móvil y tirarlo por la ventana, se relajó un poco al ver la determinación de su amiga. Apoyó una mano sobre la de Savannah.

—No vas a volver a esa casa —sentenció Hannah, utilizando su tono de cirujana, el que no admitía réplica—. Te vas a quedar en mi cabaña. Tiene dos habitaciones y está lo bastante aislada. Te instalarás allí todo el tiempo que necesites. Nadie te va a molestar, y

desde luego, Phillip no va a poner un pie en mi porche sin llevarse un bisturí clavado en el muslo.

El teléfono dejó de sonar, solo para empezar a vibrar de nuevo tres segundos después.

Savannah miró a Hannah, buscando el ancla que necesitaba desesperadamente.

—¿De verdad no te importa? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿No seré una carga? Necesito pensar, estar sola un tiempo...

—Eres mi mejor amiga. Esa cabaña es tan tuya como mía —le aseguró Hannah, dedicándole una sonrisa ferozmente protectora.

Yo me quedé apoyado en la encimera, bebiendo mi café negro en silencio, procesando la escena. Sentía un respeto profundo por la fuerza de Savannah y una furia homicida hacia Phillip. Pero mientras miraba a Hannah cederle su espacio vital a su amiga para que pudiera llorar y sanar a solas, mi mente —esa parte posesiva, oscura y calculadora que siempre quería más de Hannah— sumó dos y dos.

Si Savannah ocupaba la cabaña de Hannah a tiempo completo, necesitando privacidad...

Miré a Hannah por encima del borde de mi taza. Ella alzó la vista y captó mi mirada. Levanté una ceja, dejándole claro de forma silenciosa que yo también había llegado a esa conclusión logística. Su cabaña era ahora un refugio para Savannah. Lo que significaba que mi cama iba a ser la suya de forma casi permanente.

Una ola de satisfacción aplastante se asentó en mi pecho.

Que le jodieran a Phillip, pensé, dándole otro sorbo al café. Al final, el mayor imbécil del pueblo me acababa de hacer el mayor favor de mi vida.

* * *

La cafetería-restaurante de Main Street olía a patatas fritas, batidos de vainilla y café recalentado. Era domingo por la noche y, contra todo pronóstico, habíamos conseguido arrastrar a Savannah fuera de la cabaña para ir al cine del pueblo. Aunque seguía apagada y con la sombra de la traición de Phillip en los ojos, había logrado sonreír un par de veces durante la película, lo cual ya era una victoria absoluta. Al día siguiente tendría que tomar el toro por los cuernos, nunca mejor dicho, enfrentar a Phillip y recoger sus cosas para instalarse en la cabaña de Hannah. Pero de momento íbamos a aprovechar nuestro domingo cenando juntos.

Estábamos sentados en una de las cabinas semicirculares del fondo. Octavia estaba acomodada a mi lado, devorando unas patatas con salsa mientras movía las manos con entusiasmo, explicándonos por qué las leyes de la física en la película de acción que acabábamos de ver eran una basura comparadas con la aerodinámica real de mi helicóptero.

—Si el piloto hubiera tirado del cíclico de esa forma con ese viento cruzado, habrían entrado en pérdida de sustentación fatal en tres segundos. ¿A que sí, papá? —argumentó la fiera. Mi hija era divertida, un terremoto y malditamente lista. Escucharla hablar así con solo diez años me provocaba una oleada de orgullo difícil de describir.

—Totalmente, enana. Un desastre de maniobra —le di la razón, dándole un trago a mi cerveza.

Hannah soltó una carcajada brillante, apoyando el mentón en la mano mientras me miraba con adoración burlona.

—Por favor, Donovan. Todos sabemos que te mueres de envidia porque el protagonista hizo un tonel volado y a ti no te dejan hacer esas cosas con el Alfa Uno —me picó, con esa chispa de arrogancia que me volvía completamente loco.

—Cuidado, O'Malley —murmuré, inclinándome sobre la cabeza de Octavia hasta invadir su espacio, bajando la voz a un tono grave que solo ella pudiera escuchar—. No me tientes a demostrarte las maniobras de las que soy capaz cuando apago el piloto automático.

Los ojos oscuros de Hannah se dilataron, mordiéndose el labio inferior. Un rubor precioso le tiñó las mejillas. No pude evitarlo; acorté los escasos centímetros que nos separaban y la besé. Fue un beso casto, apropiado para un lugar público, pero cargado de una posesividad absoluta. Savannah, sentada al otro lado de la mesa, esbozó una media sonrisa tierna al vernos, y Octavia puso los ojos en blanco, aunque no pudo ocultar su sonrisa.

Cada vez se hacía más persistente una nueva sensación en mi pecho. La sensación de que éramos una familia. *Mi* familia.

Y entonces, el infierno entró por la puerta del restaurante.

El tintineo de la campana de la entrada quedó ahogado por el silencio repentino y tenso que se apoderó del local. El murmullo de las conversaciones se apagó de golpe. Levanté la vista instintivamente, mi radar de amenazas activado por el cambio en la atmósfera.

Vera Donovan estaba de pie en el umbral. Llevaba su impecable abrigo de lana gris y el bolso de piel marrón rígidamente apretado contra el pecho. Sus ojos, idénticos a los míos pero vacíos de cualquier calidez, escanearon el restaurante hasta que nos encontró en la cabina del fondo.

La bilis me subió por la garganta. Algún cotilla del pueblo, de los que llevaban horas susurrando al vernos entrar juntos al cine, había hecho la llamada. Era curioso, porque no dudaba que mi padre le hubiera contado a mi madre de mi cercanía a Hannah y no nos escondíamos precisamente al salir juntos como pareja o con Octavia. Pero habíamos esquivado su ira durante dos meses. Por su expresión, ir juntos al cine había sido la gota que colmaba su vaso de odio y resentimiento.

Mi madre cruzó el local con pasos cortos y afilados. La temperatura pareció caer diez grados a su alrededor. Hannah se tensó a mi lado al instante, su espalda poniéndose rígida como una tabla, mientras Savannah abría mucho los ojos, paralizada.

Vera se detuvo frente a nuestra mesa. No miró a su nieta. No miró a Savannah. Sus ojos destilaban un odio puro, denso y tóxico

que se dividió entre Hannah y yo.

—Creía que los rumores eran una exageración enferma, pero ya veo que la bajeza no tiene límites —escupió Vera. Su voz no era un grito; era un siseo venenoso que resonó en el silencio del local—. Eres una decepción absoluta, Caleb.

No me moví, pero cada músculo de mi cuerpo se tensó como un cable de acero.

Sí, yo siempre había sido el hijo decepcionante desde mucho antes de la muerte de Carson. A pesar de la devoción por su familia, por cuidarnos y ser una madre amorosa, Vera había sido especialmente dura conmigo. Yo siempre era el que no obedecía con suficiente rapidez, tendía a hacer las cosas a mi manera y hacía gala de una rebeldía e independencia que no le gustaba nada a mi madre.

—No montes una escena aquí, mamá —le advertí, con la voz tan fría y oscura que bordeaba la amenaza física.

—¿Que no monte una escena? —Vera soltó una risa amarga y desquiciada—. Estás cenando, riendo y paseando por el pueblo con la mujer que le robó la vida a tu hermano. Estás traicionando la memoria de Carson. Lo dejaste morir en el fondo de un barranco por ella, y ahora la traes aquí como si nada...

—Basta —gruñí, apoyando las manos en la mesa, listo para levantarme.

Pero Vera fue más rápida. Giró su rostro hacia Hannah, con los labios temblando de rabia.

—Y tú. Tienes la poca vergüenza de volver a este pueblo y meterte en la cama del hombre que destrozó a mi familia. Sigues respirando con los pulmones que le correspondían a mi hijo. Deberías estar avergonzada de tu propia existencia.

—¡No le hables así a Hannah!

El grito agudo y valiente cortó el aire del restaurante como un látigo.

Vera parpadeó, sorprendida. Hannah ahogó un sonido de asombro. Yo giré la cabeza.

Octavia se había puesto de pie sobre el asiento de la cabina. Tenía los puños apretados a los lados de su cuerpo, el rostro enrojecido y los ojos turquesa llenos de lágrimas de furia, enfrentándose a la abuela que jamás la había querido.

—¡Hannah no tiene la culpa de nada! —le gritó mi hija a Vera, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente—. ¡Ella nos cuida y nos quiere! ¡Tú eres la mala, que nunca quieres verme! ¡Déjala en paz!

El rostro de Vera pasó de la sorpresa a un asco profundo, mirando a Octavia como si fuera un insecto. Abrió la boca para replicar, para lanzar su veneno contra una niña de diez años.

Y eso fue todo. Se acabó el respeto. Se acabó la paciencia. Se acabó cargar con las putas cruces de los demás.

Me levanté de la cabina con una violencia contenida que hizo temblar la mesa, derramando un poco de café sobre la formica. Me interpuse entre mi madre y mis chicas, utilizando mi metro noventa y mi envergadura para bloquear completamente su línea de visión hacia Octavia y Hannah.

—Ni se te ocurra —le susurré a Vera, inclinándome sobre ella. Mi voz era apenas un murmullo, pero estaba tan cargada de dominación y peligro que mi madre dio un paso atrás por puro instinto—. Has cruzado la última línea, Vera. Vete de aquí. Ahora mismo.

—Estás ciego... —balbuceó, perdiendo parte de su veneno ante mi presencia letal.

—He dicho que te vayas —la corté, sin pestañear.

Vera me sostuvo la mirada un segundo más antes de dar media vuelta, agarrando su bolso con fuerza, y saliendo del local con el mismo porte estricto y furioso con el que había entrado.

Me quedé de pie, respirando hondo, controlando al depredador que quería destrozar el mobiliario. Cuando estuve seguro de que la

bestia estaba atada de nuevo, me giré hacia la mesa.

Hannah estaba abrazando a Octavia, que ahora lloraba en silencio contra su hombro. Savannah tenía una mano en la espalda de la niña, tratando de reconfortarla.

El peso de los últimos doce años de mentiras y protección mal entendida me aplastó los hombros. Llevaba semanas guardándome la información sobre el diagnóstico real de Carson para ahorrarles a mis padres el dolor de saber que su hijo estaba muerto desde el momento que se produjo el accidente, que las horas que había pasado agonizando en la nieve habían sido inevitables, sin sentido ni objetivo. Otra parte de mí se había mantenido en silencio porque sabía que no me querrían escuchar que, si aparecía en su puerta para contarles la verdad, mi madre habría sido capaz de culparme igualmente y cerrarme la puerta en las narices.

Pero Vera acababa de atacar a Hannah en público y había hecho llorar a mi hija. Mi lealtad a los muertos había terminado.

—Hannah —la llamé. Ella levantó sus ojos oscuros, llenos de dolor y comprensión hacia mí.

—Dime —susurró.

—Voy a llevaros a casa. A Savannah y a vosotras dos —le dije, sacando un billete de cincuenta dólares de la cartera y dejándolo sobre la mesa manchada de café—. Y luego voy a ir a casa de mis padres. Es hora de apretar el puto botón nuclear. Van a escuchar la verdad de una maldita vez por todas.

* * *

Aparqué la camioneta frente a la casa de mis padres. Apagué el motor, pero me quedé un par de segundos con las manos apoyadas en el volante, respirando hondo en la oscuridad. El instinto depredador que me había exigido destrozar el restaurante cuando

Vera le gritó a mi hija se había disipado durante el trayecto, dejando a su paso algo mucho más frío, pesado y definitivo.

No sentía ira. Sentía una lástima aplastante.

Había pasado doce años cargando con la culpa, creyendo que la decisión que tomé aquella noche me convertía en el verdugo de mi hermano. Les había permitido usarme como su saco de boxeo emocional para que no tuvieran que enfrentarse a la futilidad de la muerte de Carson. Pero hace unos días, la verdad médica me había liberado de esa cadena. Y ahora, iba a romper las suyas, quisieran o no.

Salí de la camioneta, caminé por el sendero de piedra y usé mi llave para abrir la puerta principal.

La casa olía a cera para muebles y a la tensión sofocante de siempre. No queda ni rastro de la calidez que antaño había invadido cada habitación de esta casa. Los encontré a los dos en el salón. Mi madre estaba de pie junto a la chimenea apagada, con los brazos cruzados. Seguí agitada, con el rostro tenso. Mi padre, Sean, estaba sentado en su sillón de orejas, frotándose la frente con pesadumbre. Parecía un hombre derrotado, cansado y mucho más viejo de lo que en realidad era. Vivir con los fantasmas, la ira y el resentimiento no debía ser fácil.

Al escuchar mis pasos, ambos levantaron la vista.

No grité. Caminé hasta el centro del salón y me detuve, metiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta, mirándolos con una calma glaciar que pareció desconcertar a Vera.

—Controla a tu mujer, papá —dije, con una voz tan plana y carente de emoción que sonó letal en el silencio de la habitación—. Que sea la última vez que se acerca a Octavia o a Hannah para escupir su veneno. La próxima vez, no seré tan educado como para pedirle que se vaya. La sacaré yo mismo a rastras.

Vera soltó un jadeo indignado, pero fue mi padre quien se puso de pie. Sean Donovan, el hombre que me había enseñado a volar, el abuelo que adoraba a Octavia, me miró con una dureza que me encogió el corazón.

—No te atrevas a hablarle así a tu madre en esta casa, Caleb —me recriminó Sean, con la voz áspera—. Esta vez ella tiene razón. Te vi en la competición de judo. Sabía que los rumores eran ciertos, pero me negaba a creer que fueras capaz de llegar tan lejos. Estás paseándote por el pueblo con la O'Malley. Es una falta de respeto a la memoria de tu hermano. Es una traición.

Me quedé mirándolo. Esperaba el ataque de Vera, era su estado natural, pero que mi padre, mi único aliado en esta casa, se pusiera del lado de la locura... eso terminó de aniquilar mi paciencia.

Los miré, atrapados en su bucle de dolor durante más de una década, envejecidos por el odio y la amargura.

—No sabéis nada de traiciones —susurré, negando con la cabeza lentamente—. Lleváis doce años viviendo en un funeral continuo, buscando a quién culpar. Y yo os dejé hacerlo porque, hasta hace muy poco, yo también llevaba esa misma cruz. Yo también creía que había matado a Carson por elegir evacuar a Hannah primero.

Vera apretó los labios, con los ojos brillando de lágrimas de ira.

—¡Lo hiciste! ¡La sacaste a ella y lo dejaste a él!

—¡Carson estaba muerto! —Mi voz no fue un grito, sino un trueno grave y absoluto que hizo vibrar los cristales del salón. El silencio cayó a plomo sobre nosotros. Saqué las manos de los bolsillos y di un paso hacia ellos, obligándolos a sostener mi mirada—. Escuchadme muy bien, porque no lo voy a repetir. Carson no murió por no poder llegar a tiempo al hospital. Carson sufrió un desgarro completo de la vena cava inferior retrohepática a causa del impacto.

Vera se llevó una mano a la garganta, negando con la cabeza instintivamente, rechazando mis palabras que destrozaban su narrativa. Sean se quedó petrificado, perdiendo el color de la cara. Él mismo había sido piloto de rescate, conocía la terminología médica. Sabía lo que ese diagnóstico significaba en una situación de emergencia.

—Sobrevivió en la nieve un par de horas únicamente porque el frío extremo y un hematoma a tensión contuvieron la hemorragia temporalmente —continué, soltando la verdad clínica con la

precisión de un bisturí, la misma verdad que Hannah y Sloane me habían revelado—. Si yo lo hubiera subido al helicóptero, la fuerza G del despegue, los cambios de presión y las vibraciones de los rotores habrían roto ese coágulo en segundos. Se habría desangrado por completo antes de que el helicóptero superara la línea de los árboles. Es cierto que tomé la decisión de evacuar primero a Hannah, sus heridas en un primer diagnóstico de campo eran más graves que las del resto. Carson me gritó que me la llevara primero. Parecía bien, estaba orientado y lúcido. Pero médicamente, era un cadáver en el momento en el que el autobús chocó con las rocas. Nadie en este puto planeta podría haberlo salvado.

—No... no, los primeros informes... —balbuceó mi padre, con la voz rota.

—Los informes se simplificaron para ahorraros los detalles de una muerte inevitable —lo interrumpí con firmeza, aunque por dentro me dolía ver cómo se resquebrajaba su mundo—. Hannah no le robó el sitio a Carson. Hannah era la única persona viva en aquel amasijo de hierros que tenía posibilidades de sobrevivir a un traslado aéreo. Así que hice mi trabajo. Salvé a la única persona que se podía salvar. Y gracias a Dios que lo hice.

Vera se dejó caer en el sofá, cubriéndose el rostro con las manos. Un sollozo gutural, el sonido de una madre que acaba de perder a su hijo por segunda vez llenó la habitación.

—Hannah es parte de mi vida —declaré, marcando cada palabra a fuego, asegurándome de que mi postura fuera inquebrantable—. Y es lo mejor que me ha pasado nunca. Octavia por fin tiene a una mujer en su vida que la adora, que la cuida y que no la mira como si fuera un estorbo o un recordatorio de la tragedia. No voy a renunciar a Hannah. Ni por vosotros, ni por la memoria de un hermano al que no pude salvar, ni por nadie.

Di media vuelta, dándoles la espalda y caminando hacia el recibidor.

—Caleb... —susurró mi padre, dando un paso inestable hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas, procesando el fin de su mentira.

Me detuve con la mano en el pomo de la puerta y los miré por encima del hombro. Sus lágrimas me provocaban un nudo en la garganta, pero no iba a ceder un milímetro en esto.

—Tenéis una decisión que tomar —les dije, con una calma implacable—. Podéis asimilar la verdad, dejar la ira a un lado y empezar a comportaros como la familia que Octavia se merece. O podéis seguir aferrados a vuestro odio. Si elegís lo segundo, os juro por mi vida que jamás volveréis a tener contacto con mi hija. Nunca más.

No esperé su respuesta. Abrí la puerta y salí al aire helado de la noche, dejando atrás el mausoleo en el que se había convertido la casa de los Donovan.

Me subí a la camioneta, arranqué el motor y pisé el acelerador. Por primera vez en doce años, respiraba con total libertad. Mis chicas me estaban esperando en la cabaña, y yo no pensaba hacerlas esperar ni un segundo más.

* * *

Aparqué la camioneta frente a mi cabaña y apagué el motor. A escasos cien metros, a través de la línea de pinos, vi la luz encendida en la casa de Hannah; Savannah estaba allí, a salvo y procesando su propia tormenta. Pero cuando giré la vista hacia mi propio porche y vi el humo saliendo perezosamente de la chimenea de piedra, un nudo de pura gratitud se me deshizo en el pecho.

Entrar por la puerta de mi casa, quitarme las botas y escuchar el suave murmullo de las voces de Hannah y Octavia en la cocina fue, sin lugar a duda, la mejor puta sensación que había experimentado en mi vida.

Esto era un hogar. El mío.

Cenamos de forma apacible alrededor de la isla. Vera había irrumpido en el local antes de poder dar el primer bocado. Octavia

estaba inusualmente callada, arrastrando un trozo de pan por el plato. La confrontación la había dejado triste y drenada. Ver la decepción en sus pequeños hombros por culpa del desprecio continuo de Vera me partía el alma, pero no la dejamos hundirse.

Me senté a su lado, rodeándola con un brazo, y le besé la coronilla.

—Lo has hecho muy bien hoy, fiera —le murmuré, pegándola a mi costado—. Fuiste muy valiente al defender a Hannah. Estoy muy orgulloso de ti.

Hannah, sentada al otro lado de la niña, le acarició la mejilla con una ternura infinita.

—Tu padre tiene razón. Eres mi pequeña guardaespaldas favorita —le dijo Hannah, logrando que Octavia finalmente esbozara una sonrisa tímida, refugiándose en el calor y el cariño incondicional que los dos le estábamos brindando.

Cuando terminamos de recoger la cocina, el cansancio emocional venció a la niña. Hannah se secó las manos y le guiñó un ojo.

—Vamos, fiera. Te acompañaré arriba. Tienes que lavarte los dientes y, si te das prisa, te leeré un capítulo más del libro de aventuras antes de dormir. ¿Trato?

—Trato —aceptó Octavia, frotándose un ojo y tomando la mano que Hannah le ofrecía.

Me quedé observándolas subir por las escaleras de madera, maravillado por lo natural y perfecto que resultaba ver a la cirujana más dura del hospital ejerciendo de figura materna con una facilidad pasmosa.

Estaba a punto de seguirlas cuando mi teléfono móvil vibró sobre la encimera. El nombre de mi hermana brillaba en la pantalla.

Deslicé el dedo para contestar.

—Dime que no has quemado la casa de nuestros padres hasta los cimientos —fue el saludo de Clover, que sonaba exhausta pero alerta —. Porque mi teléfono está a punto de derretirse. Mamá lleva media

hora llamándome y mandándome mensajes histéricos e incomprensibles. Exige que vaya a verla inmediatamente.

Solté una exhalación larga, apoyando la cadera contra el granito de la cocina. Para mi hermana había sido especialmente duro aguantar la actitud de mis padres. Tuvo que pasar su adolescencia en una casa fría y vacía. Era la que había visto los estallidos de dolor de mi padre, y la que había tenido que aguantar la actitud fría y despreocupada de mi madre. Ella era una niña cuando murió Carson, necesitaba a sus padres, necesitaba a su familia. Pero solo obtuvo silencio y aislamiento.

—No he quemado la casa, Clover. Pero he apretado el botón nuclear —le confesé, bajando la voz—. Vera ha montado un espectáculo en el restaurante delante de todo el pueblo. Ha atacado a Hannah y ha hecho llorar a Octavia. Así que he ido a su casa y les he contado la verdad. Todo. El desgarro de la vena cava, la imposibilidad del traslado... Les he quitado su mentira de golpe.

Se hizo un silencio espeso al otro lado de la línea. Luego, escuché a mi hermana soltar un suspiro tembloroso de puro alivio.

—Joder, Caleb. Ya era hora —murmuró Clover, con la voz cargada de emoción—. Yo era incapaz de enfrentarme a ellos. Llevas doce años cargando con esa cruz. No les debes nada, hermano. Absolutamente nada. Si hay alguien que debería estar pidiendo perdón de rodillas en este momento, son ellos. A ti, a Hannah y a Octavia.

—No lo harán. Y me da igual. Se acabó —sentencié, sintiendo que la última cadena se rompía—. Lo único que me importa es que no voy a dejar que vuelvan a menospreciar a Octavia. La forma en la que le han dado la espalda a mi hija desde que nació es imperdonable. No voy a tolerarlo más.

—Y haces bien —me apoyó Clover con una lealtad feroz—. Son unos cobardes. Déjalos que lidien con sus propios demonios, yo ignoraré sus llamadas esta noche. Ahora céntrate en tu chica y en mi sobrina. Por cierto... ¿cómo está Hannah con todo esto?

Miré hacia el techo, escuchando los pasos suaves de Hannah en el piso de arriba.

—Está perfecta. Es increíble, Clover —admití, y una idea repentina pero absolutamente necesaria cruzó mi mente. Llevábamos días encajando nuestra intimidad en los huecos de la madrugada, controlando los ruidos, midiendo los límites. Necesitaba más. Ella necesitaba más—. Oye, enana... necesito pedirte un favor.

—Dispara, grandullón.

—La semana que viene, ¿podrías encargarte de Octavia una noche? —le pedí, pasándome una mano por el pelo—. Quiero hacerle la cena a Hannah. Y después... quiero tener la casa para nosotros solos. Necesito pasar la noche con ella sin el miedo constante a despertar a la niña.

Clover soltó una carcajada brillante y cómplice al otro lado del teléfono.

—¡Uh, alerta de noche de adultos! —bromeó, haciéndome sonreír de medio lado—. Por supuesto que sí. Llevaba tiempo queriendo secuestrar a mi sobrina. Me la llevaré a mi apartamento y haremos una fiesta de pijamas épica. Pizza, películas y cero padres. Tendréis toda la cabaña a vuestra entera disposición para hacer el ruido que os dé la gana.

—Eres la mejor, Clover. Te debo una inmensa.

—Me debes como tres, pero no llevo la cuenta —rio mi hermana —. Disfruta de la paz, Caleb. Te la has ganado. Buenas noches.

Colgué el teléfono justo cuando el crujido del último escalón me avisó de que Hannah volvía a la planta baja. Vestía una de mis camisetas desgastadas, el pelo castaño revuelto y una expresión de dulce agotamiento en el rostro.

La miré, sabiendo que en unos días tendría a esta mujer completamente a mi merced, sin paredes que nos limitaran ni silencios impuestos.

VEINTIUNO

Hannah

El silencio en la cabaña de Caleb era tan denso que casi podía cortarse con un bisturí. Era un silencio eléctrico, expectante y completamente embriagador.

Octavia llevaba horas en el apartamento de Clover, inmersa en su prometida fiesta de pijamas, lo que nos dejaba a Caleb y a mí absolutamente solos. Sin miedo a ruidos furtivos, sin tener que medir nuestras palabras y sin barreras. Y Caleb llevaba toda la maldita noche haciéndome saber, con cada mirada, que iba a aprovechar cada uno de esos segundos.

Estábamos en el salón. Habíamos cenado algo ligero, pero apenas recordaba a qué sabía la comida. Mi cuerpo entero estaba concentrado en la forma en que los ojos azul turquesa de Caleb me seguían a todas partes. Estaba sentado en el sofá, con un vaso de bourbon en la mano, relajado con las piernas abiertas y observándome con una intensidad depredadora y oscura que me hacía temblar las rodillas.

Me pasé las manos por la falda, alisando la tela. Llevaba un vestido. Era un diseño de punto suave, de manga larga y con una falda que caía fluida hasta mis tobillos. Para cualquier otra mujer, un vestido largo un viernes por la noche en una cabaña habría sido algo casual, pero para mí era un salto al vacío. Llevaba doce años escondiendo mi cuerpo en pantalones y uniformes de quirófano.

Ponerme un vestido, aunque cubriera mi cicatriz, me hacía sentir expuesta, femenina y vulnerable.

Pero Caleb me miraba como si fuera la criatura más jodidamente hermosa que hubiera pisado la faz de la tierra.

Dejó su vaso sobre la mesa de centro con un golpe sordo y se puso en pie. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta negra que se ajustaba a sus hombros anchos. Caminó hacia mí con esa cadencia pausada y letal suya.

—Ven aquí —murmuró, tendiéndome la mano.

La tomé sin dudar. Sus dedos, grandes y ásperos, se entrelazaron con los míos. En lugar de llevarme hacia las escaleras, tiró de mí hacia la puerta de cristal que daba al porche trasero.

Al abrir la puerta, el aire helado de la montaña me golpeó el rostro, pero el frío se disipó al instante al ver lo que había preparado. En la esquina del porche, resguardado bajo el techo de madera, el gran jacuzzi de exterior estaba destapado. El agua burbujeaba suavemente, y una nube de vapor cálido se elevaba hacia la noche oscura de Wildwater Falls. Sobre una silla cercana, había dejado dos gruesos albornoces blancos y esponjosos.

Me giré hacia él, sorprendida y con el pulso desbocado.

—¿No te habrás traído un bañador bajo ese vestido, verdad, O'Malley? —preguntó Caleb, con una sonrisa ladeada y arrogante que me aceleró la respiración.

—No me avisaste de que íbamos a nadar, Donovan.

—No vamos a nadar. Y no hay ropa de baño —sentenció, dando un paso hasta acorralarme suavemente contra el borde de madera del jacuzzi—. Esta noche te quiero completamente accesible para mí. De principio a fin.

Levantó las manos y las posó en mis hombros. Sus pulgares acariciaron mi clavícula por encima de la tela antes de deslizarse hacia la cremallera oculta en la espalda de mi vestido. El sonido metálico de la cremallera bajando pareció resonar en todo el bosque.

Caleb apartó la tela de mis hombros con una lentitud reverencial. El vestido cayó al suelo del porche en un charco de punto suave. Me quedé solo en ropa interior, tiritando ligeramente, no tanto por el frío de Oregón, sino por la forma en que sus ojos recorrieron cada centímetro de mi piel. No apartó la vista cuando su mirada pasó por mi pierna derecha. Al contrario. Se arrodilló sobre la madera, trazó el contorno de mi cicatriz con las yemas de los dedos y depositó un beso reverencial sobre ella, como si estuviera adorando el mapa de mi supervivencia, antes de levantarse y desabrocharme el sujetador.

Me deshice de mi ropa interior bajo su atenta mirada, sintiendo que la excitación se acumulaba pesada y caliente en mi bajo vientre. Caleb se quitó la ropa en tres movimientos rápidos y secos. Estaba completamente desnudo, y su erección, dura y desafiante, me dejó sin aliento.

—Entra —me ordenó con voz ronca.

Bajé los escalones del jacuzzi, soltando un gemido de puro alivio cuando el agua caliente me cubrió hasta el pecho. Caleb entró tras de mí. Se sentó en uno de los bordes sumergidos, abrió las piernas y me miró.

—A horcajadas sobre mí. Ven.

Obedecí al instante. El agua amortiguaba mis movimientos, pero la fricción de mi piel desnuda contra la suya al sentarme a horcajadas sobre sus muslos fue una sacudida eléctrica. Mis rodillas quedaron a ambos lados de sus caderas. Bajo el agua burbujeante, mi centro húmedo y palpitante quedó presionado exactamente contra la dureza de su erección.

Solté un suspiro tembloroso y me apoyé en sus hombros, buscando su boca, pero Caleb giró la cara un milímetro, esquivando mi beso. Sus manos grandes me agarraron por la cintura bajo el agua, manteniéndome firme en mi sitio, controlando la presión de nuestros cuerpos.

—Aún no, preciosa —susurró, con su aliento cálido rozándome los labios—. Antes de empezar, tenemos que dejar claras las reglas de esta noche.

Tragué saliva, asintiendo, completamente cautivada por su tono de autoridad. Mi mente de cirujana, acostumbrada a tomar mil decisiones por minuto, se apagó de golpe, dejándome flotar en una neblina de sumisión absoluta.

—Te lo dije en su momento, Hannah. No me va el dolor —empezó Caleb, mirándome a los ojos con una seriedad que me ancló al fondo del jacuzzi.

—Lo sé —logré articular, frotando mi vientre contra él instintivamente.

Caleb apretó el agarre en mi cintura, deteniendo mi movimiento para obligarme a prestar atención, aunque un gruñido grave vibró en su garganta al sentir la fricción.

—Pero quiero el control total. Absoluto —continuó, y su voz bajó una octava, volviéndose oscura y espesa—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Cargas con el peso de la vida y la muerte todos los malditos días. Pero aquí, esta noche, quiero que dejes ir el control. Quiero inmovilizarte para que no tengas más remedio que rendirte. Quiero probar con ataduras, Hannah. Quiero atarte las manos, quitarte cualquier posibilidad de tomar decisiones, y obligarte a dejar que yo me ocupe de cada cosa que sientas.

El aire abandonó mis pulmones. La palabra *ataduras* flotó en el vapor del jacuzzi, y en lugar de miedo, lo que detonó en mi interior fue un tsunami de excitación tan salvaje que casi me hizo llorar. La idea de no poder moverme, de entregarle las riendas de mi cuerpo a este hombre fuerte y protector, era la fantasía más profunda y liberadora que jamás había experimentado.

—Sí... —jadeé, inclinándome hacia adelante hasta pegar mi frente a la suya, incapaz de contener la necesidad de frotarme de nuevo contra su erección bajo el agua. Esta vez, él me dejó hacerlo—. Por favor, Caleb. Hazlo. Haz conmigo lo que quieras.

El azul turquesa de sus ojos se oscureció hasta casi volverse negro. La confirmación de mi consentimiento y mi entrega total rompieron la última barrera de su autocontrol.

Sus manos subieron desde mi cintura hasta mi nuca, enredando sus dedos en mi pelo húmedo, y finalmente me besó. Fue un beso posesivo, devorador, una reclamación absoluta que me dejó sin respiración. Bajo el agua, sus manos me moldearon, acariciando mis pechos, pellizcando mis pezones endurecidos, preparándome física y psicológicamente, elevando mi temperatura muy por encima de los cuarenta grados del jacuzzi.

Me besó hasta dejarme mareada, hasta que mi cuerpo entero vibró de pura anticipación por lo que estaba a punto de hacerme cuando cruzáramos la puerta hacia su dormitorio.

El contraste entre el calor asfixiante del agua y el aire helado de la noche me hizo jadear cuando Caleb tiró de mí, sacándome del jacuzzi con una facilidad pasmosa. No me dio tiempo a temblar. Inmediatamente, me envolvió en uno de los gruesos albornoces blancos, cruzando las solapas sobre mi pecho húmedo y atando el cinturón con firmeza.

Se puso el suyo en un movimiento rápido, me tomó de la mano y me guio hacia el interior de la cabaña.

Subimos las escaleras en silencio. El único sonido era el de nuestras respiraciones agitadas y el latido desbocado de mi propio corazón, que resonaba en mis oídos. Mi mente, normalmente un torbellino de diagnósticos y protocolos estaba completamente en blanco, reducida a una única y abrumadora necesidad: él.

Al entrar en su dormitorio, bañado por la luz dorada y tenue de la lámpara de noche, mis ojos se clavaron de inmediato en la cama. Sobre el edredón oscuro, Caleb había dejado preparadas dos largas cintas de seda negra.

Tragué saliva. La imagen de esas ataduras hizo que una punzada de pura electricidad me recorriera desde la nuca hasta el vientre.

Caleb cerró la puerta a nuestras espaldas. Caminó hacia mí, desató el nudo de mi albornoz y dejó que la felpa blanca cayera al suelo, dejándome completamente desnuda y vulnerable en el centro de su habitación. Él se deshizo del suyo con la misma rapidez.

Se sentó en el borde del colchón, separó las rodillas y me miró desde abajo. Su pecho, ancho y marcado, subía y bajaba con fuerza. Su erección era un monumento a la expectación, dura, gruesa y palpitante contra su abdomen.

Llevaba fantaseando con este momento desde hacía días. La necesidad de probarlo, de tomarlo en mi boca y volverlo tan loco como él me volvía a mí, me estaba arañando las entrañas. Di un paso hacia él, dispuesta a empujarlo sobre la cama, pero levantó una mano, deteniéndome.

—Ponte de rodillas, nena —me ordenó.

El sonido de ese nuevo apodo, grave, ronco y cargado de una posesividad ardiente me debilitó las piernas. *Nena*.

No dudé ni un milisegundo. Me arrodillé sobre la alfombra suave justo entre sus muslos. Caleb soltó un gruñido bajo y enredó los dedos de ambas manos en mi pelo húmedo. No me forzó hacia abajo; simplemente me sostuvo, dándome el control de este primer asalto mientras él mantenía el dominio de la situación.

Me incliné hacia adelante. El olor a cloro del jacuzzi mezclado con su aroma natural y almizclado me llenó los sentidos. Besé la base de su erección, sintiendo cómo sus músculos se tensaban bajo mis labios. Deslicé la lengua por toda su extensión, saboreando una gota de humedad en la punta, y finalmente lo tomé en mi boca.

Caleb echó la cabeza hacia atrás, apretando los dientes, y un gemido ronco, casi animal, escapó de su garganta.

—Joder... sí. Así, nena —susurró. Su vox ronca y cargada de deseo iba directa a clavarse a mi cerebro y a mi entrepierna.

Empecé a succionar, marcando un ritmo profundo y hambriento. Mis manos volaron a sus muslos, apretando la carne dura, mientras mi boca trabajaba sobre él. Caleb controlaba el ritmo de mi cabeza con sus manos en mi pelo, marcando la profundidad que necesitaba, exigiéndome más, guiándome con una firmeza que me excitaba hasta el delirio. Quería vaciarlo allí mismo. Quería ser la única persona capaz de arrancarle ese nivel de placer y locura.

Chupé con más fuerza, girando la lengua, sintiendo cómo su cadera empezaba a empujar hacia arriba, buscando el clímax.

Pero justo cuando su respiración se volvió errática y supe que estaba a punto de romperse, Caleb me agarró por los hombros y tiró de mí hacia arriba, sacándome de su boca.

Solté un quejido de protesta, frustrada y jadeante, con los labios hinchados.

—Aún no —gruñó, poniéndome en pie frente a él—. Arriba, Han. Sube a la cama.

Mi cuerpo temblaba de anticipación. Trepé por el colchón y me tumbé boca arriba. Caleb me siguió de cerca. Agarró las dos cintas de seda negra de la cama y se arrodilló a mi lado.

—Sube las manos por encima de tu cabeza —me indicó.

Obedecí. Crucé las muñecas contra los barrotes de madera oscura del cabecero. Caleb deslizó la seda alrededor de mi piel. Sus movimientos fueron precisos, expertos, pero increíblemente suaves. Ató la primera cinta alrededor de mis muñecas juntas, y luego usó la segunda para anclarlas al barrote.

Cuando terminó, se inclinó sobre mí, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza.

—Intenta moverte. Tira un poco —me pidió, asegurándose de su obra.

Tiré de los brazos. Estaba firmemente sujeta; no podía bajar las manos ni separarlas más de un par de centímetros, pero la seda era tan suave que no había ningún tipo de fricción dolorosa.

—No puedo moverme —susurré, con la respiración entrecortada.

—¿Te hace algún daño, nena? ¿Te corta la circulación?

—No. Estoy bien. Caleb... por favor.

Esbozó una sonrisa letal, satisfecha, y besó la punta de mi nariz.

—Tu único trabajo esta noche es sentir, Han. Yo me encargo de todo lo demás.

Se bajó de la cama por un segundo y se situó a los pies del colchón. Separó mis piernas, dejándome completamente expuesta. Al no poder usar mis manos para cubrirme, al no poder controlar la situación, sentí cómo una vulnerabilidad abrumadora chocaba con una excitación irracional.

Caleb no fue directo a mi centro. Sus manos, grandes y cálidas, se posaron en mi muslo derecho. Bajó la cabeza y comenzó a besar, lenta y reverencialmente, cada centímetro de mi cicatriz. Su boca ardiente trazó el tejido retorcido, validando la marca que tanto odiaba, demostrándome sin palabras que adoraba hasta mis ruinas. Solté un sollozo ahogado, las lágrimas pinchándome los ojos ante ese nivel de devoción.

Luego, subió.

Se acomodó entre mis piernas abiertas y me miró a los ojos.

—Abre más los muslos para mí —comandó.

Mis piernas temblaron, pero le obedecí, separándolas todo lo que pude. Caleb bajó el rostro y hundió la lengua directamente en mi clítoris.

Grité, arqueando la espalda, tirando inútilmente de las ataduras de seda. La restricción de mis manos amplificó cada terminación nerviosa de mi cuerpo de una forma aterradora y exquisita. La succión de su boca, el roce implacable de su lengua sobre mi punto más sensible se sentía como fuego líquido. Al no poder agarrarme a las sábanas, al no poder tocarlo a él para frenarlo, mi cuerpo entero se convirtió en una antena receptora de placer bruto.

—Aguanta, Han —murmuró contra mi piel empapada, deslizando dos dedos dentro de mí, estirándome, preparándome para lo que venía—. Siente esto. Solo siéntelo.

Me estaba volviendo loca. Me retorcía en la cama, gimiendo su nombre, ciega por la humedad y el orgasmo que se acumulaba en la base de mi columna. Pero Caleb era un maestro de la contención. Cuando sentí que estaba a un segundo de estallar, retiró la boca y los dedos.

Me dejó jadeando, vacía, suplicando con la mirada.

Subió por mi cuerpo, gateando sobre el colchón hasta cernirse sobre mí. Su erección rozó mi entrada resbaladiza. Se apoyó en los antebrazos, acorralándome, y su rostro quedó a centímetros del mío. Sus ojos turquesa ardían con una intensidad posesiva que me desarmó por completo.

—Mírame —ordenó.

Clavé mis ojos en los suyos. Y entonces, con un movimiento lento, firme y devastador, empujó sus caderas hacia adelante, hundiéndose en mi interior hasta la empuñadura.

El grito que salió de mi garganta fue agudo y roto. Estaba tan llena, tan increíblemente profundo, que sentí cómo rasgaba hasta el último muro de mis defensas emocionales.

Caleb empezó a moverse. No había prisa, pero tampoco piedad. Él controlaba el ritmo, marcando embestidas largas, profundas y calculadas que golpeaban el mismo punto exacto una y otra vez. Sin mis manos, sin el control de la gravedad, yo solo era suya. Cada choque de nuestras caderas me enviaba oleadas de un placer tan desconocido, tan absoluto, que empecé a llorar en silencio. Era la liberación total.

—Eres mía, nena —gruñó Caleb, acelerando el ritmo, agarrándome por las caderas con fuerza, clavando sus dedos en mi piel para anclarme a sus embestidas—. Toda mía.

—Tuya... sí, Caleb, soy tuya... —sollocé, perdiendo la cabeza.

El orgasmo me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías. Las contracciones de mi cuerpo fueron tan violentas que tiré de las ataduras de seda con fuerza, gritando su nombre mientras la avalancha me arrastraba. Caleb me acompañó un segundo después. Con tres embestidas brutales y cortas, gruñó contra mi cuello, vaciándose en mi interior, aplastándome con su peso en el refugio perfecto de su rendición.

Mi pecho subía y bajaba de forma errática. Estaba flotando en una neblina dorada de agotamiento y endorfinas, con los músculos

temblando por la intensidad de un orgasmo que me había vaciado por completo. Caleb hundió el rostro en mi cuello, respirando mi olor, dejando que nuestros latidos desbocados se sincronizaran lentamente.

Pasaron un par de minutos antes de que él se incorporara lo justo para mirarme. Sus ojos turquesa estaban oscurecidos, pero desbordaban una ternura que me cortó la respiración.

—¿Estás bien, nena? —murmuró, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

—Nunca he estado mejor —susurré, y era la verdad más absoluta que había pronunciado en mi vida.

Caleb esbozó una media sonrisa, se arrodilló sobre el colchón y sus manos expertas fueron directamente a las cintas de seda negra. Deshizo los nudos con una facilidad asombrosa, liberando mis muñecas del cabecero de madera. En cuanto mis brazos quedaron libres, cayeron pesadamente a mis lados. Él tomó mis manos, masajeando la piel donde la seda había presionado ligeramente, asegurándose de devolver la circulación completa con un cuidado reverencial.

Luego, sin decir una palabra, deslizó un brazo por debajo de mis rodillas y otro por mi espalda, levantándome en vilo como si no pesara nada.

Me acurruqué instintivamente contra su pecho desnudo, apoyando la cabeza en su hombro mientras él nos sacaba de la habitación. Bajamos las escaleras en silencio. Atravesamos el salón y, al abrir la puerta del porche, el aire cortante y helado de la madrugada de la montaña me hizo soltar un pequeño respingo. Caleb me apretó más contra él y bajó los escalones del jacuzzi.

El contraste del agua a cuarenta grados engullendo nuestros cuerpos desnudos fue la gloria bendita.

Caleb se sentó en el banco sumergido y me acomodó de lado sobre su regazo, con mis piernas enredadas en las suyas y mi cabeza descansando justo sobre su corazón. El agua burbujeante nos envolvía, relajando hasta el último músculo tenso de mi cuerpo.

Sus brazos me rodeaban con una posesividad tranquila, trazando círculos perezosos en mi espalda desnuda.

—A veces olvido lo diferente que eras antes —murmuré, rompiendo el silencio acogedor de la noche, con la mente viajando por inercia hacia el pasado al sentir la fuerza de su cuerpo contra el mío—. Eras un auténtico temerario, Donovan. Siempre al límite.

Caleb soltó una carcajada baja que vibró contra mi mejilla.

—Era un idiota adicto a la adrenalina —corrigió él, apoyando la barbilla en mi cabeza húmeda—. Quería volar desde que tengo uso de razón. Ver a mi padre a los mandos del helicóptero me voló la cabeza, y creía que la única forma de sentirme vivo era saltando desde acantilados, esquiando fuera de pista y jugándome el cuello. Me creía invencible.

—Yo te veía así. Cuando llegué al pueblo con diez años parecías un superhéroe intocable de diecisiete años —confesé, sonriendo contra su piel—. Mientras tú saltabas al vacío, yo era la empollona rara y callada. Pensé que me iban a comer viva.

Caleb me acarició el brazo bajo el agua.

—Pero encontraste a tu tribu —apuntó suavemente.

—Sí. Encontré a Savannah, a Logan y a Noah —asentí, y una punzada de nostalgia me invadió al pensar en nuestra pandilla de inadaptados—. Éramos los raros. Y Dios sabe que los chicos populares se encargaron de recordárnoslo todos los días. Eran unos capullos con nosotros. Especialmente con Logan. Nos hacían la vida imposible.

No mencioné a Carson, pero su nombre flotó en el vapor entre nosotros. El hermano de Caleb era el líder indiscutible de ese grupo que tanto nos había atormentado, pero Caleb, siendo siete años mayor, siempre había estado al margen de esas crueldades adolescentes. De hecho, era el único de los chicos mayores que nos dedicaba una sonrisa o un saludo amable cuando nos cruzábamos.

—Lo sé —susurró Caleb, y su tono se volvió más grave, más reflexivo—. Yo estaba en mi propio mundo, demasiado ocupado

creyéndome el rey de la montaña, pero siempre me pareciste fascinante, Han. Incluso de niña, con tus libros enormes y esa mirada de sabelotodo orgullosa que le lanzabas a cualquiera que se metiera con tus amigos. Siempre fuiste una fiera protegiendo a los tuyos.

Levanté la cabeza para mirarlo. Sus ojos turquesa brillaban a la luz de la luna, fijos en los míos con una adoración que me dejó sin defensas.

—Nunca he tenido esto con nadie —me confesó de pronto, su voz ronca y cargada de una honestidad cruda—. Jamás. Eres el paquete completo. Eres jodidamente inteligente, independiente, la cirujana más talentosa que he visto en mi vida y tienes un orgullo que me vuelve loco. Pero luego te veo con Octavia... veo lo dulce y protectora que eres con mi hija, y me desarmas.

Tragué saliva, sintiendo que un nudo de emoción se me formaba en la garganta.

Caleb me acarició el pómulo, apartando un mechón de pelo mojado de mi cara.

—Y esto... —continuó, rozando mis labios con el pulgar, refiriéndose a lo que acabábamos de vivir en su cama—. Con Kate, o con cualquier otra en el pasado, esto era solo un juego físico y vacío. Un rol para pasar el rato. Contigo no es un juego sexual. Contigo, quitarte el control es mi forma de cuidarte. Es nuestro refugio. Se siente como parte de lo que somos.

Una lágrima solitaria se escapó de mi ojo izquierdo, mezclándose con el vapor y el agua. Las palabras de Caleb me atravesaron el pecho, curando inseguridades que ni siquiera sabía que tenía. Él lo entendía. Entendía mi necesidad de control en el mundo real y mi desesperación por soltarlo en sus manos.

Me abracé a su cuello y escondí el rostro en su hombro, superada por la emoción. El calor del agua, el alivio del orgasmo y el peso de su confesión hicieron que mis músculos se convirtieran en gelatina.

—Eres mi refugio, Caleb —susurré contra su piel, sintiendo que el sueño empezaba a arrastrarme hacia la inconsciencia.

Él me besó el pelo, manteniéndome abrazada unos minutos más hasta que notó que mi respiración se volvía profunda y acompasada. La relajación me había vencido por completo.

Con movimientos firmes y seguros, Caleb me levantó del agua. Ni siquiera abrí los ojos cuando el aire frío me golpeó; confiaba en él ciegamente. Me envolvió en una toalla enorme y seca que había dejado a mano, secando mi piel con toques suaves y devotos. Me tomó en brazos de nuevo, me llevó escaleras arriba y me depositó bajo el edredón grueso de su cama.

Me acurruqué en el centro del colchón mientras él se metía a mi lado, tirando de mí hasta que mi espalda quedó pegada a su pecho. Y allí, envuelta en el olor a pino y a hombre del piloto que acababa de robarme el corazón de forma definitiva, me quedé profundamente dormida.

VEINTIDÓS

Caleb

El rugido de los motores de la base aérea era el sonido que había definido mi vida adulta, pero esa mañana de lunes, apenas lo registraba.

Estaba sentado en el banco del vestuario, con el mono de vuelo a medio abrochar, mirando un punto fijo en la pared de las taquillas de metal. Mi mente seguía atrapada en la mañana del domingo. Rememoraba con una claridad casi dolorosa lo que había sido despertar con Hannah enredada en mis sábanas, su respiración suave contra mi pecho y la marca de mi posesividad en la forma en que se acurrucaba contra mí, confiando ciegamente.

Aquel despertar no había sido solo el final de una noche increíble; había sido una revelación absoluta. Mientras le apartaba el pelo castaño del rostro dormido, supe con una certeza que me caló hasta los huesos que ella era la indicada. Mi "para siempre". Después de doce años de sombras, de un matrimonio fallido y de cargar con cruces ajenas, Hannah O'Malley era el hogar que no sabía que estaba buscando.

—Eh, piloto. Baja de las nubes.

Levanté la vista. Noah Grant estaba apoyado en el marco de la puerta, sosteniendo un portapapeles y mirándome con una ceja arqueada.

—No estoy en las nubes, Grant. Estoy concentrándome —mentí, poniéndome en pie y subiendo la cremallera de mi mono ignífugo.

—Claro, y yo soy monje de clausura —se burló Noah, aunque su expresión se volvió un poco más seria al instante—. Tienes visita en la entrada principal, junto a la caseta de seguridad.

Fruncí el ceño. No esperaba a nadie.

—¿Quién es?

—Tu padre —respondió Noah, bajando la voz. Sabía que las cosas en mi familia estaban rotas, aunque no conociera los detalles —. ¿Quieres que le diga que estás en una reunión de prevuelo?

Negué con la cabeza, agarrando mi chaqueta.

—No. Iré a ver qué quiere. Gracias, Noah.

Salí del hangar y caminé por el asfalto gris hacia la valla perimetral. El viento helado de la mañana me golpeó la cara, despejándome la mente. Al llegar a la verja, vi a Sean Donovan. Noah tenía razón. Mi padre estaba de pie, encorvado dentro de su abrigo, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en el suelo. Ya no quedaba rastro de la furia indignada con la que me había recibido el domingo anterior. Había pasado una semana entera de la visita a mis padres, no había recibido ni un solo mensaje de su parte desde entonces, aunque sabía que Clover había tenido que batallar con llamadas constantes de ambos.

Me detuve frente a él, al otro lado de la línea amarilla de seguridad. No sonreí. No mostré hostilidad, pero tampoco calidez. Solo era un hombre protegiendo a los suyos.

—Papá —lo saludé, con un tono neutro.

Sean levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos y unas ojeras profundas que hablaban de varias noches sin dormir.

—Caleb... —carraspeó, intentando encontrar la voz—. Siento venir a tu lugar de trabajo. Sé que estás de turno, pero necesitaba verte.

—Te escucho.

Mi padre tragó saliva y dio un paso más cerca de la valla.

—Es sobre Octavia —empezó, y la vulnerabilidad en su tono fue genuina—. Caleb, te lo ruego. No me impidas ver a mi nieta. Sé que te puse un ultimátum el otro día, pero... ella es mi sangre. La adoro. No me castigues apartándola de mí.

Me quedé mirándolo. Hace un mes, habría cedido al instante para mantener la paz familiar, pero el hombre que estaba de pie frente a él ya no era el mismo.

—No se trata de castigarte a ti, papá. Se trata de protegerla a ella —le respondí, con una calma letal—. Tu mujer le gritó el otro día delante de todo el pueblo. La hizo llorar. Y tú estabas dispuesto a defender a Vera por encima de tu propia nieta. Así que no te voy a dar una respuesta ahora. Tengo que pensarlo, y lo más importante: tengo que sentarme con Octavia y preguntarle si *ella* quiere verte.

Sean cerró los ojos un segundo, asimilando el golpe.

—Lo entiendo —murmuró, derrotado—. Hemos... he estado equivocado, Caleb. Estábamos tan ciegos por el dolor... Creo que quizá nos equivocamos al culparte de la muerte de Carson.

Escuchar esa admisión, esas palabras que había anhelado durante una década entera, me produjo una sensación extraña. No sentí alivio. Sentí el vacío de doce años perdidos.

—Ese "quizá" sobra, papá. Sabes perfectamente que os equivocasteis —lo corregí, sin piedad—. Pero tus palabras no son suficientes. Puedes pedirme perdón mil veces, pero mientras sigas bajo el mismo techo que una mujer que sigue viéndome como un asesino y a mi hija como un error, todo esto es en vano. Sin el arrepentimiento de Vera, nada de lo que digas cambiará nuestra situación.

Sean suspiró, frotándose el puente de la nariz con cansancio.

—Tu madre está destrozada, Caleb. Le has arrancado la única mentira que la mantenía en pie. Es muy difícil reconocer que has estado tan terriblemente equivocada durante tanto tiempo. Tienes que darle margen. Tarde o temprano, Vera se dará cuenta de lo que ha hecho.

—No tengo que darle nada —lo corté, endureciendo la mandíbula —. Tuvo doce años para ser madre y abuela, y eligió el veneno. Pensaré lo de Octavia y te llamaré. Ahora tengo que volver al trabajo.

Di media vuelta antes de que pudiera replicar y comencé a caminar de regreso hacia el hangar.

Mientras el viento soplaba a mi alrededor, mi mente procesaba las palabras de mi padre. Sean esperaba que el tiempo lo curara todo, que un futuro arrepentimiento de Vera borrara el pasado por arte de magia. Pero se equivocaba. Incluso si mi madre aparecía mañana llorando de rodillas, yo no iba a perdonarla tan fácilmente. El rechazo a Octavia era una cicatriz demasiado profunda.

Y había algo más. Algo que Sean ni siquiera estaba teniendo en cuenta en su ecuación de disculpas.

Vera no solo me había destrozado a mí. Vera había sido la principal responsable de envenenar al pueblo contra la familia O'Malley. Ella fue quien usó su influencia y su papel de madre afligida para forzar el exilio de Hannah, empujando a sus padres a abandonar su hogar y su vida hace doce años para escapar del acoso social.

Si llegaba el día en que Vera Donovan pidiera clemencia, yo no sería quien dictara la sentencia. Esa decisión le correspondería única y exclusivamente a Hannah.

* * *

El estruendo de la alarma de emergencia cortó la tensa calma de la base apenas veinte minutos después de que mi padre se marchara. No hubo tiempo para procesar la conversación.

Corrimos hacia el hangar. Ian ya estaba asegurando los arneses de carga y Noah verificaba los monitores médicos del Alfa Uno.

—¡Excursionista desaparecida en la cara este de *Black Rock*! —gritó Ian por encima del silbido de la APU que ya estaba encendiendo—. ¡Control de parques reporta un posible resbalón hacia el barranco del Diablo!

—Maldita sea —gruñí, subiéndome al asiento del piloto. La cara este era pura pizarra inestable y corrientes térmicas traicioneras. ¿Por qué se empeñaba todo el mundo en ir hasta ese desfiladero traicionero? Siempre acabábamos en un rescate peligroso que nos ponía en peligro a todos.

Despegamos en tiempo récord. El rugido del motor y la vibración cíclica de los rotores se convirtieron en la única realidad. A mi lado, Ian y Noah permanecían en un silencio absoluto, concentrados, con la frialdad de quienes han mirado a la muerte a los ojos demasiadas veces como para impresionarse. Éramos una máquina de tres cabezas, engrasada con años de confianza y una necesidad compartida de arrebatarle vidas a la montaña.

Al llegar a *Black Rock*, el panorama era peor de lo esperado. Una ventisca racheada golpeaba la pared de roca vertical. Escaneé la zona, luchando contra los mandos para mantener el helicóptero estable.

—*¡Allí*! —la voz de Ian sonó nítida en mis auriculares—. *Cincuenta metros por debajo de la cresta. Enganchada en una repisa de nieve. No se mueve.*

La vi. Un pequeño punto de color rojo neón atrapado en la inmensidad gris de la piedra. Estaba en una posición horrible. No había espacio para aterrizar, y la turbulencia cerca de la pared era brutal.

—Tengo que meter el morro casi rozando la roca, Ian —avisé, sintiendo cómo la adrenalina afilaba mis sentidos—. Vas a tener que bajar tú. Noah, prepárate para el izado rápido.

—*Entendido, piloto* —respondió Ian, abriendo la puerta lateral. El estruendo del viento inundó la cabina.

Maniobré el Alfa Uno con una precisión milimétrica. Cada movimiento del cíclico y el colectivo era una batalla contra el viento

que amenazaba con estrellarnos contra la montaña. Las palas del rotor principal cortaban el aire a escasos metros de la pizarra. Sudor frío me corría por la espalda, pero mis manos estaban firmes, ejecutando una danza de control magistral que solo años de vuelo extremo te otorgan.

Ian saltó en rápel. Lo vi descender, una figura oscura contra la nieve, mientras yo mantenía el vuelo estacionario más difícil de mi carrera.

Y entonces, el caos.

Un chasquido estático llenó mis auriculares.

—*Alfa Uno, aquí Ian... t-turbule... m-moviendo... iradio f...!* —la voz se cortó de golpe.

—¿Ian? ¿Ian, me recibes? —pregunté, manteniendo la calma por pura disciplina, aunque mi pulso se disparó. —Base, aquí Alfa Uno ¿nos recibís?

Silencio. Total. Habíamos perdido las comunicaciones. Estábamos solos en medio de la peor pared de la zona, con Ian colgando de un cable a sesenta metros sobre el abismo y sin saber qué estaba pasando abajo.

Miré a Noah por el retrovisor. Me asintió, con la mandíbula apretada. Confianza. Eso era lo único que nos quedaba. Confiar en que Ian estaba bien, confiar en mi propia habilidad para mantener el pájaro en el aire sin referencias de radio, confiar en que saldríamos de esta.

Fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Peleando contra ráfagas invisibles, mirando obsesivamente el cable del cabrestante, rezando a un Dios en el que no creía para que Ian no se hubiera soltado.

Finalmente, el cable empezó a subir.

Noah tiró de Ian y de la excursionista hacia el interior de la cabina. Ian me dio un pulgar arriba, con el rostro pálido y cubierto de escarcha. Estaban a salvo.

—¡Nos largamos de aquí! —grité, aunque nadie me escuchaba, y empujé el morro hacia abajo para ganar velocidad, alejándonos de la pared de la muerte.

La radio cobró vida tres minutos después, cuando ya estábamos sobre el valle.

—...alfa Uno, aquí Base! ¡Repito, Alfa Uno, por favor contesten! — la voz de mi hermana sonaba histérica.

—Aquí Alfa Uno. Recuperadas comunicaciones. Objetivo a bordo. Mujer, hipotermia y posible fractura de tobillo. Nos dirigimos al Regional. Tened listo al equipo de trauma.

El vuelo hacia el hospital fue un borrón de velocidad y profesionalismo. Al aproximarnos al helipuerto del *Wildwater Regional*, vi el despliegue de luces rojas y blancas abajo. El equipo médico ya estaba en posición.

Aterricé con suavidad mecánica, sintiendo el golpe sordo de los patines contra el asfalto. Corté potencia al instante. Las puertas laterales se abrieron desde fuera y Noah e Ian comenzaron la transferencia de la paciente.

Me solté el arnés de cuatro puntos, sintiendo cómo la tensión empezaba a pasarme factura. Me ajusté el casco de vuelo bajo el brazo y bajé del helicóptero, oliendo el combustible de aviación y el aire frío de la tarde.

Escaneé al equipo de urgencias. Y entonces, la vi.

Hannah estaba allí. Llevaba su bata blanca de jefa de cirugía, pero no tenía esa expresión de autoridad médica gélida que solía lucir en estos momentos. Estaba pálida, con los ojos oscuros muy abiertos y fijos en mí. Se había corrido el rumor de nuestra pérdida de comunicaciones, y yo sabía lo que eso significaba para una superviviente. El miedo la había paralizado.

En cuanto sus ojos chocaron con los míos, la profesionalidad de Hannah O'Malley saltó por los aires.

Rompió el protocolo, ignoró a los celadores que se llevaban la camilla y corrió hacia mí por el helipuerto. Antes de que pudiera

reaccionar, se lanzó a mis brazos.

—¡Caleb! —jadeó, aferrándose a mi cuello con una fuerza desesperada, escondiendo el rostro en mi hombro húmedo. Estaba temblando incontrolablemente—. Nos dijeron que habíais perdido el contacto. Pensé... pensé que os habíamos perdido.

La abracé con fuerza, ignorando el hecho de que estábamos en medio del puto helipuerto del hospital, rodeados de su personal y del mío. Le acaricié la nuca con una mano, intentando calmar su terror.

—Shh, nena. Estoy aquí. Estamos todos bien. Estamos bien —le susurré contra el oído, dejando que mi olor a combustible y adrenalina la anclara a la realidad.

A unos metros de nosotros, Ian estaba de pie junto a Noah, quitándose el arnés de rescate. Al levantar la vista, vio a su hermana.

Avery Collins estaba de pie en el borde del helipuerto, observando la escena. Avery, con su aspecto delicado, su pelo negro y esos ojos verde claro que siempre parecían esconder un secreto, estaba pálida como la cera. Ella, que solía ser tan reservada y contenida, tan amable pero distante, estaba temblando visiblemente. Miraba a Ian como si fuera un fantasma.

Ian le dedicó un breve asentimiento de cabeza, y una sonrisa cansada pero tranquilizadora. Al ver ese gesto, vi cómo los hombros de Avery se relajaban instantáneamente. Se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo de alivio puro, y esbozó una media sonrisa temblorosa que iluminó su rostro.

Sostuve a Hannah un segundo más, sabiendo que el pueblo y el hospital tendrían mucho de qué hablar mañana al ver a su "soltero de oro" abrazando a la jefa de cirugía en público, pero en ese momento, nada de eso importaba. Habíamos vuelto a casa. Estábamos vivos.

* * *

El pequeño despacho de Hannah olía a desinfectante y al café suave que siempre tenía en su termo, pero en cuanto cerré la puerta a mis espaldas y pasé el pestillo, ese espacio de tres por tres metros se convirtió en el único refugio seguro de todo el condado.

Me dejé caer en el pequeño sofá de cuero sintético que tenía contra la pared, separé las rodillas y tiré de ella. Hannah no opuso ninguna resistencia. Se dejó arrastrar hasta quedar de pie entre mis muslos, rodeando mi cuello con los brazos mientras yo hundía el rostro en su estómago, envolviendo su cintura con fuerza.

El temblor en su cuerpo aún no había desaparecido del todo.

—Ya pasó, nena. Ya estamos en tierra —murmuré, frotando mi mejilla contra la suave tela de su bata quirúrgica, sintiendo el latido de su corazón, aún demasiado rápido, bajo mi oído.

Hannah hundió los dedos en mi pelo revuelto y exhaló un suspiro tembloroso.

—Odié no saber qué estaba pasando, Caleb. Odio las putas radios cuando fallan —confesó, con la voz ahogada—. ¿Qué salió mal ahí arriba?

La apreté un poco más contra mí, dándole el ancla física que necesitaba. Que necesitábamos ambos.

—La cara este de *Black Rock* es un infierno aerodinámico —le expliqué con calma, bajando el tono—. Ian estaba en el cable, a unos sesenta metros de profundidad, intentando asegurar a la mujer. Una corriente térmica ascendente nos golpeó de lleno al mismo tiempo que una ráfaga cruzada. El helicóptero se tambaleó y la estática de la tormenta cortó la señal con la Base. Me quedé ciego en las comunicaciones durante cinco minutos, peleando contra el cíclico para no estrellar el pájaro contra la pizarra.

Hannah se estremeció de pies a cabeza al imaginar la escena, apretando su agarre en mi nuca.

—Dios... —susurró.

—Pero confío en mi equipo, y confío en mis manos, nena —le aseguré, apartándome un poco para obligarla a mirarme a los ojos —. Ian hizo su trabajo, Noah el suyo y yo los saqué de allí. No voy a ir a ninguna parte. Te prometo que volveré a casa cada vez que despegue.

Los ojos oscuros de Hannah, aún brillantes por el miedo contenido, me escrutaron. No hubo palabras grandilocuentes. Ni declaraciones de amor. Pero la forma en que me miró, la forma en que mi pecho se expandía solo con tenerla cerca dejaba claro que esto no era un refugio temporal. Esta mujer era mi ancla definitiva. Estábamos en esto a largo plazo. Sentía, con una certeza absoluta, que esto era para siempre.

Se sentó de lado sobre mis rodillas, apoyando la cabeza en mi hombro, y yo dejé que el silencio curara la adrenalina residual de ambos.

Sin embargo, el rescate no era el único peso que cargaba en la cabeza. Apoyé la barbilla en su pelo y decidí compartir la otra mitad de mi día. Entre nosotros ya no había secretos.

—Mi padre vino a verme a la base esta mañana —dije, sintiendo cómo ella se tensaba levemente por la sorpresa.

—¿Sean? ¿Fue a la base? —preguntó, levantando la vista—. ¿Para qué? ¿Hubo otra discusión?

—No. Vino a bajar la cabeza —suspiré, acariciándole el brazo—. Me pidió que no le impidiera ver a Octavia. Admitió que quizá se habían equivocado al culparme a mí durante todos estos años.

Hannah frunció el ceño, su instinto protector poniéndose en alerta.

—Eso no suena a una disculpa completa, Caleb. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que un "quizá" no es suficiente. Y le dejé claro que, mientras siga viviendo bajo el mismo techo que Vera, no voy a exponer a mi hija a ese ambiente. Me juré que iba a pensar si Octavia está preparada para ver a su abuelo, pero le advertí que no espere que las cosas vuelvan a ser como antes.

Hannah me acarició la mandíbula con el pulgar, escuchándome con atención, libre de juicios.

—Hiciste lo correcto. Estás protegiendo a tu fiera —afirmó con rotundidad—. ¿Crees que tu madre cambiará? ¿Crees que Vera asimilará la verdad y se arrepentirá?

Solté una risa amarga y corta, negando con la cabeza.

—Incluso si lo hace, nena, incluso si mañana aparece de rodillas y admite que estuvo equivocada... dudo mucho que yo pueda perdonarla. Lo que le ha hecho a Octavia durante esta década es una cicatriz demasiado profunda. —Hice una pausa, clavando mis ojos en los suyos, queriendo que entendiera la gravedad de lo que venía a continuación—. Y tampoco pienso perdonarla por lo que os hizo a ti y a tu familia.

Hannah parpadeó, sorprendida por la mención de sus padres.

—Vera fue la que orquestó vuestro exilio —le recordé, sintiendo que la furia latía de nuevo en mi voz—. Ella presionó al pueblo, ella hizo que vuestra vida aquí fuera insoportable hace doce años. Si algún día mi madre pide clemencia, yo no soy quién para dársela. Esa decisión será solo tuya.

El rostro de Hannah se suavizó, conmovida por el nivel de lealtad y devoción que le estaba entregando. Se inclinó y me dio un beso lento, profundo y cargado de significado, uniendo nuestras respiraciones.

—Afrontaremos el tema de tu madre cuando llegue el momento, si es que llega —susurró contra mis labios—. Mientras tanto, sea lo que sea que decidas respecto a Octavia y tu padre, yo te apoyo. Incondicionalmente, piloto.

El intercomunicador de radio anclado a mi chaleco emitió un leve pitido, recordándome que mi turno aún no había terminado. Revisé el reloj de mi muñeca con un suspiro de resignación.

—Tengo que volver a la base. Ian y Noah deben estar terminando el papeleo de la incidencia de vuelo —gruñí, resistiéndome a soltarla.

Hannah sonrió, levantándose de mis rodillas y alisando su bata, recuperando su impecable fachada de jefa de cirugía, aunque sus ojos seguían siendo solo para mí.

—Ve a salvar el mundo, Donovan —me ordenó con cariño.

Me puse en pie, agarré mi casco de vuelo de la silla donde lo había dejado caer, y le di un último beso rápido en la comisura de los labios.

—Te veo en casa, nena.

—En casa —repitió ella, y esas dos palabras sellaron todo lo que necesitábamos saber.

VEINTITRÉS

Hannah

Había sido una semana extrañamente benévola en el Wildwater Regional. Ningún accidente múltiple en la interestatal, ningún rescate extremo de montaña que me encogiera el corazón esperando a que el Alfa Uno aterrizara, y ninguna urgencia vital que nos obligara a empalmar turnos de veinticuatro horas.

Aprovechando la tregua, estábamos sentadas alrededor de una de las mesas de la sala de descanso del personal médico, rodeadas del zumbido constante de la máquina expendedora y el olor a café de filtro.

Frente a mí, Savannah daba pequeños sorbos a un capuchino. Habían pasado un par de semanas desde la noche en que su mundo estalló en pedazos. Seguía durmiendo en mi cabaña —lo que significaba que yo pasaba todas las noches en la cama de Caleb— y, aunque la tristeza aún le opacaba un poco el brillo de sus grandes ojos avellana, la antigua Savannah dulce, amable e implacable.

A su lado, Avery Collins sostenía una taza de té verde entre sus manos de dedos largos y delicados. Avery irradiaba esa calidez reservada que la hacía tan especial. Su pelo negro caía liso sobre los hombros de su uniforme, y nos escuchaba hablar con una sonrisa tranquila.

—Te lo digo en serio, Sav —le estaba diciendo Avery, con voz suave pero firme—. Si ese idiota de Phillip vuelve a aparecer por el

hospital para intentar hablar contigo, dímelo. Mi hermano Ian tiene una llave de inmovilización muy efectiva que no deja marcas. Estará encantado de practicarla con él.

Savannah soltó una carcajada genuina, la primera que le escuchaba en días.

—Gracias, Avery. De verdad. Pero Hannah ya ha amenazado con castrarlo usando un bisturí del número diez. Creo que con eso está suficientemente asustado por ahora —respondió Savannah, mirándome con una gratitud inmensa—. No sé qué haría sin vosotras.

—No tienes que saberlo, porque no vas a librarte de nosotras —le guiñé un ojo.

El busca de Savannah pitó en ese momento, rompiendo la burbuja de camaradería. Lo revisó y suspiró.

—Tengo un ingreso por apendicitis en Urgencias. El deber llama —anunció, poniéndose en pie y alisando su uniforme—. Nos vemos en el cambio de turno, Hannah. Gracias por el café, chicas.

Nos despedimos de ella con la mano. Cuando la puerta de la sala de descanso se cerró, el silencio cayó sobre la mesa. No era un silencio incómodo, sino uno cargado de ese peso invisible que solo compartíamos los que habíamos estado en el autobús hace doce años.

Me recosté en la silla de plástico, estudiando a Avery por encima del borde de mi taza.

Era extraño pensar en cómo habíamos llegado hasta aquí. Si alguien nos hubiera dicho en el instituto que Avery Collins y Hannah O'Malley estarían sentadas en la misma mesa compartiendo confidencias, nos habrían tomado por locas. En aquella época, las líneas estaban brutalmente marcadas. Avery era la chica popular, la preciosa animadora que pertenecía a la élite intocable que orbitaba alrededor de Carson Donovan. Yo, en cambio, era la empollona invisible, la líder no oficial del grupo de marginados formado por Savannah, Noah y Logan, quienes solían ser el blanco de las burlas crueles de Carson.

Pero el accidente había borrado esas líneas con sangre y nieve.

—No hemos hablado desde que regresé —rompió el silencio mi propia voz, suave pero directa, yendo directa al elefante en la habitación.

Avery levantó la vista de su taza. Sus ojos verde claro, que siempre parecían guardar secretos, se clavaron en los míos. Sabía exactamente a qué me refería.

—No —concedió Avery, bajando el tono—. Supongo que hemos estado evitándolo. Ha sido... intenso, verte por los pasillos otra vez, Hannah. No me malinterpretes, soy la primera que se alegró de verte de vuelta. Cuando Sloane me lo dijo, sentí que por fin las cosas estaban volviendo a su lugar.

—Lo sé —asentí, sintiendo el fantasma del frío en mis huesos—. Pero quiero que sepas que me acuerdo, Avery. Me acuerdo de todo.

Ella tragó saliva, tensándose ligeramente en su silla.

Nuestra conexión no se basaba en la amistad adolescente que nunca tuvimos, sino en las dos horas más largas de nuestras vidas. Mientras Carson agonizaba apoyado en la parte delantera del autobús y yo me desangraba sobre la nieve, Avery no se había quedado paralizada. Ella, la chica popular, se había arrastrado por el hielo y los cristales rotos hasta mí. Me había sostenido la mano. Me había mantenido despierta cuando el shock hipovolémico intentaba arrastrarme a la oscuridad, hablándome sin parar hasta que escuchamos el sonido de los rotores del helicóptero de Caleb.

—No hace falta que hablemos de ello si no quieres, Hannah. Estás aquí. Sobreviviste. Eso es todo lo que me importa —dijo Avery, con una sinceridad que me encogió el corazón. Tras el accidente, ella había cortado lazos de forma radical con todo el círculo de Carson, acercándose a nuestro grupo de inadaptados como si buscara expiación, o refugio.

—Sobreviví, sí. Y parte de eso te lo debo a ti —le aseguré, extendiendo la mano sobre la mesa para apretar la suya unos segundos—. Quería darte las gracias. Doce años tarde, pero gracias.

Avery asintió, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas, devolviéndome el apretón antes de soltarme.

—Bueno... —suspiró Avery, intentando aligerar la atmósfera, secándose discretamente la comisura de un ojo—. Me alegra que estés en casa, doctora O'Malley. El equipo de traumatología te necesitaba. Y Savannah también.

Sonreí, sabiendo que el terreno estaba preparado para soltar la verdadera bomba. Me acomodé de nuevo en mi silla, cruzando los brazos sobre la mesa.

—En realidad, el equipo de traumatología está a punto de completarse —dije, observando sus reacciones de cerca—. Sloane me ha confirmado esta mañana una de las contrataciones que llevaba meses negociando. Una plaza que nos faltaba cubrir.

—¿Ah, sí? —Avery ladeó la cabeza, curiosa—. ¿Para qué especialidad?

—Cirugía ortopédica —respondí. Hice una pausa de un segundo antes de soltar el nombre—. Logan vuelve, Avery.

El nombre cayó sobre la mesa de formica con el peso de un yunque.

Avery se quedó completamente paralizada. El poco color que tenía en las mejillas se esfumó en el acto. Sus dedos, aún alrededor de la taza de té, se apretaron hasta que los nudillos se volvieron blancos.

—Logan... —susurró, como si el nombre le quemara en la lengua.

—Sí. Logan Pierce —confirmé, manteniendo la voz neutra pero atenta a cada micro expresión de su rostro—. Ha estado ejerciendo en Chicago, pero ha aceptado la oferta de Sloane. Llegará al pueblo en un mes más o menos, en cuanto termine su residencia actual. Después de diez años fuera, por fin vuelve a casa.

Avery no respondió. Bajó la mirada hacia el líquido verde de su taza, con los labios apretados en una línea fina. Detrás de sus ojos oscuros, vi pasar una tormenta de emociones indescifrables: pánico, nostalgia, culpa y algo mucho más profundo y antiguo que no supe

identificar. La chica reservada y dulce acababa de encerrarse de golpe en una fortaleza de silencio.

No insistí. Sabía que la historia entre el chico marginado que odiaba a Carson y la chica de oro que pertenecía a su grupo era un campo de minas que nadie había logrado cartografiar. Pero al ver la respiración contenida de Avery, tuve la absoluta certeza de que el regreso de Logan a Wildwater Falls iba a sacudir los cimientos de este hospital mucho más de lo que lo había hecho el mío.

* * *

El busca vibró en el bolsillo de mi bata justo cuando terminaba de rellenar el historial de un paciente. Lo saqué y leí el mensaje en la pequeña pantalla:

Box 4. Caída por escaleras. Mujer, 72 años.

Me froté los ojos, guardé el aparato y caminé por el pasillo de Urgencias con paso firme. Al llegar al box número cuatro, descorrí la cortina azul con un movimiento seco, lista para activar mi modo médico, pero me quedé congelada en el umbral durante un microsegundo.

Tumbada en la camilla, quejándose en voz baja, estaba la señora Gable, una viuda que vivía a un par de manzanas de la calle principal. Y sentada en la silla de acompañante, sosteniéndole la mano con expresión preocupada, estaba Vera Donovan.

El aire en el pequeño cubículo se volvió pesado de inmediato.

Vera levantó la vista al escuchar el sonido de las anillas de la cortina. Sus ojos, los mismos ojos turquesa que le había legado a sus hijos y nieta, chocaron con los míos. Me preparé instintivamente para el ataque. Esperé el desprecio, el siseo venenoso, la acusación de siempre. Me preparé para que me exigiera otro médico.

Pero no hubo nada de eso.

Vera estaba pálida. Las líneas de su rostro parecían haberse profundizado en los últimos días, haciéndola parecer mucho mayor, frágil y derrotada. No había hostilidad en su mirada, solo una especie de estupor cansado. Me sostuvo la mirada un par de segundos y luego, simplemente, bajó los ojos hacia las baldosas del suelo, cerrando la boca y guardando un silencio absoluto.

Tragué saliva, empujé el rencor doce años hacia el fondo de mi mente y dejé que la Jefa de Cirugía tomara el control.

—Buenos días, señora Gable —saludé, acercándome a la camilla con una sonrisa cálida y profesional, ignorando deliberadamente a la mujer sentada a su lado—. Soy la doctora O'Malley. Los paramédicos me han dicho que ha tenido un tropiezo en casa.

—Ay, doctora... un desastre —se lamentó la anciana, haciendo una mueca de dolor—. Iba a bajar al sótano a por unos tarros de mermelada y el último escalón me traicionó. Suerte que Vera había venido a traerme el correo y me escuchó gritar.

—Ha tenido mucha suerte de no estar sola —le concedí, echando un vistazo rápido al monitor de constantes—. Vamos a ver qué tenemos aquí. Le voy a palpar la pierna y la cadera. Dígame si le duele.

Procedí con la exploración bajo el silencio sepulcral de Vera. Podía sentir su mirada clavada en mi espalda, observando mis movimientos, mis manos enguantadas, mi forma de hablar con la paciente. No dijo ni una sola palabra. Era un fantasma en la habitación.

Tras la evaluación física y revisar rápidamente las radiografías que le habían hecho al ingresar, me quité los guantes y me dirigí a la señora Gable.

—Bueno, señora Gable, las placas confirman lo que sospechaba. Tiene una fractura en el cuello del fémur derecho. Es una lesión muy común en este tipo de caídas, pero va a requerir pasar por quirófano para fijarla.

La anciana palideció un poco.

—¿Me va a operar usted, doctora?

—Yo soy cirujana de trauma, me encargo de las urgencias de riesgo vital —le expliqué con dulzura—. Pero la voy a derivar ahora mismo al doctor Evans. Es un cirujano ortopédico excelente y tiene hueco en el quirófano esta tarde. Estará en las mejores manos. Le daré algo más fuerte para el dolor mientras tanto, ¿de acuerdo?

—Gracias, doctora O'Malley. Es usted un encanto.

Le di un suave apretón en el hombro y me giré para marcharme.

Mi mirada se cruzó de nuevo con la de Vera Donovan. Se había puesto de pie, agarrando su bolso con ambas manos frente a ella, como si fuera un escudo. Su silencio ya no era solo shock; era la incapacidad de saber cómo dirigirse a la mujer que durante una década había considerado el monstruo de su historia, y que ahora estaba allí, salvando a sus vecinas.

Iba a salir del box sin decirle nada. No le debía absolutamente nada a esta mujer. Ella había empujado a mis padres a malvender su casa y huir a Portland.

Pero cuando agarré el borde de la cortina, la imagen de Octavia durmiendo plácidamente en mi sofá cruzó mi mente. Mi pequeña guardaespaldas.

Me detuve. Me giré despacio y miré a Vera directamente a los ojos. Mi voz fue baja, firme y desprovista de cualquier crueldad, pero cargada de una verdad inquebrantable.

—Vera —comencé, viendo cómo tragaba saliva al escuchar su nombre—. La dejo con ella. Espero que tenga un buen día.

Hice una breve pausa. Sabía que Caleb me había dado el poder de decidir sobre el perdón, y sabía que Vera estaba lidiando con su propio infierno personal. Pero no podía morder mi lengua.

—No puedo irme sin decirle algo —añadí, dando un paso imperceptible hacia ella—. Sé que asimilar la verdad de lo que pasó hace doce años tiene que ser devastador. Sé que duele. Pero mientras usted sigue atrapada en ese pasado, buscando cómo

reescribirlo... se está perdiendo a la persona más increíble, luminosa, inteligente y valiente que podría llegar a conocer nunca.

Vera apretó los labios hasta que se volvieron blancos, y sus ojos se llenaron de lágrimas que se negó a dejar caer.

—Se está perdiendo a Octavia —sentencié, sin piedad—. Y eso es una tragedia mucho mayor que cualquier otra cosa, porque a ella sí la tiene viva y al alcance de su mano.

No esperé a ver si respondía. No me quedé a ver si se derrumbaba. Salí del cubículo, dejándola sola con el eco de mis palabras, el zumbido de los monitores y el peso aplastante de sus propias decisiones.

* * *

El calor de la cabaña de Caleb nos recibió como un abrazo después del aire cortante del anochecer. Entrar por esa puerta junto a él y Octavia se había convertido en mi momento favorito del día, la transición perfecta entre el caos del hospital y la paz absoluta.

En cuanto nos quitamos los abrigos, Octavia corrió hacia el salón, encendió la televisión a un volumen prudencial y se tiró en la alfombra para hacer sus estiramientos de judo mientras veía una serie de dibujos animados.

Caleb y yo nos quedamos en la cocina, desempaquetando las bolsas de la compra que habíamos recogido de camino a casa. Él estaba sacando unas verduras frescas, con los hombros relajados bajo su camiseta térmica oscura, moviéndose por el espacio con esa seguridad magnética que me volvía loca.

Sabía que no debía ocultarle nada. Nuestra relación se basaba en una confianza brutal, así que esperé a que Octavia estuviera completamente absorta en la pantalla antes de acercarme a la isla de granito.

—Caleb —lo llamé en voz baja, apoyando la cadera contra la encimera—. Tengo que contarte algo que ha pasado hoy en el hospital.

El tono de mi voz fue suficiente para que sus instintos se dispararan. Dejó los tomates sobre el mármol y se giró hacia mí, frunciendo el ceño, escaneando mi rostro en busca de cualquier señal de angustia.

—¿Qué ha pasado, nena? ¿Estás bien? —preguntó, acortando la distancia entre nosotros en dos grandes zancadas.

—Estoy perfectamente —le aseguré de inmediato, poniendo una mano sobre su pecho para frenar al depredador protector que llevaba dentro—. Pero tu madre ha estado hoy en Urgencias.

Los músculos bajo mi palma se tensaron como cables de acero. La mandíbula de Caleb se apretó hasta que un músculo saltó en su mejilla.

—¿Vera fue a buscarte? —gruñó, y la furia fría que le había dedicado a sus padres el domingo pasado volvió a asomar en sus ojos turquesa—. Dime que no te montó una escena en tu puto lugar de trabajo.

—No, no fue a buscarme. Y no hubo ninguna escena —lo tranquilicé, acariciando su pecho con el pulgar para obligarlo a respirar—. Vino acompañando a la señora Gable, que se había caído por las escaleras. Me tocó atenderla en el box cuatro.

Caleb me miró, la incredulidad luchando con la rabia.

—¿Te atacó? ¿Te dijo algo?

—Eso es lo más extraño de todo. No me dijo absolutamente nada, Caleb —suspiré, recordando la imagen de Vera encogida en aquella silla de plástico—. Estuvo allí sentada mientras yo examinaba a la paciente y no abrió la boca. No había hostilidad en ella. No me miró con asco, ni intentó que otro médico se hiciera cargo. Estaba... apagada. Cautelosa. Como si de repente no supiera cómo moverse en un mundo donde yo ya no soy el monstruo de la historia.

Caleb procesó la información en silencio, asimilando la imagen mental de su madre desarmada.

—Le soltaste la bomba nuclear, piloto. Le quitaste la mentira que la ha mantenido en pie durante doce años —continué, bajando un poco más la voz, asegurándome de que Octavia no nos escuchara—. Creo que está en estado de shock. Y sinceramente... creo que quizá sí pueda haber un cambio en ella. Vi cómo la culpa empezaba a resquebrajar el hielo.

—Es demasiado orgullosa, nena —replicó Caleb, soltando un suspiro áspero y pasándose una mano por el pelo oscuro—. Vera Donovan no sabe cómo pedir perdón. Preferiría tragarse cristales rotos antes que admitir en voz alta que ha destruido a su familia por un error suyo. Dar el primer paso le va a costar la misma vida.

—Lo sé. Es una mujer increíblemente orgullosa —le di la razón—. Y me aseguré de ponérselo un poco más difícil antes de irme del box.

Caleb arqueó una ceja, intrigado, y sus manos bajaron a mi cintura, atrayéndome hacia él.

—¿Qué le dijiste, O'Malley?

—Le dije que, mientras sigue atrapada en el pasado intentando reescribirlo, se está perdiendo a la persona más maravillosa que existe —le confesé, mirando de reojo hacia el salón, donde Octavia se reía de algo en la televisión—. Le dije que perderse la vida de su nieta es una tragedia mucho mayor, porque a ella sí la tiene viva y al alcance de la mano.

Los ojos de Caleb brillaron con un orgullo tan feroz y una adoración tan profunda que me robó el aliento. Me atrajo contra su cuerpo, hundiendo el rostro en mi cuello, respirando mi olor.

—Joder, eres increíble —murmuró contra mi piel, besando el punto donde mi pulso latía desbocado—. Gracias por defender a nuestra fiera.

—Siempre. Es mi pequeña guardaespaldas, se lo debo —sonreí, abrazándolo con fuerza.

Nos quedamos así unos segundos, abrazados en medio de la cocina, encontrando refugio el uno en el otro.

—Sea como fuere, Caleb... si es que el hielo se rompe y ellos deciden que quieren arreglar las cosas, va a ser un camino muy, muy largo por recorrer —le advertí suavemente.

—Lo sé —asintió él, separándose lo justo para mirarme a los ojos, con una seguridad inquebrantable—. Y no pienso dar un solo paso por ese camino si no es contigo a mi lado, marcando el ritmo. Si no quieren caminarlo bajo nuestras reglas, se quedarán solos.

Asentí, sintiendo una paz absoluta. El futuro con los Donovan seguía siendo un campo de minas incierto, pero mientras estuviéramos en la misma trinchera, sabía que todo saldría bien.

VEINTICUATRO

Caleb

Era sábado por la mañana y el sol pálido de Oregón se filtraba a través de los ventanales de mi cabaña. Estaba sentado en el taburete de la isla de la cocina, con una taza de café negro en una mano y la tableta electrónica apoyada en el soporte frente a mí.

En la pantalla, con el pelo cortado al ras y una camiseta verde oliva que resaltaba el mismo tono de ojos turquesa que los míos, estaba mi hermano mellizo.

Cormac Donovan siempre había sido mi otra mitad, aunque llevara años al otro lado del mundo sirviendo como médico militar. La distancia física nunca había logrado romper nuestra conexión. Él era el único, aparte de Clover, que entendía realmente la asfixia de llevar el apellido Donovan después de la muerte de Carson.

—Así que lo hiciste. Soltaste la puta bomba nuclear en el salón de mamá y papá —dijo Cormac. Su voz sonaba un poco metálica a través del altavoz, pero la comprensión en su mirada era nítida.

—Lo hice, Mac —confirmé, dándole un sorbo al café—. Les conté lo del desgarro de la vena cava. Vera se quedó en estado de shock, y papá... bueno, papá parecía diez años más viejo. Fui a verle a la base unos días después y le dije que mientras sigan en esa dinámica de odio, no pienso dejar que se acerquen a Octavia.

Cormac asintió lentamente, rascándose la mandíbula cubierta por una barba de un par de días.

—Hiciste lo que tenías que hacer, hermano. Llevas demasiados años pagando un peaje que no te correspondía. Mamá necesita enfrentarse a sus propios demonios de una vez por todas. Ya es hora de que dejes de ser su escudo.

Suspiré, agradecido hasta la médula por su respaldo. Cormac no había estado en aquel autobús, pero la culpa del ausente también le había dejado cicatrices.

—Ha sido... liberador, la verdad —admití, sintiendo que los hombros me pesaban un poco menos—. Y gran parte de la culpa la tiene ella.

—Ah, sí. La famosa cirujana —Cormac esbozó una sonrisa ladeada, idéntica a la mía—. Clover me ha estado mandando mensajes encriptados durante semanas diciendo que por fin habías sentado la cabeza. Quiero verla. ¿Está por ahí?

Giré la cabeza hacia el pasillo.

—¡Han! —llamé, elevando la voz.

Unos segundos después, Hannah apareció en la cocina. Llevaba unos pantalones de chándal grises míos que le quedaban enormes y una camiseta blanca de tirantes. Tenía el pelo castaño recogido en un moño desordenado y una sonrisa perezosa en los labios. Al ver que estaba en videollamada, se acercó, apoyando la barbilla en mi hombro y pasando un brazo por mi pecho.

Cormac silbó por lo bajo al verla aparecer en pantalla.

—Vaya, vaya. Si es la pequeña O'Malley. Mírate —la saludó mi mellizo con cariño—. La última vez que te vi en persona llevabas el pelo lleno de trenzas raras y estabas regañando a Noah Grant por copiar en un examen de matemáticas. Ahora me dicen que eres la jefa de cirugía de trauma y que tienes a mi hermano comiendo de la palma de tu mano.

Hannah soltó una carcajada brillante, apretando su abrazo a mi alrededor.

—Hola, Cormac. Es un placer verte a ti también —respondió ella, sin perder el ritmo—. Y para que conste, sigo regañando a la gente, solo que ahora lo hago con un bisturí en la mano. Y tu hermano... bueno, digamos que es un paciente muy obediente.

Solté un gruñido bajo, pellizcándole suavemente la cadera, lo que la hizo reír de nuevo.

—Me alegro mucho de verte, Hannah. De verdad —dijo Cormac, y esta vez su tono de broma dio paso a una sinceridad rotunda—. Sé que el pueblo no os trató bien a ti y a tu familia en el pasado. Y sé que Caleb ha sido un idiota ciego durante mucho tiempo. Pero me alegra saber que has vuelto, y que le estás pateando el culo a mi hermano. Se lo merece.

—Gracias, Mac. Yo también me alegro de estar aquí —le contestó Hannah, con una sonrisa dulce.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, un torbellino de diez años entró derrapando en la cocina. Octavia frenó en seco al escuchar la voz que salía de la tablet.

—¡Tío Mac! —gritó la niña, abriéndose paso entre Hannah y yo para asomar la cabeza frente a la cámara.

El rostro de mi hermano, habitualmente tenso por la rigidez militar, se iluminó por completo al ver a su sobrina.

—¡Ahí está mi fiera favorita! —exclamó Cormac—. ¿Qué tal esos entrenamientos de judo? ¿Ya estás tirando al suelo a los chicos grandes?

—¡Por supuesto! Hannah me está enseñando tácticas de anatomía para saber dónde están los puntos de equilibrio débiles —presumió Octavia, provocando que Cormac soltara una carcajada sonora.

—Eso es hacer trampa, enana, pero me encanta —dijo Cormac, mirándonos a los tres a través de la pantalla. Su expresión se volvió de pronto un poco más seria, como si estuviera evaluando el peso de la noticia que estaba a punto de darnos—. Escuchadme un segundo. Tengo algo que contaros. A los tres.

El tono en su voz me hizo enderezar la espalda.

—¿Qué pasa, Mac? ¿Te cambian de destino? —pregunté, sintiendo un pinchazo de preocupación.

—Algo así —Cormac se inclinó hacia la cámara, apoyando los codos sobre la mesa de su barracón—. Mi servicio activo finaliza en seis meses. No voy a renovar.

Me quedé de piedra. Cormac llevaba toda su vida adulta en el ejército. Era su refugio.

—¿Vuelves a Estados Unidos? —preguntó Hannah, con los ojos muy abiertos.

—Vuelvo a Oregón —la corrigió Cormac, y una sonrisa de pura anticipación cruzó su rostro—. Vuelvo a Wildwater Falls.

—¡¿De verdad?! —chilló Octavia, dando saltitos de emoción.

—De verdad, fiera. De hecho, tuve una entrevista por videoconferencia ayer con Sloane. No es que necesite conocerme, pero nuestra prima quería cumplir con todas las formalidades. He solicitado la vacante como médico de urgencias en el Regional. Si todo va bien, a finales de año estaré machacándote en las guardias, O'Malley.

Hannah se llevó las manos a la boca, emocionada, mientras Octavia seguía celebrándolo a mi lado.

Yo me quedé en silencio un par de segundos, procesando la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Hannah había regresado y había puesto mi mundo patas arriba. Le había dicho a Avery hace unos días que Logan Pierce también iba a volver en unas semanas para ocupar la plaza de ortopedia. Y ahora, mi propio hermano, el hombre que había huido de la sombra de nuestra familia, regresaba a casa.

Era como si una fuerza magnética e invisible estuviera tirando de todos los hilos. Doce años después del accidente, todos los exiliados, todos los que habían huido o habían sido expulsados por el dolor de aquel día, estaban siendo arrastrados de vuelta al punto de origen.

Wildwater Falls estaba reuniendo a sus fantasmas. Y yo solo esperaba que estuviéramos preparados para cuando todos chocaran.

* * *

El suave murmullo de la voz de Hannah leyendo el último capítulo del libro de aventuras flotó escaleras abajo, seguido de la risa adormilada de Octavia.

Estaba sentado en el sofá del salón, con las piernas estiradas hacia la mesa de centro y la única luz de la lámpara de pie iluminando la estancia en tonos dorados. Habíamos pasado el resto del día en una burbuja de normalidad doméstica después de la llamada de Cormac. Habíamos cocinado, habíamos visto una película y, cuando llegó la hora, Hannah se había hecho cargo de la rutina de Octavia con una naturalidad que me encogía el pecho.

Escuché el clic de la puerta del dormitorio de mi hija cerrándose y, unos segundos después, el crujido suave de la madera bajo los pies descalzos de Hannah bajando las escaleras.

Apareció en el umbral del salón frotándose la nuca, aún vistiendo mis pantalones de chándal grises y la camiseta blanca de tirantes. Tenía un aspecto relajado, maravillosamente cansado y malditamente hermoso.

—Se ha quedado frita en la página tres —susurró Hannah, esbozando una sonrisa tierna mientras caminaba hacia mí—. Tanta emoción por la vuelta de su tío Mac la ha dejado exhausta.

Iba a sentarse a mi lado. Pude verlo en su lenguaje corporal: venía a acurrucarse contra mi costado, a buscar el calor y a cerrar el día con una charla tranquila.

Pero en cuanto la vi acercarse, con esa confianza ciega que me había entregado, algo primitivo, denso y posesivo despertó en mi interior. No quería charlar. Llevaba todo el maldito día viéndola moverse por mi casa, cuidando de mi hija, siendo la dueña absoluta

de mi espacio, y necesitaba reclamarla. La necesitaba de una forma que rozaba la locura.

Me puse en pie antes de que pudiera sentarse, acortando la distancia entre los dos. Mi altura la obligó a levantar la barbilla para mirarme.

—Caleb... —empezó, notando el cambio instantáneo en la atmósfera de la habitación.

—Sube a la habitación —la interrumpí. Mi voz no fue un grito, sino un comando grave, oscuro y desprovisto de cualquier atisbo de duda—. Quítate mi ropa. Y espérame en la cama. Desnuda.

Hannah se quedó completamente paralizada a medio paso.

La vi tragar saliva. Sus ojos oscuros, que hace un segundo irradiaban ternura maternal, se dilataron hasta que la pupila casi devoró el iris. Sus labios se separaron, dejando escapar un pequeño jadeo tembloroso.

Para cualquiera que nos viera desde fuera, aquel cambio drástico de tono podría haber parecido brusco, incluso frío. Pero entre nosotros no lo era. No era un disfraz que me pusiera para jugar los fines de semana. No era una fantasía de roles que usábamos para escapar de la rutina, como Kate había intentado forzar años atrás. Esta era nuestra verdad. Nuestra forma de amarnos y de vivir el sexo. Hannah era una mujer que pasaba doce horas al día tomando decisiones que salvaban vidas; cuando cruzaba la puerta de esta cabaña, lo único que necesitaba en el mundo era un hombre lo bastante fuerte como para arrancarle ese control de las manos y obligarla a rendirse. Y yo había nacido para dárselo.

Mantuve mi mirada clavada en la suya, implacable, esperando su obediencia.

El pecho de Hannah subió y bajó con fuerza bajo la camiseta de tirantes. No pronunció una sola palabra. No hizo preguntas ni sonrió. El rubor le tiñó el cuello, asintió casi imperceptiblemente y dio media vuelta.

Me quedé allí, de pie en el salón, escuchando cómo sus pasos rápidos subían las escaleras de vuelta, obedeciendo mi orden sin dudar un milisegundo.

Una sonrisa lenta tiró de la comisura de mis labios.

Me pasé una mano por la mandíbula, sintiendo que el corazón me latía contra las costillas con una fuerza descomunal. El nivel de confianza y entrega que acababa de presenciar me dejó sin aire. Hannah O'Malley me volvía completamente loco. Cada faceta de ella —la cirujana arrogante, la superviviente vulnerable, la mujer maternal con Octavia, la mujer sumisa que me esperaba arriba— encajaba perfectamente con mis propias piezas rotas.

En ese silencio de la planta baja, mientras me desabrochaba el cinturón del pantalón para ir a reunirme con ella, la verdad me golpeó con el peso de una montaña.

Ya no era solo que quisiera estar con ella. Es que ya no podía concebir la puta idea de vivir sin ella.

* * *

El silencio en mi habitación solo se veía interrumpido por el sonido acompasado de nuestra respiración y el roce suave de la piel contra la piel.

Estaba recostado contra el cabecero de madera oscura de mi cama, con las sábanas revueltas a nuestro alrededor. Hannah estaba sentada a horcajadas sobre mi regazo, completamente desnuda, con el rostro escondido en el hueco de mi cuello y los brazos rodeando mis hombros. Yo sostenía su peso con una mano anclada firmemente en la base de su columna, mientras con la otra trazaba círculos perezosos y lentos a lo largo de su espalda desnuda.

La tormenta de pura necesidad que nos había arrastrado un rato antes había dado paso a una calma densa, cálida y absoluta.

Mientras mis dedos enredaban mechones de su pelo castaño, mi mente empezó a divagar. Llevaba años viviendo en el alambre, colgando de un cable de acero sobre abismos helados, peleando contra ráfagas de viento y abrazando el peligro como si fuera el único idioma que conocía. Mi trabajo exigía frialdad y me recordaba a diario lo frágil que era la puta línea entre la vida y la muerte.

Pero ahora, con el calor del cuerpo de Hannah fundido contra el mío y sabiendo que Octavia dormía a salvo en la otra habitación, todo ese caos exterior perdía su poder. Por primera vez en doce años, me sentía jodidamente completo. El agujero negro que se había instalado en mi pecho el día del accidente se había cerrado.

Exhalé un suspiro largo y apoyé la barbilla en su cabeza.

—He estado dándole vueltas a algo durante las últimas semanas, Han —murmuré, rompiendo la quietud de la habitación. Mi voz sonó grave, vibrando en mi pecho, justo contra el suyo.

Sentí cómo Hannah dejaba de acariciar mi nuca. Se tensó ligeramente, pero no se apartó.

—¿A qué? —preguntó en un susurro, alzando un poco el rostro para mirarme. La luz tenue de la lámpara de noche se reflejó en sus ojos oscuros, aún dilatados y brillantes por el orgasmo.

Deslicé mi mano desde su espalda hasta su mejilla, acariciando su pómulo con el pulgar. Era un tema delicado, un campo de minas que habíamos evitado cruzar, pero necesitaba que lo supiera. Necesitaba que lo escuchara de mis labios.

—A Carson —dije, sin apartar la mirada de la suya—. Al accidente. A todo lo que nos trajo hasta aquí.

Hannah tragó saliva, y pude ver la sombra del viejo dolor cruzar por su mirada. La culpa del superviviente era una bestia difícil de matar, incluso cuando la medicina y la ciencia te decían que no tenías la culpa.

—Saber la verdad médica... saber que no había forma humana de salvarlo, me ha quitado un peso que me estaba asfixiando —continué, midiendo cada palabra, asegurándome de que entendiera

la magnitud de lo que iba a confesarle—. Perder a mi hermano ha sido lo más duro que he tenido que soportar en mi vida. Si tuviera el poder de volver atrás en el tiempo, de detener ese maldito autobús antes de que cayera por el barranco... daría cualquier cosa por hacerlo. Daría mi propia vida por evitar que muriera.

Hice una pausa, dejando que mis manos bajaran hasta su cintura, agarrándola con una firmeza posesiva que no admitía dudas.

—Pero —añadí, oscureciendo el tono, inyectando en él toda la verdad inquebrantable que albergaba mi alma—, si alguien me pusiera una pistola en la cabeza y me ofreciera cambiar su vida por la tuya... si me obligaran a elegir entre que él respirara o que lo hicieras tú... jamás lo haría, Hannah. Jamás cambiaría la vida de Carson por la tuya.

Los ojos de Hannah se abrieron de par en par.

—Caleb... —su voz se quebró en un sollozo ahogado.

—Eres mi línea roja, nena —la interrumpí, frotando mi frente contra la suya, respirando el mismo aire—. Me duele en el alma que mi hermano no esté aquí, pero no cambiaría un solo segundo de esa noche si el precio fuera perderte a ti. Estás viva. Y es el mayor puto milagro de mi vida. No vuelvas a dudar nunca de tu derecho a estar aquí, conmigo.

Hannah se quedó en silencio. Vi cómo la última cadena de su culpa, esa que la había convencido durante más de una década de que había robado un lugar en el mundo que no le correspondía, se rompía en mil pedazos. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas en silencio, pero no eran lágrimas de dolor.

Levantó las manos, acunó mi rostro con una fuerza desesperada y estrelló su boca contra la mía.

La besé con la misma ferocidad, abriendo los labios para recibirla, dejando que me devorara. Fue un beso profundo, salado por sus lágrimas, cargado de un nivel de intimidad que ninguna palabra podía igualar. No había necesidad de declaraciones de amor. En la forma en que sus uñas se clavaron en mis hombros y en cómo yo la apreté contra mi cuerpo hasta que no quedó un solo milímetro de

separación entre nosotros, estaba escrita la única verdad que importaba: éramos inseparables.

VEINTICINCO

Hannah

El invierno en Wildwater Falls estaba empezando a dar sus últimos coletazos, pero el frío de finales de febrero aún mordía con ganas.

Habían pasado dos meses desde aquella noche en la que Caleb me confesó que yo era su línea roja. Dos meses en los que nos habíamos deslizado hacia una rutina tan jodidamente perfecta que a veces me daba miedo despertar y descubrir que todo era un sueño inducido por la anestesia. Oficialmente, yo seguía teniendo mi propia dirección postal, pero la realidad era que mi neceser ocupaba la mitad del baño de Caleb, mi ropa se mezclaba con la suya en el armario y Octavia ya daba por sentado que yo era la encargada de trenzarle el pelo antes de sus torneos de judo.

Era viernes. Mi primer día libre completo en el hospital en semanas. Caleb estaba de turno en la base y Octavia en el colegio, así que me había quedado sola en la cabaña, disfrutando del silencio, con una taza de té caliente y un libro médico sobre el regazo.

Entonces, mi teléfono vibró sobre la mesa de centro.

La pantalla se iluminó con un mensaje de texto.

LOGAN: *Aterrizado y conduciendo. Estaré en el pueblo en una hora. Paro para ver a mis padres y luego voy directo a tu cabaña.*

Prepara café, O'Malley. He vuelto.

El corazón me dio un vuelco. Una mezcla a partes iguales de alegría desbordante y pánico absoluto me inundó el pecho.

¡Logan volvía a casa! Mi mejor amigo, el chico brillante y sarcástico con el que había compartido trincheras en el instituto, por fin regresaba para ocupar su plaza como cirujano ortopédico. Pero mi sonrisa se desvaneció casi al instante al darme cuenta de todo lo que tenía que explicarle antes de que deshiciera las maletas.

Dejé la taza de golpe, me quité los pantalones de chándal de Caleb, me vestí a toda prisa con unos vaqueros y un jersey grueso de lana, y agarré mi abrigo.

Salí al porche de Caleb y caminé por el sendero de tierra endurecida y restos de nieve que separaba su propiedad de la mía. Savannah estaba cubriendo el turno de mañana en Urgencias, así que mi cabaña estaba vacía. Abrí la puerta, encendí la calefacción y preparé la cafetera, necesitando mantener las manos ocupadas mientras mi mente trabajaba a mil por hora.

Tenía que sentar a Logan Pierce en ese sofá y soltarle tres bombas de relojería.

La primera era fácil: mi cabaña ahora era el hogar de Savannah porque había dejado al imbécil de su marido tras una infidelidad. Logan adoraba a Savannah; se pondría furioso con Phillip, pero lo entendería.

La segunda y la tercera eran el verdadero problema.

Logan no había estado en el autobús aquel fatídico día de la tormenta. No porque no estuviera apuntado a la excursión, sino porque el director lo había castigado con suspensión la tarde anterior. ¿El motivo? Haberse liado a puñetazos a la salida del instituto con Carson Donovan.

Durante nuestros años de instituto, Logan había sido el blanco principal, absoluto y despiadado de las burlas de Carson y su grupo de populares. Le hacían la vida imposible. Logan odiaba a Carson con toda su alma, y por extensión, guardaba un rencor profundo,

amargo y enquistado hacia cualquiera que llevara el apellido Donovan o que se hubiera reído con ellos.

Y eso incluía a Avery Collins.

El dolor de Logan era legítimo. Él no había vivido el accidente. No había visto a Carson agonizar, no había visto a Avery arrastrarse por los cristales para salvarme la vida, ni había presenciado cómo la tragedia borraba las jerarquías del instituto de un plumazo. Para Logan, congelado en sus recuerdos de hace doce años, Avery seguía siendo la animadora intocable que miraba hacia otro lado mientras lo humillaban. Y Caleb... Caleb era el hermano mayor de su mayor verdugo.

Me pasé las manos por el pelo, apoyando la cadera contra la encimera de mi cocina mientras el café empezaba a gotear.

«Hola, Logan, bienvenido a casa. Por cierto, estoy prácticamente viviendo con Caleb Donovan, estoy locamente enamorada de él y, ah, mi nuevo círculo de amigos de confianza incluye a Ian y Avery Collins. ¿Te apetece una galleta?»

Solté un gemido de frustración. Iba a ser un desastre. Conocía el temperamento de Logan; era tan orgulloso y protector como yo, y se iba a sentir traicionado. Iba a pensar que me había pasado al bando enemigo.

El crujido de unos neumáticos sobre la gravilla del camino de entrada me sacó de mis pensamientos.

Miré por la ventana que daba al porche delantero. Un todoterreno negro acababa de aparcar junto al buzón. La puerta del conductor se abrió y un hombre alto, de hombros anchos y con una chaqueta de cuero oscura bajó del vehículo, estirando el cuello y mirando la fachada de la cabaña.

Tragué saliva y me armé de valor.

El huracán Pierce acababa de tocar tierra en Wildwater Falls.

Abrí la puerta principal antes de que Logan llegara a los escalones del porche. No pude contenerme. Salí corriendo hacia él y me lancé a sus brazos en mitad del camino de entrada de gravilla.

—¡Has vuelto, pedazo de idiota! —grité, riendo contra su cuello.

Logan me atrapó en el aire con una facilidad pasmosa, haciéndome girar sobre mí misma antes de volver a posarme en el suelo. Su risa, profunda y familiar, vibró contra mi pecho.

—He vuelto, O'Malley. Te prometí que no te librarías de mí tan fácilmente.

Me separé un poco para mirarlo, y por un segundo, me quedé sin aliento. El Logan adolescente había sido un chico larguirucho, desgarbado y un poco torpe, el hombre que tenía enfrente era una obra de arte en sí mismo.

Logan Pierce había madurado de la forma más sexy y atractiva imaginable. Era alto, mucho más alto que yo, y su cuerpo atlético y musculoso llenaba la chaqueta de cuero oscura con una presencia imponente. Su melena rubia, que solía llevar suelta y desordenada en el instituto, ahora estaba recogida en un moño masculino, pulcro y apretado en la nuca, acentuando la estructura ósea de su mandíbula.

Pero lo que siempre te atrapaba de Logan, lo que te hacía detenerte en seco, eran sus ojos. Eran de un inusual y llamativo color violeta, tan intensos que a veces parecía que podían leerte el pensamiento. En ese momento, brillaban con pura alegría por verme.

—Vaya... te han crecido músculos en los bíceps, Pierce —bromeé, pasándole una mano por el brazo musculoso de su chaqueta—. Estás... enorme. Sloane ha hecho una contratación excelente, aunque el resto de los cirujanos del hospital se van a sentir muy acomplejados a tu lado.

Logan soltó una carcajada arrogante, guiñándome un ojo violeta.

—El talento y la genética, Han. Es una combinación letal.

Lo arrastré hacia el porche, donde había preparado una cafetera. Nos sentamos en las sillas de mimbre, con las tazas humeantes entre las manos, ignorando el frío de finales de invierno para disfrutar del sol de la tarde. Durante la siguiente hora, nos pusimos

al día con la misma facilidad de siempre. Me contó cómo había sido el viaje, cómo había encontrado a sus padres —un poco más viejos, pero igual de divertidos y protectores— y sus planes para el departamento de ortopedia del *Wildwater Regional*.

Yo le conté lo de Savannah y Phillip. Logan apretó la mandíbula, y sus ojos violetas se oscurecieron hasta parecer casi negros por la furia. Adoraba a Savannah y prometió que Phillip se arrepentiría de haber nacido cuando se cruzara con él.

Sabía que no podía retrasar más la verdadera bomba. Había pasado una hora increíble, riendo y recordando, y no quería arruinarlo, pero Logan merecía saber la verdad de mi boca antes de que los cotillas del pueblo lo asaltaran.

Tomé un sorbo de café, respiré hondo y dejé la taza sobre la mesa de centro con un golpe seco.

—Hay algo más que tengo que contarte, Logan. Algo importante sobre mi vida aquí en Wildwater Falls.

Logan ladeó la cabeza, notando el cambio en mi tono. Se reclinó en su silla, cruzando los brazos sobre su pecho musculoso, observándome con atención.

—Te escucho, Han. Suéltalo.

—No es una mala noticia. Al menos, no para mí. Pero sé que para ti... va a ser difícil de procesar.

Hice una pausa, mirándolo directamente a los ojos violetas.

—Estoy en una relación. Una relación seria. Y estoy... estoy locamente enamorada de él.

Logan arqueó una ceja rubia, y una sonrisa burlona empezó a asomar en sus labios.

—¡Vaya! La doctora de hielo por fin se ha derretido. ¿Quién es el afortunado que ha logrado atravesar tus defensas? ¿Un médico del hospital? ¿Alguien del pueblo?

Negué con la cabeza lentamente.

—Es Caleb. Caleb Donovan.

El nombre Donovan quedó suspendido en el aire frío del porche como una sentencia de muerte.

Vi cómo la sonrisa de Logan se borraba instantáneamente. Su cuerpo entero se tensó, volviéndose rígido como el metal. Sus ojos violetas, que hace un segundo irradiaban calidez, se volvieron gélidos, distantes, cargados de un rencor profundo y antiguo que no había desaparecido en doce años. Para Logan, congelado en sus recuerdos de instituto, el apellido Donovan solo significaba una cosa: el infierno que Carson y su grupo le habían hecho pasar.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó Logan, y su voz sonó plana, peligrosa, desprovista de cualquier atisbo de la alegría de antes—. Dime que es un chiste de mal gusto, O'Malley.

—No es un chiste, Logan —le aseguré con firmeza, aunque mi corazón latía con fuerza ante su reacción. Esperaba escepticismo, pero la intensidad de su rechazo me dolió—. Estoy con Caleb. Y antes de que digas nada... él no es Carson. Es un hombre increíble, un piloto de rescate magistral, un padre devoto... y me cuida de una forma que jamás imaginé posible.

Logan me miró durante lo que pareció una eternidad, procesando la información. Para él, yo me había pasado al bando enemigo. Se puso en pie, demasiado inquieto para seguir sentado, y caminó hasta el borde del porche, apoyando las manos en la barandilla de madera, mirando hacia el bosque.

—Voy a tener que verlo con mis propios ojos, Han —no parecía enfadado, pero sí escéptico. Logan era increíblemente protector—. Lo que recuerdo de los Donovan no es precisamente agradable. Lo que hacía Carson era cruelmente obvio para todos. Y nadie de su familia hacía anda para detenerlo, ni siquiera Caleb. Y lo que hicieron sus padres tras el accidente no se queda atrás. El acoso al que te viste sometida fue lo más repugnante que he visto jamás.

—Entiendo tu escepticismo —razoné con él—pero solo espero que conozcas a Caleb primero, que lo trates y nos veas juntos. Solo así podrás juzgar nada. Por favor.

Logan lanzó un suspiro profundo, se giró a mirarme de frente. Me observó con detenimiento, y supongo que lo que vio lo convenció lo suficiente para aceptar lo inevitable.

—De acuerdo. Por ti. Pero a la mínima que vea algo que no me gusta, si no te trata con respeto o lo que sea… le daré una paliza que no volverá a pilotar un helicóptero en la puta vida.

Dejé de lado la obviedad de que en un enfrentamiento entre Logan y Caleb… las cosas iban a estar muy ajustas. Logan era fuerte, pero Caleb era más ágil y tenía más entrenamiento que Logan. Por suerte, no llegaría el momento en que tuvieran que comprobar quien ganaba una pelea.

Estaba a punto de replicarle, cuando el sonido de unos pasos familiares en la grava interrumpió la discusión.

Giré la cabeza instintivamente. Caleb estaba subiendo por el camino de entrada desde su cabaña. Venía con Octavia, que traía su uniforme de judo puesto.

Caleb estaba espectacular. Llevaba unos vaqueros oscuros, botas militares y una camiseta negra ajustada que resaltaba su envergadura física. Al verme de pie en el porche junto a Logan, sus ojos turquesa se estrecharon imperceptiblemente, escaneando al hombre rubio e imponente que tenía enfrente.

—¡Hannah! —gritó Octavia—¿sabes qué?, mi entrenadora me ha dicho que voy a competir en los regionales. Si me clasifico iremos a la final en primavera. ¿A que es genial? —Estaba eufórica, ni se había fijado en el hombre junto a mí—deberías haber visto la cara que puso Jax…—paró en seco al ver a Logan y se lo quedó mirando.

—Octavia, este es mi mejor amigo, Logan Pierce. Él es el que me ayudó a construir el fuerte en el viejo roble. Ha vuelto al pueblo después de mucho tiempo.

La niña seguía mirando a Logan con una extraña fascinación. Se acercó a mi costado, levantando la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Hola Octavia, encantado de conocerte —Logan cambió el tono de antes a uno afable para dirigirse a mi fiera. —Así que eres una super judoca.

—Sí, mi padre me enseñó lo básico antes de ir a la academia. Es raro poder tener una entrenadora en un pueblo pequeño, pero Violet también creció aquí. Es la hermana del amigo de papá, Noah Grant.

—Eso es genial, Noah es mi mejor amigo de la infancia también, creció con Hannah y conmigo.

—Vaya, ¿así que todos erais amigos de pequeños?

Caleb se aproximó y subió los escalones con seguridad y soltura, se acercó a mí y me plantó un beso corto pero intenso, indudablemente posesivo.

—Hola nena —giró la cara para quedar de frente a Logan, lo miró con seriedad. Estaban midiéndose. Y justo cuando pensé que la tensión entre ellos iba a estallar, Caleb esbozó una sonrisa sincera y se avanzó extendiendo la mano. —Bienvenido de nuevo Logan, Hannah lleva meses hablando de tu llegada.

Logan estaba visiblemente descolocado. No esperaba ese recibimiento por parte de un Donovan. Le devolvió el saludo estrechando su mano.

—Es un placer volver a casa. Solo espero que las cosas estén mejor ahora que cuando me marché.

La implicación de sus palabras no dejaba dudas a qué se refería. Caleb no torció el gesto, simplemente miró a Logan a los ojos y asintió de forma breve.

—Muchas cosas han cambiado, otras siguen exactamente igual. Me gusta pensar que soy de los primeros. Además, con la llegada de Hannah, ahora tú y en pocos meses mi hermano las cosas parecen estar poniéndose en su lugar.

Tanta charla en clave me estaba dando ansiedad, así que entrelacé mis dedos con los de Caleb y miré a Logan con una sonrisa.

—Bueno —dije con intención—. Logan acaba de llegar y tiene mucho que procesar. Pero hemos quedado en que esta noche iremos al bar del pueblo a tomar algo para celebrar su regreso. Savannah y Noah se unirán a nosotros en cuanto terminen sus respectivos turnos. Clover se ha ofrecido voluntaria para hacer de canguro de Octavia, así que tendremos la noche libre.

Logan asintió lentamente, mirándonos a Caleb y a mí como si fuéramos un caso clínico complicado.

—Suena perfecto. Necesito un buen trago después del viaje. Ponerme al día con mis amigos y si tenéis canguro... eso significa que tendremos tiempo para charlar de verdad, ¿no, Donovan? —provocó Logan, con una sonrisa socarrona.

—Por supuesto, Pierce. Tendremos todo el tiempo del mundo —respondió Caleb, con la misma sonrisa.

Tragué saliva. La noche en el bar prometía ser legendaria. Lo que Logan aún no sabía era que Ian y Avery Collins también estarían allí.

Las cosas estaban a punto de ponerse interesantes.

* * *

El ambiente en *The Switchback* era una mezcla ruidosa de música country de la gramola, risas y el tintineo de las jarras de cerveza. Habíamos conseguido la mesa grande del fondo, la que estaba en la penumbra, y por primera vez en doce años, sentí que mi grupo estaba verdaderamente completo.

Savannah estaba sentada a mi izquierda, radiante, charlando animadamente con Noah sobre un paciente difícil que habían tenido esa mañana. A mi derecha, la presencia sólida y cálida de Caleb era mi ancla constante. Junto a él Ian daba sorbos cortos de su cerveza.

Y luego estaban ellos dos.

Avery estaba sentada frente a mí, con las manos entrelazadas alrededor de su copa de vino. Estaba inusualmente silenciosa. Sus

ojos verde claro, normalmente amables y tranquilos, no dejaban de lanzar miradas cortas, rápidas y nerviosas hacia el hombre rubio que estaba sentado en la cabecera.

Logan, por su parte, estaba haciendo un trabajo digno de un Oscar fingiendo que Avery Collins no existía. Estaba enzarzado en una conversación sobre el equipo de rescate con Caleb e Ian, utilizando su sarcasmo habitual y moviendo las manos con soltura. Pero yo lo conocía demasiado bien. Conocía la tensión en la línea de su mandíbula y la forma en que su postura se había vuelto rígida. Y, sobre todo, lo pillé. Varias veces. Cuando Avery bajaba la vista hacia su copa, los llamativos ojos violetas de Logan se desviaban hacia ella, recorriendo su perfil con una intensidad oscura y hambrienta que no tenía nada que ver con el odio adolescente.

«Oh, estás perdido, Pierce»

Oculté una sonrisa detrás del borde de mi botella de cerveza. Odiaba lo que ella representaba en su pasado, pero le atraía como un maldito imán.

Me moví un poco en el asiento de madera, cruzando las piernas, y la tela de mi ropa rozó contra el muslo de Caleb.

Llevaba falda.

Era una falda de ante negro, por encima de la rodilla, combinada con unas medias tupidas y unas botas. No ocultaba del todo el relieve de mi cicatriz si te fijabas bien, pero me daba igual. Había pasado horas frente al espejo, luchando contra mis demonios, hasta que la voz de Caleb en mi cabeza y la seguridad que me había dado en los últimos dos meses ganaron la batalla. Cuando bajé las escaleras de la cabaña, sus ojos turquesa se habían llenado de un orgullo tan puro que casi me echo a llorar. Me había besado la frente, me había dicho que era la mujer más preciosa que existía y me había abierto la puerta del coche.

Mientras Logan le explicaba a Ian una técnica de fijación de clavícula, la mano grande y áspera de Caleb, que había estado descansando en su propia pierna, se deslizó bajo la mesa y se posó directamente sobre mi muslo.

Di un pequeño respingo, pero mantuve mi expresión neutral. Caleb ni siquiera me miró. Siguió asintiendo a lo que decía Logan, completamente relajado, mientras sus dedos comenzaban a trazar círculos lentos y ardientes sobre el nailon de mis medias, subiendo milímetro a milímetro por debajo de la tela de mi falda.

El contraste entre su fachada impasible en medio de nuestros amigos y la posesividad de su tacto secreto me disparó el pulso. El calor se acumuló de golpe en mi bajo vientre. Su pulgar rozó el borde de mi ropa interior y tuve que apretar los dientes para no soltar un suspiro tembloroso.

Me giré hacia él, con los ojos oscurecidos por la excitación repentina. Caleb giró la cabeza lentamente, captando mi mirada. Sus ojos turquesa brillaron con esa chispa dominante que me volvía completamente loca. Leyó la desesperación en mis pupilas al instante.

Se inclinó hacia mí, rozando sus labios contra mi oreja.

—Baño. Ahora —susurró, con un tono bajo que no admitía réplica.

Se puso en pie con total naturalidad.

—Voy a por la siguiente ronda —anunció Caleb a la mesa—. Han, ¿me ayudas con las jarras?

—Claro —logré articular, poniéndome de pie con las piernas temblando ligeramente.

Caminamos por el pasillo estrecho y ruidoso hacia los baños del fondo del local. En cuanto cruzamos la puerta del baño de mujeres, que afortunadamente estaba vacío, Caleb giró el pestillo rojo, cerrándonos por dentro.

No me dio tiempo ni a respirar. Me agarró por las caderas, me levantó en vilo y me sentó sobre el mármol frío de los lavabos, acorralándome entre sus muslos. Su boca devoró la mía con una urgencia salvaje. Respondí al beso con la misma ferocidad, enredando mis dedos en su pelo, desesperada por la fricción.

Caleb se separó un centímetro, respirando con fuerza, y sus ojos se clavaron en los míos.

—Estás preciosa con esta falda, nena. Tan jodidamente preciosa que llevo toda la maldita noche imaginando cómo te la iba a levantar —gruñó.

Sin esperar respuesta, sus manos subieron por mis muslos, arrastrando la falda de ante hacia arriba. Apartó la tela de mi ropa interior hacia un lado con un movimiento experto y hundió dos dedos directamente en mi centro empapado.

Eché la cabeza hacia atrás y abrí la boca para gemir, pero su mano libre voló hacia mi mandíbula, apretándola con firmeza.

—Shh —me ordenó, con la voz convertida en un susurro oscuro y letal—. Estamos en un bar lleno de gente, Han. Ni un solo sonido. Si te escuchan, paro.

La orden, la restricción, el control absoluto que ejercía sobre mí en ese espacio minúsculo y prohibido, hizo que mi excitación cruzara la línea roja. Asentí frenéticamente, mordiéndome el labio inferior con dureza.

Caleb empezó a moverse. Su pulgar encontró mi clítoris mientras sus dedos me estiraban por dentro, marcando un ritmo implacable, profundo y sucio que me dejó ciega. Me agarré a sus anchos hombros, clavando mis uñas en su camisa, temblando de pies a cabeza. El sonido del bar al otro lado de la puerta se desvaneció. Solo existía el roce de sus dedos, el calor de su cuerpo contra el mío y la tortura exquisita de no poder gritar su nombre.

—Así me gusta. Calladita para mí —murmuró contra mi cuello, acelerando el ritmo al sentir que mis paredes se contraían alrededor de sus dedos—. Déjate ir, nena. Eres mía.

El orgasmo me atravesó con la violencia de un rayo. Un sollozo agudo pugnó por salir de mi garganta, pero Caleb fue más rápido. Estrelló su boca contra la mía, ahogando mis gritos de placer en un beso profundo y posesivo, bebiéndose cada vibración de mi liberación mientras mi cuerpo se convulsionaba en sus brazos.

Cuando los espasmos comenzaron a ceder, me dejó apoyada contra su pecho, jadeando y tratando de recuperar el aire. Me alisó la falda con un cuidado reverencial, besando mi frente.

En ese momento, mirándolo a los ojos en aquel baño diminuto, rodeada de su fuerza y su protección, me di cuenta de que jamás me había sentido tan segura, tan poderosa y tan inmensamente feliz en toda mi vida.

* * *

Cuando Caleb y yo regresamos a la mesa con la nueva ronda de cervezas, mi respiración aún no había recuperado su ritmo normal y mis labios estaban ligeramente hinchados. Caleb dejó las jarras sobre la madera desgastada con una tranquilidad pasmosa, como si no acabara de destrozar mi autocontrol contra los lavabos del bar hace apenas tres minutos.

Me deslicé en mi asiento, cruzando las piernas bajo la mesa, sintiendo el eco fantasma de sus dedos en mi piel.

—Vaya, creía que habíais tenido que ir a fermentar la cebada al sótano —bromeó Ian, aceptando su jarra con una sonrisa ladeada.

—Había cola en la barra, Collins. Ya sabes cómo se pone esto los viernes —mintió Caleb con una naturalidad pasmosa, sentándose a mi lado y pasando un brazo por detrás de mi silla, rozando mi nuca con los nudillos.

Ian soltó una carcajada incrédula y Savannah escondió una sonrisa detrás de su botellín de agua.

Pero el que no dijo nada fue Logan.

Estaba sentado en la cabecera, dándole un trago a su cerveza oscura. Sus ojos violetas me escanearon de arriba abajo durante un segundo, deteniéndose en el borde de mi falda de ante negro. Logan era el único de todos los presentes que había vivido mi proceso médico y psicológico de cerca. Al haber estudiado y trabajado ambos

en Chicago durante la última década, él había sido mi red de seguridad, el único que me había visto llorar frente a un espejo, odiando la cicatriz que cruzaba mi pierna. Sabía lo que significaba esta falda.

No hizo ningún comentario en voz alta. Simplemente bajó la jarra, me miró a los ojos, esbozó una sonrisa secreta cargada de orgullo y me guiñó un ojo en señal de aprobación total.

Ese pequeño gesto de entendimiento mudo me encogió la garganta de la emoción. Logan estaba viendo, con sus propios ojos, que Caleb no me estaba rompiendo, sino que me estaba ayudando a sanar.

La conversación fluyó de nuevo, ligera y ruidosa, hasta que Savannah se aclaró la garganta, apoyando ambas manos sobre la mesa.

—Chicos... quería aprovechar que estamos todos juntos para deciros algo —comenzó Savannah. Su voz tembló un poco, pero levantó la barbilla con una dignidad que me hizo sentir inmensamente orgullosa de ella—. He hablado con un abogado en Portland esta mañana. El lunes voy a presentar oficialmente los papeles del divorcio. Se acabó.

La mesa entera estalló en murmullos de apoyo. Yo le apreté la mano por encima de la mesa y Caleb asintió con respeto. Al otro lado de la madera, vi cómo Ian Collins clavaba la mirada en Savannah. No dijo ni una palabra de felicitación, pero la intensidad con la que la observaba en silencio, casi como si estuviera calculando cuánto tiempo tendría que esperar para acercarse, fue reveladora.

Pero nuestra burbuja de celebración se pinchó de golpe tres segundos después.

La campana de la puerta de *The Switchback* tintineó ruidosamente, dando paso a un grupo de jóvenes que trajo consigo una ráfaga de aire helado y malas vibraciones. Los reconocí al instante. Eran varios de los antiguos amigos de instituto de Carson y Avery —los mismos que solían hacerle la vida imposible a Logan— y,

colgada del brazo de uno de ellos, estaba Amber. La ayudante de la panadería. La amante de Phillip.

El grupo se dirigió hacia una mesa vacía a un par de metros de la nuestra. Amber, al darse cuenta de quién estaba sentado en el rincón, se detuvo. Sus ojos recorrieron nuestra mesa y, cuando encontraron a Savannah, esbozó una sonrisa burlona y soltó una carcajada aguda, sin molestarse en disimular, susurrándole algo al oído a uno de los antiguos con los que iba.

El aire en nuestra mesa se volvió tóxico.

Savannah palideció y bajó la mirada, encogiéndose en su asiento. A mi izquierda, escuché el crujido de la madera. Ian Collins había agarrado el borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Sus puños temblaban, con los músculos de los antebrazos tensos a punto de estallar. Caleb también se había enderezado, su instinto protector activado, y Logan había dejado su cerveza, con los ojos violetas fijos en el grupo con una frialdad asesina.

Estábamos a punto de presenciar un homicidio múltiple en el bar del pueblo, pero antes de que Ian o Caleb pudieran levantarse, una sombra oscura se movió a nuestra derecha.

Avery Collins se había puesto en pie.

La dulce, reservada y callada Avery.

Caminó hacia la mesa del grupo con una gracia letal. Apenas pude reconocerla. Con su pelo negro azabache cayendo liso sobre su chaqueta de cuero y esos ojos verde claro brillando en la penumbra, no parecía una enfermera amable; parecía una pantera a punto de saltar a la yugular de su presa.

Se detuvo justo frente a Amber y el chico que se reía con ella. Nadie en nuestra mesa podía escuchar lo que Avery les estaba diciendo, la música country tapaba sus palabras. Pero vimos su lenguaje corporal. Avery no gritó. No alzó los brazos. Simplemente se inclinó hacia adelante, apoyó las manos en su mesa y les dijo un par de frases con una autoridad tan absoluta, tan gélida y cortante,

que la sonrisa de Amber se borró como si le hubieran dado una bofetada.

Los antiguos amigos de Avery se quedaron de piedra. Tragaron saliva, asintieron torpemente y, sin decir una sola palabra en su defensa, agarraron a Amber por el brazo, dieron media vuelta y salieron del bar más rápido de lo que habían entrado, con el rabo entre las piernas.

Avery se enderezó, se sacudió una pelusa invisible del hombro y caminó de regreso a nuestra mesa con la misma calma con la que se había ido.

Nos quedamos todos boquiabiertos. Absolutamente todos.

—Joder, hermanita —murmuró Ian, aún con los puños apretados, pero mirándola con asombro.

Yo estaba maravillada. Esta nueva versión fiera, defensora y despiadada de Avery era espectacular. Era como si el fantasma de la antigua reina del instituto hubiera vuelto solo para proteger a la chica a la que una vez había ignorado.

Pero la reacción más intensa no fue la mía, ni la de Ian.

Giré la cabeza hacia la cabecera de la mesa. Logan Pierce estaba completamente paralizado. Sus ojos violetas estaban clavados en Avery, siguiendo cada uno de sus movimientos mientras ella volvía a sentarse y tomaba un sorbo de su vino como si no acabara de desterrar a cinco personas del bar.

Logan no pronunció una sola palabra, pero la forma en que su pecho subía y bajaba, y la fascinación oscura que ardía en su mirada, lo decían todo. Avery Collins acababa de detonar una bomba en el centro exacto de las defensas de mi mejor amigo, y él no tenía ni la más remota idea de cómo sobrevivir a la onda expansiva.

VEINTISÉIS

Caleb

El viento de finales de febrero azotaba los cristales de la cabaña, pero el interior olía a leña quemada, a romero y al asado que llevaba horas haciéndose a fuego lento en el horno.

Me apoyé en la isla de la cocina, secándome las manos con un trapo, y miré el reloj de la pared. Faltaban apenas quince minutos.

Ese sábado marcaba un hito histórico en Wildwater Falls, aunque la mayor parte del pueblo no fuera consciente de ello. Doce años después de haber sido prácticamente expulsados por la presión social y el veneno de mi madre, Mary y Ben O'Malley regresaban a casa.

Les había ofrecido instalarse en mi cabaña. Tenía espacio de sobra y quería que se sintieran protegidos en nuestro territorio, pero Ben me había respondido con una negativa tan educada como inquebrantable. Habían decidido alquilar una de las mejores habitaciones en el *Bed & Breakfast* de Main Street. Y yo no podía estar más orgulloso de mis suegros. Plantarse en el centro del pueblo que les había dado la espalda era un acto de valentía absoluto. Ya no eran los padres destrozados que huían; eran los padres de la Jefa de Cirugía de Trauma, y venían a reclamar su lugar.

Aun así, la primera comida oficial iba a ser aquí, en nuestro refugio.

Estaba expectante. En los últimos dos meses, desde que Hannah y yo nos habíamos consolidado definitivamente, las videollamadas a Portland se habían convertido en una tradición semanal. Al principio, yo solo asomaba la cabeza por encima del hombro de Hannah para saludar, pero poco a poco, Ben y yo habíamos empezado a hablar de mecánica y rutas de montaña, y Mary me interrogaba amablemente sobre mis turnos en la base. Me habían aceptado sin una sola sombra de rencor por mi apellido, viéndome solo como el hombre que hacía feliz a su hija.

—Papá, ¿crees que este jersey está bien? ¿No es demasiado... aburrido?

Bajé la vista. Octavia estaba de pie frente a mí, tirando nerviosamente del bajo de su jersey de lana azul marino. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas perfectas —obra de Hannah, por supuesto— y no paraba de balancearse sobre las puntas de los pies.

—Estás perfecta, fiera. Pareces toda una campeona —le aseguré, agachándome un poco para quedar a su altura.

—Pero es que en las videollamadas solo me ven de cuello para arriba —insistió ella, con los enormes ojos turquesa llenos de una inseguridad inusual—. ¿Y si en persona no les gusto tanto? ¿Y si Mary piensa que soy un trasto?

Se me encogió el corazón. Octavia no tenía abuelos funcionales. Los padres de Kate la ignoraban por completo y mis padres... bueno, mis padres eran un caso perdido. Que estuviera tan nerviosa por la aprobación de los O'Malley demostraba lo mucho que necesitaba ese vínculo.

Durante las últimas semanas, mi hija había desarrollado su propia relación independiente con la madre de Hannah. A veces llegaba a casa y me encontraba a Octavia con la tablet apoyada en la encimera, cocinando galletas mientras Mary, desde su propia cocina en Portland, le daba instrucciones a través de la pantalla, riendo juntas.

Antes de que pudiera responderle, unos pasos suaves resonaron en la madera del salón. Hannah apareció en la cocina, espectacular

con unos vaqueros ajustados y un jersey de cuello vuelto color burdeos que le daba un aire cálido y elegante.

Se acercó a nosotras, captando el pánico en los ojos de Octavia al instante.

Se arrodilló junto a mí, tomando las pequeñas manos de la niña entre las suyas.

—Eh, fiera, mírame —le pidió Hannah con dulzura, buscando su mirada—. Nada, absolutamente nada en este mundo, va a hacer que mis padres no te amen. Ya te adoran. Mi padre se ha pasado toda la semana buscando tiendas de artículos de artes marciales en Portland para comprarte regalos, y mi madre... bueno, sinceramente, empiezo a sospechar que ni siquiera vienen a verme a mí.

Octavia parpadeó, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Hannah fingió indignación, suspirando de forma dramática.

—Quiero decir que ayer hablé con Mary para confirmar a qué hora llegaban, y me preguntó tres veces si tú estarías en casa y si habíamos comprado chispas de chocolate para el postre. Creo que solo me están utilizando como excusa para venir a conocerte a ti y cocinar contigo en persona.

Octavia soltó una risita cristalina, y la tensión abandonó sus hombros de golpe.

—¿De verdad? —preguntó, con una sonrisa inmensa asomando en su rostro.

—Te lo juro por mi bisturí favorito —confirmó Hannah, guiñándole un ojo antes de ponerse en pie y besar la coronilla de mi hija.

Me levanté yo también, pasé un brazo alrededor de la cintura de Hannah y la atraje hacia mí, depositando un beso rápido en su sien. Era magia. Lo que esta mujer hacía por mi hija era pura magia.

Justo en ese momento, el sonido de unos neumáticos crujiendo sobre la gravilla del camino de entrada nos hizo callar a los tres.

El motor de un coche se apagó frente al porche.

Hannah se tensó ligeramente contra mi costado. Doce años sin que sus padres pisaran Wildwater Falls. Doce años de dolor, exilio y reconstrucción que culminaban en los pasos que ahora sonaban subiendo la escalera de madera de mi cabaña.

Miré a Hannah a los ojos y le di un apretón reconfortante en la cadera.

—Estás en casa, Han. Y ellos también —le susurré.

Dos golpes suaves resonaron en la puerta principal.

Octavia me miró, aguantando la respiración. Yo asentí hacia ella.

—Ve a abrir, fiera. Tus abuelos postizos te están esperando.

* * *

El gimnasio del instituto olía a cera para suelos, a tatami y a esa mezcla inconfundible de nervios y adrenalina precompetición.

Aquel sábado, no éramos solo Hannah y yo sentados en las gradas de madera. Habíamos ocupado dos filas enteras en el sector central. Clover había venido directamente desde la base; Savannah, Noah, Logan y Avery habían hecho piña en la fila de arriba, riendo y bromeando entre ellos. Y en el centro de todo, flanqueando a Hannah, estaban Ben y Mary O'Malley.

Yo estaba abajo, a pie de pista, arrodillado en el borde del tatami azul frente a Octavia. Mi fiera llevaba el *judogi* blanco impecable, el cinturón bien atado y el pelo recogido en sus dos trenzas de combate. Estábamos a un solo combate de la clasificación para la gran final del torneo estatal que se celebraría justo antes de las vacaciones de verano.

Le ajusté las solapas del kimono y le puse una mano en cada hombro, obligándola a mirarme.

—Escúchame bien, fiera —le dije, bajando la voz para que solo ella me oyera por encima del ruido del pabellón—. Tu oponente es más alto, pero tiene un centro de gravedad pésimo. No vayas a la

fuerza bruta. Usa su propio impulso contra él. Respira, mantén tu base baja y, cuando lance el brazo derecho, entra rápido. Es tuyo.

Octavia asintió, con la mirada afilada y concentrada.

—¡Esa es mi chica! ¡Duro con él, Octavia, enséñale de qué estás hecha!

La voz femenina, potente y llena de un entusiasmo contagioso, resonó desde las gradas a nuestra espalda. No era Hannah. Era Mary O'Malley. Estaba de pie, agitando los brazos como la fanática número uno de mi hija, mientras Ben a su lado sonreía de oreja a oreja y Hannah se reía, cubriéndose la cara con las manos por la efusividad de su madre.

La concentración letal de Octavia se rompió por un segundo. Su rostro se iluminó con una sonrisa inmensa que le llegó a los ojos y levantó ambos brazos, saludando a Mary con una efusividad que me encogió el corazón de pura ternura.

La llegada de los padres de Hannah era un punto de inflexión para todos. Habían entrado en la cabaña con sonrisas y cálidos abrazos. Centrando su atención en Octavia, Ben había sacado dos inmensas bolsas del maletero, llenas de reglaos para mi hija. Cuando Hannah y yo hicimos la observación de que se había pasado un poco con los regalos, Ben simplemente había descartado nuestras palabras con un gesto de la mano, argumentando que llevaban diez años de retraso de regalos. Me emocioné, para ellos Octavia ya era parte de su familia. Una aceptación tan abierta y sin reservas me tenía descolocado a la par que feliz.

Y la cosa no había acabado ahí, Mary había insistido en ir a la competición de esa tarde, llevaban camisetas estampadas en las que ponía: ¡Octavia campeona! y ¡Vamos Octavia! Para que no quedara dudas de por qué estaban allí. Incluso habían traído camisetas extras para Hannah, Clover y los demás.

Mi hija volvió a mirarme, con las mejillas sonrosadas por la emoción.

—Vaya club de fans te has montado, enana —murmuré, acariciándole la mejilla con el pulgar—. ¿Te gustan?

Octavia no lo dudó ni un milisegundo. Sus ojos turquesa brillaron con una sinceridad aplastante.

—Son los mejores, papá —susurró, inclinándose un poco hacia mí —. Ojalá fueran mis abuelos de verdad. Para siempre.

Tragué saliva, sintiendo que un nudo denso y cálido se me formaba en la garganta.

—Sabes que, si ellos fueran tus abuelos para siempre, eso implicaría que Hannah también sería parte de nuestra familia. Para siempre.

Octavia se quedó quieta. La niña fiera e independiente, la que lanzaba al suelo a chicos que le sacaban una cabeza, me miró con una vulnerabilidad que me desarmó por completo.

—¿Tú crees que ella querría, papá? —me preguntó en un susurro apenas audible, aferrándose a la tela de mi manga—. ¿Ser mi mamá?

El aire abandonó mis pulmones. Kate la había abandonado cuando apenas tenía dos años, dejando un vacío que yo había intentado llenar con el doble de amor, pero escucharla verbalizar ese anhelo por Hannah fue como si me atravesaran el pecho con un rayo de luz pura.

La atraje hacia mí, pegando su frente a la mía.

—Estoy absolutamente seguro de que no hay nada en este mundo que Hannah desee más, fiera —le prometí, con la voz ronca por la emoción, inyectando toda mi seguridad en sus pequeñas venas—. Y te juro por mi vida que voy a esforzarme todos y cada uno de los días para asegurarme de que nunca, jamás, quiera irse de nuestro lado.

Octavia cerró los ojos, asimilando la promesa, y cuando los volvió a abrir, el miedo había desaparecido. Asintió con fuerza, se giró hacia el árbitro que ya la llamaba al centro del tatami y caminó hacia la colchoneta con la seguridad de quien sabe que tiene un ejército respaldándola.

Me puse en pie y di un paso atrás para dejarle espacio a los competidores.

Fue en ese momento, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y dejaba vagar la mirada por el pabellón buscando un momento de calma antes del combate, cuando la vi.

Estaba en la esquina superior de las gradas opuestas, cerca de la puerta de salida de emergencia. Llevaba su impecable abrigo gris, rígidamente abotonado hasta el cuello, y su bolso apretado contra el estómago.

Vera Donovan.

No se había acercado. Estaba sola, oculta en las sombras de la última fila, observando a Octavia desde la distancia. Vi el anhelo en la rigidez de sus hombros, la desesperación muda de una abuela que se había dado cuenta demasiado tarde de lo que había perdido.

Y entonces, vi cómo los ojos de mi madre se desviaban del tatami hacia el sector central de nuestras gradas. Vi el momento exacto en el que reconoció a la mujer morena que estaba de pie, animando a Octavia a pleno pulmón.

Vera se quedó petrificada. Desde la distancia, pude notar cómo perdía el poco color que tenía en el rostro.

El contraste era de una justicia poética brutal. La mujer a la que Vera había acosado y expulsado de Wildwater Falls hace doce años, la madre a la que había arrebatado su hogar, estaba ahora sentada en las gradas, ocupando el lugar de honor, ejerciendo de la abuela amorosa, presente y ruidosa que Octavia siempre había merecido tener. Y Vera, la matriarca orgullosa, estaba relegada a mirar desde las sombras, exiliada por su propio veneno.

El peso de la realidad pareció aplastar a mi madre en ese instante. Agachó la cabeza, incapaz de soportar la visión de la felicidad de la que ella misma se había excluido, dio media vuelta y salió por la doble puerta del gimnasio, desapareciendo en el pasillo.

No sentí el impulso de ir tras ella. No sentí rabia, ni siquiera lástima. Solo sentí una paz absoluta con las decisiones que había

tomado.

El pitido del árbitro me devolvió al presente. Volví la vista al tatami justo a tiempo para ver cómo Octavia, utilizando el impulso de su rival tal y como le había enseñado, lo lanzaba por los aires en un *Ippon* perfecto que hizo temblar la colchoneta.

El pabellón estalló en vítores, liderados por el grito eufórico de Mary O'Malley y el silbido orgulloso de Logan. Mi fiera acababa de clasificarse para la final del estado.

Sonreí, aplaudiendo a mi hija mientras ella corría hacia mis brazos. No necesitaba mirar hacia la puerta por la que había huido mi madre. Todo lo que me importaba, mi familia entera, estaba exactamente en este lado de la pista.

* * *

La euforia por la clasificación de Octavia todavía flotaba en el ambiente cuando regresamos a la cabaña. El interior era un bullicio acogedor; Mary había tomado el control absoluto de mi cocina, y mi fiera estaba subida a su taburete habitual, con un delantal puesto, ayudándola a preparar la cena entre risas cómplices. Hannah estaba en el salón, encendiendo la chimenea, y Ben había salido al porche trasero para admirar las vistas del bosque al atardecer.

Yo había salido al porche delantero para recoger un par de troncos extra de leña cuando el sonido del motor de un coche rompió la paz del bosque.

Reconocí el viejo sedán de mi padre al instante.

Sean Donovan aparcó de un frenazo, apagó el motor y bajó del coche dando un portazo. Venía directo hacia las escaleras de mi cabaña, con la mandíbula apretada y los hombros tensos. El instinto protector se me disparó en las venas. Tiré los troncos al suelo de madera y bajé un par de escalones para interceptarlo antes de que pudiera acercarse a mi puerta.

—Papá —lo saludé, con una advertencia gélida en la voz.

—No me vengas con ese tono, Caleb —escupió Sean, deteniéndose en el último escalón. Estaba furioso, pero debajo de esa furia vi el agotamiento de un hombre que no sabía cómo manejar los pedazos rotos de su matrimonio—. Tu madre llegó a casa llorando y se ha encerrado en la habitación.

—Si Vera llora, es por el peso de su propia culpa. No es mi puto problema —repliqué, cruzándome de brazos.

—¡Claro que es tu problema! —me gritó mi padre, señalando hacia mi cabaña—. ¡Has avergonzado a tu madre delante de todo el pueblo! ¿De verdad tenías que pavonearte con esa gente en las gradas? ¿Tenías que permitir que los O'Malley ocuparan ese lugar y gritaran como si fueran la familia de la niña? Le has dado a esa familia el peso en la vida de Octavia que le corresponde a tu madre.

La sangre me hirvió en las venas. Di un paso hacia abajo, invadiendo el espacio de mi padre, usando toda mi envergadura para intimidarlo.

—Escúchame muy bien, Sean —gruñí, con los dientes apretados —. Los O'Malley no han usurpado el lugar de nadie. Ese puto lugar estaba vacío. Lleva vacío diez años porque vosotros decidisteis que mi hija no era digna de vuestro amor. Mary y Ben la adoran. Y si mi madre se sintió humillada al ver a otra mujer haciendo el trabajo que ella fue demasiado cobarde y egoísta para hacer... entonces que se joda y asuma las consecuencias.

Sean enrojeció de ira. Abrió la boca para lanzar otro ataque, dispuesto a decir algo que probablemente cruzaría la última línea de retorno entre nosotros. Yo también estaba listo para decirle que se largara de mi propiedad para siempre.

El choque era inminente y letal.

—Sean.

La voz fue tranquila, profunda y cargada de una autoridad serena.

Ambos giramos la cabeza hacia la puerta de la cabaña. Ben O'Malley estaba de pie en el umbral. No parecía enfadado, ni estaba a la defensiva. Llevaba las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana y nos miraba con una expresión que me descolocó por completo.

Mi padre se quedó paralizado, parpadeando ante la visión del hombre que solía ser su vecino, su amigo y su compañero de barbacoas dominicales antes de que el mundo se fuera a la mierda hace doce años.

Ben bajó los escalones con calma y se interpuso entre nosotros. No lo hizo para quitarme autoridad en mi propia casa. Lo sentí en el instante en que me puso una mano firme y cálida en el hombro, dándome un leve apretón. Lo estaba haciendo para protegerme. Ben O'Malley había leído la escalada de violencia verbal entre mi padre y yo, y había dado un paso al frente para evitar que nos destrozáramos el uno al otro con palabras que no podríamos borrar jamás.

Me estaba protegiendo del dolor de perder a mi padre, exactamente de la misma manera en que protegería a Hannah o a su hijo Patrick si estuvieran en mi lugar.

Ese gesto, ese silencioso y profundo instinto paternal dirigido hacia mí, me golpeó con tanta fuerza que el nudo de ira de mi garganta se disolvió, dejando paso a una emoción cruda que me humedeció los ojos.

—Ha pasado mucho tiempo, Sean —dijo Ben, mirando a mi padre con una calma inquebrantable—. Demasiado.

Sean Donovan tragó saliva, perdiendo toda su furia de golpe ante la presencia de Ben. Sus hombros se desinflaron.

—Ben... yo... —balbuceó mi padre, de repente incapaz de sostenerle la mirada al hombre cuya vida Vera había ayudado a arruinar.

—No lo hagamos aquí. No delante de los chicos —le pidió Ben, con un tono amable pero firme, señalando con la cabeza hacia el sendero de pinos que se adentraba en el bosque desde mi parcela—.

Caleb tiene razón en proteger a su familia, y tú estás sufriendo por la tuya. Vamos a dar una vuelta, Sean. Tú y yo. Creo que nos debemos una larga charla desde hace doce años.

Mi padre me miró por un segundo. Vi la derrota y la vergüenza en sus ojos, pero también un atisbo de alivio por tener una vía de escape que no implicara seguir destruyendo su relación conmigo. Sean asintió lentamente hacia Ben.

—Está bien, Ben. Demos una vuelta.

Ben me dio un último apretón en el hombro, una promesa silenciosa de que él se encargaba de esto, y caminó junto a mi padre hacia el sendero oscuro. Me quedé de pie en las escaleras, observando cómo las figuras de los dos hombres que habían sido amigos en otra vida se alejaban lentamente bajo los árboles, envueltos en el frío del anochecer.

Respiré hondo, pasándome una mano temblorosa por la cara.

La soledad del porche de repente se me hizo insoportable. Necesitaba a Hannah.

Me giré, recogí los troncos que había tirado y entré en la cabaña. El contraste con el frío de fuera fue instantáneo. A mi derecha, en la cocina, Octavia y Mary seguían riendo a carcajadas mientras removían algo en una olla, completamente ajenas a la tormenta que acababa de disiparse en el jardín.

Dejé la leña junto a la chimenea y mis ojos encontraron a Hannah.

Estaba de pie junto al sofá, mirándome. Había visto la interacción por la ventana. Sus ojos oscuros brillaban con comprensión absoluta y un amor tan incondicional que me dejó sin aliento.

Crucé el salón en tres zancadas, la agarré por la cintura y hundí el rostro en su cuello, abrazándola con una fuerza desesperada. Hannah me rodeó con los brazos al instante, acariciándome la nuca, anclándome a la realidad.

No dije nada. No hizo falta. En ese abrazo, rodeado por el olor de la cena, la risa de mi hija y el calor de la mujer de mi vida, supe que

Ben O'Malley no solo le había dado a Octavia un abuelo. Me había dado a mí el padre que tanto necesitaba.

VEINTISIETE

Hannah

Había pasado exactamente una semana desde la comida familiar en la cabaña de Caleb, y una extraña pero maravillosa sensación de normalidad se había instalado en mi vida. Mis padres seguían en el pueblo, alargando su estancia en el B&B unos días más, paseando por las calles de Wildwater Falls con la cabeza alta y pasando las tardes cocinando con Octavia.

Incluso en el hospital, las piezas parecían estar encajando por fin.

Estaba terminando mi turno de guardia un jueves por la tarde. Había sido un día inusualmente tranquilo en Urgencias. Logan se había incorporado oficialmente al equipo de cirugía ortopédica esa misma semana. Verlo pasear por los pasillos con su pijama quirúrgico azul, el moño rubio perfectamente recogido y esa aura de cirujano estrella, me llenaba de orgullo. Nuestro grupo de amigos estaba más unido que nunca, actuando como un escudo protector alrededor de Savannah mientras ella lidiaba con el papeleo inicial de su divorcio.

Por supuesto, no todo era perfecto. La tensión entre Logan y Avery era un campo de minas. Cumplían con sus obligaciones médicas de forma impecable, discutiendo historiales y tratamientos con una eficiencia letal, pero fuera del ámbito estrictamente profesional, no se dirigían la palabra. Eran dos témpanos de hielo orbitando el uno alrededor del otro, negándose a reconocer la

atracción gravitatoria que todos los demás podíamos ver a kilómetros de distancia.

Pero, en general, sentía que las cosas se estaban asentando. Mi relación con Caleb era un refugio inquebrantable, y por primera vez en mi vida, sentía que tenía el control absoluto de mi mundo.

Estaba saliendo de la sala de descanso, con un café recién hecho en la mano, cuando el busca de mi cadera y la alarma general de Urgencias se dispararon al unísono. El pitido agudo y persistente me hizo dejar el vaso sobre el mostrador de control de enfermería de un golpe.

Sloane Parker salió de su despacho en el mismo instante, con el rostro tenso, sosteniendo el auricular rojo de la línea directa con emergencias.

—¡Hannah! —me llamó la directora médica, haciéndome un gesto para que me acercara de inmediato—. Tenemos un código crítico. Accidente de tráfico en *Riverbend Road*. Un vehículo se ha salido de la vía y se ha precipitado por el barranco hacia el río.

El nombre de la carretera me paralizó el corazón por una fracción de segundo.

—¿Riverbend? —pregunté, sintiendo que la sangre se me helaba en las venas. El mismo tramo en el que doce años atrás el autobús del instituto se había precipitado por el barranco.

—Sí. Y las cosas se están complicando a una velocidad de vértigo —continuó Sloane, tecleando furiosamente en su ordenador para abrir el radar meteorológico—. El Servicio Nacional de Meteorología acaba de emitir una alerta roja. Una ventisca brutal se está adelantando y va a golpear esa zona en menos de treinta minutos. Los equipos de tierra no van a llegar a tiempo para la extracción antes de que las carreteras se vuelvan intransitables.

Tragué saliva, obligando a la superviviente traumatizada a esconderse y dejando que la Jefa de Cirugía tomara el mando.

—¿Qué necesitan de nosotros? —pregunté, con voz firme.

—Han solicitado apoyo aéreo inmediato para una extracción con cabrestante —explicó Sloane, mirándome a los ojos con gravedad—. La patrulla de carretera no puede acceder a la zona. Han enviado un dron a inspeccionar el coche, parece que hay dos o más ocupantes, ambos atrapados o inconscientes. Los paramédicos de vuelo no serán suficientes. Piden a un médico especialista en trauma en el helicóptero para estabilizar *in situ* durante la maniobra de corte del vehículo.

Miré por el gran ventanal de la sala de espera. El sol estaba empezando a ponerse tras las montañas, tiñendo el cielo de un gris plomizo y amenazador. Las temperaturas estaban cayendo en picado. Mandar a uno de mis residentes o a un cirujano junior a colgar de un cable en medio de una ventisca, en un barranco helado, era una sentencia de muerte.

—Voy yo —decidí sin dudarlo un segundo, desabrochándome la bata blanca y tirándola sobre una silla.

—Hannah, las condiciones van a ser extremas. El viento cruzado en ese barranco...

—Soy la Jefa de Trauma, Sloane. Es mi responsabilidad, y soy la que más experiencia tiene trabajando bajo presión —la corté, agarrando mi chaqueta de alta visibilidad roja y mi kit de campo de emergencias extremas—. Dile a Control de Vuelo que estoy subiendo al helipuerto.

Salí corriendo por los pasillos, el eco de mis zapatillas retumbando contra el linóleo. Mi mente ya estaba calculando dosis de adrenalina, torniquetes y protocolos de hipotermia masiva.

Subí por las escaleras hasta la azotea del hospital. Me puse unas gruesas botas de montaña y me abroché la chaqueta. Al abrir la pesada puerta de metal, el viento helado me golpeó con tanta fuerza que casi me hizo retroceder. El estruendo ensordecedor de los rotores cortando el aire frío llenó mis oídos.

Corrí hacia la plataforma, agachando la cabeza por instinto.

Esperaba ver la silueta del Alfa Uno. Esperaba ver los ojos turquesa de Caleb tras el visor del casco, esperando para ser mi

ancla. Esperaba ver a Ian en la puerta lateral, listo para bajar conmigo al infierno.

Pero cuando levanté la vista, el corazón se me cayó a los pies.

El helicóptero que estaba posado en la plataforma de la H roja era el Bravo Dos.

Un paramédico que no conocía me hizo señas frenéticas desde la puerta abierta para que subiera. Me subí a los patines y entré en la cabina estrecha. El piloto, un hombre mayor con el indicativo de "Fuller" en el parche del pecho, me asintió brevemente a través del espejo retrovisor, con el rostro tenso por la concentración.

No estaba Caleb. No estaba mi equipo. El Alfa Uno debía de estar en otro servicio.

Me abroché el arnés de cuatro puntos con manos temblorosas y me puse los auriculares de comunicación.

—¡Doctora O'Malley asegurada! —gritó el paramédico por el intercomunicador.

—Entendido. Despegamos. Agarraos fuerte, chicos, el viento en ese puto barranco está empeorando por segundos —respondió Fuller, tirando del mando colectivo.

El Bravo Dos se elevó bruscamente, inclinando el morro hacia las montañas oscuras.

Miré por la ventanilla mientras el hospital se hacía cada vez más pequeño bajo nosotros. La noche estaba cayendo rápido. Los primeros copos de nieve comenzaron a estrellarse violentamente contra el cristal reforzado. Estaba volando hacia el mismo abismo helado que casi me devora hace doce años, y por primera vez desde que regresé a Wildwater Falls, no tenía a Caleb Donovan a los mandos para garantizarme que volvería a casa.

* * *

El cañón de *Riverbend Road* era una garganta de roca negra que parecía dispuesta a tragarnos enteros. Volábamos a baja cota,

sacudidos por ráfagas de viento que hacían crujir la estructura del Bravo Dos. A través del cristal empañado por mi propia respiración, vi el fondo del barranco.

Allí estaba. Un sedán oscuro, volcado sobre el techo, con el morro medio sumergido en las aguas heladas del río.

—¡*Es un amasijo de hierros*! —gritó el técnico sanitario por encima del intercomunicador, ajustándose el arnés—. *¡No hay forma de bajar a la doctora directamente sobre el coche, Miller! ¡El viento nos va a estampar contra la pared este!*

—*¡Lo veo! ¡Voy a intentar llevar el pájaro hasta ese claro de ahí adelante, a unos doscientos metros río arriba! ¡Bajaremos allí y tendréis que ir a pie!* —bramó el piloto, luchando a brazo partido contra el mando cíclico.

El helicóptero avanzó con pesadez, peleando contra una ventisca que ya nos había engullido por completo. La nieve caía casi en horizontal. A través del parabrisas, vi el pequeño claro entre los pinos. Estábamos a escasos quince metros del suelo. Diez metros.

Y entonces, la montaña nos recordó quién mandaba.

Una corriente descendente masiva, un puño invisible de aire helado, nos golpeó de lleno desde arriba. El rotor principal aulló, perdiendo sustentación de golpe.

—*¡Agarraos! ¡Perdemos el morro!* —fue el último grito de Miller.

El mundo giró violentamente. El impacto fue brutal, un choque sordo y titánico de metal contra tierra helada y rocas que me sacó el aire de los pulmones. El cristal del parabrisas estalló en un millón de pedazos opacos. Las alarmas de la cabina chillaron como animales heridos mientras el helicóptero patinaba de lado sobre la nieve y se detenía con un último y agónico chirrido de metal retorcido.

Silencio.

Un silencio irreal, roto solo por el silbido de la ventisca colándose por los huecos del fuselaje destrozado y el zumbido eléctrico de los paneles moribundos.

Me quedé colgando ligeramente de mi arnés de cuatro puntos. Durante un segundo, mi mente viajó doce años atrás. El olor a combustible. El frío. El metal destrozado. El pánico intentó trepar por mi garganta, amenazando con paralizarme.

Pero ya no era la adolescente asustada del autobús número cuatro. Era Hannah O'Malley, Jefa de Cirugía de Trauma del *Wildwater Regional*.

Parpadeé con fuerza, desabrochando el arnés de un golpe seco. Caí de rodillas sobre el suelo inclinado de la cabina. Sentí un escozor agudo en la frente; me pasé el dorso de la mano enguantada por la piel y vi una mancha roja. Una raspadura superficial. Nada grave. La adrenalina ya estaba inundando mi sistema, silenciando cualquier queja de mi cuerpo.

—¡Aviso de estado! —grité, mi voz cortando la confusión—. ¿Sanitario? ¿Bombero?

—¡Estoy bien! —jadeó el técnico sanitario desde la parte trasera, desenganchándose en la penumbra—. Solo unos magulladuras.

—¡Aquí el bombero, estoy entero! —respondió el rescatista, un tipo corpulento que ya estaba pateando la puerta lateral atascada hasta hacerla ceder con un crujido sordo.

—¡Fuller! —Me arrastré hacia la cabina del piloto.

El panel de instrumentos había cedido parcialmente, atrapando las piernas del piloto mayor. Fuller tenía una brecha en la ceja y respiraba con dificultad, pero sus ojos estaban abiertos y alerta.

—Maldita sea... —gruñó, intentando moverse y soltando un quejido—. He perdido el pájaro. Lo siento, doctora.

—Tranquilo, estamos vivos. Quédese quieto —le ordené, activando la linterna de mi chaqueta y revisando sus pupilas y su cuello con rapidez y precisión clínica—. No hay signos de traumatismo craneoencefálico grave ni compromiso medular. Solo está atrapado. ¡Chicos, ayudadme a sacarlo de ahí!

El bombero y el técnico sanitario se abalanzaron sobre el panel frontal. Con un esfuerzo conjunto, usando una barra de palanca del

equipo de rescate, lograron levantar la consola lo suficiente para que tirara de Fuller por el chaleco, liberándolo.

El piloto se dejó caer sobre los asientos traseros, agarrándose la pierna con una mueca, pero entero.

—Las comunicaciones están muertas, doctora —informó el bombero tras revisar el panel destrozado y su propia radio portátil, sacudiendo la cabeza con frustración—. El impacto ha frito el sistema principal y la tormenta está bloqueando las frecuencias de emergencia. No podemos reportar que hemos caído. Nadie sabe que estamos aquí abajo.

La realidad de nuestra situación cayó sobre mis hombros con el peso del plomo. Estábamos aislados, a bajo cero, en medio de una alerta roja.

Miré a través de la puerta reventada del helicóptero. La ventisca era un muro blanco casi impenetrable, pero yo sabía lo que había doscientos metros más abajo, en la orilla del río. Un coche aplastado. Vidas que se estaban apagando por segundos.

—No podemos esperar a que alguien se dé cuenta de que no contestamos a la base —sentencié, agarrando mi botiquín táctico de trauma, el más grande y pesado, y colgándomelo al hombro—. Somos la única ayuda que tienen.

Fuller me miró desde el suelo, apretando los dientes.

—Doctora, es un suicidio salir ahí fuera ahora mismo. No se ve a tres metros.

—Esa gente no tiene tiempo para que la tormenta amaine, Fuller —repliqué, bajándome las gafas protectoras sobre los ojos y ajustando el cierre de mi abrigo de alta visibilidad—. Voy a bajar al río.

El bombero de rescate agarró la mochila de herramientas de excarcelación y las bengalas. Se colocó a mi lado en la rampa de salida, tan decidido como yo.

—No va a ir sola, doctora O'Malley. Yo le abro camino. El técnico se quedará aquí con Fuller para asegurar el helicóptero y mantener

el calor. Hay que poner en funcionamiento la baliza de emergencia. Por cierto, puede llamarme Hayes.

Asentí, agradecida por su valentía. Miré hacia el abismo blanco que rugía fuera del fuselaje. El frío era cortante, y el rugido del viento ensordecedor, pero mi pulso era firme. Pero mis años en urgencias y mi pasado como superviviente me habían enseñado a enfrentarme a la montaña. Estaba preparada.

—Vamos a sacarlos de ahí, Hayes —grité por encima del viento.

Y sin mirar atrás, me lancé al corazón de la tormenta.

* * *

Dejar atrás el esqueleto metálico del Bravo Dos fue como saltar al vacío. Sin embargo, a medida que Hayes y yo descendíamos por la pendiente escarpada, la montaña pareció darnos una tregua macabra. La cortina blanca y opaca de la ventisca comenzó a aflojar; el viento dejó de rugir con esa furia ensordecedora y la nieve pasó de ser un latigazo horizontal a una caída pesada y densa. La visibilidad fue mejorando metro a metro, revelando la silueta traicionera del cañón bajo la pálida luz de la luna que empezaba a asomar entre las nubes rotas.

A nuestra espalda, en la repisa superior, Fuller y el técnico sanitario tenían la misión de puentear el sistema de radio con las baterías auxiliares y mantener operativa la baliza de emergencia. Sabíamos que, en cuanto el Alfa Uno o la Base de control se dieran cuenta de que habíamos desaparecido del radar, esa baliza sería nuestro único faro.

—¡Cuidado aquí, doctora! —gritó Hayes, sacándome de mis pensamientos.

El bombero de rescate extendió su mano enguantada hacia mí. Estábamos atravesando un campo de rocas afiladas como cuchillos de obsidiana, cubiertas por una capa de hielo negro. El peso de mi

mochila roja de trauma, cargada con sueros, desfibrilador portátil, medicación y material quirúrgico de campo, me tiraba de los hombros hacia atrás, amenazando con hacerme perder el equilibrio.

Agarré la mano de Hayes con fuerza. Tiró de mí, ayudándome a sortear una grieta profunda entre dos bloques de granito. Mis rodillas protestaron, pero la Jefa de Cirugía que llevaba dentro había silenciado cualquier queja física. Estaba operando en puro modo supervivencia y concentración clínica.

—¡Allí! —señaló Hayes con el haz de su linterna de alta potencia.

Al final de la caída de rocas, a escasos cinco metros de las aguas rápidas y oscuras del río, estaba el vehículo. Era un sedán oscuro, completamente volcado sobre el techo. El morro estaba hundido en la maleza congelada y el maletero apuntaba hacia el cielo gris. El sonido del metal crujiendo al asentarse se mezclaba con el rumor incesante del río helado.

Aceleramos el paso, resbalando en los últimos metros de barro y escarcha.

—A simple vista parece que no hay nadie proyectado fuera del habitáculo —evalué en voz alta, con la respiración entrecortada, escaneando el perímetro—. Pero está muy oscuro. Necesitamos estar seguros de cuántos pacientes tenemos.

—Yo haré una batida rápida por los alrededores y la orilla del río por si alguien salió despedido o intentó salir por su propio pie —asintió Hayes, sacando una palanca de su equipo—. Usted vaya al coche, doctora. Compruebe el interior. ¡Grite si necesita que fuerce alguna puerta!

Mientras el bombero se alejaba unos metros, barriendo la maleza con su linterna, yo corrí directamente hacia el amasijo de hierros.

El coche estaba destrozado. El techo se había hundido peligrosamente y las ventanas estaban estalladas. Me arrodillé sobre la nieve manchada de aceite y anticongelante, y me asomé por el hueco de lo que quedaba de la ventanilla del copiloto, encendiendo la linterna que llevaba anclada al pecho de mi chaqueta.

El haz de luz blanca barrió el interior invertido del sedán.

Vi dos cuerpos colgando de los cinturones de seguridad. El olor metálico de la sangre y a airbags detonados era inconfundible.

—¡Soy médico! ¡No se muevan! —grité, por puro protocolo, enfocando primero hacia el asiento del conductor.

El hombre al volante tosió débilmente. Tenía un corte en la frente que le sangraba profusamente sobre los ojos, pero levantó una mano temblorosa para protegerse de mi luz. Estaba consciente. Estaba coherente. Y cuando bajé el foco de la linterna para no deslumbrarle, el aire abandonó mis pulmones con la fuerza de un golpe físico.

El rostro magullado y aterrorizado que me devolvía la mirada era el de Sean Donovan.

Mis rodillas chocaron con el hielo. Tragué saliva, sintiendo que el barranco entero daba vueltas a mi alrededor. Era la misma carretera. El mismo río. Y doce años después, la familia Donovan estaba sangrando de nuevo en el fondo de este infierno.

Giré la linterna con pánico hacia el asiento del copiloto, rezando a un Dios en el que no creía.

Atrapada en el lado del pasajero, colgando inerte del cinturón de seguridad, con la cabeza ladeada en un ángulo antinatural y los ojos cerrados, estaba Vera Donovan.

Estaba inconsciente. Una mancha oscura de sangre se expandía por la manga de su abrigo gris impecable.

—¿Vera...? —susurró Sean, con la voz rota y desorientada, intentando girar la cabeza hacia su mujer, gimiendo de dolor al hacerlo—. ¿Vera?

El eco del accidente de hace doce años me gritó en los oídos. La historia intentaba repetirse, amenazando con destrozar a Caleb por segunda vez en su vida.

Pero esta vez, yo no era una niña de quince años atrapada en la nieve esperando a ser rescatada. Esta vez, el rescate era yo.

Apreté la mandíbula hasta que me dolieron los dientes, bloqueé mis emociones en una caja fuerte mental y dejé que el talento, los años de estudio y la pura cabezonería O'Malley tomaran el mando absoluto.

—Sean, mírame —le ordené con una voz que cortó el aire helado, dura, médica y autoritaria—. Soy la doctora O'Malley. Estoy aquí. Te tengo. No te muevas. Os sacaremos de aquí —dije con firmeza —. ¡Hayes! —grité a pleno pulmón, asomando la cabeza por la ventanilla delantera del coche volcado. El viento helado amenazaba con ahogar mi voz—. ¡Hayes, aquí! ¡Son dos víctimas! ¡Necesito acceso por la parte trasera, ahora!

La luz de la linterna del bombero cortó la oscuridad a unos metros de distancia y, en cuestión de segundos, la mole de su traje de rescate apareció a mi lado. Evaluó la deformidad de las puertas delanteras con una sola mirada profesional.

—Están encajadas. Voy a reventar el cristal trasero —anunció Hayes, sacando un punzón táctico de su cinturón—. Cúbrase, doctora.

Me aparté lo justo. Un golpe seco y crujiente bastó para que el cristal templado de la ventanilla trasera estallara en miles de dados opacos. Hayes limpió los bordes con su guante grueso, abriendo una vía de entrada hacia el habitáculo invertido.

Sin dudarlo un segundo, me deslicé por el hueco, arrastrándome sobre el techo abollado del interior del coche, arrastrando mi pesado botiquín de trauma tras de mí. El frío se colaba por todas las rendijas, convirtiendo el interior del sedán en un congelador.

Me arrastré hasta quedar justo detrás de los asientos delanteros.

—Sean —dije con voz firme, encendiendo una linterna de pupila y enfocándola directamente a los ojos del padre de Caleb—. Mírame a la luz.

Sean parpadeó, cegado, pero sus pupilas se contrajeron de forma reactiva y simétrica. Estaba orientado.

—Hannah... —murmuró, con la respiración agitada y un hilo de sangre bajando por la comisura de sus labios—. Dios mío, Hannah... ¿qué haces aquí?

—Haciendo mi trabajo. Aprieta mis manos —le ordené, metiendo mis manos enguantadas por entre los asientos para alcanzar las suyas. Las apretó con fuerza—. Bien. ¿Puedes mover los pies?

—Sí... sí, puedo —gimió Sean, retorciéndose un poco en su asiento invertido—. Pero me duele el pecho. El cinturón...

—Posible fisura costal por la tensión del impacto, pero no hay compromiso espinal evidente. Estás estable por ahora, Sean —le aseguré, mi tono volviéndose puramente clínico—. Voy a revisar a Vera.

—Sálvala —suplicó Sean, y la desesperación en su voz fue tan cruda que me arañó la garganta. Extendió una mano temblorosa, rozando el hombro inmóvil de su mujer—. Por favor, Hannah. No me importa lo que me pase a mí. Sálvala a ella.

No respondí de inmediato. Me giré hacia el asiento del copiloto.

Vera estaba completamente inconsciente. Su cabeza colgaba hacia un lado, y la palidez de su rostro era cadavérica bajo la luz de mi linterna. Le tomé el pulso en el cuello; era filiforme, débil y demasiado rápido. El corte en su cabeza y la mancha oscura en su abrigo gris indicaban un traumatismo severo y posible hemorragia interna. Estaba en estado de shock.

Era la mujer que me había odiado, que me había insultado en público y que había forzado a mi familia a abandonar su hogar. Era el monstruo de mis pesadillas adolescentes.

Y se estaba muriendo delante de mí.

—¡Hayes! —grité hacia el hueco de la ventanilla—. ¡El conductor está estable, pero la pasajera está crítica! ¡Inconsciente, pulso débil! ¡Vuelve al Bravo Dos corriendo y tráeme una tabla espinal rígida y collarines! ¡Los necesito fuera del vehículo ya para poder intubar si es necesario!

—¡Entendido, doctora! ¡Voy a toda prisa! —respondió el bombero, y escuché el crujido de sus botas alejándose por las rocas.

Me quedé sola en la oscuridad del habitáculo con los padres de Caleb. Las temperaturas seguían cayendo en picado. Saqué dos mantas térmicas de *mylar* de mi botiquín; el sonido metálico del papel dorado y plateado resonó en el silencio.

Desplegué la primera y cubrí a Vera lo mejor que pude, intentando conservar el poco calor corporal que le quedaba, y luego arropé a Sean.

—Vera... —Sean sollozó débilmente, con la mirada fija en el rostro inerte de su esposa—. Hannah, por favor. Lo siento tanto... Sálvala.

Le sostuve la mirada en la penumbra. No había espacio para el rencor en este barranco. Doce años atrás, en este mismo río, yo había estado en el lugar de Vera, desangrándome, esperando un milagro.

—Escúchame, Sean —le dije, mi voz bajando una octava, cargada de una promesa inquebrantable—. Te juro por mi vida que no me voy a ir de esta nieve sin hacer absoluta y humanamente todo lo posible por los dos. ¿Me oyes? Vas a volver a ver a tu nieta. Los dos.

El tiempo pareció detenerse, congelado en el eco de mi promesa, hasta que el sonido de pasos pesados y respiraciones agitadas rompió el aislamiento.

Hayes apareció en la ventanilla. Y no venía solo. El técnico sanitario del helicóptero había bajado con él, cargando una segunda tabla espinal amarilla.

—¡Fuller dice que la baliza está transmitiendo, doctora! —informó el técnico, metiendo la primera tabla por el hueco—. ¡Vamos a sacarlos!

—¡Primero a Sean, está consciente y es más fácil de movilizar! ¡Luego vamos a por Vera, necesitaré espacio para estabilizarle las cervicales! —ordené.

Corté el cinturón de seguridad de Sean mientras Hayes y el técnico sanitario lo sujetaban desde fuera. Con una maniobra

coordinada, pesada y agónica, logramos deslizar al padre de Caleb fuera del amasijo de hierros y asegurarlo sobre la tabla espinal en la nieve, cubriéndolo de inmediato con más mantas térmicas.

Me estaba preparando para girarme de nuevo hacia Vera cuando el aire a nuestro alrededor cambió.

No fue el aullido del viento. Fue un sonido mecánico, rítmico y denso. El latido atronador de unas aspas cortando la atmósfera.

Levanté la cabeza de golpe, con el corazón martilleándome contra las costillas.

De repente, la oscuridad absoluta del cañón se hizo pedazos. Una luz de búsqueda masiva, cegadora y blanca como el magnesio, barrió la pared del barranco y nos golpeó de lleno desde el cielo, iluminando la nieve, el coche volcado y la sangre.

Estaban aquí.

VEINTIOCHO

Caleb

Aterrizar el Alfa Uno tras tres horas lidiando con el caos de una carambola de siete coches en la interestatal 84 debería haberme dejado exhausto. La ventisca había convertido la autopista en una pista de patinaje mortal y el viento cruzado casi nos arranca la cola en dos ocasiones. Pero cuando los patines tocaron el asfalto de la base y corté la potencia de los rotores, no sentí alivio.

Sentí un nudo de hielo puro formándose en la boca de mi estómago.

A través del parabrisas barrido por la nieve, vi una figura solitaria de pie en el borde de la pista de aterrizaje. Era mi hermana Clover. No llevaba abrigo, solo su jersey de lana de la base y los auriculares de comunicación colgados al cuello. El viento helado le azotaba el pelo oscuro contra la cara, pero ella ni siquiera se inmutaba. Estaba rígida como una estatua, con los brazos cruzados y la mirada clavada en la cabina de mi helicóptero.

En doce años de servicio, Clover nunca me había esperado en la pista bajo una alerta roja a menos que el infierno se hubiera desatado.

Me arranqué el casco y el arnés en un solo movimiento, empujé la puerta lateral y salté al asfalto antes de que las aspas dejaran de girar por completo.

Corrí hacia ella, inclinándome contra la ráfaga de nieve.

—¡Clover! ¿Qué pasa? —grité por encima del aullido de la tormenta, agarrándola por los hombros.

Mi hermana levantó la vista. Tenía los ojos empañados en lágrimas, desencajados por un terror que me cortó la respiración de tajo.

—Caleb... —su voz se quebró, tragando aire frío como si se estuviera ahogando—. Ha habido un accidente. Un coche despeñado cerca del río. Los paramédicos de tierra pidieron apoyo médico aéreo urgente para una excarcelación in situ.

—¿Y? Nosotros estábamos en la interestatal. ¿A quién han mandado? —pregunté, aunque el instinto depredador de mi cerebro ya estaba uniendo las malditas piezas y aullando de pánico.

—A Hannah —sollozó Clover, aferrándose a las solapas de mi mono de vuelo—. Como Jefa de Trauma, se negó a mandar a un residente. Subió al Bravo Dos con Fuller y Hayes. Despegaron hace media hora hacia el barranco... y hemos perdido la señal. Llevan quince minutos sin contestar por radio. Caleb, el helicóptero ha desaparecido.

El mundo se detuvo.

El sonido de la ventisca se apagó. El zumbido de los motores desapareció. Todo se redujo al eco de las palabras de mi hermana rebotando en el interior de mi cráneo. El trauma del accidente de autobús, el monstruo que creía haber enterrado, se alzó de golpe y me hundió las garras en la garganta. Doce años atrás, en ese mismo río, la nieve se había tragado a mi hermano. Y ahora, la montaña me estaba arrebatando a la mujer que acababa de devolverme a la vida. Mi línea roja. Mi todo.

Me quedé completamente paralizado. Mis manos cayeron a los costados. Quise hablar, quise correr hacia la cabina, pero mis músculos no respondieron. Estaba atrapado en una pesadilla, ahogándome en un mar de hielo y cristales rotos.

Ian y Noah llegaron trotando desde la parte trasera del helicóptero, ajustándose las chaquetas.

—¿Qué coño pasa con esta ventisca, Clover? Deberías estar dentro... —empezó Noah, pero se calló al ver mi cara y las lágrimas de mi hermana.

Clover repitió la información.

Noah soltó una maldición por lo bajo y me miró, esperando órdenes. Pero no había piloto al mando. Yo solo era un hombre roto mirando al vacío, incapaz de articular una sola palabra, viendo en mi mente el cuerpo de Hannah destrozado entre el metal.

Ian Collins no perdió ni un milisegundo en compadecerme.

Su rostro, curtido y siempre estoico, se endureció hasta parecer tallado en granito. Dio un paso al frente, asumiendo el mando que yo había dejado caer.

—¡Tú! —rugió Ian, señalando a uno de los asistentes de pista que se acercaba con un carro de herramientas—. ¡Trae la manguera de combustible de alta presión ahora mismo! ¡Llena el tanque del Alfa Uno al máximo, vamos a volver a salir ya!

El asistente asintió, aterrorizado por el tono de Ian, y salió corriendo.

—¡Noah! —ladró Ian, girándose hacia nuestro técnico—. ¡Corre a la enfermería de la base! ¡Vacía los armarios! ¡Quiero todo el material de trauma, sangre O negativo y todas las putas mantas térmicas que puedas cargar! ¡Tienes tres minutos!

—¡En ello! —Noah salió disparado hacia los barracones.

Ian se giró de nuevo. Caminó hacia mí con pasos pesados, ignorando a Clover, que lloraba en silencio. Se paró a un palmo de mi cara. Yo seguía con la mirada perdida en la nieve que caía a nuestro alrededor, incapaz de respirar.

Ian agarró las gruesas correas de *kevlar* de mi arnés de vuelo con ambas manos y tiró de mí con una fuerza brutal, sacudiéndome físicamente para sacarme de mi cabeza.

—¡Donovan! ¡Mírame a los putos ojos! —rugió, su voz profunda cortando mi parálisis como un cuchillo caliente.

Pestañeé, enfocando por fin su rostro. Los ojos oscuros de Ian ardían con una intensidad feroz, leal y despiadada.

—Sé perfectamente qué fantasmas estás viendo ahora mismo —me dijo Ian, bajando un poco el tono, pero manteniendo un agarre de acero en mi arnés, hablándome de hombre a hombre, de hermano a hermano—. Sé que estás aterrorizado. Pero escúchame bien: ella no está muerta. Está ahí fuera, en el hielo, luchando. Y si alguien es lo bastante terca como para sobrevivir a esta montaña, es tu mujer.

Tragué saliva, sintiendo que un hilo de oxígeno volvía a mis pulmones.

—Pero no va a salir sola —continuó Ian, implacable, soltándome de un empujón calculado para obligarme a mantener mi propio equilibrio—. Y el único cabrón en este puto estado que tiene las manos, la sangre fría y el talento para meter un helicóptero en el ojo de esa tormenta y sacarla con vida, eres tú. No hay nadie más, Caleb. Eres el mejor.

Ian dio un paso atrás, señalando con un gesto seco de la cabeza hacia el Alfa Uno, que ya estaba siendo repostado.

—Así que espabila de una maldita vez —sentenció, con una fe inquebrantable en mis habilidades—. Porque la supervivencia de Hannah depende pura y exclusivamente de que este sea el mejor vuelo de tu vida. Súbete a ese pájaro y vamos a traer a tu chica a casa.

Las palabras de Ian chocaron en mi pecho, destrozando el hielo que me paralizaba. La imagen de Hannah, sola, asustada, y necesitándome, barrió el fantasma de hace doce años. El miedo se evaporó, dejando en su lugar una rabia fría, letal y una concentración absoluta. No iba a fallarle. Si tenía que enfrentarme a los demonios del barranco para recuperarla, la montaña iba a descubrir de qué estaba hecho Caleb Donovan.

Apreté la mandíbula, asentí con brusquedad a Ian y eché a correr hacia el asiento del piloto.

El rugido de las turbinas gemelas del Alfa Uno ahogó cualquier otro pensamiento en mi cabeza. Mis manos volaron sobre el panel superior, accionando interruptores en una secuencia mecánica que tenía grabada en la memoria muscular. Baterías, bombas de combustible, encendido. Las aspas comenzaron a girar, cortando el aire denso y helado de la pista.

Ian y Noah ya estaban asegurados en la parte trasera, rodeados de mochilas de trauma, bolsas de sangre y mantas térmicas.

A nuestra izquierda, el rotor de un segundo helicóptero de rescate, el Charlie Tres, comenzó a aullar. Clover iba a bordo de ese aparato como coordinadora de comunicaciones tácticas y enlace médico de apoyo. Teníamos dos emergencias críticas simultáneas en la misma cuadrícula: un vehículo accidentado con víctimas atrapadas y un helicóptero siniestrado con su propia tripulación en paradero desconocido.

Tiré del mando colectivo y el Alfa Uno se despegó del asfalto.

—*Alfa Uno en el aire, Charlie Tres en formación a sus seis* —anunció la voz del piloto de apoyo por el canal seguro.

—Recibido, Charlie. Nos dirigimos directos a las coordenadas del accidente de tráfico original. Escanead la baliza del Bravo Dos y proceded a la extracción —ordené, con la voz plana, desprovista de emoción, operando al cien por cien de mi capacidad.

Dejamos la base atrás, adentrándonos en la negrura de la montaña.

La ventisca, que minutos antes había sido un muro impenetrable, estaba empezando a amainar, perdiendo su fuerza horizontal. Sin embargo, había oscurecido por completo. La noche en el cañón era una garganta de tinta negra, sin luna ni estrellas, solo la nieve cayendo pesadamente sobre el parabrisas.

Mantuve el helicóptero bajo, siguiendo la línea invisible de *Riverbend Road* a través de mis instrumentos de navegación. El

silencio en la cabina era absoluto, solo roto por la estática de la radio. Nadie hablaba. Ian estaba asomado a la ventanilla lateral con las gafas de visión nocturna bajadas, escaneando el terreno implacablemente.

—*¡Caleb! ¡A tus dos en punto!* —ladró Ian por el intercomunicador—. *¡Desprendimiento en la valla quitamiedos de la carretera! ¡Hay marcas de neumáticos en el hielo!*

Pisé el pedal derecho y empujé el cíclico, inclinando el helicóptero en un giro cerrado de sesenta grados que hizo crujir el fuselaje.

—¡Noah, enciende el faro de búsqueda! ¡Máxima apertura! —grité.

Un haz de luz blanca y cegadora de treinta millones de bujías atravesó la oscuridad, barriendo la pared del barranco desde arriba hacia abajo. El cono de luz descendió por la pendiente de rocas afiladas y maleza destrozada, hasta golpear la orilla del río helado.

El metal retorcido brilló bajo nuestro foco.

Allí estaba el coche. Un sedán oscuro, volcado sobre el techo, con la parte delantera aplastada.

En la periferia del haz de luz, vi el brillo reflectante de dos chaquetas. Eran el bombero de rescate y el técnico sanitario del Bravo Dos. Estaban de pie junto al amasijo de hierros, sacando una tabla espinal amarilla.

Pero no había ni rastro de la chaqueta de alta visibilidad roja de la Jefa de Trauma. No había ni rastro de Hannah.

El pulso me martilleó en las sienes con una violencia que me ensordeció. Apreté los mandos hasta que los nudillos se me pusieron blancos, sintiendo que el aire se me escapaba de los pulmones. «Por favor, no. Por favor, no.»

Y entonces, el cono de luz iluminó el hueco reventado de la ventanilla trasera del coche.

Una cabeza cubierta con un gorro oscuro y el destello de una chaqueta roja asomaron por el hueco. Hannah salió arrastrándose del revés desde el interior del vehículo, empujando su botiquín de

trauma antes de ponerse de pie en la nieve. Se llevó un brazo a la cara para protegerse del resplandor de nuestro foco, pero la vi. Entera. Viva. Moviéndose con la precisión que la caracterizaba.

Un suspiro áspero, tembloroso y cargado de un alivio tan inmenso que casi me marea, escapó de mi garganta.

—Está bien —susurré por el canal interno—. Mi chica está bien.

—*Charlie Tres, aquí Alfa Uno. Tenemos contacto visual con las víctimas del coche y el equipo médico de tierra* —informó Ian por la radio, con profesionalidad fría—. *Procedemos al aterrizaje de extracción. Seguid el rastro de la baliza hacia el norte para el helicóptero caído.*

—*Recibido, Alfa Uno. Suerte ahí abajo* —. El segundo helicóptero rompió la formación, dirigiéndose río arriba para rescatar a quién hubiera quedado en el Bravo Dos.

Devolví toda mi atención a los mandos. El terreno alrededor del coche era un desastre de rocas, barro congelado y la corriente del río. El Bravo Dos se había estrellado por intentar buscar un claro seguro a doscientos metros de distancia. Yo no iba a cometer ese error. Hannah necesitaba a su equipo de trauma aquí y ahora, y yo se lo iba a entregar en la puta puerta.

—Preparaos para un estacionario táctico. Voy a meter el pájaro en la orilla —avisé.

Desafié todas las leyes de la física y los manuales de vuelo. Utilicé el efecto suelo para estabilizar el helicóptero sobre el lecho rocoso del río. El rotor principal aullaba, lanzando una tormenta de nieve y agua helada en todas direcciones, rozando las ramas de los pinos a escasos metros de las palas. Maniobré el morro con una precisión milimétrica, bajando el patín derecho sobre un afloramiento de granito y el izquierdo sobre la grava de la orilla.

Puse el Alfa Uno en el suelo a escasos cincuenta metros del coche volcado.

Corté potencia al mínimo indispensable. Antes de que el helicóptero terminara de asentarse, las puertas laterales ya estaban

abiertas. Ian y Noah saltaron a la nieve, cargados con el material médico, corriendo hacia el haz de luz donde Hannah estaba luchando por salvar a los ocupantes del sedán.

Desabroché mi arnés de vuelo y salté de la cabina. El viento generado por los rotores levantaba nubes de nieve cristalizada que me golpeaban la cara como perdigones, pero no sentí el frío.

Corrí hacia el halo de luz. Ian y Noah ya me llevaban unos metros de ventaja, cargados con el equipo de excarcelación pesada, pero mis largas zancadas acortaron la distancia en segundos. Mis ojos solo buscaban una cosa entre el caos de rocas y metal retorcido.

La vi.

Hannah estaba de rodillas en la nieve, junto a una tabla espinal amarilla, con su chaqueta roja cubierta de barro y escarcha.

No me importó el protocolo. No me importó quién estuviera mirando. Me lancé al suelo a su lado, la agarré por los hombros y tiré de ella contra mi pecho con una fuerza desesperada. Hundí mis manos en su pelo, ignorando el gorro de lana, y estrellé mi boca contra la suya. Fue un choque brutal, un beso rápido y hambriento que sabía a adrenalina y pura supervivencia.

Me separé un centímetro, respirando su mismo aire, escaneando su rostro pálido bajo la luz del helicóptero.

—Joder, Han... me has dado un puto susto de muerte —gruñí, con la voz ronca, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas con la fuerza de un martillo pilón—. Pensé... cuando perdimos la señal, yo...

—Estoy bien. Estoy entera, Caleb —me interrumpió ella, agarrándome las solapas del mono de vuelo. Sus ojos oscuros estaban dilatados, pero su voz no temblaba. Estaba en modo cirujana de trauma. Ahora era la Jefa la que hablaba—. Pero tienes que centrarte, piloto. Mírame. Tienes que ver esto.

El tono de su voz encendió todas mis alarmas. Solté su nuca y giré la cabeza hacia el paciente que estaba estabilizado en la tabla espinal a sus pies.

La luz blanca de mi linterna frontal iluminó el rostro magullado, cubierto de sangre y tembloroso del hombre.

Era Sean Donovan. Mi padre.

Me quedé completamente paralizado. El aire abandonó mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Miré desde mi padre hacia el coche volcado, donde Ian, Noah y el técnico del otro helicóptero ya estaban usando las cizallas hidráulicas contra la chapa de la puerta del copiloto.

—Vera está ahí dentro —dijo Hannah a mi lado, confirmando la pesadilla—. Está atrapada y en estado crítico. Inconsciente.

El barranco empezó a dar vueltas. Doce años. Exactamente doce putos años después, la montaña me arrastraba al mismo río, a la misma oscuridad. Carson agonizando en la nieve. Mi padre sangrando en la tabla espinal. Mi madre aplastada entre los hierros. La historia se estaba repitiendo con una precisión macabra que amenazaba con destrozarme.

—Caleb, escúchame —la voz de Hannah fue un latigazo que me devolvió al presente. Me agarró la mandíbula con fuerza, obligándome a mirarla—. Sean está estable, no hay compromiso espinal, pero su temperatura central está cayendo en picado. Tiene un riesgo altísimo de hipotermia severa y fallo cardíaco por el shock. Hay que sacarlo de aquí ya. Súbelo al Alfa Uno y llévatelo al hospital.

—¿Y tú? —pregunté, sintiendo que el pánico inicial daba paso a un instinto de protección letal—. No hay espacio para todos. Y el otro helicóptero ha caído, no sabemos cuánto tardará el Charlie Tres en reagruparse. No voy a dejarte aquí.

Hannah me sostuvo la mirada sin titubear.

—No hemos podido sacar a Vera, Caleb. Sus constantes están cayendo. Ian y Noah necesitan tiempo para cortar el chasis. Si me voy ahora, se muere.

—¡Me importa una mierda! ¡Sube al puto helicóptero, Hannah! —rugió la parte de mí que solo quería ponerla a salvo, el hombre

aterrorizado que no podía soportar la idea de dejarla en el lugar exacto donde la muerte ya nos había robado una vez.

—¡A mí no me importa una mierda! —replicó ella, alzando la voz por encima del ruido de las cizallas cortando el metal—. Estoy ilesa. Mi trabajo es salvar vidas. Las de ambos. Y no voy a permitir que tus padres mueran congelados en este puto barranco cuando tú y yo somos el mejor equipo de rescate que existe. Saca a Sean de aquí. Yo me encargo de Vera.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Odiaba que tuviera razón. Odiaba la puta lógica médica. Pero, sobre todo, amaba su valentía. Era la mujer más fuerte que había conocido jamás, dispuesta a arriesgar su vida por la mujer que la había exiliado.

Asentí bruscamente.

—Te lo juro por mi vida, Han. Volveré a por ti antes de que te des cuenta.

—Lo sé. Ahora vete —ordenó ella.

Me giré hacia el técnico sanitario y agarré un extremo de la tabla espinal. Levantamos a mi padre. Sean, aturdido por el frío y el dolor, se resistió débilmente cuando empezamos a caminar hacia el Alfa Uno.

—¡No! ¡Vera! —gimió Sean, intentando levantar la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No puedo dejarla! ¡Caleb, por favor!

No me detuve. Mi paso era firme y pesado sobre la nieve.

—A mí tampoco me hace ni puta gracia dejar a mi mujer en medio de este infierno, papá —le solté, con una crudeza brutal, sin importarme el peso de mis palabras—. Pero es lo que hay. Así que vas a callarte y vas a aguantar con vida hasta que lleguemos al hospital. ¿Me oyes?

Cargamos la tabla en la parte trasera del helicóptero. Ajusté las correas con tirones secos y me giré para volver a por mi equipo.

Ian Collins apareció trotando desde el coche. Su mono ignífugo estaba manchado de aceite y barro.

—¡Llévate a Noah para que atienda a tu padre en el vuelo! —me gritó Ian por encima del ruido de las turbinas, deteniéndose en la puerta de la cabina—. ¡Yo me quedo aquí con la doctora! ¡Necesita manos fuertes para sacar a tu madre cuando el chasis ceda, y yo no voy a dejarla sola en esta montaña!

Miré a Ian a los ojos. Asintió de forma imperceptible. No era solo apoyo logístico; mi hermano de armas se estaba quedando atrás para ser el escudo de Hannah hasta que yo volviera.

—Cuídamela, Ian —gruñí.

—Con mi vida. Despega ya —ordenó el paramédico, dando un paso atrás y golpeando el fuselaje con la palma plana.

Corrí hacia el asiento del piloto, me abroché el arnés de cuatro puntos y agarré los mandos. El Alfa Uno aulló, exigiendo potencia. Tiré del colectivo y el helicóptero se despegó del suelo con una sacudida, elevándose hacia la oscuridad de la tormenta.

Mantuve el morro nivelado un segundo antes de iniciar el ascenso y miré hacia abajo a través del cristal.

La luz del faro de búsqueda iluminaba el cañón. Vi la silueta oscura del coche destrozado en la orilla del río negro. Vi el metal desgarrado, la nieve manchada y el destello rojo de la chaqueta de Hannah, arrodillada en el barro junto a Ian, luchando.

Un escalofrío frío como el acero me recorrió la espina dorsal.

Las imágenes se superpusieron en mi mente. Pasado y presente colisionando a cien metros de altura. Era la misma noche. El mismo frío. El mismo barranco de mierda.

Empujé el cíclico hacia adelante y desaparecí en la noche, rezando para ser más rápido que la guadaña.

VEINTINUEVE

Hannah

El Alfa Uno se elevó en la oscuridad, convirtiéndose en una estrella roja parpadeante que fue devorada rápidamente por la tormenta y la noche. Me quedé arrodillada en la nieve, sintiendo cómo el rugido de las turbinas se desvanecía, dejando a su paso el aullido cortante del viento en el barranco.

Miré el reloj de mi muñeca. Cuarenta y cinco minutos. Ese era el tiempo mínimo que tardaría Caleb en volar hasta el *Wildwater Regional*, dejar a su padre en manos de mi equipo de urgencias, repostar y volver a meterse en este infierno para sacarnos a nosotras.

Cuarenta y cinco minutos en los que yo era el único muro entre Vera Donovan y la muerte.

—¡El pilar B ha cedido! ¡Tirad ahora! —el grito de Hayes, el bombero de rescate, cortó mis pensamientos.

Me giré hacia el coche destrozado. Ian Collins, Hayes y el técnico sanitario del helicóptero caído, cuyo parche en el pecho rezaba Dell, estaban tirando con todas sus fuerzas de la chapa reventada con la ayuda de las cizallas hidráulicas. El metal gimió y finalmente se partió.

Ian no perdió un segundo. Metió medio cuerpo por el hueco, asegurando el cuello de Vera, mientras los otros dos deslizaban la

tabla espinal amarilla bajo ella.

—¡A la de tres! ¡Uno, dos, tres!

Sacaron a Vera del habitáculo invertido y la depositaron sobre la nieve congelada, iluminada por los potentes focos que Hayes había clavado en el suelo.

Me abalancé sobre ella, abriendo mi pesada mochila de trauma rojo brillante.

Bajo la luz blanca, el aspecto de la madre de Caleb era aterrador. Sus labios tenían un tinte azulado cianótico. Respiraba con boqueadas agónicas y superficiales. Saqué mis tijeras de campo y, sin ningún miramiento por el carísimo tejido de diseño, corté su abrigo gris y su blusa de seda, dejando su pecho al descubierto ante el aire gélido.

El lado derecho de su tórax no se movía al respirar. Estaba abultado, rígido, y vi cómo la vena yugular de su cuello sobresalía como una cuerda tensa. Le palpé la tráquea; estaba desviada hacia la izquierda.

El diagnóstico me golpeó con la precisión de un mazazo clínico.

—Tiene un hemoneumotórax a tensión masivo —anuncié, levantando la vista hacia los tres hombres que me rodeaban—. Tiene las costillas fracturadas, han perforado el pulmón derecho y lacerado vasos sanguíneos. Su cavidad pleural se está llenando de sangre y aire a gran velocidad. Está aplastando su corazón.

—Entonces hay que prepararla para la extracción en cuanto vuelva el Alfa Uno —dijo Dell, el técnico sanitario, sacando gasas de su propio botiquín.

—No —lo corté, mi voz sonando como un látigo—. Si la subimos a un helicóptero en este estado, la disminución de la presión atmosférica por la altitud hará que el aire atrapado en su pecho se expanda al instante. Su corazón se colapsará antes de que Caleb alcance los mil pies. Morirá en el aire.

Agarré mi estuche quirúrgico de campo y lo desenrollé sobre la tabla espinal, junto al brazo de Vera.

—Necesito abrirla. Voy a hacerle una toracostomía con tubo ahora mismo. Necesito drenar la sangre y liberar el aire antes de que el helicóptero aterrice. Dell, prepárame anestesia local, *betadine*, un bisturí del número diez, pinzas *Kelly* gruesas y un tubo torácico de treinta y seis *French*.

El técnico sanitario se quedó paralizado, mirándome con los ojos desorbitados.

—¿Qué? Doctora, con todo el respeto, ¡eso es una locura! —protestó Dell, señalando a nuestro alrededor—. Estamos a bajo cero, en medio de la nieve, el barro y la oscuridad. Esto no es un quirófano estéril. ¡El riesgo de infección masiva o de que corte una arteria intercostal sin visión adecuada es altísimo!

—¡El riesgo de que muera en los próximos cinco minutos es del cien por cien si no lo hago! —rugí, la adrenalina y la frustración ardiendo en mis venas—. ¡Soy cirujana, maldita sea, dame el instrumental!

Dell retrocedió medio paso, negando con la cabeza, sobrepasado por la brutalidad de la situación y el pánico a una negligencia de campo.

Antes de que pudiera gritarle de nuevo, una mano ancha y manchada de aceite apartó al técnico sanitario de un empujón calculadamente brusco.

Ian Collins se arrodilló a mi lado. Su rostro estoico era una máscara de concentración absoluta. Agarró el bote de betadine y el paquete estéril del bisturí.

—Ella es la Jefa de Trauma del hospital regional, Dell —dijo Ian, con una voz tan profunda y grave que hizo vibrar el aire frío, sin apartar sus ojos oscuros de los míos—. Es, con absoluta certeza, la persona más inteligente y capaz de todos los que estamos en este puto barranco. Así que si ella dice que va a abrirle el pecho en medio de la nieve, tú cierras la boca y apuntas con la maldita linterna donde ella te diga.

La lealtad inquebrantable de Ian, su confianza ciega en mis habilidades me dio el anclaje exacto que necesitaba. No dudaba de

mí. Sabía de lo que yo era capaz y no tenía miedo de imponer mi autoridad frente a nadie.

Asentí hacia él, agradeciéndole con una sola mirada.

—Desinféctale el quinto espacio intercostal derecho, línea axilar media —le ordené a Ian, pasándole las gasas.

Ian obedeció sin dudar, bañando la piel pálida de Vera en líquido yodado. Agarré el bisturí con mi mano derecha. Mis dedos estaban helados, pero mi pulso era una roca. Observé el pecho de la mujer que había jurado destruirme, tomé una respiración profunda y afilada, y hundí la hoja en su carne.

El bisturí cortó la piel pálida de Vera con una precisión milimétrica. La sangre brotó al instante, oscura y densa, pero mi pulso no tembló. Estaba en mi elemento. Daba igual que estuviéramos a diez grados bajo cero, rodeados de metal retorcido y nieve.

—Pinzas *Kelly* —ordené, extendiendo la mano ensangrentada.

Ian puso el instrumento metálico en mi palma con una rapidez impecable. Utilicé las pinzas curvas para diseccionar el tejido muscular de la pared torácica, abriéndome paso a ciegas hasta llegar a la pleura.

Apreté la mandíbula, apliqué fuerza y perforé la membrana.

Un silbido ahogado y brutal, el sonido del aire a presión escapando de la cavidad torácica, rasgó el silencio del barranco, seguido de un borbotón de sangre oscura que me salpicó los guantes y las mangas.

—¡Tubo! ¡Rápido, Ian!

Agarré el tubo torácico de plástico grueso y lo introduje por la incisión, dirigiéndolo hacia arriba y hacia atrás para asegurar el drenaje. Vera soltó un gemido sordo, un reflejo de dolor puramente instintivo desde lo más profundo de su inconsciencia, pero su pecho, que llevaba minutos paralizado, de repente dio una sacudida y comenzó a moverse de nuevo.

—¡Válvula de *Heimlich* y esparadrapo! —exigí, conectando el extremo del tubo para evitar que el aire volviera a entrar en sus pulmones.

Fijé el drenaje a su piel con movimientos rápidos y expertos. Me eché hacia atrás, cayendo sentada sobre mis talones en la nieve, con la respiración entrecortada.

Observé el rostro de Vera. El tono azulado y mortal de sus labios empezó a desvanecerse lentamente, dando paso a una palidez enfermiza pero viva. La vena de su cuello se desinfló. Le tomé el pulso en la carótida; seguía siendo débil por la pérdida de sangre, pero el ritmo se había normalizado.

La tensión que me agarrotaba los hombros desapareció de golpe. Lo había conseguido. La había salvado.

Levanté la vista. Dell, el técnico sanitario que había dudado de mí, estaba boquiabierto, mirándome como si acabara de hacer magia negra. Hayes asintió con un respeto absoluto.

—Increíble... —murmuró Dell, negando con la cabeza—. Nunca había visto a nadie hacer una toracostomía a ciegas con esta rapidez.

—Solo he hecho mi trabajo —respondí, limpiándome el sudor frío de la frente con el dorso del brazo.

Ian Collins no dijo nada. Simplemente me miró con sus ojos verde claro, asintiendo lentamente en una confirmación silenciosa de que él jamás había dudado de mi talento.

Pero la victoria duró apenas un suspiro.

El monitor portátil que habíamos conectado al dedo de Vera emitió un pitido grave y espaciado. Miré la pequeña pantalla. Su temperatura central estaba cayendo en picado. La pérdida de sangre y la exposición al hielo mientras la operaba la estaban arrastrando hacia un shock hipotérmico irreversible.

—Mierda. Está perdiendo calor muy rápido —gruñí, revisando frenéticamente mi botiquín—. ¡Hayes, Dell! ¿Os quedan mantas térmicas?

—¡Gastamos las dos últimas en el piloto y en Sean Donovan, doctora! —informó Hayes, golpeándose los bolsillos—. Nosotros llevamos los monos de vuelo aislantes, pero debajo solo tenemos térmicas finas, si nos las quitamos entraremos en hipotermia nosotros en diez minutos.

Miré a Vera. Estaba temblando débilmente. Si su temperatura bajaba un grado más, su corazón, recién salvado, entraría en fibrilación ventricular. Se pararía. Y todo lo que había hecho no habría servido de nada. No podía permitir que la madre de Caleb muriera en mi guardia. Le había hecho una promesa a Sean y a mí misma.

Sin pensarlo dos veces, llevé las manos a la cremallera de mi pesada chaqueta médica de salvamento roja.

—Doctora, ¿qué hace? —preguntó Dell, alarmado.

—Cubrirla —respondí, bajando la cremallera de un tirón seco y sacando los brazos de las mangas acolchadas.

Ian se abalanzó hacia mí, agarrándome por la muñeca con una fuerza de acero antes de que pudiera soltar la chaqueta.

—Ni se te ocurra, O'Malley —me advirtió Ian, con la mandíbula apretada y una urgencia feroz en la mirada—. Llevas un jersey de lana debajo. Si te quitas ese abrigo de alta montaña, en este puto congelador, vas a entrar en hipotermia antes de que Caleb aterrice. No voy a dejar que te sacrifiques por ella. Le prometí a tu hombre que te cuidaría.

Sostuve la fiera mirada de Ian. Sabía que lo hacía para protegerme, pero en ese momento, no era su amiga. Era su superior.

—Suéltame la muñeca, bombero Collins. Es una orden médica directa de la Jefa de Trauma —dictaminé, inyectando toda mi autoridad en cada sílaba, con una frialdad que no admitía réplica—. Mi paciente se está muriendo de frío. Yo aún tengo reservas de calor y estoy moviéndome. Ella no. Así que suéltame y ayúdame a taparla.

Ian apretó los dientes, librando una batalla campal entre su deber de protegerme y mi jerarquía absoluta. Finalmente, con un gruñido de frustración, soltó mi muñeca.

Me quité la chaqueta roja, exponiendo mi cuerpo al aire cortante del barranco, que me golpeó como un muro de hielo sólido. Un escalofrío violento me recorrió la espina dorsal al instante, pero lo ignoré. Arropé a Vera con el pesado abrigo térmico, asegurándome de cubrir su torso y su cuello, conservando cada átomo de calor.

Me senté en la nieve junto a ella, cruzándome de brazos y frotándome los hombros cubiertos solo por el jersey de lana burdeos.

Los minutos empezaron a arrastrarse con una lentitud agónica. Diez. Quince. Veinte minutos.

El frío dejó de ser una molestia para convertirse en un depredador físico. Empezó royéndome las puntas de los dedos de los pies y de las manos, robándome la sensibilidad. Luego trepó por mis piernas, donde la cicatriz de mi muslo latía con un dolor sordo y antiguo. Mis dientes empezaron a castañear de forma incontrolable.

Observaba el cielo oscuro, buscando el parpadeo de las luces rojas del Alfa Uno, pero solo veía nieve cayendo.

Mi respiración se volvió menos profunda. Sentí cómo una extraña neblina, espesa y adormecedora, empezaba a colarse en los bordes de mi mente. Mis movimientos se volvieron torpes. Sabía perfectamente lo que me estaba pasando; conocía los síntomas clínicos de la hipotermia etapa dos al dedillo. Mi cuerpo estaba sacrificando la sangre de mis extremidades para mantener vivos mis órganos vitales.

Ian se sentó a mi lado, bloqueando el viento con su cuerpo ancho, mirándome con una preocupación oscura que ya no podía disimular.

—Aguanta, O'Malley —me susurró, frotándome los brazos con sus manos enguantadas—. Aguanta un poco más. Ya casi está aquí.

Cerré los ojos, apoyando la cabeza en el hombro de Ian, demasiado agotada para responder. Solo necesitaba escuchar el sonido de los rotores. Solo necesitaba que Caleb cumpliera su promesa.

* * *

Habían pasado cuarenta y cinco minutos exactos. Lo sabía porque el reloj de mi muñeca era lo único que aún parecía moverse en este infierno blanco.

La tregua que nos había dado la montaña había terminado. La ventisca había regresado con una furia vengativa, levantando muros de nieve que borraban el contorno de los pinos y del río. La temperatura había caído aún más. El frío ya no dolía; esa era la peor señal clínica de todas. El castañeteo violento de mis dientes había empezado a disminuir, dando paso a una rigidez letal en mis músculos y a una somnolencia pesada que me arrastraba hacia el fondo de un pozo oscuro.

Arropé un poco más el cuello de Vera con mi chaqueta roja de salvamento, asegurándome de que el tubo torácico siguiera en su sitio. Sus constantes vitales seguían estables. Yo la había mantenido con vida.

—Maldita sea, O'Malley, se acabó —gruñó Ian, arrodillándose frente a mí y bloqueando el viento con su cuerpo masivo—. Estás azul.

Ian alargó sus manos enguantadas hacia el borde de mi chaqueta, que ahora cubría a Vera, dispuesto a arrancársela para ponérmela de nuevo.

—No... —balbuceé, golpeando débilmente su brazo con mis dedos entumecidos. Mi voz sonaba arrastrada, pastosa—. Déjala. Su metabolismo... está frenado por la cirugía. Se morirá, Ian.

—¡Tú te estás muriendo de frío delante de mis narices! —estalló Ian, la frustración rompiendo por fin su fachada de piedra. Sujetó mis hombros, sacudiéndome ligeramente para mantenerme despierta—. Eres la mujer más terca que he conocido en mi puta vida.

Agarró el transmisor de radio anclado a su pecho.

—¡Alfa Uno, aquí tierra! ¿Cuál es tu puto tiempo estimado de llegada? —ladró Ian por el canal abierto, apretando el botón de transmisión con fiereza.

La estática crujió durante dos segundos agónicos antes de que la voz de Caleb llenara la frecuencia. Sonaba tensa, concentrada y al límite.

—Siete minutos, Collins. Llevo los motores al ciento diez por ciento, me estoy saltando todos los protocolos de turbulencia. Aguanta.

—Más te vale pisar a fondo, Donovan —le espetó Ian, mirándome a los ojos con una desesperación cruda—. Y prepara a Noah para que baje con todas las putas mantas térmicas, calentadores de fluidos y bolsas de calor que tengas en ese pájaro. Porque tu mujer ha decidido que es buena idea jugar a ser una heroína y morirse de frío en medio de la peor ventisca del año para salvar a tu madre. Está entrando en hipotermia severa, Caleb.

El silencio en la radio fue ensordecedor, roto solo por el pitido de las alarmas de altitud que se colaban desde la cabina del helicóptero.

—¿Qué ha hecho qué? —el rugido de Caleb a través del altavoz no fue solo de furia; fue de terror absoluto, un pánico primitivo y devastador—. *Ian, ponle la radio en la boca. Ahora.* —Ian no lo dudó. Desenganchó el transmisor y lo acercó a mis labios congelados.

—Habla con él, Han —me suplicó Ian en un susurro áspero—. Quédate conmigo.

Tragué saliva, pero mi garganta se sentía llena de cristales de hielo. Apenas podía mantener los ojos abiertos. La oscuridad en los bordes de mi visión se estaba cerrando, espesa y tentadora.

—Caleb... —logré susurrar, mi aliento empañando el plástico negro de la radio.

—*¡Hannah!* —Mi nombre salió de su garganta como un desgarro, sonando más cerca, más real, a pesar de la distancia—. *Me lo juraste. Me juraste en este mismo barranco que te mantendrías a salvo, joder.*

—Tenía... tenía que hacerlo, piloto —murmuré, forzando las palabras, sintiendo que cada sílaba me costaba la poca energía que me quedaba—. Vera está... viva. Te lo prometí...

—*Me importa una mierda la promesa, me importas tú. Tienes que aguantar, nena. Estoy llegando. Veo las luces del cañón. Te lo ruego, Hannah, no cierres los ojos.* —La desesperación en la voz del hombre más duro y controlado que conocía me rompió el corazón. Caleb Donovan, el piloto de hielo, estaba aterrorizado de perderme. Y yo me di cuenta, con una lucidez aplastante en medio del letargo de la hipotermia, de que no podía irme sin decirle las únicas palabras que me había guardado durante estos meses. No podía dejar que la montaña me tragara sin que él lo supiera.

Mis párpados pesaban toneladas. El frío había llegado hasta mis huesos, anestesiando el dolor, dejándome flotar.

Acerqué mis labios agrietados a la radio que Ian seguía sosteniendo.

—Te amo... —susurré. Las dos palabras que nunca nos habíamos dicho salieron al aire helado con una claridad absoluta—. Te amo, Caleb.

—*¡Hannah! ¡No te despidas, joder! ¡Hannah!* —Las luces de la linterna de Ian se volvieron borrosas. El sonido del viento empezó a apagarse, como si alguien estuviera bajando el volumen del mundo entero. Mi cabeza cayó hacia un lado.

La radio crujió una última vez, y lo último que registró mi cerebro antes de que la negrura absoluta me engullera, fue el grito agónico, desgarrador y cargado de terror de Caleb rompiendo la estática:

—¡NO LA DEJES MORIR, IAN! ¡NO DEJES QUE SE VAYA!

TREINTA

Caleb

Los patines del Alfa Uno golpearon el hormigón del helipuerto del Wildwater Regional con la fuerza de un impacto controlado. Ni siquiera esperé a que las palas bajaran de revoluciones. Desabroché mi arnés y salté a la pista iluminada al mismo tiempo que Noah abría las puertas traseras.

El equipo de urgencias ya nos estaba esperando, agazapados bajo la ventisca.

A la cabeza del equipo de extracción no estaba un médico de guardia cualquiera. Eran Logan Pierce y Avery Collins.

Al verlos trabajar juntos, el caos de mi mente se detuvo por una fracción de segundo. Sus diferencias personales, el rencor del instituto y el muro de hielo que los separaba habitualmente desaparecieron por completo. Eran una máquina de élite. Logan, con su envergadura física, agarró el extremo superior de la tabla espinal de mi padre, mientras Avery tomaba el inferior. No necesitaron cruzarse ni una sola palabra. Avery anticipó cada movimiento de Logan, estabilizando el cuello de Sean con una precisión clínica impecable. Parecían leerse la mente, moviéndose bajo los rotores con una sincronización letal.

—¡Traumatismo torácico y posible hipotermia severa! —les gritó Noah por encima del ruido.

—¡Lo tenemos, Grant! ¡Llevadlo a la sala de trauma uno, rápido! —ordenó Logan a los celadores, sin perder su aura de autoridad, mientras Avery ya estaba preparando una vía intravenosa en movimiento.

Mientras se llevaban a mi padre, Savannah apareció corriendo desde las puertas dobles de cristal. Llevaba dos bolsas de lona roja gigantescas.

—¡Noah! —gritó Savannah, lanzándole las bolsas al paramédico —. ¡Llevan veinte mantas térmicas de *mylar*, seis bolsas de suero salino calentado a treinta y nueve grados y parches de calor químico! ¡Sácalas de allí!

—¡Eres la mejor, Sav! —Noah atrapó las bolsas y se giró hacia el helicóptero.

Mire mi reloj. Habíamos tardado menos de cinco minutos en aterrizar, descargar a mi padre y reabastecer el equipo.

Volví a saltar a la cabina y me abroché el arnés. Mis manos volaron sobre los controles, exigiendo el máximo de potencia a las turbinas. El Alfa Uno se elevó de nuevo, rasgando la negrura de la noche.

Dejamos atrás las luces de Wildwater Falls y nos adentramos otra vez en la boca del lobo. La ventisca había vuelto a coger fuerza, golpeando el fuselaje con ráfagas que me obligaban a pelear contra el cíclico a cada segundo.

Pero la verdadera tormenta estaba dentro de mi cabeza.

Apreté los mandos hasta que los nudillos se me pusieron blancos bajo los guantes de vuelo. Sabía cómo era Hannah. Sabía que su juramento hipocrático y su cabezonería O'Malley no tenían límites. Sabía de lo que era capaz de sacrificar para no dejar morir a mi madre, a la misma mujer que le había arruinado la vida. Y también estaba aterrorizado por Vera. A pesar de todo el veneno, seguía siendo mi madre, y estaba atrapada en el mismo barranco donde habíamos perdido a Carson.

La sensación de *déjà vu* era asfixiante, tóxica. Sentía que era un vuelo calcado al de hace doce años y que, cuando por fin lograra aterrizar el helicóptero en esa orilla helada, la persona que más amaba en este mundo o alguien de mi sangre habría muerto.

—*Eh, piloto. Respira.*

La voz de Noah sonó tranquila y firme a través del canal interno de la cabina. Giré la cabeza un milímetro. Noah me estaba observando desde la parte trasera, reconociendo las señales físicas de mi ataque de pánico incipiente.

—*No dejes que la montaña se te meta en la cabeza, Caleb* —me ordenó mi amigo—. *Sé lo que estás pensando. Pero Hannah no es una víctima asustada esperando a ser rescatada. Es una puta superviviente. Es la mejor cirujana que tenemos y es demasiado lista para dejarse matar por esta tormenta.*

Tragué saliva, luchando por mantener la altitud.

—Hace mucho frío ahí abajo, Noah. Demasiado.

—*Lo sé. Pero Hannah no va a morir hoy. No va a dejaros a Octavia y a ti solos. Tiene demasiados planes para esa niña como para rendirse ahora.*

El nombre de mi hija fue como un desfibrilador directo al pecho. Octavia. La cara de mi fiera preguntándome si Hannah querría ser su mamá me devolvió al centro exacto de la realidad. Noah tenía razón. Hannah tenía una familia por la que volver.

Me enderecé en el asiento, clavando la vista en el horizonte negro.

—Siete minutos para llegar al cañón —anuncié, con la voz estabilizada y fría de nuevo.

Fue entonces cuando la radio principal crujió con una urgencia violenta.

—*¡Alfa Uno, aquí tierra! ¿Cuál es tu puto tiempo estimado de llegada?* —el rugido de Ian Collins llenó la cabina.

—Siete minutos, Collins —respondí de inmediato, pisando los pedales a fondo—. Llevo los motores al ciento diez por ciento, me

estoy saltando todos los protocolos de turbulencia. Aguanta.

—*Más te vale pisar a fondo, Donovan* —me replicó Ian. Su voz no era la del paramédico controlado de siempre; estaba impregnada de una desesperación pura—. *Y prepara a Noah para que baje con todas las putas mantas térmicas, calentadores de fluidos y bolsas de calor que tengas en ese pájaro. Porque tu mujer ha decidido que es buena idea jugar a ser una heroína y morirse de frío en medio de la peor ventisca del año para salvar a tu madre. Está entrando en hipotermia severa, Caleb.*

Mi sangre se congeló en las venas.

—¿Qué ha hecho qué? —rugí, sintiendo que el pecho se me abría en canal por el terror—. ¡Ian, ponle la radio en la boca. Ahora!

Silencio de estática. Y luego, una respiración débil, pastosa y agónica.

—*Caleb...* —el susurro de Hannah me atravesó el alma. Estaba perdiendo el conocimiento.

—¡Hannah! —grité, golpeando el panel de instrumentos con el puño libre—. Me lo juraste. Me juraste en este mismo barranco que te mantendrías a salvo, joder.

—*Tenía... tenía que hacerlo, piloto...* —logró articular, y cada palabra sonaba como si le costara la vida entera—. *Vera está... viva. Te lo prometí...*

—Me importa una mierda la promesa, me importas tú. Tienes que aguantar, nena. Estoy llegando. Veo las luces del cañón. Te lo ruego, Hannah, no cierres los ojos.

El silencio duró un par de segundos que se sintieron como décadas.

Y entonces, con un hilo de voz que rompió la frecuencia y todas las barreras que habíamos construido:

—*Te amo... Te amo, Caleb.*

El mundo se paralizó. Mi línea roja. La mujer que me había salvado de mis propios escombros me estaba entregando su corazón justo cuando el suyo amenazaba con detenerse por el frío.

—¡Hannah! ¡No te despidas, joder! ¡Hannah! —grité por el micrófono, pero solo recibí el sonido sordo de la radio cayendo en la nieve y la estática vacía.

El pánico se convirtió en una furia ciega, animal e imparable contra la montaña.

Apreté el botón de transmisión, rugiendo hacia el canal abierto con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡NO LA DEJES MORIR, IAN! ¡No dejes que se vaya! ¡Me da igual cómo lo hagas, ponle su puta chaqueta, usa tu propio cuerpo, pero mantenla viva! ¡Llego en tres minutos!

* * *

El cañón de *Riverbend Road* apareció ante mis ojos como una herida abierta en la montaña, iluminado por los focos que habíamos dejado en tierra. No perdí un solo segundo en evaluar el viento o la estabilidad térmica. Mi mente estaba fijada en un único objetivo: la mujer que agonizaba en la nieve.

Aterricé el Alfa Uno con una violencia controlada que habría hecho palidecer a cualquier instructor de vuelo. Metí los patines en la misma orilla de grava helada, rozando las ramas de los pinos, cortando la potencia justo en el instante en que el metal tocó la roca.

No esperé a que el motor bajara de revoluciones. Me arranqué el arnés y salté de la cabina.

Noah venía pisándome los talones, cargado con las pesadas bolsas rojas llenas de mantas térmicas y suero caliente.

Corrí hacia el círculo de luz. Mis botas aplastaban la nieve y el barro con zancadas largas y desesperadas. A diez metros del coche destrozado, vi a Ian. Estaba arrodillado en el suelo, sosteniendo el cuerpo inerte de Hannah contra su pecho masivo, intentando transmitirle su propio calor. Había logrado envolverla de nuevo en su

pesada chaqueta médica roja, apretándola contra sí como si fuera un escudo.

A escasos metros, Hayes y Dell ya estaban levantando la tabla espinal de Vera, aprovechando nuestra llegada para iniciar la evacuación de mi madre hacia el helicóptero.

Me tiré de rodillas en la nieve junto a Ian.

—Dámela —gruñí, mi voz sonando ronca, rota por el terror.

Ian no dudó. Sus brazos cedieron, y yo tomé a Hannah, atrayéndola contra mi pecho. Su cuerpo estaba rígido, terriblemente frío, y sus labios habían adquirido un tono azulado que me paralizó el corazón.

—Está en bradicardia severa, Caleb. Su pulso apenas se siente —advirtió Ian, poniéndose en pie de un salto para ayudar a Noah.

Noah abrió las bolsas rojas de un tirón. En cuestión de segundos, la rodeamos con tres mantas térmicas de mylar, crujiendo bajo nuestras manos enguantadas, y colocamos parches de calor químico bajo sus axilas y en su cuello.

No esperé a más evaluaciones. Metí un brazo bajo sus rodillas y otro por detrás de su espalda, la levanté en vilo y eché a correr hacia el Alfa Uno. Pesaba tan poco, estaba tan frágil, que el contraste con la cirujana que me había plantado cara tantas veces me destrozó por dentro.

—¡Vera está asegurada! —gritó Hayes desde la parte trasera del helicóptero.

Subí a Hannah a la cabina, depositándola con un cuidado reverencial sobre la camilla libre, mientras Noah conectaba a toda prisa una vía intravenosa con el suero salino calentado.

Me incliné sobre ella, agarrando su rostro pálido entre mis manos, negándome a separarme para ir a los mandos.

—Hannah. Hannah, mírame —le supliqué, pegando mi frente a la suya—. Venga, nena. Despierta.

Sus pestañas oscuras temblaron. Un suspiro agónico y corto escapó de sus labios azules. Sus ojos se abrieron apenas una

rendija, desorientados, hasta que encontraron los míos.

—¿Caleb...? —murmuró, su voz apenas un roce en el aire.

—Estoy aquí. Te tengo —le aseguré, con la respiración entrecortada—. Te amo, Hannah. Te amo con toda mi puta alma, ¿me oyes? Así que ni se te ocurra morirte. Me lo debes. Tienes que volver a casa conmigo y con Octavia.

La comisura de sus labios se elevó en una sonrisa minúscula, frágil y absolutamente preciosa, antes de que el agotamiento la venciera y sus ojos volvieran a cerrarse, sumiéndose en la inconsciencia.

—¡Caleb, al asiento! ¡Tenemos que sacarla de este hielo ya! —me gritó Noah, bombeando el suero con las manos.

Salté al asiento del piloto. La adrenalina había borrado cualquier rastro de duda o fatiga. Tiré del colectivo con una ferocidad calculada. El Alfa Uno aulló, despegándose del barranco como un misil tierra-aire, dejando atrás el lugar donde la montaña había intentado, por segunda vez, cobrarse la vida de mi familia.

Puse el helicóptero al límite de su integridad estructural, cortando la tormenta en línea recta hacia el hospital.

A mi espalda, Vera estaba estabilizada en su tabla espinal, pero su estado seguía siendo crítico. Sin embargo, mi mente solo estaba en la camilla de la derecha.

—¡Noah! ¡Dime algo! —grité por el intercomunicador.

—¡No está respondiendo al suero como debería! ¡Su temperatura central sigue bajando! ¡La bradicardia está empeorando, Caleb, el músculo cardíaco se está rindiendo por el frío! —la voz de Noah estaba teñida de un pánico profesional que rara vez le escuchaba.

Apreté los dientes, forzando los motores más allá de la línea roja.

—¡Dile a Ian que le haga RCP si es necesario! ¡No dejéis que se pare!

Los minutos de vuelo fueron una tortura absoluta, una carrera contrarreloj donde cada latido que Hannah perdía era una cuchillada

en mi pecho. Por fin, las luces de emergencia del helipuerto del *Wildwater Regional* cortaron la neblina.

Aterricé con la misma urgencia implacable. Las puertas se abrieron desde fuera antes de que yo pudiera soltar los mandos.

El caos se apoderó de la pista. Un enjambre de batas blancas y chaquetas de alta visibilidad nos rodeó.

—¡Sacad a la mujer mayor primero! —ordenó el doctor Evans, liderando el equipo ortopédico que se abalanzó sobre la tabla de mi madre.

Dell, el técnico sanitario que había bajado del barranco con nosotros, saltó a la pista junto a Evans.

—¡Hemoneumotórax a tensión por traumatismo cerrado! —gritó Davis, entregando el parte de Vera a Evans mientras la bajaban del helicóptero—. ¡La doctora O'Malley le ha practicado una toracostomía de urgencia con drenaje en el lugar del accidente hace media hora!

Evans se quedó petrificado durante una fracción de segundo, mirando el tubo perfectamente colocado en el pecho de Vera, asombrado por la magnitud de la cirugía de campo, antes de asentir con firmeza.

—¡Es un milagro que esté viva! ¡Directos a quirófano dos, vamos! —bramó Evans, desapareciendo por las puertas con la camilla de mi madre.

Pero yo ni siquiera miré cómo se la llevaban.

Ian, Noah y yo tiramos de la camilla de Hannah, sacándola del helicóptero.

Esperándonos en la misma línea de la pista, con los rostros tensos y una autoridad absoluta, estaban Logan Pierce y Avery Collins. El mejor cirujano y la mejor enfermera del hospital.

Logan agarró la cabecera de la camilla con sus manos enormes, sus ojos violetas fijos en el rostro azulado de su mejor amiga, la furia y la determinación ardiendo en sus pupilas. Avery tomó el control de los fluidos y el monitor en un movimiento fluido.

—¡Hipotermia severa, grado tres! —ladró Noah, corriendo junto a ellos hacia el interior del hospital—. ¡Temperatura central por debajo de los veintiocho grados! ¡Bradicardia extrema, no hay reflejos! ¡Se nos va, Logan!

—¡No en mi guardia! —gruñó Logan, empujando la camilla a toda velocidad por los pasillos—. ¡Avery, prepara la unidad de recalentamiento extracorpóreo y avisa al equipo de perfusión! ¡Vamos a meterle sangre caliente directa al sistema!

Crucé las puertas dobles de Urgencias detrás de ellos, corriendo al lado de la camilla de Hannah, con el corazón destrozado, viendo cómo el equipo de élite que ella misma había ayudado a formar tomaba el control de su vida.

—¡Despejad el pasillo! ¡Trauma Uno, ahora! —gritó Avery, con esa voz fiera que usaba en escasos momentos, abriendo paso a la fuerza.

Metieron a Hannah en el Box, el equipo médico, su mejor amigo y la chica que la socorrió hace doce años rodeándola para salvarle la vida por segunda vez.

Me quedé plantado frente a las puertas dobles de la Sala de Trauma Uno. Mis botas dejaban un charco de nieve derretida y sangre sobre el linóleo impecable del pasillo, pero era incapaz de dar un solo paso hacia atrás.

A través del amplio cristal de observación, el infierno había dejado de ser oscuro y helado para convertirse en un caos blanco, estéril y cegador.

No grité. No golpeé las paredes ni me derrumbé en el suelo llorando. Mi desesperación era silenciosa, una presión de acero que me aplastaba los pulmones y me agarrotaba la mandíbula hasta hacerme rechinar los dientes. Tenía los puños apretados con tanta fuerza que las uñas se me clavaban en las palmas a través de los guantes de vuelo. Toda mi existencia se había reducido al pitido agónico, lento y espaciado del monitor cardíaco de Hannah.

Dentro de la sala, Logan Pierce y Avery Collins se habían transformado en una máquina de precisión absoluta.

Avery se movía con la agilidad letal de una pantera, anticipando cada necesidad quirúrgica antes de que Logan abriera la boca. Conectó la vía central para el bypass de recalentamiento extracorpóreo en un tiempo récord. Al otro lado de la camilla, Savannah y Noah operaban como una extensión del mismo organismo, inyectando fluidos calientes e instalando las mantas térmicas de aire forzado bajo las órdenes tajantes del cirujano rubio.

Logan era un titán sobre la mesa. Su envergadura física dominaba el espacio, pero sus manos se movían con una delicadeza que contrastaba brutalmente con la urgencia del momento.

—Vamos, O'Malley, no me hagas esto. Lucha —le leí en los labios a Logan a través del cristal, mientras sus ojos violetas escaneaban frenéticamente los monitores.

—Respira, Caleb.

Una mano cálida y firme se posó sobre mi hombro tenso. Giré la cabeza apenas unos milímetros. Sloane, se había colocado a mi lado. Su rostro reflejaba la gravedad de la situación, pero sus ojos transmitían una calma autoritaria.

—Son los mejores, Caleb —me aseguró, apretándome el hombro —. Hannah formó a este equipo con sus propias manos. Avery y Logan son brillantes, y Savannah no va a dejar que su mejor amiga se rinda. Confía en ellos. Confía en ella. Es demasiado terca para dejarse ganar por el hielo.

Asentí rígidamente, incapaz de articular palabra, tragando el nudo de cuchillas que me destrozaba la garganta. *Te amo.* Sus últimas palabras seguían rebotando en mi cráneo. Me lo había dicho. Me había entregado su corazón y yo no pensaba permitir que dejara de latir.

Los minutos se estiraron, densos y pesados.

Y entonces, el tono del monitor cambió.

El pitido lento y grave de la bradicardia se aceleró. Un latido. Dos latidos. El sonido se volvió rítmico, constante, fuerte. La línea en la

pantalla dejó de arrastrarse y empezó a dibujar picos afilados y vigorosos.

Dentro de la sala, Savannah soltó un sollozo ahogado, llevándose las manos a la boca. Avery cerró los ojos un segundo, exhalando todo el aire retenido, y bajó los hombros.

Logan Pierce se enderezó. Miró el monitor, luego el rostro de Hannah que empezaba a perder ese tono azulado mortuorio para recuperar un rubor vital, y finalmente giró la cabeza hacia el cristal.

Sus ojos violetas encontraron los míos. Logan asintió, con el pecho subiendo y bajando por el esfuerzo, y levantó un pulgar ensangrentado.

Fue en ese preciso instante cuando la adrenalina me abandonó de golpe. El muro de contención que había mantenido mis instintos a raya durante las últimas dos horas colapsó. Solté el aire en un suspiro áspero y tembloroso, y mis rodillas, que habían soportado el peso del mundo entero, cedieron una fracción de segundo.

No llegué a tocar el suelo.

Ian Collins, que había estado a mi espalda todo este tiempo como una sombra silenciosa, me agarró por el brazo y la correa del arnés, sosteniéndome con su fuerza bruta. Al mismo tiempo, mi prima Sloane me sujetó por el otro lado.

—Te tengo, hermano —murmuró Ian, con la voz ronca por la emoción, tirando de mí hacia arriba—. Te dije que la sacaríamos.

Apoyé la cabeza contra el frío cristal de la puerta, cerrando los ojos con fuerza mientras una única lágrima caliente y traicionera se deslizaba por mi mejilla, perdiéndose en la barba de varios días. Era puro alivio. Un alivio tan intenso que dolía físicamente.

Las puertas batientes se abrieron con un golpe sordo. Avery y celadores empezaron a empujar la camilla hacia el pasillo, rodeada de monitores portátiles.

Me separé de Ian y Sloane al instante y me pegué al lateral de la camilla. Agarré la mano de Hannah. Estaba tibia. Aún tenía los ojos

cerrados, sedada por el proceso de recalentamiento, pero su pecho subía y bajaba con una fuerza renovada, rítmica y hermosa.

—La trasladamos a la Unidad de Cuidados Intensivos Térmicos para observación continua —informó Avery, mirándome con suavidad —. Ha salido de la zona crítica, Caleb.

Acompañé la camilla por los pasillos a paso rápido, negándome a soltar sus dedos, hasta que la instalaron en una habitación privada y silenciosa de la UCI. Las luces estaban tenues, y el sonido de sus constantes vitales llenaba el espacio con la melodía más perfecta que había escuchado jamás.

Me dejé caer en la silla de plástico junto a la cama, sin soltarla, apoyando la frente contra sus nudillos.

Ian y Noah aparecieron en el umbral de la puerta un minuto después, aún con los monos de vuelo puestos.

Me giré hacia ellos sin levantar la cabeza de la cama.

—Ian —mi voz sonó exhausta, pero cargada de una determinación absoluta—. Llama a la base de control. Diles que el Alfa Uno se queda en tierra esta noche y que me cubran el puto turno de mañana. No me voy a mover de esta silla hasta que ella abra los ojos.

Ian asintió con una media sonrisa estoica.

—Considéralo hecho, piloto. Noah y yo nos encargamos del papeleo.

Justo cuando Ian se giraba para salir, Sloane entró en la habitación, sosteniendo una tableta médica. Se acercó a los pies de la cama de Hannah, mirándome con atención. Mi prima solía ser una mujer reservada pero profesionalmente directa. Su titubeo me hizo dudar sobre lo que tenía que decirme.

—Caleb, sé que ahora mismo tu mundo empieza y termina en esta habitación —comenzó Sloane con voz suave—, pero necesitas saber el resto del parte médico.

Levanté la vista hacia ella, preparándome para el golpe.

—El doctor Evans acaba de salir de quirófano —continuó Sloane —. Tu padre tiene tres costillas fracturadas y una contusión severa, pero está completamente estable. Y tu madre... Vera ha perdido mucha sangre, pero la incisión y el drenaje que Hannah le practicó en el barranco evitaron el colapso pulmonar y cardíaco. Están en la zona de recuperación. Sobrevivirán, Caleb. Los dos. Se recuperarán sin secuelas graves.

El círculo se había cerrado. Doce años después, la montaña había intentado destrozarnos, pero esta vez, nosotros habíamos ganado.

—Gracias, Sloane —susurré, volviendo la mirada hacia el rostro dormido de Hannah—. Gracias a todos. Confío en que hablarás con el resto de la familia para informarles. Informa a Clover y a los O'Malley también. No llevo mi teléfono encima.

—Considéralo hecho.

Sloane me dedicó una última sonrisa comprensiva antes de salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí y dejándonos solos en la penumbra.

Acaricié el dorso de la mano de Hannah con el pulgar. El frío del barranco había quedado atrás. Ya no había fantasmas. Ya no había deudas con la montaña. Solo estábamos nosotros, la promesa de su *te amo*, y el resto de nuestra puta vida por delante.

* * *

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde que las palas del Alfa Uno cortaron la ventisca por última vez.

Caminaba por el pasillo de la planta de recuperaciones con una bolsa de lona al hombro y la mano pequeña de Octavia aferrada firmemente a la mía. Mi fiera daba saltitos de impaciencia a cada paso. Por primera vez en dos días, me sentía humano. Clover y los O'Malley —que se habían negado en rotundo a volver a Portland— habían organizado un estricto sistema de turnos para cuidar de

Octavia y hacerme guardia en el hospital, obligándome finalmente a ir a la cabaña esa mañana para darme una ducha hirviendo, afeitarme y dormir cuatro horas seguidas.

Mis padres estaban ingresados en el ala este. Ambos estables, ambos recuperándose. Sean ya se había sentado en la cama y Vera, a pesar de la gravedad de la cirugía, había despertado la noche anterior. Aún no había ido a verlos; mi prioridad absoluta, estaba en la habitación 412.

Empujé la puerta despacio.

La luz de la mañana inundaba la habitación privada. Hannah estaba recostada contra las almohadas, con la cama ligeramente incorporada. Ya no había rastro de la palidez mortuoria ni de los labios azules. El color había vuelto a sus mejillas, sus ojos oscuros brillaban con lucidez y el horrible pitido de las alarmas de hipotermia había desaparecido, sustituido por el suave y rítmico bip de un monitor de control.

Al escuchar la puerta, giró la cabeza. Su rostro se iluminó con una sonrisa tan inmensa y cálida que me robó el aliento.

—¡Hannah! —chilló Octavia.

Mi hija soltó mi mano como si quemara, corrió hacia la cama y, con un cuidado instintivo para no tocar ninguna vía intravenosa, trepó al colchón y se lanzó a los brazos de Hannah.

—Hola, mi fiera preciosa —susurró Hannah, cerrando los ojos y hundiendo el rostro en el pelo trenzado de Octavia, abrazándola con todas sus fuerzas—. Dios, te he echado muchísimo de menos.

—Y yo a ti. Papá no me dejaba venir a verte porque decía que estabas durmiendo para curarte —murmuró Octavia contra el cuello de su bata de hospital—. Tuve mucho miedo, Hannah.

—Ya pasó, cariño. Ya estoy bien. Mala hierba nunca muere, ya lo sabes —bromeó Hannah, besándole la coronilla.

Me quedé congelado a los pies de la cama. Verlas juntas, abrazadas, proyectando una imagen tan perfecta y absoluta de familia, me provocó un nudo del tamaño de un puño en la garganta.

Esa era mi vida. Mis chicas. El puto universo entero contenido en una habitación de hospital.

Dejé la bolsa en el suelo y me acerqué lentamente.

Hannah levantó la vista hacia mí por encima del hombro de Octavia. Su sonrisa se volvió un poco más pícara, escaneando mi pelo húmedo y mi mandíbula recién afeitada.

—Pareces un oso gruñón recién bañado, Donovan. Te sienta bien descansar —bromeó.

Pero yo no pude devolverle la sonrisa. Todavía sentía el peso del terror en el pecho. Todavía sentía su cuerpo congelado entre mis brazos en medio de la nieve. La simple idea de haberla perdido me endureció las facciones.

Octavia, sintiendo la intensidad del momento, se separó un poco y encendió la televisión de la habitación para buscar dibujos animados, dándonos nuestro espacio.

Hannah notó mi tensión al instante. Su expresión se suavizó. Extendió una mano hacia mí.

—Caleb. Ven aquí.

Di los dos pasos que nos separaban y me incliné sobre la cama, apoyando una mano en el colchón, a centímetros de su rostro, dejándome atrapar por la profundidad de su mirada.

—Dime —gruñí en voz baja, acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos, maravillándome del calor de su piel.

Hannah tragó saliva, y un ligero rubor le tiñó los pómulos, perdiendo un poco de su bravuconería habitual.

—Mi memoria está un poco borrosa por el frío, pero... recuerdo perfectamente haber pulsado el botón de la radio de Ian. Recuerdo haberte dicho que te amaba, piloto. Pero el servicio de comunicaciones de tu helicóptero debió fallar, porque nunca llegué a oír tu respuesta.

El corazón me dio un vuelco. Se me escapó una media sonrisa, ronca y cargada de una emoción que amenazaba con desbordarme.

—Debería dejarte en ascuas —le susurré, rozando mi nariz con la suya, respirando su mismo aire—. Debería hacerte esperar como castigo por la maldita heroicidad suicida que te marcaste en ese barranco.

Me detuve, mirándola fijamente a los ojos. Vi su fuerza, su vulnerabilidad, su belleza y el milagro que suponía tenerla viva debajo de mí.

—Te amo —se lo dije con una intensidad feroz, oscura y rotunda, grabando cada palabra a fuego entre los dos—. Te amo con toda mi puta alma, Hannah O'Malley. Eres mi línea roja, mi principio y mi final.

Los ojos de Hannah brillaron con lágrimas contenidas y dejó escapar un suspiro tembloroso de puro alivio y felicidad.

Pero antes de que pudiera responder, deslicé mi mano desde su mejilla hasta su nuca, apretando ligeramente, y bajé la voz a un susurro oscuro y letal que solo ella podía escuchar.

—Pero escúchame bien, nena... si alguna vez me vuelves a dar un puto susto parecido, si vuelves a arriesgar tu vida en la nieve y a dejarme a un segundo de perder la puta cabeza... te juro por Dios que te ataré a los postes de nuestra cama y te azotaré hasta dejarte el culo rojo brillante.

Los ojos de Hannah se dilataron, oscureciéndose al instante. La chispa del peligro y la excitación que tan bien conocía reemplazó a las lágrimas. Esbozó una sonrisa lenta, descarada y absolutamente provocadora.

—Vaya —ronroneó Hannah, mordiéndose el labio inferior—. Si ese es el castigo por ser una temeraria, Donovan... quizá tenga que empezar a buscarme problemas más a menudo.

Solté un gruñido profundo, primitivo, encendido por su descaro y por la certeza de que era irrevocablemente mía. No esperé un segundo más. Estrellé mi boca contra la suya, besándola con pasión, con hambre, reclamando su aliento y saboreando el futuro que por fin habíamos conquistado.

Y allí, entre el pitido de los monitores y los dibujos animados de fondo, supe que no importaban las tormentas que la vida quisiera mandarnos. Nosotros siempre seríamos nuestro propio refugio.

EPÍLOGO

Hannah

El hielo que amenazó con devorarnos en el fondo de aquel barranco de Riverbend Road se había derretido por completo, dando paso a una primavera radiante y verde en Wildwater Falls. Y con el cambio de estación, mi vida entera había florecido de una forma que la antigua Hannah O'Malley jamás habría creído posible.

Ya no había dos cabañas. Solo había una. Mi nombre figuraba en el buzón junto al de los Donovan, y cada mañana me despertaba enredada en los brazos del piloto de rescate que me había enseñado a respirar de nuevo.

El ruido ensordecedor del pabellón deportivo me devolvió al presente. Olía a cera de parqué, a sudor y a palomitas de maíz. Era sábado por la mañana y estábamos en la gran final del campeonato estatal de judo.

Levanté la vista hacia las gradas abarrotadas y sonreí. Allí estaba mi manada. Mi ecosistema al completo. Todos habían viajado a Portland para ver a nuestra fiera.

Mis padres, Ben y Mary, ocupaban la primera fila central, convertidos oficialmente en los abuelos honorarios y ruidosos que no pensaban perderse ni un solo combate. Un par de filas más arriba, flanqueados por la lealtad inquebrantable de Ian, Noah y Savannah, estaban sentados Logan y Avery.

Suspiré al verlos. En el hospital, Pierce y Collins se habían convertido en los dioses absolutos del quirófano. Eran un equipo de cirugía imparable, un ballet letal de bisturís y suturas donde se leían la mente sin necesidad de hablar. Pero fuera de las puertas batientes de Urgencias... eran un puñetero campo de minas. Estaban sentados a un metro de distancia en la grada, rígidamente derechos, negándose a cruzarse la mirada. La tensión eléctrica entre el cirujano rubio y la enfermera de ojos verdes era tan densa que amenazaba con hacer saltar los plomos del gimnasio. Iban a acabar matándose o devorándose, no había punto medio.

Junto a ellos estaba Sloane Parker. Nuestra imponente directora médica aplaudía con una sonrisa contenida, acompañada por Jonah, su hijo adolescente. Sloane siempre había sido un misterio fascinante para mí. Prima de los Donovan, había sido madre muy joven y había criado a Jonah completamente sola. Detrás de su fachada de autoridad y eficiencia médica, había fantasmas y secretos que nadie en el pueblo se atrevía a desenterrar, y yo intuía que su historia era mucho más profunda de lo que dejaba ver.

Y finalmente, en un segundo plano discreto, un poco más alejados del núcleo principal, estaban Sean y Vera Donovan.

Ambos se habían recuperado físicamente del accidente. A través de la incansable mediación de Clover, habían iniciado un acercamiento lento, cauto y doloroso hacia nosotros. Vera se estaba esforzando. Dios sabía que lo intentaba. Traía regalos para Octavia, preguntaba por sus torneos y me miraba con un respeto silencioso teñido de culpa que me revolvía el estómago. Octavia, con su corazón gigante, la quería y aceptaba sus abrazos, pero aún estaban a kilómetros de tener una relación plena.

Y Caleb... mi hombre era una fortaleza. Les permitía estar allí, permitía el contacto, pero el perdón absoluto no era algo que se ganara en tres meses después de doce años de destierro. Caleb protegía nuestra paz con uñas y dientes, y yo lo amaba aún más por ello.

—¡Hannah, te estás torciendo!

Bajé la vista. Estaba arrodillada en el borde del tatami azul, con los dedos enredados en el pelo oscuro de Octavia.

—Quédate quieta, fiera, o la trenza izquierda te va a quedar como un churro —le advertí con una sonrisa, apretando el lazo para asegurar el recogido.

Octavia iba vestida con su judogi blanco impoluto, dando saltitos sobre las puntas de los pies, con los ojos turquesa inyectados en pura adrenalina pre combate. Estaba a tres minutos de la final.

Caleb estaba arrodillado a su otro lado, ajustándole las solapas del *judogi*. Llevaba una simple camiseta negra que resaltaba la anchura de sus hombros y esa mirada de depredador orgulloso que me volvía loca.

Puso sus manos grandes sobre los hombros de su hija, obligándola a detener sus saltitos.

—Escúchame bien, enana —le dijo Caleb, con esa voz profunda y motivacional que usaba antes de un rescate crítico—. La otra chica es rápida, pero tú eres más lista. No dejes que te agarre por arriba. Mantén tu centro de gravedad bajo, usa tus caderas. En el momento en que pierda el equilibrio, entras con todo. Es tuyo. ¿Entendido?

—Entendido, papá —asintió Octavia, con fiereza absoluta.

—Esa es mi chica. Ve a por el oro.

Octavia nos abrazó a los dos al mismo tiempo en un choque de brazos rápido y apretado, antes de darse la vuelta y trotar hacia el centro del tatami, donde el árbitro ya la estaba esperando.

Me puse en pie, alisándome los vaqueros. El ruido de las gradas se intensificó. El corazón me latía con fuerza por los nervios de ver a mi niña competir. Aguanté la respiración mientras veía a Octavia colocarse en posición de combate.

Caleb se levantó a mi lado. Inmediatamente, invadió mi espacio personal, convirtiéndose en mi ancla gravitatoria. Su mano grande, áspera y cálida buscó la mía. No se limitó a sostenerla; entrelazó sus dedos con los míos con una fuerza posesiva, apretando nuestro

agarre hasta que no quedó ni un milímetro de aire entre nuestras palmas.

Giré la cabeza hacia él. Caleb me estaba mirando.

Sus ojos turquesa brillaban con una paz absoluta y un amor tan inmenso que me llenó los pulmones de oxígeno puro. Me acercó hacia él, rozando mi hombro con su pecho sólido.

Me sonrió con esa suficiencia arrogante y hermosa.

—Respira, nena —me susurró, rozando sus labios contra mi sien.

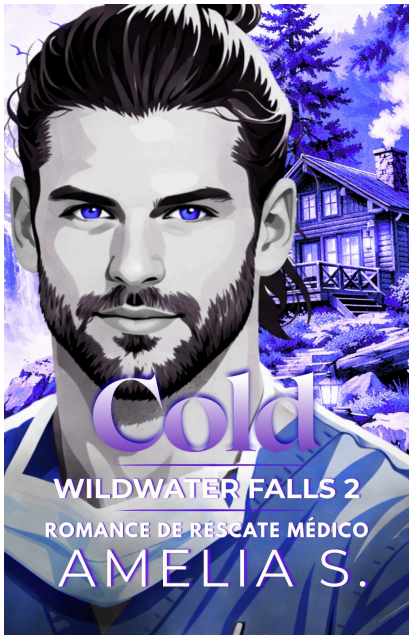
Le devolví la sonrisa, cerré los ojos un segundo y dejé que el aire llenara mi pecho. Habíamos sobrevivido a la tormenta. Estábamos en casa.

Y juntos, con nuestras manos entrelazadas, nos dispusimos a ver cómo nuestra fiera ganaba el último combate.

FIN

PRÓXIMAMENTE

La historia de Avery y Logan
22 DE MAYO



¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Querida lectora, gracias por llegar al final de esta historia. Espero que acompañar a Hannah y Caleb haya sido un camino tan emocionante como lo ha sido escribir su historia.

Este es el principio de una larga serie de libros en los que ese accidente de hace doce años será el punto de partida y el punto de inflexión para muchos de los protagonsitas. El "Evento 0" estará presente en cada uno de los libros para entender lo que sucedió ese día desde el punto de vista de todos a los que afectó.

Espero de corazçon que quieras seguir caminando con todos los personajes de Wildwater Falls.

Si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí , y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora. Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

Sigue leyendo para conocer saber quienes serán los siguientes...

LA AUTORA

Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

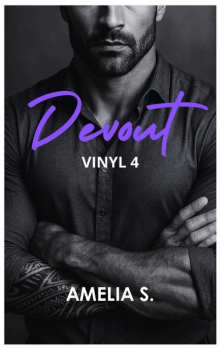
OTROS LIBROS DE LA AUTORA

SERIE VINYL

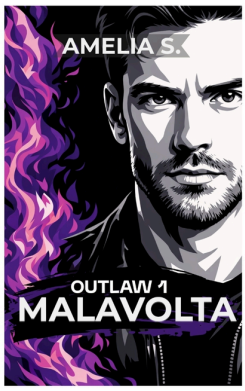


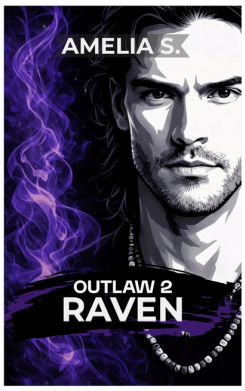




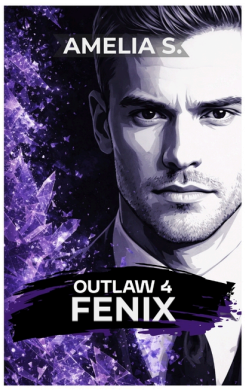


SERIE OUTLAW


AMELIA S.
OUTLAW 1
MALAVOLTA


AMELIA S.
OUTLAW 2
RAVEN


AMELIA S.
OUTLAW 3
BLACKBIRD


AMELIA S.
OUTLAW 4
FENIX